

JORDI NOGUÉS



LA ESPADA Y LA SEMILLA

Una novela de ideales y ambiciones
a la sombra del monasterio de Poblet



13

La espada y la semilla, una novela que conjuga el rigor histórico con la voluntad de dotar a los protagonistas de unos ideales y de unas ambiciones que los hacen muy humanos.

A partir de unos personajes históricos que cobran vida de nuevo con fuerza y determinación, La espada y la semilla reconstruye un momento clave de la historia catalana cuando —después de la victoria de Ramon Berenguer IV contra Al-Muzaffar en Lleida en el año 1149— se empiezan a repoblar las tierras entre el Ebro y el Llobregat que se conocerán con el nombre de Cataluña Nueva.

En el año 1150, doce monjes de la abadía de Fontfroide cruzan los Pirineos camino de la Cataluña Nueva. Los acompañan el padre Esteban, un joven de corazón y mente inquietos, y Gilabert, un caballero desengañado de la cruel guerra en la que han perdido la vida sus compañeros.

Su misión es fundar un monasterio en un lugar conocido como hortus populeti, pero la llegada de los religiosos del Císter provocará un conflicto sangriento con Ramón y Ponce de Cervera, quienes ven peligrar su poder absoluto en la región.

Mientras se levantan piedra a piedra los muros del monasterio de Poblet, las historias cruzadas de Gilabert, Esteban y Gaya, la joven y ambiciosa hija del señor de la Espluga, sumergen al lector en una época convulsa y fascinante.

Jordi Nogués

La espada y la semilla



Título original: *La espada y la semilla*
Jordi Nogués, 2019

Revisión: 1.0
14/06/2019

*Para Montse, mi agente literaria,
verdadera alma de esta novela*

Prólogo

El asedio

Medina Larida, 24 de octubre de 1149

Parecía que el cielo jamás volvería a ser azul. Y que las nubes nunca recuperarían la tonalidad blanca, fruto de su pureza celestial. Los humos de guerra contra los sarracenos cada vez eran más oscuros. Y las victorias, más difíciles de disfrutar.

El caballero Gilabert observaba el atardecer mirando hacia poniente. El sol yacía agotado más allá del horizonte tras una jornada en la cual había muerto mucha gente. El humo de la ciudad sitiada parecía buscar el escondite de aquel astro que no quería saber nada de guerras ni matanzas. Más allá del horizonte, tal vez continuaría la batalla.

La espada del caballero aún estaba manchada de sangre fresca.

El día había sido duro y difícil.

Esa tarde, como consecuencia del bombardeo con las catapultas, había cedido un tramo de la muralla exterior de la ciudad y Gilabert y sus guerreros normandos habían penetrado en el recinto con un centenar de soldados templarios.

Conocía a casi todos los que le seguían; sabía que si se lo pidiera, eran capaces de acompañarlo hasta las mismísimas puertas del infierno. Y, siempre flanqueándolo, Haakon y Jorgen; los luchadores más leales, casi hermanos

suyos.

Haakon era un guerrero formidable. El típico hombre del norte: de cabello y barba rubios, alto y delgado; luchaba con una pesada espada de corte doble. Tenía veintinueve años pero no había perdido el ardor de la juventud y poseía la sabiduría de un hombre mayor. Era un tipo de pocas palabras, y bastante introvertido.

Jorgen, por el contrario, era un poco más bajo que Haakon y destacaba por su habilidad con el arco, casi tan alto como él mismo. Más delgado que su compañero, con el pelo oscuro e imberbe. Nunca callaba. Tenía veinticuatro años.

Al traspasar la muralla se vieron rodeados. Los templarios se dispersaron por las callejuelas sin tener claro a dónde iban, y el ruido de la lucha, en aquella dirección, cada vez era más débil. Gilabert había tenido la sensación de que estaban solos. Mientras corría hacia delante miró en derredor: los habitantes de la ciudad querían verlos muertos.

Desde la muralla comenzaron a llover flechas, dardos y piedras. La mayoría de los suyos murieron o fueron heridos. Al mismo tiempo, un fuerte contingente de hombres armados —paisanos y soldados regulares— los atacó por los cuatro costados.

Habían llegado hasta un espacio abierto entre las callejuelas estrechas, una especie de plaza, y los defensores no dejaban de emerger de entre aquellos pasajes estrangulados por las casas. El sol de media tarde parecía mirarlos con lástima: menguaba de intensidad tal vez para no iluminar cómo moría la gente.

Aquello fue una masacre. Desde todos los puntos de vista.

Gilabert no tenía rival. Él era un hombre de guerra experimentado y su cota de malla le protegía de los golpes ligeros. Además, los habitantes de la ciudad estaban llenos de coraje y luchaban para defender aquello que era suyo, pero les faltaba la práctica en el combate y en aquellas artes que tanto llenaban de orgullo a los nobles. Casi todos carecían de protección, vestían aquellas túnicas tan típicas de la gente sencilla, de un color tostado. Incluso algunos les atacaban con bastones.

Él derribaba enemigos como el campesino que siega el trigo en junio, dejando un rastro de muerte y desesperación, ya que la mayoría de las

ocasiones amputaba brazos y piernas, o causaba heridas que sin ser mortales sí revestían la suficiente gravedad para dejar al oponente lisiado de por vida.

Con la ayuda de Haakon y Jorgen, eran una muralla impenetrable.

—¡No hay ningún honor en esto! —Jorgen combatía con espadas cortas mientras su arco aguardaba colgado a su espalda.

La matanza no entraba en los ideales de los hombres de armas, pero era necesaria para sobrevivir.

En cambio, en la retaguardia, donde los defensores de la ciudad eran soldados armados y estaban bien equipados, los hombres del caballero Gilabert eran vencidos de uno en uno, y no había clemencia con los caídos.

Los gritos de desesperación eran los habituales, con los años casi se había acostumbrado a oírlos sin estremecerse. Pero cuando los gritos procedían de las gargantas de los suyos, nada impedía que el corazón se le encogiera y que el coraje acabase siendo vencido.

—¡Retirada!

A su grito le faltó contundencia y algunos no lo escucharon. Murieron allí mismo, masacrados por aquellos hombres que lo único que deseaban era seguir con su manera de vivir. Protegían sobre todo a sus mujeres e hijos, escondidos y atemorizados por partida doble: temían por su propia vida y por la vida de los cabezas de familia que los defendían.

Gilabert no quería dejar a nadie atrás y se quedó cubriendo a los que salían del recinto amurallado. Fue entonces cuando ocurrió la desgracia.

Desde lo alto de la muralla arrojaban piedras y todo aquello que tenían a mano contra los atacantes. Una de las piedras impactó, de rebote, en la espalda de Gilabert y lo tiró al suelo. Estaban a punto de darle el golpe de gracia cuando los brazos y las armas de Haakon y Jorgen le salvaron de una muerte segura.

Una vez fuera de las murallas se dio cuenta de que la acción había sido inútil. Esa misma noche arreglarían el lienzo derribado y por la mañana todo continuaría igual. Bueno, igual no, muchos hombres ya no volverían a ver la luz del sol.

Ahora, ya cerca de la noche, en aquel punto elevado miró su espada manchada de sangre y lo invadió un fuerte resentimiento. Ambos bandos necesitaban descansar para curar las heridas y estar a punto para continuar la

batalla el día siguiente. Su espalda había recibido un fuerte golpe, pero acabaría siendo una herida más de aquella vida en permanente conflicto.

Gilabert se giró y su mirada buscó el río Segre. El agua mostraba un tono gris a medio camino de los verdes otorgados por la vegetación de ribera y los azules oscuros arrancados de aquel cielo tan limpio de nubes. Más allá del quehacer de los hombres, el río tenía su propia vida. Alterado solo por las fuertes lluvias, el deshielo de la primavera o las sequías, continuaba su camino hacia el sur.

Después Gilabert miró en dirección a la ciudad sitiada. Desde su posición, un imponente montículo que los lugareños llamaban colina de Gardeny, podía verla con claridad. Medina Larida estaba situada en otro montículo aún más imponente. Dos cuerpos amurallados la rodeaban, a modo de cinturones. El exterior envolvía toda la ciudad. El segundo, más pequeño, protegía una ciudadela de dimensiones medianas; era lo que los sarracenos llamaban *al-qasar*. En el perímetro externo había media docena de incendios que los habitantes intentaban apagar como podían; desde la distancia, y con la poca luz de un maduro atardecer, parecían hormigas horas antes de una gran tempestad.

Más allá, a medio camino entre ambos montículos, las máquinas de guerra cristianas —una decena de catapultas— estaban siendo empujadas hacia el interior del campamento, escoltadas por una buena parte de la caballería cristiana. Dentro del campamento se vislumbraba la presencia de seis torres de asedio cuya construcción se encontraba muy avanzada.

Gilabert soltó un suspiro. Se sentía cansado de tantas luchas. Para un caballero, la guerra contra el infiel era la mejor manera de servir a Dios. Pero el coste era excesivo.

«Debe de ser cosa de la edad», pensó Gilabert. A los cuarenta años, ya era todo un veterano. Y en su rostro se reflejaban los años vividos en permanente conflicto. Había dedicado su vida a la guerra casi desde el momento en que fue nombrado escudero, a los doce años. Tres arrugas en la frente, largas, profundas e intensas, grabadas con el fuego de la experiencia. La piel reseca, envejecida antes de tiempo por aquel sol abrasador de las tierras del sur, lejos de las tierras de los francos. En sus cabellos negros y espesos ahora brillaban mechones blancos como si fueran estrellas en medio de la noche, sobre todo en las sienes y las cejas. Una mirada inteligente, con la tristeza propia de las

arrugas alrededor de unos ojos grandes y oscuros.

Sí, todo un veterano.

—El conde dice que vayáis, caballero Gilabert —dijo una voz adolescente.

Él se giró. Un muchacho esperaba la respuesta. Gilabert afirmó en silencio.

El conde era Ramón Berenguer, el cuarto de su nombre, de la dinastía de los condes de Barcelona.

Las huestes del conde no eran tan numerosas como las que conquistaron Turtuixa, también en manos sarracenas, solo unos meses atrás. Entonces, los genoveses, los narboneses y los hospitalarios engrosaban un ejército que se había hecho muy poderoso gracias al espíritu de cruzada que imperaba en el mundo cristiano.

Naturalmente, el recuerdo de la cruzada se mantenía vivo, pero ahora el ejército era menor. También la plaza a conquistar ofrecía menos dificultades. La defensa de la ciudad no era tan poderosa y la conquista de Turtuixa, al sur de Medina Larida, había cortado las posibles ayudas y estrangulaba hasta la muerte la resistencia de la ciudad a la vera del río Segre.

En esta ocasión el conde de Barcelona contaba con la ayuda del conde Ermengol de Urgel, un numeroso contingente de la Orden del Temple y algunos caballeros menores de procedencia diversa. La Iglesia ofrecía ayuda económica y espiritual, pero no en forma de soldadesca.

Gilabert había dispuesto, dos años antes, de más de doscientos hombres de armas. Ingleses y normandos habían unido sus armas a las suyas a cambio de establecerse en la ciudad conquistada. Y así fue: Turtuixa se había convertido en el hogar de aquellos hombres del norte.

Aquí, en poniente, solo una decena de normandos lo habían seguido; los más cercanos a él, que también era normando. Eso sí, Gilabert disponía de otra arma tan efectiva como la espada: era muy rico y fiaba, sin casi pedir garantías, al conde de Barcelona. Con ese dinero se podían pagar mercenarios, y comprar más armas y víveres para mantener el asedio durante más tiempo.

En el montículo de Gardeny había un pequeño castillo construido unos veinte años atrás cuando el rey de Aragón, Alfonso, se enfrentó al padre del actual conde de Barcelona, también Ramón Berenguer —el tercero de su

nombre—, y al valí de Medina Larida, Abu-Hilal, aliados entonces. El castillo lo era más de nombre que de hecho: apenas mantenía un muro que recorría un espacio rectangular y protegía un pequeño edificio cuadrado de dos plantas situado en su justo centro.

Ahora, alrededor de aquel rectángulo se había levantado una pequeña multitud de tiendas —donde dormían los nobles, los señores y los cabecillas de las tropas atacantes—, con defensas de madera para evitar un contraataque de los sitiados.

Con paso firme y decidido, Gilabert entró en el pequeño edificio; era allí donde Ramón Berenguer de Barcelona y Ermengol de Urgel planeaban la estrategia a seguir con sus hombres de armas. Nadie le dio el alto pues todo el mundo lo conocía.

Velas y candiles iluminaban aquel atardecer ya moribundo: la noche dominaba el montículo de Gardeny de forma contundente y decidida. Un vigoroso hogar, situado en un rincón de la estancia, llenaba los silencios con continuos estallidos que procedían de las quejas de una leña demasiado tierna para ser quemada, pues estaba verde y muy húmeda debido a las lluvias de los días anteriores.

De las paredes pendían estandartes que representaban distintas dinastías familiares y señoríos. Y, encima de todos ellos, colgaba una enorme cruz de madera, símbolo de la lucha contra los infieles.

—¡Pasad, Gilabert! —La voz gruesa de Ramón Berenguer resonó por toda la estancia.

Toda la planta baja del edificio era una única sala, y allí, con una mesa provisional en el centro, estaban reunidos, todos de pie, nobles, señores, obispos y caballeros; una treintena de hombres.

Quizá el más notable de ellos era el conde de Urgel, Ermengol, un hombre casi anciano que destilaba nobleza por los cuatro costados. Lucía una barba blanca bien cuidada que acentuaba aún más su ascendencia aristocrática. Y sus ojos pequeños, de un azul muy intenso, le daban un aire de grandeza.

También estaban allí fray Pedro de Rovira, primer maestro de la Orden del Temple en la Provenza e Hispania, y un par de miembros de la orden de los monjes soldados, fray Hug de Bezaniç y Arnau de Forcià.

El arzobispo de Tarragona, monseñor Bernardo Tort, era la cabeza del

cuerpo eclesiástico. Le acompañaba el obispo de Barcelona, Guillermo de Torroja, un hombre muy cercano al conde Ramón Berenguer y que casi nunca contradecía, en público, las palabras de quien encabezaba las actuales huestes cristianas contra los sarracenos.

Y después un grupo de señores de menor prominencia, pero de gran importancia por la suma de espadas y lanzas que ofrecían al conde de Barcelona.

En silencio, Gilabert se situó junto a Ermengol, el conde de Urgel. Con un fugaz gesto de la cabeza, se saludaron.

El recién llegado conocía bien a todos los presentes. De hecho, era un encuentro que se repetía casi a diario a la misma hora, al acabarse el día, con el objeto de organizar la estrategia para el día siguiente.

El ejército que comandaba el conde de Barcelona no era precisamente un prodigio de uniformidad. Como era habitual, los objetivos comunes habían configurado alianzas de origen muy heterogéneo y, sin un comandante poderoso a la vanguardia, esto siempre era su principal debilidad. Pero Ramón Berenguer sabía hacerse respetar y sus éxitos anteriores lo avalaban como un líder sólido y dominante.

A pesar de todo, siempre había desavenencias.

Gilabert, pensando en estas discrepancias, miró hacia el otro lado de la sala, un poco a su derecha. Allí, los hermanos Ponce y Ramón de Cervera —el primero, vizconde de Bas, señor de Ferran, Malacara, Sant Esteve y la Espluga Sobirana; el segundo, señor del Tallat, la Espluga Jussana y Passanant—, representaban el papel de los discordantes. Nunca parecían estar de acuerdo con nada y eran capaces de encontrar defectos a todas las ideas, incluso a las más brillantes y geniales. Bueno, de hecho, el más punzante era Ramón. El otro hermano, Ponce, parecía un poco más razonable.

El conde de Barcelona tomó la palabra interrumpiendo la algarabía inicial de cada atardecer.

—Mientras preparaba esta conquista, os dije que esta ciudad no sería como Turtuixa. Ni por la duración, ni por las murallas, ni tan solo por la calidad de la soldadesca defensora.

»Son pocas las aptitudes para el mando del valí Al-Muzaffar. Algunos lo conocéis tan bien como yo. —Miró alrededor buscando miradas de

complicidad con sus palabras; candiles y velas ofrecían una deficiente iluminación y las sombras ganaban a las luces dejando a oscuras muchos rostros—. Su cobardía e ineptitud como valí de Medina Larida solo se sostenía por la fuerza de sus vecinos. Ahora, sin la protección que representaba Turtuixa, ha caído como la fruta madura.

Aquella afirmación tan rotunda provocó sorpresa en muchos de los presentes. La batalla por la conquista de Medina Larida no parecía tener un final cercano. Los cálculos más optimistas llegaban a la conclusión de que la rendición de los sarracenos se conseguiría cerca de la Navidad.

Ramón Berenguer desplegó un rollo de pergamino y lo miró como si estuviera leyendo.

—Al-Muzaffar se rinde, y pide una serie de condiciones. Señores — levantó la vista—, ¡esto ha terminado!

Todos aplaudieron, algunos con más vehemencia que otros. Entre los más indiferentes se encontraba Ramón de Cervera, que dijo:

—¿Y cuáles son esas condiciones del valí Al-Muzaffar?

Gilabert miró a Ramón de Cervera, que había hablado como lo hacía habitualmente: con arrogancia, como si con sus palabras toda la verdad saliera a la luz.

Ramón Berenguer, con el documento entre las manos, le sostuvo la mirada y le contestó:

—Quiere abandonar la península con su gente. —Y sin desviar los ojos de Ramón, repitió con voz firme—: Quiere marcharse sano y salvo.

—¡Esto es un insulto! —saltó Ramón de Cervera.

Gilabert observaba cómo el hermano de este, Ponce, se mantenía en un silencio prudente.

—Un insulto a todo hombre de bien y a toda la cristiandad —añadió Ramón mirando a los hombres del cuerpo eclesiástico y también a los miembros de la Orden del Temple, para herir su orgullo y buscar su alianza—. ¡Tal vez nadie se acuerde de la razón que nos ha traído hasta aquí! Es la lucha contra el infiel, el enemigo de Dios. Contra hombres que están más cerca de las bestias que de las enseñanzas de Cristo.

»Yo digo, señores, que no. ¡De ninguna manera! El valí tiene que entregarse. Tiene que pagar con su vida y la de los suyos para que así nadie

más vuelva a renegar de Cristo Nuestro Señor.

»Si los perdonamos, ofenderemos todo aquello que condujo al Hijo de Dios a morir en la cruz. ¡Y ningún cristiano de bien lo puede consentir! —remató, y dio un fuerte puñetazo en la mesa.

Los hombres de Iglesia y los templarios se quedaron muy quietos, como si fueran prisioneros de un hechizo invisible.

Gilabert no pudo aguantar más. No toleraba la insolencia de aquel tipo. Ni la insolencia ni los aires arrogantes que siempre le acompañaban. De hecho, las desavenencias entre los dos ya venían de lejos.

—¿Y qué decís de los inocentes que están en la ciudad y que ya no sufrirán más? ¿No pensáis en ellos? —preguntó el caballero.

—¡Bah! Moros que no merecen consideración alguna. Son como las ratas. Cuanto antes se acabe con la plaga, ¡mejor para todos!

—Son personas, ¡maldito salvaje! La mayoría son cristianos, buenos cristianos...

—Mozárabes asquerosos que se han arrodillado ante los sarracenos por cobardía. No se merecen nada, ¡ni los gusanos que se los comerán cuando mueran! ¡Y tened cuidado, señor normando! Si defendéis a los seguidores del islam, tal vez los obispos aquí presentes y el resto de cruzados os tendrán que acusar de herejía.

Gilabert levantó el mentón, disgustado. Ramón de Cervera era capaz de removerlo todo hasta más allá del límite de lo humanamente posible. Y aunque no estuvieran de acuerdo con él, los allí reunidos parecían no tener suficientes argumentos para contradecir a aquel malnacido, pensó Gilabert.

Gracias a Dios, Ramón Berenguer era conde por alguna razón; la nobleza que fluía por sus venas le otorgaba aquella inteligencia tan necesaria en la aristocracia.

—Bien, Ramón —respondió con seguridad pero sin altivez—. Todos hemos escuchado vuestras razones y se tendrán en cuenta. Pero yo he de velar por los que me acompañan y he de procurar que regresen a sus casas sanos y salvos.

Gilabert sonrió de manera abierta; era típico del conde de Barcelona darle la vuelta a una cuestión de solución compleja.

—Y la mejor manera es aceptar las condiciones, hacer de Medina

Larida...

—Los mozarabes la llaman Lleida, señor conde —interrumpió fray Arnau de Forcià, uno de los templarios, y el más joven de la sala—. Afirman que es un nombre cristiano.

Ramón Berenguer lo miró, casi divertido.

—Lleida, sí, ya había oído que la llamaban así. —El conde sonrió a Arnau en agradecimiento por su aclaración—. Decía que la mejor manera de que no haya más pérdidas de vidas cristianas es aceptar las condiciones de rendición y hacer de... Lleida —dijo mirando a Arnau— una ciudad cristiana para siempre.

Ramón Berenguer miró ahora al conde de Urgel, Ermengol. Hasta ese momento el hombre que más se había implicado en aquella pequeña cruzada era quien menos había hablado.

—Sí —dijo finalmente Ermengol con su voz envejecida—, ya es hora de que acabe la guerra. Estoy cansado de tantas luchas. No tenía los diez años cumplidos cuando mis caballeros me ayudaron a conquistar Balaguer. Por aquel entonces luchaba al lado de vuestro padre... —Miró al actual conde de Barcelona y dejó traslucir una profunda melancolía—. Ahora, con cincuenta y cuatro años, he conseguido que todo el valle del Segre sea nuestro. Me he pasado la vida luchando. Y creo que me he ganado un merecido descanso antes de que llegue mi hora. He cerrado el círculo, no hay que darle más vueltas.

Y así quedaron resueltas las deliberaciones. Se aceptaban las condiciones del valí de Lleida.

Después llegaba el momento más complicado: el reparto de tierras entre todos los que habían intervenido en la conquista. Y ahí las discusiones serían casi encarnizadas.

Gilabert y Ramón de Cervera se lanzaron una mirada fugaz; quedó bien claro que entre los dos no había espacio alguno para la amistad o el simple entendimiento.

El caballero sonrió por cómo había acabado todo. Después abandonó la reunión. Él no quería ni tierras ni beneficios. Había prestado una considerable cantidad de dinero al conde de Barcelona y no pensaba pedir su retorno.

Ese día, le había invadido una extraña melancolía y había entendido que la vida era algo más que dinero o lucha. Necesitaba respuestas y conocía dónde

podría encontrarlas.

LIBRO PRIMERO

La semilla (1150-1152).

La presencia de Dios

*Abadía de Claraval, condado de Champagne,
primavera de 1550*

Tumbado en el suelo, boca abajo, esperaba aquella transformación. Esteban se acababa de convertir en el padre Esteban. Un cambio que no solo le afectaba al nombre. Decían que el alma disfrutaba de una radical transformación: de hombre a siervo de Dios.

Esperaba ese momento mientras escuchaba al obispo recitando unas palabras que, con aquella voz uniforme y ausente de pasión, apenas oía.

Convertirse en sacerdote era una salida para muchos hombres salpicados por la miseria. Una nueva vida para aquellas almas llenas de fe necesitadas de una confirmación de su compromiso con Dios. Y también un trampolín para escalar posiciones en aquel mundo donde los individuos ambiciosos, pero de clase baja, quedaban marcados para siempre con el barro de los padres.

¿Y él? ¿Qué le había llevado hasta allí?

Ser sacerdote significaba renunciar a muchos aspectos inherentes al hecho de ser hombre; debilidades que ahora, tras la reciente ordenación, parecían haber sido superadas pero que tal vez más adelante fuesen tentaciones difíciles de vencer. O eso decían. También comentaban que era entonces cuando la fe en Cristo se afianzaba más para dominar dichas tentaciones.

No podía estar seguro. La juventud era fuerza, sí. Pero también significaba inexperiencia y dudas, muchas dudas. Y momentos de satisfacción plenamente disfrutados, pues el alma aún sucumbía ante la inocencia de los sueños y los deseos. Y aún más, una memoria para llenarla de recuerdos.

¿Por qué se había convertido en sacerdote? Era capaz de responder a esa pregunta con bonitas palabras extraídas de los textos que había estudiado. Pero ¿y en su interior? ¿Cómo justificaba el hecho de ser ordenado ministro del Señor?

Tumbado en el suelo, recordaba los tres meses transcurridos desde que había finalizado sus estudios de teología en la escuela canónica de Châtillon-sur-Seine. En ese momento le parecía estar tocando el cielo con la punta de los dedos.

Durante aquellos años, los elogios fueron una constante y eso le llenó de satisfacción. Alumno brillante y aplicado. Carácter excelente, mezcla de una verdadera humildad, una inteligencia privilegiada y una humanidad muy propia de quien estaba destinado a ser un siervo de Dios y un continuador de la obra de Jesucristo. Además, tenía el aval de Bernardo de Claraval, quien le había acogido cuando era un niño y le había educado como si fuera un hijo.

Aquel día, en la escuela canónica de Châtillon-sur-Seine, Bernardo estaba con él. Y Esteban se sentía el hombre más feliz de la tierra. No dejaba de sonreír ante cualquier consideración personal.

—Tienes un futuro muy prometedor, hijo —le dijo Bernardo de Claraval—. Desde siempre has tenido algo especial. Ahora has demostrado a Dios Nuestro Señor y a todo el mundo quién eres y qué puedes hacer. Continúa así. Este es el camino.

Fray Bernardo de Claraval era considerado el hombre del momento en toda Europa. Algunos incluso pensaban que tenía más influencia que el Santo Padre.

A sus sesenta años, ya era un hombre mayor. Su mirada continuaba siendo firme, llena de carácter y nobleza, y sobre todo de inteligencia y profundidad. Su cuerpo comenzaba a encorvarse y los pocos cabellos que le quedaban, a resultas de la tonsura y la calvicie natural, eran totalmente blancos. También la piel de las mejillas le colgaba reseca y arrugada. Delgado por naturaleza, su aspecto era el de un anciano enjuto.

Bernardo de Claraval era un hombre de mundo. Sus andares nerviosos y decididos le habían conducido por infinidad de caminos. Había reformado la orden monástica cisterciense frente al acomodo de los benedictinos cluniacenses. Fue secretario durante el Concilio de Troyes, donde consiguió que se reconociera la Orden del Temple, y se convirtió en una figura respetada e influyente: decisivo en determinados conflictos políticos, defensor de los derechos de la Iglesia contra el poder laico, consejero de papas y reyes. Y, recientemente, uno de los impulsores de la desgraciada cruzada de 1146.

Un hombre a quien, con toda seguridad, el futuro le otorgaría un merecido reconocimiento.

Huérfano a edad temprana, Esteban fue acogido por Bernardo y criado por los monjes de la Orden del Císter del monasterio de Claraval. Bernardo, siempre que regresaba de sus largos viajes, le atendía como si fuera el padre que nunca conoció el pequeño Esteban. Recibía su estima y sus enseñanzas como el bebé la leche materna: el alimento que hacía crecer su alma cristiana.

Además, Bernardo le había facilitado el ingreso en la escuela canónica de Châtillon-sur-Seine cuando finalizó los estudios de Artes Liberales en la abadía de Claraval. Era una de las escuelas más prestigiosas de Europa en aquellos tiempos; el propio Bernardo estudió allí en su juventud.

Esteban había trabajado mucho. Apartándose de cualquier distracción mundana, sus aptitudes le permitieron completar sus estudios en tres años, en lugar de los cuatro habituales. Bernardo solo había recibido elogios de aquel brillante y aplicado alumno, y todo indicaba que sería un futuro hombre de Dios de gran valor.

En Châtillon-sur-Seine, Bernardo de Claraval estaba muy bien considerado.

—Desearíamos que Esteban se quedara aquí, con nosotros —le dijo el abad del monasterio de Châtillon-sur-Seine, el padre Arnault, a Bernardo, como mentor de Esteban—. Alguien con sus cualidades seguro que desarrollaría un trabajo extraordinario entre nosotros.

—La decisión es suya. —Bernardo miró al joven, obligándole a responder.

Esteban, tímido por edad y por carácter, tenía dificultades para encontrar las palabras adecuadas sin molestar al abad Arnault ni defraudar a Bernardo

de Ciar a val.

—Me dispensáis un gran honor, padre Arnault. Aquí me habéis enseñado muy bien y siempre os tendré en mis plegarias. Pero... —miró a Bernardo— ... pero siempre he querido formar parte de la Orden del Císter.

De forma inquisitiva, pero casi inapreciable, Esteban miró a su padre. Quería saber qué pensaba él de aquella decisión.

—Siempre lo ha tenido muy claro —dijo el abad de Claraval al rector—, desde que era un niño. Y a pesar de la buena educación que le habéis otorgado, continúa pensando igual. Seguro que Dios Nuestro Señor le tiene reservado un destino. Los caminos del Señor son inescrutables.

Aquella última frase siempre lo sentenciaba todo y cortaba cualquier intento de réplica a quien la había pronunciado.

—Bien, en cualquier caso —respondió el abad Arnault, resignado a la voluntad del Altísimo—, aquí siempre será bienvenido.

Esteban no dejaba de mirar a Bernardo. Quería saber si, con aquella decisión, se sentía orgulloso de él.



Tres semanas más tarde, aquel estudiante tan brillante se convirtió en el padre Esteban. El lugar que eligió el interesado fue la abadía de Claraval. Hasta allí se había desplazado el obispo de Troyes a petición de Bernardo. La ceremonia de ordenación fue sencilla pero cargada de simbolismo y especialmente emotiva.

En un momento clave de la ceremonia, mientras estaba tumbado en el suelo boca abajo, Esteban se sintió el centro del mundo, como si todos lo miraran en un éxtasis de contemplación.

Sus maestros de teología le habían comentado que así sería.

—Es el dedo de Dios, que te señala como uno de sus siervos. Después te sentirás henchido por su luz y serás un hombre nuevo.

Pero aquellos minutos estuvieron llenos de reflexiones íntimas que iban más allá del hecho de convertirse en sacerdote. Y más allá de la propia fe e, incluso, de Dios Nuestro Señor. Dudas, certezas, verdades, dogmas transformados. Todo se arremolinaba en su cabeza.

Al ponerse de pie, había dejado de ser hombre y había pasado a ser siervo de Dios. Y tendría que sentirse como tal, pero las contradicciones eran muy intensas.

Al terminar la ceremonia, las felicitaciones le hicieron sonreír repetidamente, ya que se sentía muy agradecido por todos aquellos años.

No podía apartar la mirada de Bernardo de Claraval, quien no dejaba de hablar con todo el mundo, sobre todo con el obispo, y apenas le hizo el menor caso.



La corteza de aquel álamo ejercía una atracción sobre él que solo podía ser obra de Dios. El árbol era inmenso, con un tronco grueso, retorcido y rugoso, fruto de años de empujar hacia el cielo. Y las ramas más jóvenes buscaban año tras año de manera ufana y alegre rascar el cielo para recibir la caricia del Altísimo.

Dios.

El padre Esteban tocó la corteza de aquel gigante con la esperanza de obtener un contacto directo con Nuestro Señor Jesucristo.

Nada.

La misma percepción de vacío. Aquella incómoda sensación que atemorizaba su alma. A pesar de haber sido ordenado sacerdote unas horas antes, no notaba la presencia de Dios; aquel sentimiento que, según explicaban los recién ordenados, se experimentaba al convertirse en ministro del Señor.

Vacío como una cáscara de nuez.

Y aquello no podía hablarlo con nadie, pues estaba convencido de que nadie lo entendería; o, al menos, no de la manera en que él lo necesitaba.

Esteban siempre había querido ser monje presbítero. Pero más allá de la vocación o la experiencia de sentir a Dios —carecía de los condicionantes habituales de todo buen siervo del Señor—, él quería seguir los pasos de quien había sido más que un mentor, e incluso más que un padre: Bernardo de Claraval.

Admiraba tanto a aquel hombre que se había jurado a sí mismo no defraudarlo nunca. Haría cuanto estuviera en su mano, y más incluso, para

devolverle el amor recibido en forma de orgullo paterno.

Esteban tenía claro que Dios y su hijo Jesucristo eran el centro del mundo. Pero Bernardo de Claraval ocupaba su alma y habría dado su vida por él.

Hombre de Dios.

Eso fue lo que respondió Esteban al iniciar sus estudios superiores cuando uno de sus maestros le preguntó por su futuro, una vez completados dichos estudios.

Más allá de qué fórmula de ordenación eligiera, el joven estudiante quería continuar la obra de su padre terrenal. En aquellos momentos, pertenecer al clero regular o secular le era indiferente. Solo pensaba en acompañar a Bernardo de Claraval por todo el mundo buscando hacer el bien entre los hombres.

Después tuvo claro que quería ser monje cisterciense. La regla de san Benito corría el riesgo de desvirtuarse debido a la relajación de los monjes negros: los benedictinos del monasterio de Cluny. Y, como el propio Bernardo hacía, también quería extender por doquier la pureza de la regla de san Benito y la «estricta observancia».

Pero era una fe falsa, fruto de su amor hacia el hombre que lo había tratado como a un hijo y a quien admiraba como ser humano. No era una fe derivada de la presencia de Dios en su interior, como correspondía a todo ministro de la Iglesia.

Allí, en Clara val, junto a aquel viejo álamo se sentía en casa y seguro. A pesar de los años vividos fuera, el árbol se mantenía igual y no había sido capaz de hallar ninguna diferencia notable.

No sabía el motivo, pero allí, junto a las profundas arrugas de la corteza, sentía que formaba parte de algo. Como si fuera una rama o la hoja más pequeña e insignificante, no se veía como un ser humano aislado y perdido en un mundo que no le daba respuestas a todas sus preguntas. Y no se trataba de la presencia de Dios. Era el alma de aquel árbol centenario que acariciaba la suya.

Esa sensación le incomodaba; casi había apagado el sentimiento de euforia de los días anteriores, tanto cuando acabó sus estudios como ahora que había sido ordenado sacerdote.

Aquello era casi paganismo.

Naturalmente, no era el paganismo politeísta de los antiguos romanos y los griegos. Era como si en él renaciera un concepto religioso ancestral y casi olvidado. Aún eran muchas las ocasiones en las que la gente sencilla, a escondidas de la Iglesia, veneraba elementos de la naturaleza; como una montaña, un lago, una roca e, incluso, un árbol. La gente buscaba el ánimo perdido en todo aquello que pudiera ser de ayuda; más allá de dogmas o reglas religiosas.

No, él no se consideraba un pagano. Seguía las enseñanzas de Cristo con la máxima rectitud. Con la excepción de aquel viejo álamo, que le transmitía algo difícil de explicar a alguien más ortodoxo con la fe cristiana.

Pero le faltaba la presencia de Dios. Y eso le atemorizaba.

¿Y si alguna vez Bernardo de Claraval descubría aquella carencia?

Seguro que se sentiría defraudado. Tal vez podría llegar a perdonarlo, pero ya nada sería igual entre ellos dos. Como si fuera una jarra de aceite rota y vuelta a unir con grapas de cobre, la fisura siempre sería visible. No quería que se rompiera la relación con su padre y por eso escondía aquel secreto en la solitud de su corazón.

Quería ver a Bernardo feliz y orgulloso, como el día anterior durante la ceremonia de ordenación. En aquellos momentos, los ojos de Bernardo brillaban de una manera especial; su pequeño, al que había salvado de una muerte segura, se había convertido en un hombre de Dios.

—¡Ah! Estás aquí. —La voz de Bernardo de Claraval le hizo darse la vuelta—. Supongo que estás asimilando la ordenación; a algunos les cuesta unos días y a otros, incluso semanas. Recibir el espíritu del Señor no es nada fácil para los hombres sencillos.

El padre Esteban le sonrió de manera poco sincera, en un claro intento de darle la razón. Y Bernardo se quedó mirándole durante unos largos instantes en silencio, como si pudiera leer las culpas que escondía su alma.

—Tenemos que hablar, Esteban —dijo finalmente en un tono serio y grave. El presbítero recién ordenado asintió.

Bernardo no dejaba de escrutarlo con una mirada casi sin párpados.

Esteban, nervioso, intentó buscar una salida.

—¿Adónde hemos de ir, padre? Ya estoy a punto de seguiros en vuestra divina misión.

Bernardo seguía en el más absoluto silencio. Y no dejaba de mirarle mientras Esteban esperaba su respuesta.

Finalmente, Bernardo respondió.

—De esto quería hablarte, Esteban. —Los ojos del anciano parpadearon nerviosos, pero no se desviaron de él—. La cruzada tiene que continuar. La derrota militar no ha de esconder que la razón principal aún se mantiene vigente: el condado de Edesa aún está bajo el yugo del infiel. Y esto representa una grave ofensa a ojos de Dios y de cualquier cristiano de buena fe.

Esteban lo miraba intentando adivinar adonde quería ir a parar. Él no necesitaba que lo convenciera, ya lo estaba. Bernardo actuaba como si hablara delante de una multitud, como hacía a menudo. El joven sacerdote esperaba ser algún día tan buen orador como lo era su padre.

Tal y como ordenaba el apartado 52 del capítulo IV de la regla de san Benito —«no ser amigo de hablar mucho»—, Esteban esperó en riguroso silencio, sin intención alguna de interrumpir a su padre.

—Volveré al centro de Europa para predicar una nueva expedición a Tierra Santa. Y es aquí donde entras tú.

A Esteban el corazón le palpitaba con fuerza, era el momento que siempre había esperado: ir con Bernardo de Claraval por toda la faz de la tierra a predicar la palabra de Cristo.

—Necesito que vayas a la abadía de Fontfroide, Esteban.

¿Fontfroide? ¿A Narbona? ¿Y qué se le había perdido tan al sur? Era una abadía que se levantó muchos años atrás como un monasterio benedictino. Y hacía solo cinco años que se había convertido en cisterciense.

Bernardo, viendo el estupor en la cara su hijo, se explicó mejor.

—No confío en el abad Sancho. O, mejor dicho, estaré mucho más tranquilo si estás allí, velando por que las ordenanzas de la regla se cumplan dentro de la ortodoxia que se merece nuestra sagrada misión.

Esteban aún no había dicho nada, pero le costaba mantenerle la mirada a su padre e intentaba evitarla buscando algún punto más allá de Bernardo.

—Soy consciente, Esteban, hijo —pronunció esta última palabra con cierta dulzura, como si quisiera calmar el alma rebelde del joven—, de que para ti es difícil de entender, pero necesito que confíes en mí. Servimos a Dios por

encima de todo, e incluso de nosotros mismos.

Silencio, como mandaba la regla.

—Me gustaría saber qué piensas —dijo Bernardo, quien, naturalmente, también conocía la recta obediencia de Esteban y por eso le otorgó permiso para hablar.

El joven tenía la boca reseca y no consiguió humedecerse los labios, también resecos. Finalmente, habló.

—Mi deseo era servirlos, padre; siempre he deseado esto. —Bernardo lo miraba serio, fijamente, como si buscara algo más allá de los ojos del joven, incluso más allá de las palabras—. Siempre habéis estado fuera, y ahora que soy presbítero pensaba que podría seguir vuestro camino, a vuestro lado.

Bernardo abrió los brazos y lo cogió por los hombros.

—Hay algo más, Esteban. En tu interior se clava una espina que te hiere el alma y has de expulsarla o te hundirá. Recuerda lo que te he dicho siempre: la culpa no está en el sentimiento, sino en el consentimiento. Sentir es la consecuencia directa de ser hijos de Dios. Pero consentir ciertos sentimientos es algo propio de hombres salvajes.

Aquel hombre parecía estar tocado por la mano de Dios, pues podía leer sus pensamientos más privados, y Esteban no sabía cómo salir indemne. Si le contaba la verdad, tal vez incluso le excomulgara para siempre y Dios no le acogería en su seno —ni al lado de Bernardo— cuando le llegase la hora.

—Habla, hijo. Sabes que el desconocimiento propio genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación.

¿Desconocimiento de Dios? ¿Qué sabía Bernardo?

Esteban sentía que el sudor le recorría la espalda. Y tenía los labios cada vez más resecos. No sabía dónde mirar y sus ojos se movían, casi presos de la locura, buscando algo que le ayudara a soportar aquel momento.

Intentó hablar, pero la voz se negaba a salir. El secreto que le martirizaba luchaba con toda la fuerza de que era capaz contra el escrutinio de aquel hombre tocado por la mano de Dios. No hablaría a su padre a través del secreto de confesión; sería algo despreciable actuar así. Bernardo siempre le había tratado con transparencia y bondad.

—Aún no has sentido la presencia de Dios y eso te atemoriza, ¿verdad, hijo?

Esteban lo miró con los ojos abiertos y redondos como un par de naranjas.
—¿Cómo... cómo sabéis eso, padre?

Bernardo sonrió ligeramente y quiso darle seguridad a Esteban. Sin dejar de agarrarlo por los hombros, lo abrazó con fuerza.

El corazón del joven recibió aquella demostración de amor paternal con un gran alivio. Y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

Allí, cerca de aquel árbol centenario y abrazado a su padre, expulsó toda la miseria que le estaba haciendo sufrir. Y se sintió renovado por dentro, como si cada lágrima limpiara y se llevara la suciedad que empañaba aquel espíritu joven y lleno de vida.

Después, más calmado, consiguió explicarse.

—¡No he sentido la presencia de Dios, padre! Siento el alma vacía de su calor, pero por mucho que lo intente...

—El infierno está repleto de buenas intenciones, hijo, y también de buenas voluntades y deseos. Pero hay que ir más allá de las intenciones.

—¿Qué tengo que hacer, pues? ¿Darme por vencido sin luchar?

—No, sabes que la muerte nos espera en cualquier rincón. Pero si somos prudentes y luchamos, seremos nosotros quienes la haremos esperar.

Bernardo no apartaba sus ojos de él, como si Esteban fuera lo más importante en ese momento.

—Ven, caminaremos un poco, hijo; nos irá bien a ambos.

Salieron del recinto del monasterio.

La abadía estaba situada en un valle, flanqueado por dos pequeñas cordilleras cubiertas por un espeso manto de bosque. Robles, encinas, álamos y sauces convivían en libertad llenando ambas crestas sin dejar casi espacio para nada más; como si aquel fuera un territorio vedado a cualquier especie, animal o humana. Con aquel silencio, solo rasgado por el viento al acariciar las ramas o por algunos valientes pájaros, el bosque señoreaba aquellas tierras con mano firme pero sin pedir nada más allá del ciclo vital propio de la naturaleza.

Un bosque respetado por los monjes desde que se asentaron allí. Como si el pacto entre el hombre y el árbol hermanase a ambas entidades biológicas.

En silencio, Bernardo y Esteban se encaminaron por el límite del bosque, paseando por los espacios abiertos y desnudos de aquella espesa arboleda.

Durante media hora el silencio fue casi absoluto, únicamente roto por la puntual piada de algún pájaro atolondrado.

Llegaron hasta una cresta suave y desnuda de vegetación, donde Bernardo se sentó en un tronco caído de un viejo álamo que no había resistido un vendaval otoñal. Esteban se sentó a la vera de su padre.

—Siempre me ha gustado este sitio, Esteban. La paz es absoluta. El silencio aún es más cerrado que en las cercanías del bosque y las palabras del Señor son más fáciles de escuchar.

Esteban no sabía hacia dónde mirar. El gris tan habitual del cielo del condado de Champagne se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. Las nubes no eran más densas que otros días, ni amenazaba lluvia. Un viento tímido, ni siquiera llegaba a la gracia de una majestuosa brisa, los acariciaba con ternura.

Y el joven aún estaba nervioso. ¿Qué quería realmente Bernardo?

—Aunque muchas veces no seamos capaces de escuchar su voz —continuó el veterano monje—, eso no significa que merezcamos castigo alguno.

»Cuando llegaste a mí, apenas habías empezado a andar. Tengo poca experiencia con los niños y casi no tenías un año de vida. Lo más sorprendente en ti fue la rapidez con la que comenzaste a hablar.

»Según tengo entendido, hay niños que aprenden muy rápido y a otros les cuesta más. Pero todos acaban hablando; exceptuando, claro, los que sufren alguna enfermedad o carecen de esta capacidad.

»Del mismo modo ocurre con el momento de sentir la presencia de Dios. Algunos la sienten muy pronto y a otros, en cambio, les cuesta más, pero los buenos cristianos son bendecidos con este regalo tarde o temprano.

Esteban ahora lo miraba con más confianza. Más que la excomunión o el castigo, había tenido miedo de defraudarlo, mucho miedo.

—No sufras por esta razón. Ya te llegará. Dios Nuestro Señor tiene una misión importante para ti, lo sé. Eres un hombre lleno de virtudes y, además, posees la más valiosa: la humildad. Eso te convertirá en alguien grande, digno del hábito que vistes y digno del amor que Dios te profesa. Haz vida normal y no sufras por esto. Pero estate atento a las señales, pues un día recibirás su llamada.

—¿Y... cuáles son esas señales?

El ánimo nervioso del joven le hizo perder el respeto por el silencio. Pero Bernardo no se lo tuvo en cuenta.

—En cada sitio en el que estés, observa a tu alrededor. Un árbol, una piedra. Un pájaro. Una nube. Todo es obra de Dios y, por tanto, todo es susceptible de ser utilizado como un mensaje. Cuando recibas su llamada, lo sabrás. Será entonces cuando habrás de ser valiente y aceptar el destino que ha reservado para ti. Eso sí —ahora la voz de Bernardo adoptó un tono mucho más serio—, en ese momento nada de dudas ni miedos. Tu deber como cristiano y ahora como presbítero es estar a su servicio más allá de cualquier disputa interna. Eres una criatura de Dios, Esteban, y tendrás que cumplir su voluntad. Bien sabes cómo tuvo que sufrir Jesucristo para traer la paz a los hombres. Nosotros debemos seguir su ejemplo.

—¿Y puedo tardar mucho en recibir su llamada?

—Solo el Señor conoce esa respuesta. Paciencia, hijo, paciencia. Ya te llegará. Pero si quieres un consejo de hombre viejo, no le digas a nadie que aún no has recibido la llamada. Los hombres somos criaturas de Dios, pero la sombra del demonio es alargada.

El abad Sancho

*Abadía de Fontfroide, cerca de Narbona,
verano de 1150*

El sur era mucho más cálido. Resultaba tan evidente que era preferible no decirlo en voz alta si uno no quería ser tratado como un idiota.

¡Pero hacía tanto calor!

Acostumbrado a los veranos de las latitudes más septentrionales, Esteban sufría aquel calor como si viviera en un horno de pan. Le costaba incluso respirar. Gracias a Dios, las noches eran más soportables y podía dormir bien, algo imprescindible tras una agotadora jornada bajo aquel calor infernal.

Esteban llegó a la abadía de Fontfroide cuando el sol estaba emergiendo por el horizonte: era una forma de evitar el calor del mediodía. Y se quedó extasiado, tal vez debido a que el sol impactaba sobre el monasterio.

Aunque había visto diversos monasterios a lo largo de su corta vida, aquel era distinto. A pesar de que aún estuviera a medio construir, ya se adivinaba cómo serían las edificaciones. La iglesia, el claustro y el resto de las dependencias aún estaban lejos de poder ser consideradas como tales, pues eran de madera o estaban construidas con materiales muy precarios y provisionales.

El edificio que mostraba mayor solidez era una pequeña ermita muy

sencilla: la habían levantado con piedras recogidas en las cercanías y encajadas en seco o, todo lo más, con barro. Casi parecía una cabaña, pero el minúsculo campanario en la espadaña, justo encima de la puerta de entrada, y con una única abertura de donde colgaba una campana, daba fe de que aquel edificio era sagrado.

Pero quedaba bien claro, por las dimensiones del monasterio, que sería tan grande como el resto de los recintos cistercienses.

Y por doquier se veía gente trabajando. Como si el mundo fuera a acabarse, monjes, hermanos laicos y seglares u oblatos se afanaban en construir la iglesia principal; era el edificio donde había más actividad. Curiosamente, habían empezado por la nave central —cuando lo habitual era que el ábside y la zona del altar se levantaran en primer lugar—. Los cimientos ya estaban hechos y se vislumbraba la planta de la futura iglesia, pero los muros de la nave eran bastante altos y los arcos de medio punto estaban listos para soportar la carga de la bóveda que la cubriría.

Los andamios tapaban gran parte de las paredes y por doquier se veían operarios concentrados en sus tareas.

Seguro que ese mismo día él ya trabajaría con los demás.

Pero la impresión que recibió el padre Esteban al ver todo aquello le robó el alma para siempre. Era como construir un mundo nuevo. Volver a comenzar de cero. Como volver a nacer pero buscando la pureza, la ausencia del pecado original. La perfección. El mundo ideal.

Se quedó allí de pie, absorto, mientras el resto de la caravana se dispersaba por el monasterio. Después se despertó: había trabajo que hacer y ya tendría tiempo de contemplarlo todo con más calma.

Lo primero era ver al abad.

Tras preguntar a diversos monjes y laicos, lo encontró más allá de las obras, cerca de la pequeña ermita. El abad hablaba con otro monje mientras estudiaban unos planos extendidos sobre una plataforma de madera.

—¿Abad Sancho? —preguntó el padre Esteban con cierta timidez.

El aludido levantó la vista hacia él. Era un hombre robusto y alto, de algo más de cuarenta años, con unos ojos grandes y oscuros que le interrogaban sin decir nada.

—Soy el padre Esteban. Vengo de Claraval, de parte del abad Bernardo.

Sancho tardó unos instantes en reaccionar, pero por la expresión de sus ojos Esteban tuvo claro que su presencia no lo llenaba de júbilo.

—Ahora no puedo atenderte, pero ve a la zona norte y pregunta por Arnault; le ayudas en lo que haga falta. Después hablaré contigo.

Zona norte. Arnault.

Sin decir nada, fue en busca de aquel hombre.

La zona norte era un espacio sin obras. Allí se habían instalado los corrales y los almacenes con los víveres que alimentaban a toda la gente que albergaba la comunidad del monasterio.

Preguntando, llegó hasta Arnault. Era un hombre sin el hábito de monje y bizco de ambos ojos; uno nunca podía estar seguro de quién era el destinatario de su mirada. No tenía el rostro afeitado, pero su barba era muy clara allí donde tenía pelo —bajo la nariz y en la barbilla—, y más allá de los maxilares y hasta las orejas apenas tenía vello. En conjunto, su aspecto era poco agradable. Y despedía un fuerte olor a estiércol, que hizo fruncir la nariz a Esteban.

—Vengo de parte del abad para ayudarte.

Arnault tardó unos instantes en entender lo que le decía; incluso parecía algo retrasado.

Después sonrió, satisfecho.

—Sí, necesito mucha ayuda. Ven, ven. ¡Trabajaremos mucho!

Mientras lo seguía, Arnault no paraba de repetir las mismas frases cortas. Incluso combinaba palabras entre unas y otras.

—Necesito mucho trabajo. Ayuda, mucha ayuda.

Lo condujo hasta el corral donde criaban a los cerdos. Allí, con un hedor que destrozaba las fosas nasales, se puso a trabajar. Mientras daba de comer a los marranos, Arnault no paraba de sonreír, contento de tener a alguien que le ayudara.



No fue hasta tres días después que el abad hizo llamar a Esteban para hablar con él.

Naturalmente, en aquellas tres primeras jornadas lo vio en las comidas,

durante la oración, en la lectura diaria del capítulo de la regla de san Benito y en aquellos actos donde se reunían todos los monjes. Pero no le dijo nada. En un par de ocasiones se cruzaron las miradas y el abad no la aguantó más allá de unos segundos.

Cuando acudió a su encuentro, Esteban, que llevaba la túnica gris de faena, iba manchado de estiércol hasta las rodillas; había tenido que entrar en el corral pues un cerdito se había quedado atrapado bajo una marrana muy corpulenta.

El abad lo recibió en una cabaña de troncos con techo de cubierta vegetal, donde habitualmente celebraban la lectura del capítulo de la regla y donde el rector del monasterio despachaba los asuntos con todo el grupo.

Al verlo entrar y notar el hedor, el abad frunció la nariz y le hizo un desagradable mohín. Pero en momento alguno se disculpó por los tres días que había tardado en llamarlo ni por el trabajo que le había encomendado. Tampoco el padre Esteban se quejó.

—Me dice Arnault que eres muy trabajador. Y que tienes buena maña con los cerdos.

Esteban no dijo nada. Pero seguro que las palabras de su jefe de corral no habían pasado de diversos monosílabos; los afirmativos y los negativos, los más abundantes.

—Bernardo, en su carta, habla muy bien de ti. ¿Tal vez sois parientes?

—No, no somos parientes de sangre. —La respuesta no era ninguna mentira, pero no diría la verdad. Le había quedado bien claro que el abad Sancho y Bernardo de Claraval, también abad, no cultivaban una amistad profunda y sincera.

Visiblemente disgustado, el abad giró la cabeza.

—Tenemos que avanzar en la obra. La iglesia necesita todos los brazos disponibles. —Le hablaba como si el padre Esteban se hubiera desentendido de aquel trabajo de manera voluntaria; casi culpándolo por su ausencia—. Si te gustan los cerdos, vas a tener que aguantarte. La obra de Dios es primordial.

El padre Esteban recibió aquellas palabras con estoicismo. El silencio, como tantas veces le había dicho Bernardo, siempre es un aliado formidable.

—Ahora, sin perder un instante, te pondrás a las órdenes del padre Geraud. Venga, ¡deprisa!

Sin decirle nada, Esteban cumplió la orden de su nuevo jefe espiritual.

Trabajo y silencio, dos de las premisas básicas de los monjes cistercienses.

La hija del señor

La Espluga Jussana, verano de 1150

El viaje hasta la Espluga de Francolí había sido horrible. Largo, interminable, con días de incesante lluvia y un par de vendavales tan fuertes que casi vuelcan los carros. Ni las lonas que cubrían los vehículos fueron capaces de impedir la entrada de tierra arrastrada por aquellos malos aires.

Gaya lucía disgusto por todo.

Pero su enfado venía de lejos, no era solo a consecuencia de aquel viaje.

Y los culpables de todo viajaban con ella. De hecho, eran su familia.

Los hermanos y señores de Cervera, Ponce y Ramón, iban hacia el sur con su gente y buena parte del ejército que les había acompañado en la lucha contra los sarracenos en Turtuixa y Lleida. También viajaban con ellos los familiares de la tropa.

Aunque aún quedaban los reductos sarracenos en Siurana y Miravet, la reciente conquista de aquellas dos grandes ciudades abría las puertas a un territorio casi virgen o, al menos, bastante despoblado. Y toda aquella gente viajaba hasta las tierras arrancadas al infiel con la intención de poblarlas y convertirlas en productivas.

Gaya, como hija de Ponce, uno de los dos señores absolutos que

comandaban la expedición, desde el inicio se había opuesto al viaje. A ellos, la gente noble y con la sangre pura de la aristocracia que dirigía los destinos de los condados del norte, no se les había perdido nada tan al sur. Esas eran tierras de salvajes, arrancadas a golpe de espada a gente salvaje y regadas con la sangre de buenos cristianos muertos a manos de salvajes infieles.

Ella consideraba que tenía que vivir en una gran ciudad como Barcelona, moverse por los elegantes pasillos de un palacio, como mínimo, y tener a su servicio criados acordes a su categoría.

Aquello era indignante y vergonzoso.

Gaya estaba prometida con Ramón de Torroja, tres años más joven que ella, y que en aquel momento estaba retenido en Génova hasta que el conde de Barcelona hiciera efectivo el pago de dieciséis mil morabetines que había prometido a los genoveses por la ayuda prestada durante la conquista de Turtuixa. Se esperaba un rápido desenlace de aquel episodio que, por otro lado, era bastante habitual en esos tiempos.

Después la joven pareja se casaría.

La hija del señor de Cervera esperaba que aquella estancia en el sur fuera breve. A su edad, dieciocho años, ya tendría que estar casada y con hijos, ser señora de los dominios de los Torroja y actuar como tal.

Su enfado aumentaba a cada paso que daban por aquel territorio dejado de la mano de Dios. Se sentía como prisionera, encarcelada por su propia familia, en un interminable pasillo sin salida.

Se habían detenido a pasar la noche en un lugar llamado Belltall, una de las posesiones de su tío Ramón; su padre, Ponce, también tenía allí algunos derechos.

Por la mañana, al amanecer, la comitiva se puso en marcha. Aún adormilada, Gaya comenzó a despertarse cuando, al cabo de muy poco rato, la caravana se detuvo.

Ponce abrió la lona del carro donde viajaban las mujeres nobles y las hicieron bajar a todas. Allí estaban Almodis, la mujer de Ponce y madre de Gaya —era hermana del conde de Barcelona, Ramón Berenguer—; Ponceta, la esposa de Ramón de Cervera; Algabursa, la hermana pequeña de Gaya; y Elisenda y Berenguera, primas de Gaya e hijas de Ramón de Cervera.

La mañana era fresca pero la previsión era que el día acabase siendo

tórrido y plenamente veraniego.

La caravana de los Cervera se había detenido en el límite de una cordillera de dimensiones bastante generosas. Ponce las guio hasta el extremo de un peligroso barrancar; allí el precipicio caía en vertical hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

Pero la panorámica era espectacular.

Un amplio valle se abría a lo ancho como quien abre unas puertas infinitas. Al otro lado, justo enfrente, otra cordillera delimitaba el valle y lo aprisionaba por los costados obligándole a escaparse hacia delante y hacia atrás.

El valle no era totalmente llano ni mostraba una regularidad continua. Las ondulaciones eran constantes, con colinas generosas y otras más atenuadas. Los tonos verde oscuro mostraban los lugares donde el bosque era predominante. Los marrones, pardos y amarillos, muy escasos, indicaban zonas con poca vegetación o algún labrantío esporádico.

Desde aquella posición no se podían ver los ríos. O no había ninguno, o tenían un caudal tan pequeño que la vista no era capaz de distinguirlos.

—¿Queda muy lejos el mar? —preguntó Almodis, la madre de Gaya, una mujer nacida y criada en Barcelona, junto al mar Mediterráneo.

—Más allá de la otra cordillera —contestó su marido, Ponce, señalando un punto donde las lejanas montañas perdían parte de su magnífica altura—. Si el día fuera más claro e hiciera viento, se podría ver desde aquí. De hecho, a aquella cordillera la llaman Miramar porque desde allí se ve la costa.

Gaya solo había visto el mar en un par de ocasiones, cuando visitó Barcelona. La fascinación de su madre por aquella infinita capa de agua también le había llegado a ella. La joven se puso de puntillas y miró más allá, intentando ver alguna cosa.

Nada. Se veían más montañas.

Frunció las cejas con fuerza, enojada.

El mar, para Gaya, era sinónimo de nobleza. «Si madre lo piensa, seguro que es así», se dijo la joven.

La muchacha no era precisamente devota de la opinión de su madre. De hecho, ambas desplegaban un carácter fuerte y difícil de controlar. Y las discusiones entre ellas eran frecuentes. Pero Gaya era hija de la hermana del

conde de Barcelona, el hombre que dirigía los destinos de todas las gentes de las tierras catalanas. Ella quería ser digna de aquel líquido azul que circulaba por sus venas y su madre era un buen espejo en el que reflejarse.

—En aquella dirección está la Espluga —señaló Ponce con el índice, a la derecha de donde se allanaban las montañas y desde donde en días de viento podía verse el mar—. Hoy, si todo va bien, comeremos en el castillo.

El último tramo del trayecto, Gaya estuvo entretenida. Visualizaba el castillo que había mencionado su padre. Imaginaba unas murallas altas y gruesas; soldados engalanados con metales bruñidos y ropas limpias, vigilantes en todo el recinto amurallado y también en las torres; un palacio interior lujoso y con unas estancias llenas de tapices y buenos muebles diseminados por doquier; un ejército de sirvientes, siempre dispuestos a satisfacer todas sus necesidades y deseos. Se imaginaba saliendo a un magnífico balcón y a toda la gente sencilla reunida a sus pies, en una plaza amplia y empedrada.

A sus dieciocho años, y sin estar casada, podía permitirse el lujo de actuar y pensar como si tuviera catorce. Después, casada y con hijos, tendría que hacerlo como una mujer de su edad y su época. Ya estaba cansada de estar soltera.

El sol estaba en lo alto. Gaya viajaba sentada en un extremo del carro y solo tenía que asomarse para ver más allá de la lona. De pronto, notó que la caravana se detenía. La joven vio que su hermana y sus primas también estaban nerviosas; en cambio, las dos madres no mostraban ningún signo de inquietud.

—¡Ya podéis bajar, mujeres!

Era la voz dura y enérgica de Ramón de Cervera, un hombre muy distinto a su padre, pese a ser hermanos. Alguien retiró la lona que cubría la salida del carro y las ocupantes descendieron.

—El puente que cruza el río —explicó el tío Ramón— es inseguro. Ya hemos llegado, los últimos pasos los haremos a pie.

El día se confirmó como despejado y muy caluroso, y a aquella hora el bochorno era insoportable.

Delante de ella, Gaya vio un puente de madera muy viejo. Las vigas que se extendían de una ribera a la otra parecían aguantar bien, pero las traviesas,

situadas en paralelo sobre el río, se veían bastante inestables. El río no era nada del otro mundo. El agua bajaba viva y alegre, limpia, pero con un caudal más bien discreto.

Cruzaron despacio aquel ruinoso puente y Gaya miró más allá.

Una maltrecha torre circular se levantaba en un altozano a una milla o menos del río. El edificio defensivo se sostenía de milagro; Gaya estaba convencida de que un fuerte vendaval o una lluvia intensa podrían derribarlo. Alrededor, unas cabañas de barro con la techumbre vegetal parecían buscar enaltecer la piedra de la torre circular. Unos cuantos campesinos salieron a recibirlos; iban sucios y se les veía delgados y famélicos.

Gaya soltó un mohín de asco.

¿Qué se les había perdido en aquel rincón de mundo? ¿Y esto había de servir —como decían tan a menudo su padre y su tío— para enaltecer la casa Cervera?

Los hermanos se habían vuelto locos o alguien les tomaba el pelo.

¡Ella no se merecía aquella familia! Estaba convencida de que cuando fuera señora de Torroja nunca iría a visitarlos. No querría verlos nunca más. ¡Nunca más!

Volvió a mirar aquel altozano y la ruina a la que llamaban pueblo.

Seguro que el invierno era crudo y frío, intenso y casi mortal. Por esa razón había tan poca gente y ofrecía aquel aspecto tan lamentable. De aquello no podía salir nada bueno.

Gaya, enfadada a más no poder, miró a su madre. Esta desvió la mirada, levantó ligeramente el mentón y, muy seria, siguió caminando en la dirección marcada por los hombres. El resto de la caravana, ya todos a pie, siguió a sus señores.

Madre e hija ya habían tenido aquella discusión en repetidas ocasiones. Volver sobre lo mismo, en aquel momento, no solucionaría nada pues ninguna daría la razón a la otra.

Gaya miró atrás.

Entre todos, los recién llegados suponían un extenso gentío. Un montón de carros llenos de sacos de simiente y víveres. Hombres de armas. Gente sencilla. Y rebaños de cerdos, cabras y corderos. También gallinas y conejos. Y caballos, asnos, mulas y bueyes.

Gaya no quiso quedarse atrás y siguió a su madre y a las otras mujeres, quienes también habían comenzado a caminar.

¡Aquello era un despropósito! ¿Es que nadie se daba cuenta de aquel desastre? ¿Qué pintaban los Cervera —una de las familias más nobles del territorio catalán y emparentada con la casa de los condes de Barcelona— en un lugar como aquel?

Llegaron al pie del altozano, donde este adquiría el verdadero sentido de lo que era. A partir de ahí, el camino era una larga cuesta hacia arriba. Pero Gaya observó a su derecha, muy cerca de la senda, una fuente de agua. Un minúsculo chorro, no más ancho de dos dedos, salpicaba el suelo desde una altura de cuatro palmos. La pared mostraba signos de humedad debido a otras vías de agua.

La joven, después de observar cómo su madre la miraba, se acercó hasta la fuente y bebió agua directamente del chorro, y no como lo haría una señorita bien educada: una criada se la habría servido en un vaso o, de no tenerlo a mano, habría usado ambas manos como recipiente. El agua estaba fresca y fue la primera buena sensación que tuvo al llegar a su nuevo destino. Con la mirada desafiante, miró a su madre y regresó a su lugar entre los recién llegados.

A medida que ascendían y se acercaban a la torre y las cabañas que la rodeaban, se confirmaban los peores presagios. Las viviendas eran muy precarias en el mejor de los casos, y la torre parecía sostenerse por algo invisible que nada tenía que ver con la arquitectura.

Subieron por un paso entre las cabañas hasta llegar a unas construcciones de piedra que no se veían desde el puente ni desde la zona más baja. Tres edificios de dos plantas sin apenas ornamentación externa, pero parecían sólidos y de nueva construcción. Los sillares eran pequeños pero la piedra estaba bien labrada y perfectamente alienada. Los techos eran de teja y, como el resto, se apreciaba que eran recientes.

Algo más abajo descendía una calle con casas hechas de mampostería. Piedra poco trabajada, en ocasiones apenas un retoque en su cara visible, pero aquel material otorgaba a las casas mejor aspecto que las cabañas.

Pero los más magnos eran los tres edificios principales.

—Estos dos de aquí —puntualizó Ponce, de trato más sencillo y hasta más

simple que su tío Ramón— serán nuestros palacios hasta que hayamos construido los definitivos...

—¡Primero hay que asegurar la torre para defendernos! —gritó Ramón, haciendo callar a su hermano.

Ponce giró ligeramente el cuello, pero no replicó.



Los primeros días Gaya consiguió distraerse.

Le gustaba ver a la servidumbre trabajando sin parar para arreglar aquellos palacetes y hacer más confortable la vida a los señores. También comenzaron a arreglar la maltrecha torre y las piedras recién colocadas resaltaban entre las ya existentes.

A las cuatro chicas jóvenes —Gaya, su hermana y sus dos primas—, las acomodaron en una única habitación. Disponían de cama propia, pero tenían que compartir todo lo demás, incluso las sirvientas. Ella, al ser la mayor, había impuesto ser la primera en ser vestida y arreglada. Las otras tendrían que esperar hasta que ella estuviera lista.

Más allá de los palacios, la vida transcurría de manera muy diferente.

El trazado urbano de la Espluga de Francolí estaba dividido en dos. En la parte alta, llamada Espluga Sobirana, mandaba Ponce, el padre de Gaya. En la más baja, la Espluga Jussana, lo hacía su tío Ramón. Dos administraciones distintas para dos señores que, aun siendo hermanos, eran muy distintos.

La torre de defensa quedaba justo en el centro, pero estaba integrada en el núcleo de la Espluga Jussana; a pesar de esta particularidad, servía para la protección de ambos centros urbanos.

Como las setas en un inicio de otoño muy lluvioso, lentamente, durante los primeros meses tras la llegada de los señores y su séquito, aparecieron casas nuevas hechas de piedra y con sillares rectangulares, bien labrados y perfectamente alineados. Primero emergió una, después otra y pronto ya sumaban hasta media docena.

Los condes catalanes llevaban casi cien años esforzándose en repoblar aquellas tierras, pero la fuerte presencia sarracena lo había impedido en gran medida. Aquella había sido una tierra fronteriza entre al-Ándalus y los

condados catalanes, donde la ley feudal, bajo la protección condal, quedaba lejos de ser una realidad.

Los estímulos para favorecer una colonización masiva nunca eran suficientes si no había una garantía de seguridad efectiva. La sangre y las lágrimas sellaban los ánimos de la gente más emprendedora, incluso de los espíritus más desesperados y hambrientos.

Ahora, con la conquista de Lleida y Turtuixa —y solo con los reductos lejanos de Siurana y Miravet—, la seguridad había crecido en la misma proporción que menguaba el peligro. Además, la clase noble buscaba aumentar sus riquezas con la entrada en producción de nuevas tierras hasta ahora incultas o que habían sido arrancadas a antiguos propietarios sarracenos.

Por lo tanto, la Espluga de Francolí, como otras tantas villas de la zona comprendida entre el sur del río Llobregat y el norte del río Ebro, ahora recibía el impulso definitivo que la convertiría en una población —o dos— con un peso económico importante en él, hasta entonces, territorio fronterizo.

La llegada de aquel grupo de gente que acompañaba al señor supuso un aumento inmediato de la población, pero al mismo tiempo comenzaron los problemas siempre latentes en todas las sociedades de la Europa occidental.

Aquel tercer edificio de piedra bien labrada estaba destinado a salón de audiencias, para atender y solucionar los litigios entre vecinos o los que necesitaran de la intervención del señor. Los lunes y los miércoles sería Ponce el que lo ocuparía; y los martes y jueves, Ramón. Los viernes celebrarían audiencias conjuntas sobre aquellos asuntos que afectasen a ambos recintos urbanos.

Ese día era viernes y había media docena de aldeanos esperando pacientemente a los dos señores Cervera.

El edificio era más pequeño que los otros dos. Formaba un cuadrado casi perfecto, y tenía una planta y unas pequeñas ventanas en los cuatro lados. En el interior, disponía de una única sala. Un enorme hogar en un rincón buscaba apaciguar el riguroso frío invernal. Por lo demás, había muy pocos muebles: solo una silla de tijera —de madera de nogal, con los brazos también de madera y un respaldo tapizado de terciopelo granate—, situada en la zona más alejada de la puerta —donde se sentaba el señor—, y una pequeña mesa —con

su correspondiente silla de madera—, donde el escribano tomaba nota de las cuestiones resueltas o de las pendientes para una futura audiencia. La silla del señor estaba sobre una tarima de cuatro palmos de altura; no era conveniente que el señor, sentado, estuviera más abajo que sus súbditos.

De las paredes colgaban largos pendones con el escudo de armas de la casa de los Cervera: un ciervo de gules sobre campos de plata.

El señor normalmente no recibía a los aldeanos sin estar acompañado de sus herederos u otros hijos o hijas, siempre que se considerara oportuno. También la esposa podía estar presente.

Aquel día Gaya acompañaba a su padre, y se sentaría a su vera en una silla más modesta. La joven llevaba el brial que tanto le gustaba: de color verde oscuro, se abrochaba con un cordón y se ajustaba al cuerpo debajo del pecho, abriéndose en amplios faldones por los laterales. Era de tejido de sándalo, una tela proveniente de Oriente, muy cara y lujosa. Llevaba el cabello cubierto con una cofia blanca, muy sencilla, pero que según su criterio no distraía la atención de aquello que verdaderamente interesaba enseñar: el rostro.

La aparición de padre e hija, con media docena de criados y un número similar de hombres de armas, había provocado el silencio entre los que esperaban. Con gesto elegante, altivo y silencioso, padre e hija se sentaron en ambas sillas.

Instantes después entró Ramón de Cervera acompañado de su esposa, Ponceta. Con la misma solemnidad, ambos se sentaron en sus respectivos asientos.

El senescal de Ponce, un hombre mayor llamado Miguel, abrió la audiencia pidiendo al primero de los lugareños que se acercara y explicara su caso a los señores de Cervera.

Un hombre de unos veinticinco años, de aspecto noble pero que claramente formaba parte de la gente sencilla, se puso delante de los dos señores.

—Me llamo Arnau de Guardiollada —comenzó diciendo. Su tono de voz congeniaba con su aspecto tranquilo pero no carente de carácter—. Soy vasallo de los Cervera por juramento y recibí esta carta de escrituras de tierras el pasado mes de febrero.

Entregó el documento al senescal de Ramón, un hombre bastante más activo que el de Ponce. El senescal leyó el documento y le hizo una señal

afirmativa a su señor, mostrando su conformidad.

—Te conozco, Arnau —dijo Ramón. Ponce se mantenía en silencio—. Fui yo quien te otorgó esa carta de propiedad. Adelante, di lo que te ha traído hasta aquí.

—Pues es muy fácil. Me ha tocado vivir en la Espluga Jussana y prefiero hacerlo en la Sobirana.

Gaya miró a su tío Ramón, que se mostraba serio y tenso.

Aquello era un golpe bajo, pues Arnau pedía un cambio de señor, de Ramón a Ponce. Una petición poco habitual.

—¿Y cuál es la razón para vivir en la Sobirana? —preguntó su actual señor.

—Sin ánimo alguno de ofender a nadie, son razones personales. Cosas mías.

Gaya no dejaba de mirar a su tío Ramón, El señor de la Espluga Jussana se mesaba la barba, aquella barba espesa y oscura que ya mostraba algún reflejo blanco alertando de la entrada en la madurez.

Ramón miró a su hermano con un gesto cargado de enfado.

—¿Tienes algo que ver en esto?

—Queda bien claro que Arnau es un hombre inteligente y que busca lo mejor para él y su familia. No entiendo por qué me miras así, Ramón.

A Gaya le molestaba el tono de su padre, y mucho. Adolecía de fuerza y carácter. Su voz era tan blanda y dulce que ningún vasallo se lo tomaría en serio cuando hubiera algún problema más grave.

Ramón se levantó y recorrió la distancia que le separaba de Arnau. El señor de Cervera era alto, pero aquel hombre lo superaba en cuatro dedos. A pesar de la diferencia de altura, la nobleza del linaje Cervera quedaba bien patente con el ademán elegante y lleno de gracia de quien había recibido una educación superior.

—Me tienes que dar un motivo más claro, Arnau de Guardiollada. Si no, tu petición será rechazada.

Y se quedó allí, de pie, frente al demandante.

Arnau tardó unos momentos en responder. Ramón le miraba fijamente, como si escrutándole con los ojos pudiera adivinar cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Finalmente, habló.

—Prefiero tener como señor a Ponce de Cervera, eso es todo —afirmó con algo de prepotencia, como si ya lo hubiera dicho antes y ahora lo estuviera repitiendo.

—Ponce. —Ramón lo dijo cargado de cinismo, como si hubiera descubierto los verdaderos motivos de aquella extraña petición y no fuesen los que había explicado el aldeano—. ¿Crees que Ponce será mejor señor que yo?

Gaya miraba a su tío. Era listo como una serpiente. Seguro que de aquella situación sacaría algo de provecho. Después la chica miró a su padre: sentado y bien acomodado en la silla, Ponce de Cervera parecía satisfecho y feliz con lo que estaba ocurriendo.

«Me da que ya estaba al tanto», pensó Gaya, refiriéndose a su padre. Como si todo fuera una trama orquestada por el señor de la Espluga Sobirana.

¿Con qué objetivo? ¿Quitarle aldeanos a su hermano? ¿Como un niño robándole los juguetes a otro más pequeño? ¿A esto jugaba su padre, el vizconde de Bas?

Parecía una estrategia muy fácil de desenmascarar; si esta era la estrategia de su padre para aumentar su influencia. Aunque, por las miradas de Ramón a su hermano, daba la impresión de que su tío pensaba lo mismo.

Fueron solo unos instantes, pero Gaya se imaginó que ella era la señora afectada por aquel asunto y estaba valorando cómo actuaría. Tal vez intentaría ganarse al súbdito de forma sutil. Pero dejándole bien claro quién mandaba, quién estaba en la cúspide social y quién tenía el poder en las manos. En el caso de que el aldeano no aceptara, entonces tendría que actuar de una forma más contundente.

Pero esa sería la decisión que hubiera tomado ella. Gaya tenía muy claro cómo habría actuado su padre. Seguro que aceptaría de buena fe la petición de Arnau y, encima, le obsequiaría con una ancha sonrisa.

Pero ¿y su tío Ramón? ¿Qué haría él? La muchacha tenía ganas de saberlo.

En aquel instante, Ramón de Cervera, que había regresado a su silla y se apoyaba en ella, carraspeó de manera audible, como buscando captar la atención de los presentes:

—Arnau de Guardiollada. —No había enfado en aquellas palabras. Entereza, mucha—. Recuerdo bien cuando te otorgué esa carta de propiedad.

Yo no hago tratos con quien no tenga un mínimo de lucidez, y jamás con gente inútil. Eres un hombre de provecho, con un futuro brillante. Alguien capaz de aportar algo más que el trabajo diario de la gente sencilla.

»Un señor siempre necesita la ayuda de personas capaces de entrever soluciones allí donde el resto ve problemas. Y yo siempre busco a los mejores hombres entre mis vasallos. Serás el ayudante de mi senescal, para convertirte en senescal en el futuro.

El nombramiento resonó en la sala como si las paredes rebotaran el eco amplificando la importancia del cargo. Ramón miraba a Arnau fijamente, sin hacer caso del senescal, quien, por la expresión de su rostro, no podía creerse lo que decía su señor.

Gaya tardó un poco en entender la jugada de su tío. Pero pronto lo vio claro.

Arnau exhalaba carisma entre la gente sencilla. Tenerlo en contra habría aumentado el enfado de sus vasallos. Al otorgarle aquel cargo, el prestigio del señor aumentaría entre los aldeanos de las dos poblaciones.

La joven miró a su padre. Este, boquiabierto, no entendía qué había ocurrido ni por qué aquel hombre, Arnau, recibía aquel premio.

Naturalmente, aceptó el nombramiento.



Poco rato después del episodio con Arnau de Guardiollada, los dos señores se quedaron solos; bueno, con los senescales, los familiares acompañantes y los guardias. Allí ya no había ni ayudantes, ni escribanos, ni aldeanos reclamando que se administrase justicia.

Ramón estaba de pie, con las manos atrás, paseando por la estancia. Ponce continuaba sentado en la silla señorial y de vez en cuando movía las piernas para mejorar su comodidad.

También Gaya permanecía sentada en la modesta silla, pero se mantenía con la espalda recta y el cuello estirado, la postura que le obligaba su condición de noble. Al otro lado, su tía Ponce actuaba de igual modo: silenciosa pero en aquella posición de altivez señorial.

—¡No podemos permitirnos estas tretas tan sucias, Ponce! —gritaba su tío

—. ¡No quiero saber tu opinión! ¡No me interesa! Pero pagar a un vasallo para que cambie de señor es una jugada que no ennoblece al sapo que la hace. El objetivo es hacer crecer el número de aldeanos de ambas poblaciones. Da igual cuál sea mayor.

Gaya, como el resto de los presentes, tenía claro que el censo de la Espluga Sobirana —la de Ponce— contaba con sesenta y tres fuegos; y que la Espluga Jussana tenía treinta y dos. Por lo tanto, el hermano mayor, heredero de los Cervera y portador del título de vizconde de Bas, tenía el trozo de pastel más grande. El censo variaba semanalmente, en función de los recién llegados y de los difuntos. Se consideraba un fuego por casa, como una unidad censal y, por tanto, una unidad contributiva.

—Antes que todo esto —dijo Ponce con su típica voz cansada—, sería necesario reconstruir la iglesia; la que tenemos da pena. No iremos al cielo mientras recemos en un templo así. El cura ya hace días que me mareo.

Ramón levantó la cabeza y lo miró fijamente. Después chasqueó la lengua y negó, en silencio, con fuertes y enérgicos movimientos de cabeza.

Gaya no podía estar más de acuerdo con su tío. Lo que había dicho su padre era una bobada.

—En cualquier caso —concluyó Ramón—, sí que tenemos que agrandar la torre, construir el castillo y, finalmente, rodear ambas villas con una gruesa muralla. Hemos de convertir ambas Esplugas en un ejemplo de seguridad y eficacia.

»Haciendo esto, y con las buenas condiciones de nuestras cartas de franqueza, en pocos meses se doblarán nuestros ingresos. Después, cuando estas villas funcionen solas, podremos regresar a Besalú. O buscar nuevos lugares para hacerlos prosperar.

Gaya sonrió ante lo diferentes que eran ambos hermanos. A pesar de compartir los mismos padres, no podían ser más distintos. Ella misma se consideraba muy alejada del carácter de su padre y más cercana al de su tío, un hombre, según su criterio, digno de admiración.

Los planes del conde

Barcelona, agosto de 1150

«**C**or hominis disponit viam suam sed Domini est dirigere gressus eius». El caballero Gilabert había leído esta frase en la Biblia (Proverbios 16,9) y era bien cierta. El corazón de un hombre medita su camino, pero es Dios quien dirige sus pasos.

Había decidido abandonar las armas y vivir el resto de su vida buscando abrazar la luz que se había encendido en su interior. No sabía muy bien qué era ni adónde le conduciría, pero la sensación era reconfortante. Tenía claro que obedecería a ese deseo interno, fuera cual fuese su destino, pues a fin de cuentas, como todo el mundo decía, estaba en manos de Dios. Se había cansado de matar enemigos a golpe de espada y ver morir a la gente por los ideales de otros.

Llegó al sur de Europa acaudillando una hueste de guerreros ingleses y normandos. La mayoría de ellos hicieron de la primera ciudad tomada, Turtuixa, su nuevo hogar. De hecho, esto formaba parte de la promesa por la que habían viajado tan al sur de su lugar de origen.

Después, solo una veintena de hombres lo acompañaron en la toma de Medina Larida. Allí, once dejaron la vida.

Finalmente, habló con los nueve restantes para liberarlos de la promesa de

seguirlo y que volvieran a sus hogares, o a donde quisieran ir. Siete se acogieron a la liberación. Pero hubo dos que quisieron seguirlo fuera cual fuese su destino.

Haakon y Jorgen habían ligado sus vidas al caballero Gilabert y permanecerían junto a él. Gilabert, en ese momento, hubiera preferido estar solo. Su búsqueda era casi espiritual. Y la compañía no le ayudaría a encontrar eso que sentía en su interior. Pero respetaba el deseo de Haakon y Jorgen, y no quiso contrariarlos. Valoraba por encima de todo su lealtad, pues ellos dos le habían entregado su vida sin pedir nada a cambio, solo acompañarlo allá donde fuera.

La intención inicial de Gilabert, al acabar la conquista de Lleida, era ir a Francia y buscar respuestas a su anhelo interior. Tal vez en un monasterio de los que comenzaban a surgir por todo el territorio regidos por la regla de san Benito. Había descartado la Orden del Temple o de los Hospitalarios; con sus particulares habilidades, allí tendría que seguir luchando como un caballero más y no era eso lo que quería.

Pero un mensajero los había interceptado —por casualidad o debido a la mano de Dios— y le entregó una misiva del conde de Barcelona. Ramón Berenguer lo citaba en el Palacio Condal a mediados de agosto.

El viaje hasta Barcelona no fue rápido. La fecha fijada por el conde quedaba aún bastante lejos y Gilabert quería disfrutar de aquellas maravillosas tierras bañadas por ese sol lleno de calidez que otorgaba una luz especial a todo cuanto iluminaba. El paisaje adquiría una tonalidad más amarillenta que en las tierras del norte de Europa, con un brillo muy cercano al dorado más noble.

Y, como ocurría en todas partes, la vida estaba plagada de contrastes. Por un lado, hombres trabajando el campo, o en sus labores habituales, ganándose la vida, ilusionados con un futuro mejor. Y por otro, gente famélica y miserable, huérfana de los sueños que llenan el espíritu de fuerza y determinación para superar cualquier adversidad.

Tanto él como sus acompañantes, sobre todo Jorgen, se quedaban sin palabras ante los casos más extremos. Como con aquella familia, formada por un padre, una madre y un hijo de cuatro años. Al llegar a su terruño y ver sus caras, Gilabert se dio cuenta de que algún hecho terrible los había trastocado.

Muy delgados y demacrados, parecían enfermizos. El padre y la madre manifestaban la falta de comida con una debilidad extrema y una expresión de amargura, carente del ánimo decidido y optimista de quien encara la vida pensando en un futuro prometedor.

—¡Dios os guarde, familia!

La respuesta fue casi inexistente. Apenas un movimiento de cabeza por parte del padre y la misma cara de espanto por parte de la madre y el hijo.

—Solo queríamos un poco de agua para los caballos. ¡Os la pagaré!

Gilbert lanzó una pequeña moneda de plata que el lugareño cogió al vuelo. Este, en silencio, los condujo hasta un pozo. De allí extrajo tres cubos de agua, uno para cada animal.

—¡Esta es una buena tierra! —exclamó Jorgen mientras miraba a su alrededor.

En realidad, la vivienda principal consistía en cuatro paredes de barro y madera con el techo de paja. Más allá se levantaba un pequeño cobertizo donde estarían los corrales con los animales.

—Una tierra así es el sueño de cualquier hombre de lucha para cuando se retire. ¡Aquí no debéis pasar nunca hambre!

Jorgen no podía permanecer callado. Gilbert estuvo a punto de decirle que guardara silencio. La extrema delgadez de la familia no presagiaba una despensa llena, precisamente.

—Ha sido un invierno muy difícil para todos. —El granjero interrumpió el pensamiento del caballero.

Sin querer, la vista del hombre fue a parar a una zona limpia de árboles junto a un solitario olivo, donde había una cruz de madera clavada en el suelo.

Una tumba.

Gilbert fue hasta allí. En el brazo corto de la cruz leyó un nombre: PEDRO. Y la tumba era pequeña, demasiado corta para albergar el cuerpo de un adulto.

El caballero se arrodilló en la postura del penitente y rezó un padrenuestro. Al acabar, se puso de pie.

—Gracias por vuestra oración —dijo la granjera, que se había acercado junto a su hijo y su marido.

—¿Era muy pequeño Pedro?

—Demasiado... pequeño... —La mujer casi no podía hablar debido a los sollozos y las lágrimas que corrían por sus mejillas. Se alejó llevándose a su hijo.

—La vida es muy dura —dijo Gilabert a modo de consuelo al granjero, que no se movía de su vera—. Muchos niños no pasan de los primeros meses de vida...

Tristemente, aquel era un hecho muy habitual. Casi la mitad de los recién nacidos no sobrevivían más allá de los primeros doce o dieciséis meses. Pero la desolación de aquella gente escondía algo más. ¿Qué había ocurrido?

—Dios nunca perdonará lo que hicimos —dijo el granjero.

Un escalofrío recorrió la espalda del caballero cuando supuso lo que había ocurrido. Se lo imaginaba aunque no quería creérselo. Pero la realidad era la que era.

Aquel hombre necesitaba consuelo y dinero.

—Al menos, el hijo mayor se ha salvado. —Gilabert buscaba cubrir la primera necesidad.

El hombre lo miró a los ojos y dejó escapar la profunda pena que albergaba dentro de su alma.

—Tuvimos que sacrificar al pequeño para que el mayor sobreviviera. Dios nunca nos perdonará. Nunca...

Gilabert era un hombre acaudalado. De hecho, su situación le había permitido actuar como prestador del conde de Barcelona. Pero a pesar de la deuda que Ramón Berenguer había contraído con él, su bolsa aún estaba bastante llena.

Cubrió la segunda necesidad de los granjeros.

—Tomad y haced un buen uso. —Le entregó la bolsa llena de monedas de plata—. Creo que con esto podréis comprar más tierras y animales, y pagar a alguien para que os ayude hasta que vuestro hijo crezca lo suficiente.

Cuando el hombre levantó la vista para agradecerse, Gilabert ya había montado en su caballo y se alejaba con sus dos acompañantes.

—¡Gracias! —gritó el granjero mientras su mujer le cogía la bolsa con las monedas.

Barcelona los sorprendió. Los tres, cuando salieron de su país con su hueste, habían ido directamente hasta las tierras regadas por el río Ebro para encontrarse con los ejércitos de los condes catalanes. Al llegar a la ciudad, vieron que alrededor del núcleo principal la población se desperdigaba en las inmediaciones de edificios religiosos, iglesias y ermitas, o de otros de carácter más productivo como molinos y granjas. La sorpresa fueron las viejas murallas. Construidas muchos siglos atrás —la gente decía que por los romanos—, habían conocido tiempos mejores. La piedra presentaba un aspecto envejecido y gastado, y la entereza de algún tramo no parecía estar garantizada. De hecho, ocurría algo parecido en otras ciudades europeas. Carcasona, por ejemplo —ciudad que Gilabert conocía bien por anteriores circunstancias—, también había heredado unas viejas murallas y en esos momentos se encontraban en una fase muy avanzada de restauración. Barcelona, en un futuro próximo, se vería obligada a algo parecido.

Fuera de las murallas, quedaba bien clara y manifiesta la fuerza de la ciudad. Parecía como si aquel antiguo cinturón de piedra no fuera capaz de retener la pujanza de una sociedad en plena expansión. Las torres eran abundantes, la mayoría de base cuadrada, y casi doblaban la altura de las murallas. Existían diversos accesos, pero Gilabert y sus acompañantes se dirigieron a la puerta norte. Antes de entrar, entrevieron los restos de un acueducto romano, aunque había perdido toda su utilidad.

Aquella puerta, que la gente llamaba Portal del Obispo, estaba flanqueada por dos torres de planta circular y se abría con tres pasos: uno central para los carros y dos laterales, más pequeños, para los transeúntes.

—Seguiremos a pie —dijo Gilabert.

Una patrulla de guardias vigilaba el acceso y preguntaba el motivo de la entrada. Cuando Gilabert enseñó la carta con el sello del conde de Barcelona, todo fueron atenciones y gratitudes.

—¡A punto he estado de pedirle al guardia que me prestara a su hermana! —dijo Jorgen sonriendo—. Seguro que lo hubiera hecho bien contento.

Gilabert no pudo evitar sonreír; eran las típicas bromas de un hombre aún joven.

Nadie le prestó a su hermana, pero uno de los guardias se ofreció a acompañarlos hasta el Palacio Condal.

Haakon miró a Jorgen y sonrió con picardía.

—¡No! —gritó el más joven—. Ni pensar que sea el guardia el que me satisfaga esta noche. Así que ya puedes borrar esa estúpida sonrisa de tu cara.

La inclinación de las comisuras de los labios de Haakon desapareció al instante. Pero Jorgen no dejó de mirarlo por si la broma continuaba.

Tras cruzar el portal, una calle alargada y no muy ancha dividía la ciudad de norte a sur. Anduvieron un poco y giraron a la izquierda. Y allí mismo, a apenas unos pasos de distancia, el Palacio Condal lucía espectacular.

Un edificio nuevo, de líneas muy modernas, con tres pisos de altura. Pegado a la muralla, buscaba ser una continuidad, pues ordenaba sus plantas de acuerdo con las torres y las murallas. Ventanas geminadas observaban al recién llegado y lo invitaban a entrar subiendo una sencilla pero elegante escalinata.

El caballero, al ver el palacio, sintió un hormigueo en el estómago. Y estaba seguro de que el edificio no tenía nada que ver en ello. Tampoco que en su interior viviera el conde de Barcelona. Era algo más espiritual, nada relacionado con la materia palpable. El caballero se llevó la mano al estómago e hizo un mohín frunciendo la nariz de manera ostensible.

Dejó aquello de lado y se despidió de sus compañeros, que buscarían alojamiento y atención para los caballos.

Poco rato después lo recibía el conde en persona, Ramón Berenguer.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el conde lo abrazó como si fuera un viejo amigo; de hecho, ambos se conocían desde tiempo atrás.

—Veo que habéis disfrutado de un viaje largo, ¿eh? —dijo mientras miraba su ropa sucia y llena de polvo.

—Bien sabéis que no estoy hecho para guardar las formas.

—¡Venga! Daos un baño, cambiaos de ropa y comed algo. Más tarde me reuniré con Ermengol de Urgel y más gente. Me gustaría que vos también estuvierais.

En el mismo Palacio Condal, los sirvientes del conde le ayudaron a bañarse. Ya con ropa limpia, Gilabert ofrecía un aspecto muy distinto de cuando había entrado en el palacio.

El magno edificio se articulaba alrededor de un patio interior, cuyo jardín se había ideado de forma que los árboles ofrecieran sombra en verano y, al ser

de hoja caduca, permitieran la entrada del sol en invierno. A pesar de tener el llamado Salón Mayor —donde el conde de Barcelona realizaba la mayoría de sus actos públicos— y otras dependencias más apropiadas, la reunión se celebró en aquel patio.

Dos enormes robles proyectaban una generosa sombra sobre los que habían sido citados por Ramón Berenguer, el cuarto de su nombre.

Cuando Gilabert entró, observó que no era una reunión multitudinaria. Solo ocho hombres acompañaban al titular del Palacio Condal. Como era habitual, todos estaban de pie y situados alrededor de una mesa de enormes dimensiones. Distintos pergaminos se esparcían aquí y allá sin orden aparente. Un gran mapa, totalmente desplegado, ocupaba todo el tablero.

El patio, de base rectangular, se abría a diversos accesos a través de un pórtico que lo bordeaba. Bajo el pórtico había hombres de armas vigilando puertas y ventanas. También una pequeña multitud de sirvientes estaba alerta para complacer cualquier deseo del conde o de sus invitados. Y, por último, se encontraban allí el senescal condal y un par de escribas sentados en ajustados taburetes delante de minúsculas mesas.

Pero en el centro del patio solo le esperaban ocho hombres: Ramón Berenguer, conde de Barcelona; Ermengol, conde de Urgel; fray Pedro de Rovira, primer maestro de la Orden del Temple en la Provenza y en Hispania, que iba acompañado de fray Arnau de Forcià; fray Gaufred de Bresol y fray Pedro de Besora, ambos de la Orden de San Juan de Jerusalén, conocidos como Hospitalarios; y finalmente, el señor Bertrán de Castellet y el señor Albert de Castellvell.

Gilabert los conocía a todos. Habían combatido contra los sarracenos en fechas muy recientes, con algunos en Turtuixa y con otros en Medina Larida.

Los saludó con un gesto, pero al joven templario, fray Arnau de Forcià, le sonrió; la amistad los había abrazado durante los asedios de aquellas ciudades sarracenas.

—¡Bueno, ahora ya estamos todos! —Con aquella afirmación, el conde de Barcelona abría la reunión más o menos formalmente—. Los que estáis aquí nos habéis ayudado al conde de Urgel y a mí a conquistar plazas en manos de los sarracenos para expandir la palabra de Dios más allá de nuestras fronteras. Todos habéis recibido tierras donde asentar a los recién llegados, colonizar

tierras incultas y hacer prosperar estos condados que forman lo que llamamos Catalonia.

»He dicho todos, aunque eso no es del todo cierto. —El conde miró a Gilabert—. La intervención del caballero Gilabert ha sido muy importante. Además de su ayuda militar con la hueste normanda, y un consejo siempre prudente e inteligente, su contribución económica ha resultado fundamental.

Gilabert apreció de corazón aquellas palabras del comandante de las fuerzas cristianas, era su forma de darle las gracias.

Ramón Berenguer hizo un gesto con la mano y un sirviente acarreó unas bolsas de cuero, lo bastante pesadas para que el hombre resoplara debido al esfuerzo, y las dejó a los pies de Gilabert.

—Aquí tenéis una parte del préstamo. En los próximos años os haré entrega del resto más los intereses correspondientes.

Gilabert miró las bolsas con desagrado. El ánimo del caballero albergaba buena parte de contrariedad.

El conde de Barcelona se quedó en silencio, esperando las palabras de Gilabert. El resto de los allí reunidos no dijo nada.

Con aquellas bolsas a sus pies, el caballero levantó la vista y miró al conde y a los demás. Volvió a mirar las bolsas y miró nuevamente al conde.

—Es cierto que vine al sur ofreciendo mi pequeña hueste de normandos e ingleses a la causa de la cruzada —dijo al fin—. También que, siendo un hombre rico, mi dinero podría ayudar del mismo modo que un buen grupo de espadas. Desde el principio tuve claro que todo esto, tanto los hombres que me acompañaron como el dinero, se quedarían aquí, en estas tierras que llamáis... ¿Catalania?

El conde afirmó con la cabeza. Al sur de los Pirineos tenían incluso un idioma propio, llamado catalán, y por todas partes los llamaban catalanes. Así pues, era lógico que la tierra donde vivían recibiera un nombre que los englobara, más allá del condado de Urgel, el de Barcelona o el de Osona, por citar algunos.

—Me siento mayor para seguir luchando a golpe de espada y tal vez me haya llegado la hora de cambiar de oficio —continuó Gilabert—. Estoy en manos de Dios y no necesito el dinero que me ofrecéis, Ramón. Ni el que queréis devolverme en el futuro. Es todo vuestro, os lo habéis ganado con

vuestra nobleza y sentido del honor. Seguro que lo usaréis mejor que yo mismo, pues las necesidades de administrar un territorio tan complejo como Catalonia serán muchas.

Ahora todas las miradas se dirigieron hacia el conde de Barcelona.

Quedó bien claro, por la expresión de su cara, que Ramón Berenguer no esperaba tal respuesta del caballero. En vista del silencio de Gilabert, se vio conminado a responder.

—No lo aceptaré, Gilabert. De ninguna manera. Es vuestro dinero y seguro que, allá donde lo administréis, haréis buen uso de él. ¡Y no admitiré una discusión sobre este asunto! ¡De ninguna manera! —levantó la voz, casi rozando el grito.

Después se serenó y continuó la reunión.

—¡Señores, debemos hacer un último esfuerzo! Hasta los límites que nos marca el Ebro, los sarracenos aún ocupan los castillos de Miravet y Siurana. Dos plazas que es necesario asegurar para impedir un contraataque. Con la caída de Medina Larida y Turtuixa, ahora llaman Emirato de Xibrana a este territorio. Con el castillo de Siurana como centro, han establecido dos anillos defensivos. Uno interno, formado por las poblaciones de Morera del Montsant, Albarca, Ulldemolins, Prades, Alforja, la Musara y Albiol. Y otro externo, constituido por Vilosell, la Pobla de Cèrvoles, Falset, Pradell de la Teixeta, Cabassers, el Lloar, la Palma y Vinebre. También disponen de diversas torres dispersas alrededor del territorio: Alcover, Arbolí, Bellmunt, Borges del Camp, Colldejou, la Figuera, Margalef o la Torre de Fontaubella, que será preciso asegurar para evitar problemas en el futuro.

Gilabert levantó las cejas sorprendido: el conde se sabía las poblaciones de memoria.

—Aparte de los presentes, otra gente nos ayudará. —Ramón Berenguer miró el extenso mapa que tenía ante sí—. Los Cervera, por ejemplo, me han dado su palabra de que desde la Espluga de Francolí llegarán hasta Capafons y La Febró. El señor Ramón de Ganagot subirá desde el sureste.

»Es menester atacar este nuevo emirato desde todas las direcciones posibles en una acción conjunta y coordinada. Ahora el enemigo es débil y no podemos esperar mucho más tiempo, para evitar que se fortalezca.

»La plaza más fuerte, sin duda, es el castillo de Miravet, con una

población islamizada y fiel. Yo atacaré el castillo. La gente del Temple me ayudará con la condición de señorearlo una vez conquistado.

Gilabert miró a fray Pedro de Rovira, maestro de la orden en Provenza e Hispania. Vestía con los hábitos blancos y la cruz roja, sin armadura, pero con la espada colgada del talabarte.

—Temo por los inocentes —interrumpió Gilabert—. La población no combatiente tendría que quedarse al margen.

Miró con firmeza a fray Pedro de Rovira y, como si librasen un combate con los ojos, este le aguantó la mirada.

—Gracias a Dios, aquí no hay nadie que se dedique a tocar las narices —dijo Ramón Berenguer. Todos sabían que, aun sin nombrarlo de forma directa, se refería a Ramón de Cervera—. Pero, Gilabert, ya sabéis cómo de imprevisible es la guerra. A pesar de todo —ahora miraba a fray Pedro de Rovira—, es una certeza que mantener la población nativa ayuda a que los ingresos sean inmediatos. Y no es necesario reducirlos con las cartas de franqueza otorgadas a los recién llegados.

El maestro del Temple afirmó en silencio. Gilabert lo conocía bien: era un hombre de pocas palabras, introvertido y misterioso, pero muy riguroso con la palabra dada. Después, viendo que se esperaba una respuesta por su parte, habló:

—Sí, respetaremos a la población sarracena.

Ninguna promesa ni justificación. Pero con aquello el caballero tuvo suficiente y se lo hizo saber con una media sonrisa que el maestro del Temple no le devolvió. Lanzó una mirada fugaz al joven fray Arnau de Forcià y este le devolvió una sonrisa generosa mientras le hacía un guiño.

—Ya decidiremos la estrategia más adelante —dijo el conde—. Ahora tenemos otros asuntos. Como sabéis, me caso dentro de quince días. Esta boda es para dar cumplimiento a los capítulos matrimoniales de Barbastro de 1137. Existía el peligro de que Aragón y Castilla formaran una única corona, pero todos conocemos la historia: la nobleza aragonesa se opuso con firmeza y, mediante el documento que os he mencionado, recibí la potestad y el honor. Se espera que un futuro hijo mío pueda coronarse rey de Aragón y mantener el condado de Barcelona. Mi suegro vive retirado en el monasterio de San Pedro, pero aún ostenta el título real de Aragón.

Gilabert notó cierta tristeza en las palabras de Ramón. El honor recibido era muy grande, pero ahora tenía que casarse con una muchacha de catorce años recién cumplidos; algo muy habitual en la época, pero no por ello el conde de Barcelona lo aceptaba de buen grado.

—Os explico todo esto para que entendáis que es necesario unir ambos territorios de manera efectiva. Más allá de coronas y políticas, es menester una correcta vertebración del territorio a través de las tierras recién conquistadas al islam entre Barcelona y Aragón.

»Lleida es un primer paso. Pero la ciudad está demasiado aislada y es imprescindible construir puentes de población. Tarragona se encuentra en proceso de consolidación, pero el arzobispo de Tarragona y el príncipe, Robert de Aguiló, mantienen una difícil relación y la ciudad necesitará tiempo para asentarse como una plaza segura para los nuevos colonizadores.

»Entre Tarragona y Lleida queda un espacio vacío. En el mejor de los casos, son masías, granjas o villas que no llegan a la categoría de pueblo, apenas son aldeas con una estabilidad difícil de prever.

»Los señores de Cervera ya se han ubicado con un importante contingente de población en la Espluga de Francolí; hoy por hoy, es una población que no pasa de los cien fuegos. Y esta es la villa mayor en una franja de terreno de más de sesenta millas de largo por unas treinta de ancho.

»No quiero engañaros. Es un territorio poco amable y, en épocas de sequía, los ríos pequeños se secan totalmente. Tiene inviernos duros, con nevadas habituales, y veranos muy tórridos y muy secos. Pocos valles y muchos relieves accidentados con accesos difíciles por los que transitar.

Gilabert había cruzado aquellas tierras de este a oeste, y a la inversa, ya que, como había dicho el conde, era una zona de paso entre poniente y levante. Sin ser un profundo conocedor del territorio, el caballero sabía bien de qué hablaba Ramón.

—Lleida tiene su río y Tarragona un clima benigno —continuó Ramón Berenguer—. Pero el terreno que hay entre las dos ciudades es el mejor para enviar colonos. Allí hay pequeños espacios, zonas puntuales, donde hay agua, bosques y la tierra es fértil. Son zonas incultas que han de trabajarse desde cero. Y necesitan también de gran voluntad y espíritu de trabajo.

»Es necesario buscar la manera de que estas tierras sean productivas. El

cereal, la viña, el olivo y todo aquello que se adapte a este clima extremo tiene que ser plantado para que sus frutos motiven a los futuros repobladores.

Ramón Berenguer hizo un gesto con la mano y uno de los sirvientes le acercó una copa de vino. Tras echar un trago, continuó:

—He pensado en una solución y querría saber vuestra opinión.

»Los señores de Monteada recibieron de mis manos gran cantidad de tierras casi baldías. No sabían qué hacer con ellas. Al final decidieron cedérselas a la Orden del Císter. Supongo que todos sabéis quiénes son.

Miró a su alrededor. Todos iban afirmando con la cabeza, hasta llegar a los dos señores, Bertrán de Castellet y Albert de Castellvell. Sus rostros manifestaban su ignorancia.

Entonces el joven del Temple, fray Arnau de Forcià, se adelantó y explicó:

—La Orden del Císter se rige por la regla de san Benito más pura y primitiva: busca el retorno a la estricta observancia. La regla prescribe un tipo de vida monacal marcada por la celebración del oficio divino, el trabajo y el estudio. La frase que sintetiza la regla de san Benito es: «La ociosidad es enemiga del alma».

»La orden nació en el año 1098 de Nuestro Señor en la abadía de Cîteaux, en Borgoña. Allí, Esteban Harding, Roberto de Molesmes y Alberico de Cîteaux obtuvieron del santo padre Pascual II el *Privilegium Romanum*; desde entonces, con esta bula papal el monasterio goza de una autonomía casi absoluta, sin temer intervención alguna, sea señorial o episcopal.

Gilabert observaba a Arnau. A pesar de su juventud, era un muchacho brillante, con una exposición clara y rigurosa. Se atenía a los hechos, sin adjetivarlos de manera personal. Solo hechos y nada más.

—Para ser precisos —siguió el joven mientras los demás lo escuchaban en silencio—, antes de los cistercienses fueron numerosos los monjes que se manifestaron contrarios a la relajación de la regla de san Benito en que habían degenerado algunos monasterios de gran riqueza. Los cartujanos, los grandmontanos, los premonstratenses, los gilbertinos, la congregación de Savigny y una larga lista, casi inacabable.

»Hoy el Císter es una orden plenamente consolidada en plena expansión. Son monjes sencillos, trabajadores y muy honestos. Bernardo de Claraval es su máximo exponente, y seguro que se convertirá en su principal referencia

durante los próximos siglos.

El joven se calló y retrocedió los pasos que había avanzado para volver a su sitio.

Gilabert le sonrió cuando fray Arnau lo miró, y este afirmó con la cabeza agradeciendo el gesto de complicidad.

Ramón Berenguer retomó la palabra:

—Las tierras que les han ofrecido los Monteadas no son buenas. Creo que el lugar se llama... ¡Valldaura! Sí, Valldaura. Demasiado cerca de otro monasterio y de la periferia de Barcelona. No presagio un buen futuro para ese asentamiento.

»A lo que iba, creo que sería buena idea hacer lo mismo: entregar tierras al Císter para que transforme en un jardín aquello que ahora es un inculto casi desierto. —Todos se quedaron un poco extrañados al escuchar la última frase; el conde en absoluto era un poeta, al contrario, era un hombre serio y noble, y poco amante de la elegancia extrema. Él mismo carraspeó de forma repentina, como si quisiera sacarse algo de la garganta—. En cualquier caso, si las tierras tienen unas condiciones mínimas, que las tienen, los monjes del Císter les sacarán un gran rendimiento.

»Ahora me gustaría saber vuestra opinión. Pensad que, tanto los templarios como los hospitalarios, los tendréis de vecinos, y que vuestra ayuda, sobre todo al principio, será vital para su supervivencia.

El silencioso fray Pedro de Rovira, del Temple, fue quien habló primero:

—Por nosotros no hay nada que temer. Pero se han de dejar claros los límites de cada parcela o granja ocupada. Sabéis mejor que yo que un confin mal marcado siempre ocasiona problemas entre partes amistosas.

También fray Gaufred de Bresol, de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, habló:

—Lo vemos bien. Todos somos hijos y siervos de Dios. Además, creo que podremos complementarnos. Con el Temple ya lo hemos hecho y también sabremos hacerlo con el Císter.

Los señores afirmaron con la cabeza, sin decir nada.

Y cuando miró a Gilabert, el conde de Barcelona habló de nuevo.

—A vos quería pedir un último favor, amigo mío. —Lo miraba muy serio, casi sin parpadear—. Deseo que seáis vos quien les haga el

ofrecimiento.

Gilabert ya llevaba un buen rato notando aquel hormigueo en el estómago. No lo había abandonado. Al contrario, con las palabras de fray Arnau la sensación se acentuó hasta llegar al límite del dolor.

Ahora, con la petición del conde, aquello derivó en una fuerte punzada en el tórax que casi le dobló del dolor.

—¿Os encontráis mal, Gilabert? —le preguntó el conde.

—No, no es nada. Creo que he comido demasiado bien tras tantos días de pan y queso —dijo con una sonrisa postiza—. Claro que llevaré el ofrecimiento al Císter. ¿Preferís que vaya a Citeaux o a Claraval? —Eran las abadías que el joven templario, fray Arnau de Forcià, había nombrado.

—Es indiferente. Donde creáis oportuno.

—Si me lo permitís, conozco bien al prior de la abadía de Fontfroide. Si ahora es el abad, estará encantado con la cesión de tierras y la responsabilidad de fundar un nuevo monasterio.

—¿Fontfroide?

—Sí, cerca de Narbona. Ha sido un monasterio benedictino durante muchos años, pero desde hace cinco está bajo la dirección de la Orden del Císter.

—¡Ah! Narbona —dijo Ramón Berenguer afirmando con la cabeza—. Aquí tenéis el documento. —Le dio un pergamino enrollado que Gilabert no abrió—. El lugar que les entrego es el llamado *hortus populeti*; es una alameda con abundante agua. Tiene un bosque y unas tierras inmejorables. Creo que quedarán muy satisfechos. Además, también les cedo unas granjas que ya están en explotación y que les darán un resultado inmediato.

—*Hortus populeti*?

El joven fray Arnau de Forcià respondió rápidamente:

—El Huerto de Poblet. En catalán se le conoce con este nombre.

El caballero sonrió por la precisión. En silencio, agradeció la respuesta y giró sobre sí mismo con la intención de marcharse para cumplir el encargo del conde de Barcelona.

Gilabert tropezó con las bolsas de dinero que le había devuelto Ramón Berenguer. Al verlas, y tras el encargo que le había hecho el conde, tuvo una idea.

El castigo del abad

Abadía de Fontfroide, Narbona, septiembre de 1150

«**R**ezar trabajar y estudiar». Estas tres palabras, y las acciones derivadas de ellas, se convirtieron en el eje sobre el que giraba la nueva vida del padre Esteban en la abadía de Fontfroide. Aunque el trabajo era tan ingente que el estudio había quedado arrinconado. Así, «rezar y trabajar» era lo que articulaba la vida de todos los monjes.

El rezo era una acción comunitaria y privada. La comunidad le dedicaba unas cuatro horas al día, y después cada uno podía rezar en privado, pero esto ya quedaba al libre albedrío de cada monje.

Y el resto del día trabajaban. Como era habitual también en Claraval, se comía a primera hora. En invierno esta era la única comida. Pero siendo verano, hacia el mediodía todo el mundo paraba un rato para beber y comer un poco.

A pesar de los buenos informes de Bernardo, y Esteban estaba seguro de que eran positivos, el monje recién llegado no ocupaba ningún cargo en la administración del monasterio: prior, subprior, cillero y oficial subalterno. También existían los cargos de obrero, sacristán, cantor, decano y portero.

El padre Esteban era uno más, y poco importaba si sabía leer o no pues formaba parte de aquella masa humana que trabajaba de sol a sol levantando

muros y escarbando la tierra con ahínco, como si fuera el último día antes del apocalipsis. Cualquiera que fuese su formación, tenía los mismos brazos que el resto de los operarios.

Al joven Esteban le gustaba participar en la construcción de la iglesia. Era una manera de hacer visible la palabra de Dios. Además, aquella iglesia sería una obra divina y seguro que duraría hasta el fin de los tiempos. Era un orgullo formar parte de ese proyecto. Una satisfacción que le llenaba el espíritu.

Los escasos momentos que dedicaba a rezar de forma individual se los pasaba pensando en qué estaría haciendo Bernardo de Claraval. Se lo imaginaba por esos mundos de Dios difundiendo la palabra de Jesucristo. Seguro que quieto no estaría.

Aquella breve reflexión sobre su maestro estuvo acompañada de otro pensamiento. Su propia situación. El trato que estaba recibiendo por parte del abad de Fontfroide tal vez era, en el fondo y en la forma, una prueba del Altísimo. Como las tentaciones de Jesucristo en el desierto, por ejemplo. Para saber si estaba preparado para ser el monje que Esteban quería ser. O, mejor dicho, el monje del cual Bernardo estaría orgulloso.

De hecho, el trabajo tampoco era tan terrible. Al contrario, se sentía muy a gusto levantando la iglesia. Viendo cómo, día a día, sillar a sillar, se edificaba una nueva casa de Dios. Cada bloque de piedra representaba que la finalización del edificio estaba un poco más cerca. Y, con ello, habría nuevas oportunidades de difundir la palabra de Jesucristo: el verdadero fin de aquel ingente esfuerzo.

Como monje del Císter, tenía muy claro que trabajo y oración serían sus ocupaciones habituales; y eso era lo que quería. Pero también había pensado, tras ser ordenado presbítero, que obtendría algún cargo en la administración monástica. Se reconocía como un intelectual, tenía estudios y se sentía capacitado para ejercer cualquier cargo. Tal vez había pecado de orgullo. Seguro que Bernardo le habría censurado el haber tenido aquellos pensamientos.

Siempre que reflexionaba en solitario lo hacía delante de una pequeña olla convertida en maceta. Un accidente había provocado la rotura del recipiente de barro en dos mitades y unas grapas metálicas cerraban una majestuosa grieta. Pero la olla jamás podría contener ningún líquido. Y ahora servía para

cultivar plantas.

En la tierra, oscura y húmeda, no sobresalía ningún tallo. Esteban sabía que necesitaría tener paciencia. Antes de salir de Claraval había cogido semillas del gigantesco álamo y las había plantado en aquella improvisada maceta. Sin ser un experto en agronomía y plantas, sí tenía claro que, hasta la primavera siguiente, si la semilla germinaba, no emergería tallo alguno. Entonces buscaría un lugar especial y trasplantaría aquel nuevo álamo confiando en que el Señor lo hiciera crecer alto y firme. Y que los años lo convirtieran en un árbol tan formidable como el que había producido su semilla. Mientras, tendría que vigilar que la tierra siempre estuviera húmeda.

A pesar de la escasez de tiempo, había caminado por los alrededores del monasterio y no había encontrado un lugar de su agrado para asentar de forma definitiva el nuevo retoño. Estaba convencido de que, tarde o temprano, lo encontraría; solo era cuestión de tiempo y nada más. «Dios siempre provee», decía Bernardo muy a menudo.

Las obras de la nueva iglesia iban a buen ritmo. Los gruesos muros de la nave central estaban listos. Ahora construían los arcos que sostendrían la bóveda de cañón. Estos arrancarían de unas columnas geminadas apoyadas en unos enormes pilares de base cuadrada. Para sostener las dovelas de los arcos de la bóveda, los carpinteros habían levantado unas enormes cintras de madera. Las dovelas iban subiendo de manera lenta pero continuada, mediante poleas y la fuerza de los brazos.

Aquí era donde trabajaba Esteban. Acompañado por otro obrero, transportaban pequeños bloques de piedra con una parihuela, que consistía en dos varas largas y paralelas unidas por travesaños que formaban una plataforma en medio. La parihuela se llevaba en brazos pero también mediante unas correas de cuero que, sujetas a las varas más largas, se ataban a la espalda. Tenían que subir por una escalera inclinada hasta un andamio, donde dejaban la pesada carga.

Naturalmente, mientras trabajaba no llevaba el hábito blanco ni el escapulario negro que tan visibles hacían a los monjes. La túnica de trabajo gris lo confundía con cualquier trabajador. Pero le delataba la tonsura y la cara afeitada, pues los laicos tenían que dejarse barba.

Los días eran cada vez más cortos y el verano tenía ganas de despedirse

hasta el año siguiente. El frescor era un bien divino para quienes hacían esfuerzo físico, pues así su sufrimiento era *menor*.

Aquella mañana su acompañante de parihuela era Gelonch, un joven alto y corpulento; ambos tenían la misma edad, pero el seglar —que era uno de los llamados oblatos, hombres, y también mujeres, que sin profesión alguna entraban a formar parte de la comunidad monástica y trabajaban al servicio de todos— parecía más joven; tal vez la tonsura y el rostro afeitado le otorgaba al monje la apariencia de más edad.

—Supongo que a ti, siendo monje —decía Gelonch, que no era un tipo muy listo—, la parihuela no te debe de pesar tanto.

—¿Y por qué dices tal cosa? Claro que me pesa: igual que a ti.

—Siendo monje, Dios te da una fuerza divina, como si fueses un ángel.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Cuando uno se convierte en cura recibe la fuerza de Dios. Es el milagro de Jesucristo; se lo he oído decir a la gente del pueblo.

Esteban estuvo a punto de echarse a reír. La ignorancia intenta tapar los agujeros del desconocimiento con ideas muy atrevidas. El monje trató de explicarle, con palabras sencillas y ejemplos, la verdad de todo aquello. Pero quedó patente la escasa inteligencia de Gelonch.

Era aún media mañana y hacían el tercer viaje con la parihuela cuando tres forasteros a caballo se pararon a su vera y desmontaron. Estaban justo en la entrada de la iglesia, donde el tránsito era muy intenso. Uno de ellos mandó a los otros dos que se retiraran con los animales más allá de aquel embudo humano.

—¿Es esta la abadía de Fontfroide? Estuve aquí tiempo atrás pero no recordaba el lugar exacto.

Por su tono de voz, aquel hombre tenía claro que así era y solo esperaba que alguien se lo confirmara.

Esteban se adelantó a Gelonch y ofreció agua al recién llegado.

—Sí, hermano, Dios te ha conducido por el buen camino. ¿Puedo servirte en algo?

El recién llegado era alto y delgado, pero se le veía fuerte. Por sus vestiduras era evidente que era un hombre de armas, distinguido y rico; un señor o un caballero, tal vez. Ya era un hombre maduro. También los dos

hombres que le acompañaban eran hombres de guerra. Por sus facciones, parecían del norte de Europa.

Bebió del cántaro que le ofreció Esteban.

—¡Gracias, padre! Sí, busco a vuestro abad. Le traigo un mensaje. También querría saludar al prior Janus, somos viejos amigos. —Sonrió de satisfacción, como si recordara épocas pasadas—. ¿Tal vez él es el actual abad? —Miró al padre Esteban como si el monje fuera capaz de dar cumplimiento a aquel deseo.

Esteban lo miró muy serio.

—El prior Janus falleció el invierno pasado, ahora descansa en paz.

El recién llegado se quedó de piedra y los ojos se le tornaron vidriosos.

—¿Cómo murió? Disfrutaba de buena salud.

—Hace poco que llegué aquí y no sé muy bien qué ocurrió, pero puedo preguntar si lo deseas.

El viajero dudó un momento, rascándose la barba.

Un estruendo hizo levantar la cabeza a Esteban. Una cintra de madera se había partido y las dovelas que sujetaba caían a gran velocidad. Sin pensárselo, empujó al recién llegado sacándole fuera del portal. El viajero salió disparado mientras uno de los sillares impactaba en el muslo del padre Esteban.

Una gran polvareda llenó el espacio de la puerta de acceso a la iglesia, y el polvo tardó un buen rato en desaparecer. En medio de aquella pequeña nube se podían escuchar las voces de los que habían quedado atrapados por los escombros.

—¡Qué demonios...! —exclamó el recién llegado al verse empujado de aquella manera. Después, al comprender lo que había sucedido, se acercó al padre Esteban en medio de la polvareda. Vio que se sujetaba la pierna—. ¿Te duele?

—No... no es gran cosa. Me ha dado de rebote y nada más. Dios... nos ha protegido.

En medio de aquella niebla artificial que poco a poco se iba despejando, ambos no dejaban de toser mientras hablaban.

—A nosotros sí, pero a él no. —El viajero señaló a Gelonch. Su cuerpo yacía bajo un par de sillares, inmóvil y cubierto por un dedo de aquel polvo.

La zona pronto se llenó de curiosos. Desde las alturas, un par de carpinteros intercambiaban gritos y reproches por lo ocurrido.

Esteban se puso de pie con la ayuda del viajero.

—Gracias —dijo el monje.

—¡A ti! De no ser por tu empujón, estaría junto a tu compañero. Me llamo Gilabert. —Alargó la mano y el monje se la estrechó diciéndole su nombre—. Tendrías que mirarte la pierna, Esteban, tal vez no sea nada, pero mejor sería asegurarse.

—No, no es nada. Dios cuida de mí. Y de ti también. Te llevaré hasta donde está el abad, pero antes daré la extremaunción a este pobre desgraciado.

De cuclillas, se aseguró de que Gelonch aún no estuviera muerto; tenía el pulso muy débil. Después, de una forma rápida pero muy sentida, le aplicó el sacramento de la extremaunción.

—Por esta Santa Unción —mientras recitaba la plegaria le hizo la señal de la cruz en la frente y en las palmas de las manos— y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Y, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te reconforte en tu final. Amén.

Se puso de pie y lo dejó allí, para que muriera en paz. La gente que llenaba el acceso principal de la iglesia retiró el cuerpo sin vida de Gelonch y también las dovelas y los escombros que dificultaban el paso.

Esteban y Gilabert salieron del recinto.

—Vengo de Barcelona, traigo un mensaje del conde para vuestro abad —dijo Gilabert.

—Un viaje muy largo para traer un mensaje. Y además, hasta un lugar tan apartado como este.

—¿Eres tal vez escribano? —preguntó Gilabert.

—No, solo cargo piedras para la nueva iglesia.

—¿Qué significa «solo»? Eres presbítero, ¿no?

—Sí, desde hace pocos meses.

Gilabert se detuvo y lo miró.

—El abad Sancho está por allí —dijo Esteban señalando al norte.

—¿Sancho es el nuevo abad? ¿Acaso el mundo se ha vuelto loco? —preguntó Gilabert abriendo los ojos por la sorpresa mientras hacía un mohín de disgusto.

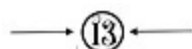
El monje afirmó con la cabeza en silencio.

—No lo digas tan fuerte, Gilabert. Dios Nuestro Señor parece que muchas veces no nos escuche, pero los oídos del abad lo hacen siempre.

—Espera un rato, quiero pensar en todo esto. Necesito tu ayuda.

—Claro, hermano. Ayudar al necesitado es uno de los deberes de la Orden del Císter.

Gilabert sonrió. Esteban comprendió que el recién llegado conocía muy bien cuáles eran los deberes de los monjes blancos.



Gilabert sabía el tipo de hombre que era Sancho. Que una serpiente como él fuera abad de Fontfroide significaba que Dios no era omnipotente, o que simplemente el caballero no comprendía los designios del Altísimo.

—¿Qué tienes en contra del abad? —le preguntó Esteban con amabilidad.

—Ocurrió hace mucho tiempo. No creo que él sepa quién soy yo. Pero yo sí sé quién es él. Y lo que hizo.

El monje no le preguntó nada más. Quedaba bien claro que era educado y prudente. Y había algo en él que resultaba sorprendente. Su mirada era la de un hombre joven pero inteligente, aunque se dedicaba a cargar piedras como un lugareño cualquiera. Tenía la prudencia suficiente para callarse y obedecer, pero al mismo tiempo aquella mirada desprendía cierta desesperación. Como si escondiera algún secreto que le corroía el alma.

El viaje desde Barcelona había resultado muy plácido. Los comentarios siempre cínicos de Jorgen ayudaron a que las interminables horas a caballo o a pie, para no cargar en exceso a los animales, fueran más amenas.

De hecho, Gilabert solo había estado una vez en Fontfroide; precisamente cuando acompañó al padre Janus hasta aquel paraje. La abadía ya tenía más de cincuenta años de vida, antes había sido un centro benedictino, y los edificios así lo mostraban. Hasta entonces solo habían usado la antigua capilla como espacio de culto, pero era evidente que se tenía que construir un templo nuevo.

Aquel era el sueño de Janus: «Un templo firme, grande y sólido, a la altura del mensaje de Jesucristo», afirmaba una vez y otra el viejo monje.

Ahora estaba muerto.

Pero seguro que, desde el cielo, podría ver cómo la nueva iglesia se levantaba firme y esplendorosa. A pesar de aquel accidente que casi le cuesta la vida al caballero.

Y estaba vivo gracias a Esteban. No le trataría como a un presbítero, con ese respeto tan habitual. Le tutearía y le llamaría por su nombre como hasta ahora.

—Ya sé que soy un forastero y que no me tienes la suficiente confianza, pero tengo muy claro que el abad Sancho y tú no sois almas gemelas.

El monje lo miró con ojos inquisitivos.

Habían caminado más allá del recinto del monasterio. Un pinar envolvía buena parte de la abadía y ahora los acogía a ambos.

Gilabert miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos. Entonces habló.

—El mensaje que le traigo a la rata de Sancho —Esteban se santiguó, como si quisiera espantar algún mal espíritu— es para fundar un nuevo monasterio al sur de los Pirineos, en el corazón de Catalonia. El conde de Barcelona le concede unas buenas tierras para que construya un monasterio cisterciense.

»Pero cometí un grave error. Pensando en Janus, creí que era buena idea que la cesión fuera al abad de Fontfroide. De ese modo podría convertirse, algún día, en el líder de la nueva fundación. Apreciaba mucho a Janus y seguro que a él le hubiera gustado ser abad.

Gilabert miraba a Esteban. Este escuchaba con atención sin perderse la más mínima respiración del caballero.

—Tú me has salvado la vida, Esteban. Y me gustaría corresponderte de alguna forma. He pensado que, si no estás bien aquí, tal vez te interese un cambio de ambiente. E ir a Catalonia. ¿Qué me dices?

Ahora fue Gilabert quien se calló. El caballero conocía bien la ordenanza del Císter y sabía que el joven monje la cumpliría con el máximo rigor; no diría nada hasta que fuera preguntado.

Antes de hablar, Esteban afirmó despacio con la cabeza y en repetidas ocasiones; valoraba la propuesta de Gilabert en silencio.

—No me debes nada, Gilabert. Lo he hecho como lo haría por cualquier otro. Ayudar a los hombres es uno de los preceptos de nuestra orden. Hoy he

cumplido y, en todo caso, soy yo quien te está agradecido.

Gilabert intentaba mantenerse callado. Pero era difícil no replicar; sobre todo cuando su opinión era tan diferente y le quería convencer de su error. Pero no habló.

—Estoy en Fontfroide porque así me lo pidió mi maestro y padre, Bernardo de Claraval. Él me envió aquí y he de cumplir su voluntad.

—¡Pero aquí no estás a gusto! Queda bien claro. Eres un hombre instruido e inteligente. Podrías ocupar cualquier cargo dentro de la Orden del Císter, ¡cualquiera!

—No abandonaré Fontfroide. Estoy aquí por la voluntad de mi padre — concluyó el monje con la intención de zanjar la conversación.

Gilabert se quedó en silencio. Esteban estaba atado a la abadía de Fontfroide por un pacto que él no era capaz de entender. Incluso parecía que el joven estaba dispuesto a morir si con eso contentara a Bernardo de Claraval o al actual abad, Sancho.

La veteranía del caballero le hizo callar. Eran muchas las ocasiones en las que el camino más corto entre dos puntos no era la línea recta que los unía. A veces, un pequeño rodeo era mucho más eficaz.

Más tarde, Gilabert fue a ver al abad, como era su deber como mensajero de Ramón Berenguer de Barcelona.

Sancho había engordado y envejecido, pero su altivez era la de siempre.

Le entregó la misiva y, cuando la hubo leído, la cara de aquel viejo sapo mostraba satisfacción, algo impropio de su cargo y de la misión de la orden.

—¿Qué más queréis? —le inquirió cuando levantó la mirada del pergamino, con un ademán serio y cargado de prepotencia. La satisfacción había desaparecido de su rostro.

—La respuesta para el conde de Barcelona —dijo Gilabert, que no estaba dispuesto a mostrarse simpático con un hombre que no lo merecía.

—El capítulo estudiará la propuesta y será entonces cuando se decidirá, no antes. Esto es un asunto interno y no permitimos injerencias por parte de laicos.

—Tengo una copia del documento que os he entregado. Lo deja bien claro: yo me haré cargo de la custodia de la expedición inicial. Por lo tanto, he de conocer los detalles. Y de haber algún problema, tal vez sea mejor que

entregue mi copia a Claraval. Conozco bien a Bernardo —era mentira—, y seguro que él será mucho más receptivo con los deseos del conde de Barcelona.

La rata parpadeaba nerviosa. Resultaba inequívoco que intentaba disimularlo, pero Gilabert lo había captado.

—Como os he dicho, la aceptación del ofrecimiento se resolverá en el capítulo monacal. Pero la expedición inicial sí que necesitará una buena escolta, ya que el camino es largo y lleno de peligros.

—Otra cuestión de carácter más personal. —El abad Sancho levantó una ceja, muy molesto con aquel tipo que no dejaba de pedir—. No quiero al padre Esteban en la expedición.

—¡Eso no es asunto vuestro! —Realmente estaba muy enfadado—. Es más, el padre Esteban será uno de los elegidos para ir allí. Tenedlo claro.

El caballero Gilabert se dio la vuelta y se marchó. Por dentro sonreía: su estrategia había funcionado mejor que bien. Siempre tenía un último recurso —el dinero—, pero en este caso no habría sido tan efectivo. De cualquier manera, Esteban iría con la expedición.



Si la iglesia y el claustro eran el corazón de un monasterio cisterciense, la sala capitular equivalía a los pulmones. A pesar de no ser un edificio espectacular, ya que estaba integrado entre el futuro transepto de la nueva iglesia y el claustro, en ella se decidía casi todo el funcionamiento de la comunidad monástica. De planta cuadrada, la piedra no estaba bien trabajada y el techo era de madera. Pero disponía de lo indispensable: una bancada perimétrica en dos niveles donde se sentaba la totalidad de los monjes. Se hablaba de construir una sala capitular nueva cuando terminaran la iglesia, pero esto aún tardaría unos cuantos años.

Allí se celebraba el capítulo diario con la reunión de los monjes a la hora prima en verano y a la tercia en invierno. El abad dirigía la sesión y se situaba en el centro, frente a la entrada. A su alrededor se sentaban los monjes distribuidos por orden de antigüedad.

En primer lugar se leía el martirologio y se conmemoraban los santos del

día, y después la *Pretiosa*, una breve oración monástica matinal. Luego se celebraba el acto que daba nombre a la sala: se leía un capítulo de la regla de san Benito. Aquí acababa la primera parte.

A continuación, el abad requería a los presentes que reconocieran públicamente sus faltas; a los infractores se les imponía una penitencia. Seguidamente llegaba el momento de anunciar o discutir asuntos importantes para la comunidad.

El padre Esteban se sentaba en la parte más alejada del abad, como si fuera un simple novicio. De hecho, los había más novatos que ocupaban mejores posiciones en la sala capitular. Pero él no se quejaría. Miraba a su alrededor y la cantidad de monjes de Fontfroide no paraba de crecer: ya sumaban casi una cincuentena. Y muy pocos de ellos eran, además, presbíteros; es decir, sacerdotes ordenados.

Como en todas partes, allí había hombres llenos de fe y grandes deseos de complacer a Dios y a Jesucristo por encima de cualquier otra cosa, y otros que buscaban caminos diferentes. Tal vez él mismo era uno de estos. Le avergonzaba pensar que todo lo hacía para complacer a Bernardo, pero se justificaba pensando que, en el fondo, la razón principal era Jesucristo y su obra.

Su corazón no disfrutaba de paz. En modo alguno sentía la presencia interna de Dios y se iba convenciendo, día a día, de que su alma cristiana era imperfecta y llena de impureza y pecado. Naturalmente, siguiendo los consejos de su padre y maestro, no había dicho nada a nadie. De hacerlo en uno de los capítulos, delante de todos, tal vez ya le habrían expulsado o el abad se hubiera inventado un desprecio aún peor que la más absoluta indiferencia sufrida hasta ahora.

Tenía que cumplir con los deseos de Bernardo y continuar con su obra. Esto y solo esto importaba. Lo demás era secundario.

Aquel día el abad explicó el contenido de la misiva traída por el caballero Gilabert, así lo llamó el líder de la comunidad monástica de Fontfroide.

—Tenemos que expandir la regla de san Benito allá donde sea necesario y hasta los límites que nos marque Nuestro Señor —dijo—. Y por eso pido once voluntarios que se hagan cargo de la nueva fundación. Como siempre hacemos, será la expedición de avanzada que preparará la llegada de los hermanos que

irán a continuación.

Todos se sorprendieron. Según los estatutos de la Orden del Císter, los integrantes de una comunidad monacal habían de superar la docena de hermanos. Y el abad había pedido once voluntarios.

La naturaleza del monje cisterciense es generosa y nunca ahorra esfuerzos. Fue muy fácil reunir a los voluntarios.

—El padre Esteban será el duodécimo —dijo el abad, con la boca pequeña y sin ánimo de enaltecer al último integrante. Casi pareció más una forma de quitárselo de encima.

Esteban se quedó medio conmocionado y apenas escuchó nada de lo que dijo a continuación. Preparativos, salida pasado el invierno y poca cosa más.

No entendía muy bien qué había sucedido, pero tanto el abad como el caballero Gilabert se habían salido con la suya.

¿Era aquello una señal de Dios? ¿O solo una coincidencia?

Malos vecinos

La Espluga Jussana, octubre de 1150

El otoño llegó implacable. Los temidos malos vientos de octubre, de los que tanto hablaban los campesinos, hicieron acto de presencia y un fuerte vendaval arrancó muchas aceitunas y menguó una cosecha ya de por sí escasa. Las hojas secas de los árboles caducifolios que daban fe de que la estación avanzaba sin freno fueron arrastradas hasta un horizonte perdido. Por suerte, la vendimia había terminado un par de semanas atrás y el mosto ya hervía para transformarse en vino con el que, rebajado con agua o no, dar de beber a casi todo el mundo.

Así era la vida del agricultor. El tiempo, las cosechas y la transformación de los frutos ocupaban la vida de la gente sencilla.

Gente sencilla.

Esto a Gaya la afectaba poco o nada. La joven tenía claro que su mundo era otro. A pesar de que ahora estaba alejada de su ambiente natural, no tenía nada que ver con ese estrato social tan bajo.

Era tozuda. Muy tozuda.

Le dijo a su padre que quería salir a pasear a caballo y, pese a las múltiples objeciones, negativas e incluso súplicas, se salió con la suya. Pero iría acompañada de una escolta de cuatro guardias.

La discusión ya venía de lejos.

Casi ninguna mujer montaba a caballo como lo hacían los hombres. Iban sentadas de lado, pues estaba muy mal visto ir con las piernas abiertas, y decían que la fertilidad de la mujer quedaba dañada. Y la ropa tampoco facilitaba las cosas. Por eso, las pocas mujeres que montaban a caballo lo hacían con un hombre gobernando el animal. Ellas se sentaban en perpendicular y siempre hacia la izquierda.

Esto también ocasionó una discusión que Gaya había ganado tiempo atrás. Montaba con una silla masculina pero encima tenía un cojín de plumas que iba atado a la barriga del animal.

Gaya no quería renunciar a la maravillosa sensación de cabalgar a la grupa de un buen caballo. La gente la miraba mal, pero tanto le daba. Y la discusión más fuerte la tuvo con su madre. Ella sabía que, en el fondo, su progenitora pensaba igual que ella; también de joven fue rebelde y con ganas de cambiar las costumbres. Pero había envejecido y se había resignado a vivir en aquel mundo que en nada favorecía a las mujeres.

Ella no. Gaya siempre haría aquello que considerara oportuno. Solo seguiría sus gustos y necesidades.

Desde la parte más alta de la Espluga Sobirana se podía ver, hacia el sur, una suave cordillera que levantaba un frondoso bosque. En aquel sistema montañoso no se veía el suelo libre de vegetación, solo un bosque de pinos, encinas y robles con variedades distintas. También podían observarse alamedas, pero estas se alargaban por el llano y apenas superaban los primeros repechos de la montaña.

Los hombres decían que aquel era un buen terreno para la caza y se habían organizado partidas con esa finalidad. Pero Gaya nunca pudo ir.

La joven podía convencer a su padre, incluso a su madre, pero a su tío era imposible. Ramón era tan tozudo como ella y cuando decía que no, era que no. Y se acababa la discusión. Y normalmente era él quien organizaba y comandaba aquellas expediciones de caza. A su padre, Ponce, no le interesaba en absoluto ir a matar animalillos por el campo, como él definía la caza.

El bosque fue el primer objetivo de aquel paseo a caballo.

Los cuatro guardias iban detrás al trote, siguiendo su ritmo.

El día era tranquilo, con apenas alguna nube. Tampoco soplabla el viento, y

la temperatura, a pesar de estar en otoño, convidaba a disfrutar de la naturaleza.

Gaya daba rienda suelta a su carácter dominante. El caballo seguía las órdenes sin la más mínima desviación del pensamiento de la amazona. Detrás iban los cuatro perros de su padre sin perderla de vista. Le habría gustado gobernarlos como al caballo, pero tenía que conformarse con tenerlos como guardias.

El bosque se agigantaba a medida que se acercaban. Los árboles mostraban más detalles y la masa boscosa perdía su simetría y ya no parecía tan densa. Ahora también se podía distinguir entre los troncos más jóvenes y los más viejos. Cuando alcanzaron los primeros árboles, Gaya pasó del trote a un paso muy suave.

La montaña comenzaba a ganar altura y el bosque se había convertido en una masa impenetrable.

—Señora... —dijo con sumo respeto Guillemó, uno de los hombres de confianza de su padre, ya entrado en años pero con el suficiente vigor para cabalgar largas horas sin desfallecer.

Gaya no se giró, solo levantó la barbilla, mostrándole su perfil, para darle a entender que lo escuchaba.

—Es más sensato usar los senderos naturales abiertos por los animales. Es lo que hacemos cuando vamos de caza.

Aquel hombre tenía razón. Por allí era imposible pasar si no querían hacer daño a los animales. Sin decir nada, con un fuerte golpe con las riendas, hizo girar al caballo y siguió por la orilla del bosque, sin entrar. Aunque no había camino, el suelo estaba libre de vegetación y el paso era más cómodo.

Aguzó el oído y confirmó que los cuatro la seguían.

Un trecho más allá vio uno de los senderos que había mencionado Guillemó. Desmontó y siguió a pie. Uno de los guardias se quedó custodiando los animales mientras el resto seguía a su señora.

El pisoteo de las hojas devolvía un crujido lleno de suavidad. Con aquel silencio, Gaya se sentía como si entrase en un lugar sagrado. Los guardias se habían desplegado a su alrededor, pero dejándole un amplio margen de intimidad; podían verla, pero a cierta distancia. Uno se había situado unos cuantos pasos por delante.

Gaya se dejó llevar sin saber muy bien adónde iba ni qué buscaba.

De vez en cuando, alguna ardilla se movía nerviosa en una rama próxima. O un bisbita arbóreo chasqueaba las alas y se escapaba hacia el interior del bosque.

Continuó hasta llegar a un claro del bosque. El sol lo iluminaba con fuerza y durante unos instantes Gaya se quedó deslumbrada. No era un espacio grande. Las zarzas y las moreras rodeaban aquel claro. Detrás de los arbustos, orgullosos y envejecidos, unos cuantos pinos y alguna encina daban fe de que el bosque estaba allí mismo.

En uno de los márgenes se apilaban un par de troncos grandes y otros más pequeños. No tenían señales de haber sido cortados por una herramienta humana y el orden parecía fortuito. La hierba del claro, que no levantaba más de cuatro dedos del suelo, semejava una alfombra verde. Más bien parecía una zona ajardinada pero sin rastro de animales o personas.

Gaya levantó la cabeza y miró hacia el cielo. Después cerró los ojos y respiró profundamente el olor a bosque. No le llegaba hedor alguno, era agradable. Se sintió llena de vida. El sol le acariciaba las mejillas y aquel calor parecía llenarla de energía. A pesar de que la habían educado en la idea de evitar los efectos del sol —era propio de la gente del campo—, no pudo abstenerse.

Abrió los brazos. Habría deseado volar. Tener el poder de los pájaros y elevarse por encima de los árboles. Desde las alturas podría dominarlo todo.

Abrió los ojos y se sentó en uno de aquellos troncos ya resacos. Seguro que los guardias la estaban observando, pero tanto le daba. Aquel lugar tenía algo único. Un lugar para compartir con alguien especial, alguien también único que fuera capaz de entender la magia que escondía aquel claro.

Se puso de pie. Y se sintió celosa del claro del bosque. Celosa de que alguien más lo usara. Celosa por no ser la única que disfrutaba de aquel maravilloso espacio.

De hecho, el bosque era para los señores. Si algún aldeano accedía a la arboleda, sería azotado en público como castigo. Pero no solo estaba prohibido el acceso, también coger leña, madera, cazar o recoger frutos. Pero tanto si era gente sencilla como si no, a Gaya no le gustaba la idea de tener que compartir aquel tesoro de la naturaleza.

Lo que desconocía era si aquella zona del bosque formaba parte de las propiedades de los Cervera. Tendría que averiguarlo.

Salió del bosque y continuó su paseo a caballo.

—¿Qué es aquello? —preguntó a Guillemó, y señaló una pequeña granja fortificada. No tenía unas murallas altas, pero aquellas paredes protegían una torre interior y otras dependencias. Unos pinos altos y viejos rodeaban, como si fueran centinelas, todo el perímetro y solo dejaban una abertura en la entrada.

—La granja de Milmanda. Es propiedad del conde de Barcelona.

—¿Del conde? ¿Y quiénes son los que viven allí?

—Siervos del conde.

«Claro», pensó Gaya. De la misma forma que los siervos de los Cervera, los del conde de Barcelona recibían la protección de su señor y los beneficios de cultivar la tierra a cambio de su trabajo.

—¡Vamos! —dijo Gaya.

Su caballo estalló en un galope vivo y nervioso, dejando a los guardias atrás.

La granja de Milmanda no quedaba lejos, a menos de un par de millas de la miserable torre que protegía a las dos Esplugas.

Tenían que cruzar el río Francolí. No era un río muy grande, pero un otoño lluvioso podría dificultar su paso. Allí la ribera estaba al nivel del suelo; en cambio, en la entrada de la Espluga, el caudal había escarbado la tierra y el agua circulaba muy por debajo de donde lo hacían las personas. Más despacio, salvaron el río y Gaya continuó con su galope, pero la mano de Guillemó agarró las riendas del animal y lo frenó.

—¿Pero qué...?

Guillemó se llevó el dedo índice a los labios mientras señalaba hacia la izquierda de la muchacha.

Gaya miró hacia allá.

El valle por donde circulaba el río Francolí no poseía una llanura uniforme. Ni tampoco un espacio despejado de zona boscosa. De vez en cuando, una pequeña colina reclamaba la atención ofreciendo una mala copia de aquel bosque de montaña que se perfilaba más allá del valle. Arboledas que se elevaban como si fueran verrugas gigantes.

El ruido, que con los caballos detenidos era perfectamente audible, provenía de una de esas colinas arboladas. Parecía que alguien se estuviera peleando, unos gemidos muy agudos de procedencia desconocida —era difícil saber si era un hombre, una mujer o una criatura— ponían la piel de gallina.

Se acercaron con cautela, siguiendo el consejo de Guillemó.

Entonces lo vieron.

Tres hombres estaban atacando a un cuarto. Le propinaban puñetazos y patadas. El que recibía la paliza estaba en el suelo y era incapaz de defenderse. Un pequeño carro de mano —seguramente del agredido— parecía ser el motivo de aquel altercado.

Uno de los hombres los vio desde la distancia y se puso de pie.

Los guardias de Gaya desenvainaron y se colocaron delante de la hija de su señor. Pero ella quería tener el control de todo. Los rodeó y levantó la voz.

—No vale la pena inmiscuirse. Es un asunto entre ellos.

—Son bandidos sarracenos que están robando a un siervo de vuestra familia —dijo Guillemó—. Tendríamos que eliminarlos ahora que somos mayoría: es un deber que tenéis como señora.

Gaya escuchó la palabra «señora» y su interior empezó a hervir. Si en verdad era uno de los siervos de su padre o de su tío, entonces tenía que proteger los intereses familiares.

—¡Id allí! —ordenó de manera firme e inequívoca.

Uno de los guardias se quedó con Gaya, pero los otros se lanzaron todo lo rápido que les permitían sus monturas. Ella y su acompañante avanzaron un poco hasta situarse en un pequeño altozano: desde allí la escena se apreciaba mucho mejor.

A caballo, los guardias de los señores de Cervera atacaron sin piedad a los agresores usando el metal de sus espadas contra puños y pies. En un momento, los tres asaltantes cayeron abatidos.

Gaya y su guardia se acercaron.

Los otros ayudaban a levantarse al hombre atacado.

—... es a ella a quien has de agradecérselo, la señora de Cervera —le decía Guillemó.

Sin querer, Gaya hinchó el pecho y se sintió satisfecha. Sobre todo cuando aquel lugareño, de rodillas, se lo agradeció.

«Señora».



Dos días después, ambas familias se reunieron. Era algo infrecuente, pero si todos eran convocados se debía a que era necesario aclarar algún hecho importante.

El encuentro se produjo en el edificio utilizado como salón de audiencias. Menos las criaturas más pequeñas, estaban todos. También había sirvientes, atentos a cualquier necesidad de sus señores, y algunos hombres de armas, pero estos se encontraban algo alejados del centro del salón.

Su tío Ramón mostraba muy mala cara. Su padre, Ponce, no; de hecho, lucía «la misma cara de estúpido de siempre», concluyó Gaya al mirarlo.

Ramón de Cervera, a pesar de ser el hermano pequeño, fue quien dio la noticia.

—He recibido un mensaje del conde de Barcelona. En primer lugar, nos recuerda que somos vasallos suyos y que tenemos que cumplir lo acordado en la última reunión con él. Esto es: atacar a los sarracenos que aún quedan en Capafons y La Febró. El juramento de vasallaje nos obliga a ello. Pero tener más señoríos nos irá muy bien.

»El problema ha surgido al leer más abajo. Ha cedido el Huerto de Poblet a unos monjes del sur de Francia para que levanten un monasterio.

Gaya no veía problema alguno en esta cuestión. «No sé por qué tanto alboroto. Al fin y al cabo, tener un monasterio cerca nos otorgará la protección de Dios». Eso era lo que decían los hombres de fe.

—Tener un monasterio cerca nos dará la protección de Dios.

Gaya se estremeció al escuchar aquellas mismas palabras en la voz de... ¡su madre! Se giró para buscarla. Ambas habían dicho lo mismo; bueno, Gaya solo lo había pensado. Pero la hija se sorprendió de compartir idéntico pensamiento con su madre.

Almodis no añadió nada más, pero miraba a su cuñado de manera desafiante. El hecho de que el conde de Barcelona fuera su hermano la convertía en defensora de la cesión hecha por Ramón Berenguer.

Ponce, naturalmente, no se pronunció. Sentado junto al hogar, parecía más

un viejo disfrutando del calor del fuego en un día invernal. Y precisamente esos días el otoño les ofrecía un pequeño verano.

Ramón, en cambio, no se dio por vencido.

—Las mejores tierras de esta zona son las cedidas a los monjes. Almodis, hablé con tu hermano para que también nos las cediera. Pero se negó. ¡Ahora cuadra todo! Y tú, Ponce, ¿no dices nada?

El interpelado respondió:

—Tal vez quiera ganarse un lugar junto a Dios. Mi cuñado es un hombre devoto de Nuestro Señor.

—¡Seguro que es por eso! —respondió Ramón con ironía—. La fe de tu cuñado consiste en querer ser el señor más poderoso de todos. ¡Esa es su única fe! Y cuanto más crece el conde de Barcelona, más pequeños nos volvemos los demás. Y al hacernos insignificantes, acabaremos desapareciendo como familia y como señores. ¡Y hasta como personas!

La última frase la dijo gritando. Después abandonó el salón, enfadado.

Ponceta, su esposa, le siguió. Y también el primo y las primas de Gaya.

La familia de Ponce de Cervera se quedó sola.

—No entiendo muy bien las ideas del tío, madre —comentó Gaya a Almodis.

—Son temas de señoríos. Mi hermano no deja de ser un señor también. El más grande, pero un señor al fin y al cabo. Y las aspiraciones de tu tío van mucho más allá de ser el segundo de una gran casa.

Había algo de tristeza en la voz de Almodis. Más que tristeza, melancolía. Por un momento, la mirada de su madre llegó hasta Ponce, su padre. Y a Gaya no le gustó lo que vio en aquellos ojos que siempre mostraban fuerza y templanza. ¿Tal vez estaba desengañada de su marido? «Madre vive amargada al lado de padre; yo también lo estaría», pensó.

Era un caso muy curioso. De joven, su padre era una persona muy distinta. Ponce creció siendo el heredero de los Cervera. Título, señor, tierras y un montón de privilegios más. También era vasallo del conde de Barcelona.

Como noble, tenía que casarse por conveniencia. Un buen matrimonio consistía en juntar dos señoríos para convertirlos en uno mayor. Así, crecía el patrimonio familiar y el apellido era más poderoso con cada generación.

Pero Ponce se enamoró perdidamente de la hermana del conde.

Enloquecido, la raptó —como había leído que hicieron los romanos con las sabinas— y huyó con ella.

Todo el condado se levantó en armas contra los Cervera, y el conflicto casi acaba en una guerra civil. Hasta que ambos hombres se encontraron cara a cara. Tras hablar y negociar, quedó todo arreglado. A cambio de consentir el matrimonio, Ramón Berenguer recibiría de su futuro cuñado el feudo de Castellfollit de la Roca.

Almodis no pudo decir ni pío. Como si se tratara de una mercancía, la casaron a cambio de un feudo.

O tal vez había algo de los matrimonios que Gaya no entendía bien del todo. Esta posibilidad la inquietaba, pues pronto ella sería una mujer casada y no se resignaba a perder su carácter.

Aquella noche, antes de dormirse, estuvo pensando en su tío y en el asunto del nuevo monasterio. Lo conocía bien y Ramón no se daría por vencido. Nunca se había rendido, al menos hasta ahora. Y Gaya no creía que eso fuera a cambiar.

Seguro que planeaba cómo echar a los monjes en cuanto llegaran.

Amistad

Algún punto de la Cataluña Vieja, marzo de 1151

El invierno había sido muy largo.
Demasiado largo.

Los preparativos para la expedición hacia Catalania para llevar a cabo la fundación del nuevo monasterio duraron mucho. Y las discusiones, con Gilabert y Sancho de por medio, fueron una constante en todas las reuniones.

El caballero no soportaba al abad del monasterio de Fontfroide. Eso, cosa que él mismo reconocía, le conminaba a valorar como negativas todas las propuestas de Sancho. Seguro que alguna de sus opiniones era buena, pero Gilabert nunca le encontraba el lado bueno. Tenía muy claro que no estaba siendo justo con el abad, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Además —retomó una discusión que ya habían tenido unos días atrás—, pienso que cruzar por el collado del monasterio de Santa María de Panissars solo para hacer entrega de un mensaje es correr un riesgo que podríamos evitar usando el camino de la costa, entre Cervera y Portbou —dijo Gilabert.

—Vos solo tenéis que proteger a los monjes. Limitaos a cumplir con vuestras obligaciones y no os metáis donde no os llaman.

—Hablo con conocimiento de causa. He cruzado los Pirineos por todos los lugares posibles y el paso que proponéis es el más complicado; tanto para

la travesía de los animales como por el peligro que supone para la vida de vuestros monjes. No es una zona segura, siendo muy optimista en mi valoración.

—Allí no hay ningún señor que garantice el paso. ¡Todo cuando pueda suceder recaerá sobre vuestra conciencia! —gritó mientras señalaba al abad con el dedo índice.

El abad chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza.

—¡Os lamentáis demasiado! No sé qué tipo de caballero sois... El monasterio de Panissars existe desde hace siglos y sus habitantes nunca han temido por sus vidas.

Fue imposible conseguir que entrara en razón. Por otro lado, Gilabert estaba convencido de que el abad pensaba lo mismo de él: nunca se tomaría en serio sus opiniones.

Por esa razón el invierno fue tan largo.

El padre Esteban se convirtió en una chimenea encendida cuando el frío arreciaba. A pesar de que se pasaba el día trabajando y rezando, los pocos ratos compartidos durante el día habían convencido a Gilabert de que había acertado con su opinión inicial sobre el monje.

Un hombre inteligente, con una conversación exquisita y siempre llena de sentido y profundidad. Pero demasiado buena persona. Excesivamente sumiso y entregado a la regla de san Benito y a la Orden del Císter. Con esa forma de ser, lo más probable era que nunca llegase a ser abad, ni prior o subprior. Gilabert tenía muy claro que para ocupar un cargo elevado se necesitaba un carácter fuerte y dominante, además de las virtudes de las que ya disponía el padre Esteban.

Y aún no había conseguido adivinar la causa de aquella tristeza en su mirada. En un par de ocasiones, en plena conversación, había visto la oscuridad de su alma, pero sentía tal respeto por él y por su intimidad que no se atrevió a preguntar nada.

Un hombre como el padre Esteban se merecía la máxima estima que pudiera darle. Así, al menos, equilibraría el mal trato que recibía por parte del abad Sancho. Y no es que lo humillara de manera pública o privada con frases degradantes. Simplemente lo ignoraba. Como si fuera una piedra en un roquedo o un árbol en medio del bosque.

Con la llegada de marzo los preparativos ya habían terminado y a mediados de ese mes salieron hacia tierras meridionales.

El camino a seguir sería una antigua vía romana.

—Los romanos la llamaban Vía Augusta, y recorre toda la península Ibérica por la *costa* mediterránea —le explicaba el padre Esteban.

—¿Y cómo sabes tú eso? —le preguntó Gilabert.

—Tuve que hacer de copista mientras estudiaba, y uno de los textos hablaba de esta vía. Por entonces ya existían los dos caminos, como ahora.

El padre Esteban se refería a la discusión entre Gilabert y el abad Sancho.

—Tal vez fui demasiado pesimista. —El caballero buscaba no poner al padre Esteban en el compromiso de tener que criticar o defender a su superior —. Esperemos que todo vaya bien.

Guerau, que hasta entonces había ocupado el cargo de subprior de la abadía de Fontfroide, ejercería de abad hasta que el nuevo monasterio, ya totalmente establecido, eligiera al definitivo.

No era una mala persona, según Gilabert. Pero tenía el inconveniente de que era amigo del abad Sancho y, por simpatía, enemigo de los enemigos de este. O sea, que el caballero y Guerau no iban a ser compañeros del alma.

El valle pirenaico por la vertiente norte ofrecía unos paisajes con infinitas tonalidades de verde que se prolongaban hasta la falda de las montañas. El cielo era mucho más azul, pero sin llegar a la intensidad de las tierras más cálidas más allá de los Pirineos.

El buen tiempo los acompañó durante los primeros días.

El cortejo lo componían los doce monjes, una docena de sirvientes y artesanos de diversos oficios; un carpintero, un herrero, un maestro constructor y un talador de árboles eran los más evidentes por las herramientas que acarreaban. Seis carros llenos de víveres, utensilios y otros materiales marcaban el ritmo de la marcha.

Y también, claro, los tres hombres que componían la escolta. Tanto Haakon como Jorgen estaban contentos con aquella expedición. De hecho, se lo tomaban como un episodio más de la cruzada que les había conducido hasta las tierras de Catalonia.

Gilabert iba en primer lugar y los otros dos cerraban la caravana. A pesar de la apariencia de tranquilidad que quería transmitir, no lo tenía nada claro.

Poco a poco el terreno comenzó a ondularse y los valles se hicieron más profundos. La ascensión hasta el monasterio de Santa María de Panissars sería lenta y suave, pero continua y prolongada. Tendrían que detenerse más de una vez antes de llegar a la abadía para que los hombres, y sobre todo las bestias, no se fatigaran en exceso.

El último núcleo urbano antes de empezar la ascensión fue El Voló, una población de dimensiones modestas donde pasaron la noche.

Por la mañana, el día se despertó con una nubosidad espesa y amenazadora que parecía haberse comido aquel azul tan tranquilizador del día anterior. También soplaban un viento poderoso con rachas de humedad aquí y allá.

—Tal vez fuese más inteligente esperar un día o dos hasta que el mal tiempo pase de largo —dijo el caballero Gilabert—. El agua de aquí abajo es nieve en la montaña.

Guerau lo miró y después levantó los ojos hacia el cielo.

—De momento, ni agua ni nieve. Si llegamos al monasterio de Panissars antes que la tempestad, podremos pasar la noche a cubierto y esperar allí hasta que el tiempo nos sea favorable. Estamos en manos de Dios y él nos protegerá.

Gilabert concluyó que era un poco arriesgado, pero en aquellas palabras había sensatez y sentido común.

Una minúscula población llamada Maurelianum los despidió del llano. A partir de ahí las montañas tomaban el relevo. Comenzó la ascensión forzando al máximo a personas y animales pero, como era una rampa continuada, supuso que hasta pasado el mediodía no llegarían a su destino.

Y de pronto comenzó a llover. Primero unas tímidas gotas que luego se convirtieron en una cortina de agua. Y algo más arriba, el agua se convirtió en nieve.

Tirando de las riendas de su caballo, Gilabert veía tras de sí a sus compañeros de viaje con los rostros cubiertos por las capuchas, cabizbajos y llenos de preocupación. Y sintió un escalofrío. Seguro que todos sufrían.

Avanzaban por la antigua vía romana, que había resistido el paso de los siglos, y pese a que la tierra de la montaña y la nieve comenzaban a cubrir algunos tramos, les indicaba el camino.

El suelo era cada vez más resbaladizo e inseguro, sobre todo en las rampas más pronunciadas, y los hombres tenían que empujar los carros compartiendo esfuerzo con los animales. Una de las mulas se rompió una pata. La tuvieron que sacrificar allí mismo.

La tempestad iba ganando en intensidad y apenas se veía nada.

—¿Falta mucho aún? —preguntó el padre Guerau a Gilabert gritando en medio de la fuerte nevada. El monje había avanzado hasta donde estaba el caballero.

—¡No lo sé! ¡Así es imposible orientarse! Pero no creo que el monasterio quede muy lejos.

Esta creencia era más un deseo, pues la nieve, la fuerte ventisca y aquellas nubes que viajaban a ras de suelo desfiguraban el paisaje y lo convertían en sombras difuminadas.

Pero un par de millas más adelante todo comenzó a cambiar. Al llegar a la zona más alta, la tempestad cesó. Allí la nieve no había cuajado y la vía se mostraba resbaladiza pero limpia.

Pasado el mediodía, el grupo llegó sano y salvo —excepto la mula perdida — a Santa María de Panissars, un monasterio con mucha tradición y de buena factura.

La piedra no exhibía un trabajo primoroso, pero el tiempo la había recubierto de una fina pátina que le otorgaba un carácter especial. El recinto externo estaba protegido por una pared tan alta como una muralla. Desde fuera, el edificio más prominente era una iglesia de reducidas dimensiones; nada que ver con la que se estaba levantando en Fontfroide. Los otros edificios se amontonaban sin orden aparente.

Construido en un espacio robado a la montaña, el monasterio no disfrutaba de la amplitud de sus hermanos del llano. Allí, en el corazón de los Pirineos, era necesario aprovechar al máximo cada palmo de terreno, pues ganárselo a la montaña era muy complicado. Pese a todo, las estancias eran lo bastante amplias para acomodar bien a los recién llegados.

La caravana fue muy bien atendida. Los animales fueron cobijados a resguardo, y también los limpiaron y los alimentaron. Los hombres tampoco tuvieron queja.

Esperaron dos días hasta que el cielo apareció despejado. Con el buen

tiempo, mejoraron las condiciones del viaje. El descenso fue rápido y cómodo. Las rampas, aunque continuadas, eran suaves y fáciles de bajar.

—Parece que esta ruta es la buena —dijo Guerau, desde el pescante del carro, al caballero Gilabert.

—Bueno, el peligro comienza a partir de aquí. Y eso que las montañas también tenían lo suyo. De hecho, la tempestad de nieve nos vino como anillo al dedo.

—Así ya no hay nada que temer —respondió el monje sonriendo.

Gilabert le devolvió una sonrisa irónica, pero no dijo nada más. «Ojalá tengas razón», pensó.

Los valles se abrían al buen tiempo y todo comenzaba a revivir después de aquel invierno tan rudo. Además, la lluvia de los últimos días había acentuado el verde de los prados que ya esperaban la llegada de la primavera.

Dejaron las montañas atrás y siguieron por el camino marcado por la antigua vía romana. Las costumbres no habían cambiado: Gilabert iba delante, y cerraban la caravana Haakon y Jorgen, siempre atentos. A pesar de las palabras de Guerau, el caballero desconfiaba.

A simple vista, se vislumbraban pequeños núcleos de población. La mayoría eran aldeas y estaban fortificadas, con altas paredes y alguna torre de vez en cuando.

Gilabert era consciente de la época en la que vivía y de que el miedo obligaba a levantar defensas a gran velocidad. Por la dispersión de los núcleos urbanos, por su reducido tamaño y por las medidas defensivas, quedaba bien claro que aquel lugar era peligroso. O tal vez lo había sido en épocas pasadas.

Un valle acomodado entre dos pequeños ríos recibió a la expedición. Estaba repleto de campos cultivados, aprovechando la fertilidad de una tierra agraciada con el don de la humedad permanente. Las fincas cuarteaban el valle y le otorgaban aquella artificialidad que denotaba la mano del hombre. Los caminos segaban aquel gigantesco triángulo entre ambos ríos y convergían en el mismo punto: la población de Cabanes.

—Este es un buen lugar para pasar la noche —dijo Gilabert al padre Guerau mientras señalaba un punto cercano al río. Allí, un dulce meandro se retorció acogiendo un espacio arbolado sin llegar a la espesura de un bosque.

—En el pueblo estaríamos mejor; más seguros —replicó el monje.

—Cierto, pero es un pueblo pequeño y las casas no suelen estar bien provistas. Tal vez sería más acertado no molestarlos.

—¿Tenéis miedo de dejar sin comida a todo un pueblo? ¿Tanta hambre tenéis? —El comentario estaba hinchado de cinismo y le acompañaba una sonrisa seca.

—No lo hago por la comida. Si nos atacaran, no querría ver lugareños muriendo por culpa nuestra.

Aquel argumento y la mirada seria de Gilabert impidieron la réplica del monje. Como cristiano, no podía estar más de acuerdo con el caballero.

La tarde comenzaba a caer y alinearon los carros formando un semicírculo que les ofrecía algo de protección.

—¿No exageras un poco con la posibilidad de que seamos atacados? —preguntó el padre Esteban de forma muy respetuosa, con un tono de voz tan bajo que casi parecía estar pidiendo perdón.

—Tal vez —contestó Gilabert—, pero no me fío de estas tierras.

—Creo que no te fías de ninguna tierra por la que pasamos.

Gilabert soltó una carcajada y le dio la razón al monje.

La gente preparaba el campamento para pasar la noche. Y el caballero y el padre Esteban se encontraban muy cerca del río, casi podían tocar el agua. El sol mostraba aquella tonalidad anaranjada que parecía cambiar el calor por la frescura, y que en un tórrido día de verano todo el mundo agradecía. Ahora que comenzaba la primavera, indicaba que la noche sería fría.

En la lejanía, a contraluz, las montañas perdían toda su policromía y exhibían un perfil oscuro, casi negro.

Ambos recibían los últimos rayos de sol directamente en el rostro, buscando atrapar la postrera calidez del día. Después solo las llamas de un buen fuego serían capaces de proporcionarles calor.

—¿Qué llevas ahí? —Gilabert señaló una pequeña olla medio rota llena de tierra en la que no asomaba planta alguna.

—Es una tontería de un hombre tonto —dijo Esteban con una sonrisa humilde, casi avergonzándose. Pero el silencio y la mirada de Gilabert le obligaron a ser más preciso—. Aquí dentro hay una semilla de álamo que me gustaría plantar allá donde lleguemos.

El padre Esteban cogió la olla y la sumergió en el río. Esperó unos instantes y la extrajo. El agua se escapaba por los agujeros de la cerámica, como si quisiera regresar al río.

—Una semilla de álamo. —Gilabert lo miró a través de aquella luz del atardecer que iluminaba la cara del monje—. Eres un monje peculiar, Esteban; si me permites que te lo diga.

El padre Esteban no expresó indicio alguno de estar de acuerdo o no. Simplemente lo escuchaba con atención, como hacía siempre.

—Nunca hablas de Dios. Ni siquiera das consejos gratuitos y desesperados, como suelen hacer la mayoría de los presbíteros.

Esteban sonrió ante la última frase del caballero. Gratuitos y desesperados; sí, así parecían en ocasiones los consejos de los siervos de Jesucristo.

Gilabert seguía hablando.

—Eres un hombre con una sensibilidad especial para las cosas. Pocos tienen tu capacidad para entender el mundo. No entiendo muy bien qué haces aquí.

—Viajo hacia el sur, igual que tú.

—No, no quería decir eso. Tú ya me entiendes. Pero creo que es cosa tuya y solo tuya. Y tienes todo el derecho a guardártelo en tu interior. Yo no soy monje ni presbítero, pero tampoco nadie de quien hayas de desconfiar. Aunque, como te acabo de decir, tú sabes mejor que nadie cómo tienes que actuar.

Esteban lo miró y por unos instantes parecía que fuera a hablar, a comentar aquello que le carcomía el alma. Incluso abrió la boca. Pero se quedó en silencio. Después desvió la mirada buscando algún punto lejano, más allá de las montañas.

La noche transcurrió tranquila, solo alterada por las guardias, en las que siempre había uno de los tres hombres de guerra acompañado por un par de monjes o de laicos.

La madrugada también fue plácida. El cielo se desplegó limpio de nubes y apenas se movían las hojas de los árboles. El día se presentaba idóneo para viajar.

Justo empezaban a atar a los animales cuando ocurrió todo.

Se había levantado muy temprano. Siguiendo los preceptos de la Orden del Císter, los monjes rezaban maitines a medianoche. Como viajeros, el abad les había exonerado de cumplir estrictamente con todas las oraciones del día. De este modo, no volvían a rezar hasta la hora prima, cuando rompía el día, dejando de lado laudes. Después ya no volvían a dormirse. Aprovechaban la poca luz de aquel amanecer tan lento para hacer el equipaje y guardarlo todo para el viaje.

El padre Esteban fue hasta el río a remojar la olla con la semilla de álamo. El frescor de la noche mantendría la tierra húmeda durante el resto de la jornada si tenía cuidado y no la dejaba demasiado rato a pleno sol.

El campamento no se había levantado en la misma ribera del río, había unos treinta pasos hasta el agua, por lo que el joven monje se encontraba alejado del resto de sus compañeros. Pero supo que ocurría algo pues oyó gritos de desesperación, sonidos metálicos de lucha y luego aquel silencio tan propio de la muerte cuando ahoga un grito.

El monje tenía la olla en las manos y no sabía muy bien qué hacer ni adónde ir.

La luz del amanecer mezclaba sombras y penumbras sin marcar un límite claro. Desde la distancia, el padre Esteban podía ver la silueta de los carros y a los hombres, pero desdibujados y sin apreciar todos los detalles. Aunque el ruido de la lucha y la muerte le llegaban con total nitidez.

El caballero completaba la última guardia y fue de los primeros en darse cuenta de lo que ocurría.

Como si emergieran del suelo, un montón de hombres armados corrían en su dirección y un par de ellos lo atacaron directamente, tal vez con la intención de impedir que diera la alarma al resto del campamento. Con la poca luz de la madrugada era difícil distinguir los detalles, pero no eran hombres de armas. Ninguno se protegía con una miserable cota de malla, ni mucho menos con una armadura. Las dos armas con las que se enfrentó en primer lugar eran una

espada vieja y un garrote con clavos en la punta.

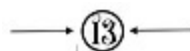
Gilabert, casi por inercia, desenfundó su espada. Le atacó primero el del garrote, pero el ímpetu fue la perdición de aquel hombre. El caballero se apartó y con un movimiento de la muñeca le abrió un buen corte en la cerviz cuando ya le había sobrepasado. También fue sencillo acabar con el otro: un ataque sin pericia alguna le permitió desarmarlo con un giro de muñeca y tirarlo al suelo con una fuerte patada.

—¡Marchaos de aquí! ¡Hoy no vais a salir con vida! —gritó el caballero al hombre abatido en el suelo, para asustarlos y que se fueran sin provocar más víctimas.

Los gritos y ruidos de lucha se esparcieron por el campamento a medio desplegar. Poco a poco, la luz del día ganaba intensidad y permitía examinar mejor los detalles.

Los ojos de Gilabert le traicionaron. Pensaba en los monjes y en su escasa habilidad para la lucha cuando el atacante, aún en el suelo, confundió aquella mirada con la de un hombre atemorizado y le abordó con las manos desnudas. El caballero se vio obligado a acabar con su vida: la espada le abrió la parte baja del torso. El hombre cayó en medio de un mortal grito de dolor.

«¡Malditos...! ¿Quiénes son estos desgraciados?», se preguntaba mientras iba hacia el campamento y oía los gritos de los monjes a los que tenía que proteger.



La distancia que separaba al padre Esteban del campamento era muy corta. El día parecía tener prisa por abrirse paso y a cada instante lo veía todo con mayor claridad.

Hombres corriendo en busca de alguien a quien matar. Parecían bandidos o gente fuera de la ley. Vestían ropa vieja que les quedaba demasiado grande o demasiado pequeña. Todos iban muy sucios, con los cabellos largos y los rostros barbados.

El padre Esteban caminaba muy despacio, sin saber qué hacer. Acarreaba la olla de la semilla de álamo como si fuera a hacer entrega de una reliquia en un lugar sagrado.

Por un instante se vio en una realidad muy distinta.

A su alrededor, laicos y sirvientes caían asesinados sin piedad. Algunos eran rematados una vez estaban en el suelo y la sangre salpicaba al atacante, lo que le otorgaba una imagen demoníaca.

Pero el padre Esteban se sentía ajeno a todo. Como si su mundo fuera otro. Como si una especie de gigantesca burbuja lo envolviera. Como si allí dentro no hubiera espacio para ningún arma hecha por el hombre. Como si la vida y la muerte hubieran adquirido un valor diferente.

Los gritos, el movimiento, el olor a sangre y a muerte. Percibía todo con nitidez pero él se sentía seguro, protegido. Y sus manos se aferraban a la olla con la semilla.

No se daba cuenta de que era tan vulnerable como los demás. Dos hombres corrían hacia él y pronto no tendría más remedio que comprobar la fortaleza de sus sensaciones.



A medida que clareaba el día, los atacantes y sus estragos se hacían más visibles. Además, Gilabert, debido a su formación guerrera, veía los combates —desde el duelo más simple hasta la batalla más decisiva— de manera muy distinta a como lo observaría un campesino. Siempre buscaba los puntos débiles del enemigo, cuál era la posición idónea para garantizar una victoria o cuándo llegaba el momento oportuno para dar el golpe de gracia.

Ahora necesitaba a sus compañeros de lucha.

Enseguida encontró a Haakon y Jorgen. El ataque les había pillado durmiendo y no llevaban puestas las cotas de malla; ni siquiera la protección de cuero encima de la túnica. Estaban rodeados. Viendo que eran el principal obstáculo, se habían concentrado en ellos. Y aunque los atacantes como luchadores no eran gran cosa, su número y la velocidad de sus golpes los convertían en temibles.

Pero ambos guerreros luchaban espalda contra espalda y uno defendía al otro.

De repente, un grito escalofriante le oprimió el alma. Un grito seguido del frío silencio de la muerte. Uno de los sirvientes había recibido un golpe

mortal.



El padre Esteban no era consciente del peligro que corría. Su caminar continuaba con aquel ritmo pausado pero seguro. Se dirigía hacia donde la violencia alcanzaba cotas más elevadas pero sin ningún objetivo.

Dos hombres iban directos hacia él, pero el monje no les cerró el paso. Dios, la fortuna o la casualidad quiso que un laico apareciera corriendo delante de él. Venía por su derecha y huía a la desesperada. Era Jan, un muchacho de poco más de dieciséis años.

Los bandidos, por puro instinto, tal vez pensaron que el que corría iba a atacarlos y fueron a por él. Uno le puso la zancadilla y el otro comenzó a golpearlo con una espada poco afilada y la punta casi redondeada. Más que cortes, el pobre laico recibía golpes intensos y dolorosos.

Los gritos de Jan le pusieron la piel de gallina. Unas lágrimas se escaparon de los ojos del padre Esteban mientras seguía caminando. Con la mirada fija en el pobre Jan, veía impotente cómo ambos bandidos lo mataban a golpes, pues el otro atacante iba armado con un garrote sin clavos y ahora ayudaba a su compañero.



Los gritos provenían de una víctima más de aquel desgraciado episodio de violencia injustificable.

Aquello era un desbarajuste de gente, animales, sangre y cuerpos sin vida. Los vivos corrían para salvarse, los atacantes para matar a los vivos, y los cuerpos, inmóviles, le recordaron al caballero otras escenas ya vividas y que intentaba olvidar sin conseguirlo.

Gilbert estaba justo al final de la media luna que formaban los carros y su intención era situarse en medio del campamento; desde allí podría luchar contra más bandidos. Mientras avanzaba, eliminó a dos más. Al primero, con un corte mortal en el cuello. Al segundo, le reventó la rodilla y lo remató en el suelo clavándole la espada en el pecho.

Esos hombres estaban muy delgados y parecían hambrientos. Vestían túnicas deshilachadas y llenas de agujeros.

Y entre ellos había sarracenos, pero también cristianos.

Esa gente mataba por hambre, no por un deseo gratuito de asesinar.

Pero mataba.

Tres pasos más y acabó con otro.

Una flecha se clavó a un palmo de su pierna derecha.

Si también había arqueros, la cosa se complicaba. Los arqueros serían mortíferos si mantenían la posición cerrada en aquel campamento sin saber de dónde venían las flechas.

Otro proyectil le pasó por el costado izquierdo. El que disparaba no tenía buena puntería, pero si el caballero no se movía rápido acabaría por darle.



Con su caminar lento pero firme, el padre Esteban veía lo que sucedía con total claridad.

Los tres guerreros que acompañaban a los monjes hacían cuanto estaba en sus manos para cumplir con su deber de salvarles la vida. Aunque para conseguirlo tuviesen que matar a otras personas.

Mataban para salvar.

La pena del padre Esteban por todas aquellas muertes le oprimía el alma y le llenaba de desesperación. Pero la paradoja era demoníaca.

Matar iba contra todo principio humano y divino. Jesús había muerto en la cruz para salvarlos a todos. Pero el destino de Dios y los hombres era vivir eternamente en paz.

Ser monje era un lujo en aquella sociedad tan violenta. Un lujo y una necesidad para equilibrar la balanza de la vida.

Con la olla rota en las manos, avanzaba hacia un destino incierto. Había momentos en los que parecía ser la olla la que le empujaba hacia delante. En otros, sus piernas se movían por pura inercia. Tan cerca estaba del centro de la lucha que pudo mirar a Gilabert a los ojos. Y en ellos encontró miedo, una desesperación y un terror que parecía imposible que emergieran del interior de aquel hombre hecho para la lucha.

Un grito que salía de la garganta de Jorgen le heló el alma.

Gilabert miró a su izquierda. El chico tenía dos flechas clavadas: una en el tórax y la otra en el muslo izquierdo. Corrió hacia él pero una tercera flecha atravesó el cuello del joven y enmudeció el postrer grito de dolor.

Aquella muerte le hizo estallar. Las lágrimas de rabia empapaban sus mejillas.

Gilabert soltó su espada y cogió el arco de Jorgen. Colocó una flecha en la cuerda y esperó con calma.

—¡Venga! —gritó retando al arquero escondido—. ¡A ver si me das! ¡Venga!

Enfrente, la arboleda de pinos y encinas ofrecía una buena protección, pero él estaba a tiro. Sintió el aire de una flecha muy cerca de su cara. Y otro proyectil le rozó la mejilla derecha.

Entonces Gilabert disparó con precisión y un grito apagado precedió a la caída de un cuerpo sin vida detrás de un pino grueso y alto.

—¡Jorgen! —Lanzó el arco al suelo y se arrodilló junto al joven que aún seguía con vida.

Intentaba hablar, pero de aquella garganta atravesada por la muerte solo emanaba sangre.

—¡Respira, compañero, respira! —gritaba el caballero mientras a su alrededor se clavaban más flechas—. ¡Te lo prometo! ¡Saldrás de esta!

Aquel último deseo lo dijo con la voz casi apagada, como si fuera un susurro. Jorgen había dejado de respirar.

Se puso de pie. Y tras recuperar su espada, comenzó a matar como una fiera salvaje. Brazos, cabezas y piernas saltaron por los aires. Media docena de aquellos desgraciados quedaron descuartizados mientras la rabia de Gilabert se desataba como una mala ventisca de octubre.

Los gritos casi eran inexistentes, pero el caballero buscaba a alguien más a quien matar. Alguien en quien descargar aquel frenesí salvaje y primitivo.

Hasta entonces había visto morir a muchos compañeros de lucha. Demasiadas muertes. Pero siempre había sido una lucha por un objetivo, prevista con antelación, y los hombres sabían lo que se jugaban. Eso había

ayudado al caballero a superar aquellas muertes. Con dolor pero excusando la muerte ante un motivo superior.

Pero estas eran muertes sin sentido.

Un chico joven, cuyo único pecado fue querer seguir a Gilabert allá donde fuera porque creía en él. Eso había matado a Jorgen.

Y se sentía responsable. Responsable y culpable de todo.

Esos desgraciados pagarían con más sangre su frustración.

Dos hombres más. Su espada segó dos vidas para siempre.

Avanzaba como si el tiempo se hubiera detenido. Como si, más allá del mundo, él viviera otra realidad.

Las flechas ya no le buscaban. Al menos, ninguna flecha se clavó por donde él caminaba.

Otro hombre se cruzó en su camino.

Cuando iba a atacarlo, una mano detuvo su brazo.

—¡Quién...!

—Es un pobre desgraciado. No es necesario que lo mates —dijo el padre Esteban con su voz apaciguadora.

El monje le sujetaba el brazo que empuñaba la espada. En la otra mano Esteban sostenía la olla rota que usaba como maceta.

Una semilla. Nueva vida. Eso significaba la maceta.

Vida. Vida nueva.

Gilabert miró al monje y después a aquel hombre.

Miedo. Eso era lo único que tenía aquel desgraciado. Un hombre joven, tal vez de la edad de Jorgen, pero le faltaban dientes y se le veía esquelético.

—Su muerte no revivirá a Jorgen, te lo aseguro —añadió el padre Esteban.

Gilabert miró al monje de nuevo y luego al hombre que temblaba de miedo.

Lo liberó. Después dejó caer la espada mientras él mismo caía de rodillas y rompía a llorar como un niño.

El padre Esteban lo abrazó con fuerza y Gilabert sintió que el dolor iba desapareciendo poco a poco.

El álamo de Poblet

Cataluña Nueva, abril de 1151

Gilabert aún sufría.

El padre Esteban estaba preocupado por él, pero entendía el motivo. A pesar de ser un hombre acostumbrado a la guerra y la lucha, había perdido a sus dos compañeros de viaje y eso no era fácil de asimilar.

Haakon tenía una herida y al principio no parecía importante, pero luego se le infectó y perdió la vida. Aquel gigantesco luchador sufrió mucho, pues la infección se extendió por todo su cuerpo lenta pero inexorablemente. Soportaba el dolor de manera admirable, pero en sus últimas horas sufrió lo indecible.

Lo enterraron por el camino. Como también hicieron con Jorgen.

Desde entonces, el padre Esteban nunca dejaba solo a Gilabert. Había cogido el caballo de Jorgen, que era más tranquilo, y cabalgaba a su lado. Se pasaban horas sin decir nada, pero el padre Esteban sabía que su compañía le hacía bien. Con el paso de los días, el caballero aceptaría los hechos y volvería a la normalidad.

Y así fue.

Aunque la sombra de la tristeza siempre nublabla la mirada de Gilabert, volvía a imponer su buen criterio al padre Guerau.

La parte más escarpada del viaje pronto quedó atrás y las jornadas siguientes fueron mucho más plácidas. También el tiempo fue bueno, salvo algún aguacero que pasó rápido.

Sierras, montañas, valles. Ríos pequeños, otros más grandes. Granjas, aldeas, pueblos, alguna ciudad. Campesinos, gente sencilla, guardias, caballeros, algún señor. Todo circulaba a su alrededor como si fueran imágenes más allá de la propia realidad. El padre Esteban se sentía como excluido de todo aquello. Como si fuera un espectador, ajeno a los sufrimientos de la gente, a sus alegrías.

Igual que durante el ataque de los bandidos, era como si no formara parte de la vida que fluctuaba a su alrededor. Se sentía así: un espectador y solo eso.

También estaba sorprendido porque, desde que abrazó a Gilabert, en su interior albergaba una tristeza dolorosa. Solamente tras una conversación con él fue capaz de entender algo de todo aquello.

Y fue el caballero el que comenzó:

—¿Qué me hiciste tras la muerte de Jorgen, Esteban? —le preguntó.

El monje notó que le trataba con un respeto distinto, como si tuviera veinte años más. Eso sí, no le otorgaba el tratamiento de padre, aún no. Lo miró sin saber exactamente a qué se refería.

—Me abrazaste y me sentí... ¡mejor! Como si una parte de la tristeza desapareciera —añadió.

El monje lo miró sorprendido. No por lo que acababa de afirmar Gilabert, sino porque él llegó a pensar que eran imaginaciones suyas.

—No estoy loco, Esteban; no me mires así.

—Discúlpame, Gilabert. No te miraba con esa intención. Es solo que... que... a mí me ocurre todo lo contrario.

El caballero se acomodó en la silla de montar y miró al monje.

—Sí —dijo el padre Esteban—, desde aquel día yo siento como una tristeza interior.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Esto es posible?

El padre Esteban no lo miraba a la cara. Más bien sentía algo de vergüenza tras su confesión.

—No lo sé. No lo sé.

—¿Seguro que Dios Nuestro Señor no tiene nada que ver en esto? —dijo el caballero, lleno de inseguridad.

Aquello aturdió aún más al monje. Demasiado a menudo dejaba a Dios de lado, como si no fuera partícipe de aquellos milagros que esparcía por toda su creación. Sabía que todo lo bueno que había en la tierra era obra del Altísimo. Pero su primer pensamiento nunca lo dirigía a Dios. El padre Esteban aún no sentía su presencia y eso le atormentaba cada vez más.

—No me hagas estas preguntas, Gilabert. Por favor, no me hagas estas preguntas.

El caballero no era curioso, para alivio del padre Esteban.

Decir mentiras le aturdió. El corazón le palpitaba con fuerza y sentía una opresión en el pecho. Sudaba mucho. Y lo peor de todo era que se sentía tan mal que necesitaba confesarse; tras la confesión, la angustia no desaparecía del todo pero era más soportable.

Por eso, siempre que en una conversación salían a relucir el tema de Dios y su propia fe, el monje intentaba no mencionar la causa de su sufrimiento; estuviera donde estuviese o hablara con quien hablase. Tenía miedo de que aquella mácula interior fuera descubierta. Y recordaba bien el consejo del padre Bernardo de Claraval: «No le digas a nadie que aún no has recibido la llamada. Los hombres somos criaturas de Dios, pero la sombra del demonio es alargada».

Gilabert fue prudente y no lo interrogó más sobre aquel extraño incidente.

Cuando faltaba un día para que la caravana llegara a su destino, el joven monje le dijo:

—El abad Sancho tendrá que admitir que tenías razón.

—Sí, pero no lo hará. Es un poco tozudo —le respondió Gilabert guiñándole un ojo.

El padre Esteban y Gilabert se referían al hecho de que el abad de Fontfroide se empeñó en que viajaran por la Vía Augusta, a pesar de que el recorrido era más largo y entrañaba más peligros que la ruta propuesta por el caballero.

«Es mucho más segura. Hasta Tarragona, es difícil que tengamos problemas serios», le aseguró el encargado de escoltar a los monjes.

«En cualquier caso, si surge alguna dificultad vos seréis el responsable».

Esa era la forma «amable» y peculiar del abad Sancho de darle la razón.



En los alrededores de Barcelona, el caballero Gilabert envió un mensaje al conde Ramón Berenguer por si quería saludar a la caravana que iba a repoblar aquellas tierras que había arrebatado a los sarracenos. Pero el conde no estaba.

Tampoco el padre Guerau tenía un interés especial en visitar la ciudad. Solo quería llegar a su destino lo antes posible. De hecho, era lo que todos deseaban; el viaje no había sido placentero, había muerto bastante gente.

Los fallecidos eran todos sirvientes y los dos guerreros del caballero Gilabert. De los monjes, no había ni uno entre las víctimas; tal vez los atacantes tenían demasiado respeto por los siervos de Dios como para matarlos. Este hecho puntual no ayudaba a mantener los ánimos serenos.

El pesimismo y las ganas de llegar y comenzar con los preparativos para la fundación del nuevo monasterio empujaban la caravana como si un fuerte viento de popa inflara las velas de un magnífico navío.

Tampoco quisieron entrar en Tarragona.

Gilabert los guio por el norte de la ciudad hasta llegar a un valle muy amplio. Aquella ciudad, que conservaba una bella influencia romana, calmó el ánimo del caballero durante unas horas. El pasado siempre volvía, y no siempre lo hacía para despertar los buenos recuerdos.

—El nacimiento de este río, el Francolí, es nuestro destino —explicó el caballero al padre Esteban y al padre Guerau—. A partir de ahora entramos en un territorio apenas habitado. No es peligroso, pero conviene estar preparados. Existe una torre de vigía de los sarracenos muy cerca de aquí, en un lugar llamado Alcover. Los expulsaron treinta años atrás, pero como los vencedores no se quedaron, los sarracenos han vuelto. Sé con toda certeza que en cuestión de pocos meses se habrán marchado; ahora esta sierra —señalaba hacia el oeste— es uno de los dos reductos sarracenos hasta el río Ebro. Y justo al otro lado de la sierra —ahora señalaba al noroeste—, está el fin de nuestro viaje.

El caballero les guio con la precisión de un experto explorador. El río

Francolí se había convertido en el camino a seguir. Y, como afirmaba una vez y otra, era «mejor ir por la ribera derecha dirección noroeste».

El mes de abril se comportaba de manera espléndida. Como si fuera un avance del verano, un sol radiante les recordaba que ya estaban en las tierras del sur. Las nubes habían quedado atrás dejando paso a un cielo azul.

Unas millas más allá de Tarragona, en dirección noroeste, la vegetación era salvaje. No se distinguía cultivo alguno. Los pinos se habían apoderado de la falda de las montañas y de cualquier elevación que quisiera romper la tranquilidad de aquel extenso valle.

Pero llegaron a un punto en el que tuvieron que abandonar el valle y cruzar un collado montañoso que estrangulaba al río como si quisiera dejarlo sin respiración. Los desfiladeros, a ambos lados, eran tan pronunciados que parecían dos paredes verticales.

Al cabo de poco, llegaron a un nuevo valle.

—¡Estos son los llanos que verán nacer el nuevo monasterio! —aseguró Gilabert, señalando hacia el oeste—. Por aquí ya hay algún asentamiento reciente. Los señores de Cervera se han instalado muy cerca de las tierras del futuro monasterio. Serán vuestros vecinos.

—Sí, tengo previsto hacerles una visita en cuanto llegemos —dijo el padre Guerau—. A ellos y a los otros vecinos.

—No tendréis muchos más. La Espluga de Francolí es la única población que ha salido adelante. El resto son casas que apenas forman una aldea, en el mejor de los casos.

—De hecho, mejor que sea así —dijo el padre Guerau—. Nosotros encajamos mejor alejados de la gente y de los grandes núcleos de población.

—Sí, eso queda bien claro. —Gilabert sonrió mientras miraba al padre Esteban, que seguía en riguroso silencio.

Un grito en uno de los carros del medio hizo detener la caravana. Gilabert, con un galope rápido, fue a ver qué había ocurrido.

—Una serpiente ha mordido a la mula en la pata —dijo el monje que conducía el carro.

Allí estaban los restos de la serpiente. Una víbora ibérica. Seguramente, sin querer, la mula la había pisado y el reptil la había mordido para defenderse. La mula estaba tumbada en el suelo, afectada por el veneno.

Prácticamente muerta.

—Ya vamos bastante justos de mulas... —dijo el padre Guerau, que se había acercado hasta allí para ver qué ocurría.

—El problema es que las otras están muy cansadas y no podemos forzarlas más —dijo el monje del carro afectado.

—Sí, y aún faltan unas millas. Si digo de detenernos a descansar, todos dirán que no. —Gilabert no miraba al padre Guerau, pero las palabras se dirigían a él. El caballero tenía la vista clavada más allá—. Tal vez haya una solución. Ahora vuelvo.

Cabalgó menos de media milla hasta llegar a la confluencia de dos ríos. En medio se había levantado un pequeño asentamiento. Un total de ocho edificaciones grandes y media docena de casas de construcción sencilla y pobre. Más allá se veía un molino harinero, justo en la ribera del río Francolí, para aprovechar el impulso del agua.

—¡Dios os guarde! —gritó el caballero.

Dos niños salieron de una casa y también un hombre robusto y muy alto. El hombre agarró a los niños y los protegió con sus brazos. Los tres se quedaron mudos.

—¿No tendríais una mula? Os la pagaría bien. Guardo a un grupo de monjes que fundarán un monasterio muy cerca de aquí, al lado de la Espluga de Francolí.

—Solo tengo una y no está a la venta, señor —respondió el lugareño de forma seca y breve.

Gilabert se apeó del caballo y dejó la espada en la montura. Cogió unas cuantas monedas de oro de su silla y se acercó.

—Me hago cargo —contestó mirando a su alrededor. Allí la riqueza no abundaba; al contrario, aquella gente seguro que había trabajado muy duro para sobrevivir—. Tened, aquí os pago esto; es el valor de cinco mulas en Barcelona.

El hombre iba a protestar.

—Mañana os devuelvo la mula y os quedáis el dinero; no habréis perdido nada. Será como un alquiler.

—Pero eso sería estafaros. Es demasiado dinero por prestaros una mula. No me deis el dinero. Cogedla y mañana me la devolvéis —dijo el lugareño,

que miraba más allá de la montura del caballero, hacia la caravana y los monjes que caminaban de un lado para otro, con el hábito blanco y el escapulario negro—. Nunca había visto monjes vestidos de blanco. ¿De dónde venís?

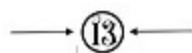
—De muy lejos. Del norte, de más allá de los Pirineos.

El hombre torció la boca, dejando claro que desconocía aquellas montañas.

—Gracias por vuestra generosidad —concluyó el caballero—. Mañana sin falta os devuelvo la mula. ¿Cómo se llama este lugar?

—Duesaigües.

Un rato después, la caravana arrancó para recorrer las últimas millas de aquel largo viaje.



Cuando el caballero Gilabert señaló las tierras donde se fundaría el nuevo monasterio, todos dieron gracias a Dios. El padre Esteban también.

Hacia un buen rato que habían cruzado el río por una zona muy llana, donde el agua apenas llegaba al tobillo, y ahora circulaban por la ribera izquierda.

Llevaban unas cuantas millas viendo campos de cultivo y campesinos trabajando. La mayoría, al verlos pasar, dejaban un momento sus tareas para contemplarlos. Los monjes más jóvenes saludaban desde la distancia con sonrisas de satisfacción.

—La Espluga de Francolí —dijo el caballero al pasar junto a un núcleo de población.

Construida sobre un altozano, una vieja torre de defensa dominaba las casas de alrededor, menos modestas que las de la aldea de Duesaigües. Allí dejaron el río, que seguía por el norte, y siguieron el camino del sur.

El padre Esteban no cerraba los ojos ni para parpadear.

El lugar era precioso. Una sierra cortaba uno de los costados del valle y la falda se alargaba de manera suave y espléndida, con unas tierras fértiles donde los riachuelos y los torrentes afluían hasta el río Francolí alimentando una vegetación verde y llena de vida.

Desde la distancia, el padre Esteban observó un cúmulo de álamos. Sí, era una alameda. Casi podía oler las hojas blanquecinas recién nacidas. Sintió un hormigueo en el estómago y, sin darse cuenta, acomodó allí la mano.

—¿No te encuentras bien? —dijo Gilabert, que parecía tener ojos para todo.

—Sí, sí. ¿Sabes dónde están exactamente las tierras? —dijo para cambiar de tema.

—Sí, se lo acabo de preguntar a un lugareño. La carta de donación del conde de Barcelona decía *hortus populeti* y hace referencia a una alameda. La gente de aquí lo llama Huerto de Poblet.

Aquella noticia heló el corazón del joven monje.

¿Una alameda?

Su mirada se dirigió hacia la pequeña olla que contenía la semilla de Claraval. *Mientras* Gilabert fue a buscar la nueva mula, el monje había sumergido la olla en las aguas del río Francolí. Cogió la maceta. ¡Un minúsculo brote asomaba entre la tierra! Retorcido aún, se abriría en una hoja o tal vez dos.

Más adelante se convertiría en un tallo y crecería buscando el cielo.

El padre Esteban no pudo evitar que se le escapara una lágrima y cayera sobre el retoño que luchaba por abrirse camino. Una opresión en el pecho le provocó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo hasta la cerviz.

Con mucho cuidado, dejó la olla en la caja del carro y miró hacia la alameda.

«¡Claro! Un lugar ideal para plantar el álamo. Aquí podrá vivir entre los suyos, como uno más», pensó.

De pronto, un deseo cruzó por su mente.

Volvió a coger la olla y, con el máximo tiento, tocó con el dedo índice el tallo emergente; de hecho, fue más una caricia. Esperaba tener la misma sensación que cuando tocaba el viejo álamo en la alameda de Claraval.

Dejó la olla en su sitio y, confundido, volvió la mirada a la alameda. Ahora estaba más cerca y podía verla con claridad.

«Es ahí, nuestro destino es ese». Sin saber cómo, fue el primero que reconoció las tierras donde se fundaría el nuevo monasterio.

Un instante después, Gilabert lo confirmaba con un grito.

La visión del bosque de álamos fue una especie de catarsis colectiva para los monjes. Se bajaron de los carros y se pusieron de rodillas dando gracias a Dios.

Los sirvientes y los acompañantes los imitaron, pero por instinto. No lo hizo el caballero, y tampoco el padre Esteban.

—¿No rezas? —le preguntó Gilabert.

El monje bajó del carro y estiró las piernas.

El lugar era magnífico. Alrededor de la alameda solo se veía alguna viña esporádica y algún olivar. La alameda se despertaba con fuerza de su descanso invernal y las hojas nuevas, jóvenes y entusiastas, buscaban la vivificadora luz del sol. Sin ser un bosque espeso y oscuro, la densidad de los árboles era suficiente para encontrar lugares umbríos y otros en los que el sol llegaba hasta el suelo.

Los pájaros revoloteaban por las ramas para continuar con su infinito y perfecto ciclo de vida.

—Este lugar es ideal —dijo con su tono suave el padre Esteban, sin querer contestar la pregunta de Gilabert pero evitando un silencio maleducado.

—Ahora sí, pero con la construcción del monasterio esta alameda se irá a hacer puñetas.

El joven monje lo miró. Dejando a un lado la frivolidad de su comentario, se dio cuenta de que el caballero tenía razón.

Aquella primera noche la pasaron alrededor de los carros, en un campamento como los que habían desplegado durante el viaje.



El día se presentaba lleno de emociones.

El caballero acompañó al padre Guerau, el padre Esteban y tres monjes más a visitar a los Cervera, los señores de la Espluga de Francolí.

Gilabert conocía bien a ambos hermanos. Y aún tenía muy presentes sus enfrentamientos verbales alrededor de aquella mesa en el altozano de Gardeny, con el conde de Barcelona como testigo. Además, Ramón de Cervera y Gilabert se conocían de cuando ambos eran jóvenes, y ninguno de los dos se había olvidado de nada.

Seguro que Ramón de Cervera se llevaba una sorpresa al verlo formar parte de la comitiva de la comunidad monástica del Císter.

Antes de ir, habían enviado a un sirviente con un mensaje anunciando su llegada. Toda la familia Cervera se había reunido en un edificio de destacada nobleza entre el resto de las casas.

Naturalmente, Gilabert iba el último. El padre Guerau iba a la cabeza y el padre Esteban cerraba el grupo de los cistercienses.

—¡Sed bienvenidos a nuestras tierras, padres! —dijo Ponce de Cervera mientras presentaba al resto de la familia.

—Las tierras son todas de Dios, y nosotros le servimos con la máxima humildad —contestó el padre Guerau, el abad provisional.

Después también presentó a sus acompañantes. Y los hermanos Cervera se quedaron helados al oír el nombre de Gilabert; hasta ese momento, los monjes habían acaparado su atención.

—Ya nos conocíamos, padre Guerau —dijo el caballero, y se situó a su lado—. Podríamos decir que somos viejos compañeros de guerra.

Se quedó allí plantado, ofreciendo una sonrisa cínica a Ramón de Cervera mientras lo miraba fijamente.

—¿Qué hacéis aquí, Gilabert? —le preguntó Ramón en un tono muy serio.

Ambos hermanos estaban sentados en unas sillas elevadas por una tarima de madera. Los demás familiares estaban de pie, detrás de los señores.

—Velar por los intereses de los monjes —dijo. Podría haber ofrecido una respuesta más apropiada, pero con esa gente no valían las ambigüedades.

—Supongo que estos siervos de Dios saben con quién tratan —dijo Ramón—. Alguien que defiende a los infieles, y que ahora cambia de bando movido por unos intereses oscuros y seguro que perversos.

—Siempre he sido fiel a mi corazón —respondió el aludido. Estuvo a punto de mencionar aquel episodio de juventud. Pero ya llegaría el momento.

—Claro que sí. Ese es el problema: alguien que, más allá de Dios o de los suyos, solo mira contentar a su propio egoísmo.

Al ver la sorpresa de los monjes, sobre todo de Guerau, Ramón siguió mostrando su enfado. El caballero no quería pasar a la defensiva y excusarse por su comportamiento.

—No sois bienvenido, Gilabert. —La ironía había desaparecido y el tono

de Ramón de Cervera era duro y serio—. Mientras estéis aquí, vuestra presencia será motivo de disgusto y discordia.

Después Ramón se dirigió al padre Guerau.

—Por descontado, padre, que estamos encantados de teneros como vecinos. —Su tono había cambiado. «Casi parece otra persona», pensó Gilabert—. Por nuestra parte, si respetáis las jurisdicciones territoriales propias, no tendréis problema alguno. ¿Tenéis claro cuáles son los límites de vuestras tierras? Yo mismo firmé la carta de donación, pero no querría un mal inicio de nuestra relación por culpa de una interpretación errónea de dicha carta.

Gilabert no dijo nada. Era cierto, Ramón Berenguer, conde de Barcelona, firmaba junto a los otros nobles: Arnau Mir, conde de Pallars; Arnau Berenguer de Anglesola; Bernardo de Bell-lloc; Guillermo Ramón, el senescal de Cataluña; Ramón Boixadors y, finalmente, Ramón de Cervera.

El padre Guerau miró la carta de donación y leyó en voz alta.

—«Cedo el lugar llamado *hortus populeti* para construir un monasterio al servicio de Dios, para la salvación del alma del padre, de la madre y en remedio de la propia. Y por esta razón quiero que haya suficiente tierra para construir el monasterio con claustro, dormitorio, refectorio y todas las dependencias pertinentes, y un cementerio a su alrededor. Así, cedo al citado monasterio tanta tierra de cultivo como sea necesaria para el trabajo y las necesidades de los hermanos que allí servirán a Dios. Hago la cesión en alodio propio, franco y libre». Creo que queda bien claro —dijo.

—Nada claro, padre. Yo he cedido una buena parte de mis tierras porque la mitad del Huerto de Poblet me pertenece. —Gilabert y todos los presentes se dieron cuenta de que Ramón había usado el último verbo en presente, no en pasado, como le correspondía—. Supongo que no me quitaréis lo que me queda. Ya advertí al conde que el documento era demasiado impreciso, pero él me dijo que os conformaríais con tener un monasterio pequeño y poco suntuoso. Tengo entendido que el Císter busca la máxima austeridad y es fiel a la regla de san Benito.

Aquel hombre era un verdadero demagogo. Gilabert miró al resto de familiares y todos estaban muy quietos, escuchando y observando a los monjes.

Para los Cervera, Gilabert era una mala persona. Quedaba bien claro. Solo una mala persona era capaz de ayudar a los sarracenos y después cambiar de bando para servir a los monjes del Císter.

Antes de la llegada de los monjes, la hija de Ponce de Cervera, Gaya, ya había escuchado comentarios acerca de Gilabert. Su padre y su tío le habían convertido casi en un demonio. Y siempre acababan sus conversaciones con la esperanza de no verlo nunca más.

Gaya sabía de la violencia gratuita de los sarracenos. Unos infieles que renegaban de la paz de Cristo para buscar la guerra y el pillaje escudándose en la religión que profesaban. Si un cristiano se situaba a la vera de los salvajes, tal vez lo fuese también. O, como afirmaba su tío, era un hombre con un corazón oscuro y sucio.

La mirada de los monjes al descubrir la verdad sobre él fue suficientemente explícita. Los había traicionado y ahora todo salía a la luz. Y eso gracias a su tío Ramón. ¡Él sí que era un hombre recto y como Dios mandaba!

Gaya entendía bastante bien la cuestión de las tierras. Según sabía, siempre había un hito, un río, un bosque o una montaña que marcaba los límites. Los problemas solo aparecían cuando uno se metía en las fincas de otro. Esto lo había visto en diversas ocasiones y siempre se resolvía del mismo modo: el culpable pagaba el valor equivalente de lo que había sustraído de la finca del propietario, y alguna vez hasta el doble.

Si la carta de donación decía «el Huerto de Poblet», pues era eso y listos. ¿Cuál era el problema? Tal vez el conde se había equivocado al decir «haya suficiente tierra» o «cedo tanta tierra como sea necesaria». Sí, se trataba de eso. El conde tenía demasiadas cosas en la cabeza y se estaba haciendo mayor. El resultado fue un fallo monumental que era necesario aclarar.

El monje que hablaba en nombre de los demás respondió con severidad.

—No queremos nada que no se nos quiera dar, pero tampoco renunciaremos a nada que se nos haya otorgado por la voluntad del Señor.

—Y ahora me diréis que las dos Esplugas son vuestras, ¿no? Y que la gente de aquí tiene que morir de hambre. Y que todo el trabajo hecho hasta

ahora no ha servido de nada... ¿Eso queréis?

Gaya lo tenía claro, su tío era un buen señor: siempre pensaba en el bienestar de sus siervos.

Su padre, Ponce, no decía nada. Sentado en su silla, parecía que la reunión no fuera con él. En cambio, a Almodis, su madre, se la veía perturbada por lo que estaba ocurriendo. Como no decía nada, no sabía qué pensaba, pero seguro que admiraba a su cuñado, igual que Gaya.

La discusión no iba bien. Ambas partes repetían lo mismo una vez y otra, incapaces de encontrar un argumento con la solidez suficiente para convencer al otro.

Entonces fue cuando intervino su madre. Alta y delgada, Almodis avanzó unos pasos antes de hablar. Al moverse, todos la miraron en silencio.

—Es necesario que mi hermano, Ramón Berenguer, aclare este asunto.

Gaya, orgullosa, miró a los monjes y a aquel caballero que era tan mala persona. La joven sonreía mientras nadie osaba replicar a la hermana del conde de Barcelona.



El regreso a la alameda significó el retorno a la paz.

La actividad de los monjes, laicos y sirvientes era frenética; como si todo el trabajo tuviera que realizarse cuanto antes y no hubiera tiempo para nada más. La exploración de los alrededores les había permitido dibujar en un pergamino lo más destacable.

—Aquí hay una alquería —explicaba el padre Vidal, un hombre de mediana edad, casi la mano derecha de Guerau. Señalaba un punto en el tosco mapa—. Los lugareños la llaman Granja Mitjana. Por el tipo de construcción, diría que es una antigua villa romana. Podría servirnos como residencia provisional.

Y así fue.

La alquería era vieja pero de grandes proporciones, y podía alojar a las treinta personas que habían llegado sanas y salvas desde Fontfroide. Estaba medio abandonada y el techo necesitaba una buena reparación; seguro que cuando llovía, el agua entraba sin dificultad. Pero disponía de espacio para un

comedor, un dormitorio y un almacén. Y un edificio contiguo serviría como establo. De momento, los carros tendrían que quedarse a la intemperie. Pero las personas y los animales estarían a resguardo cuando llegara el invierno.

De hecho, ellos eran la avanzada. Más adelante, con la seguridad de las primeras cosechas, llegaría otro contingente desde la abadía de Fontfroide para, entre todos, levantar el monasterio.

Los carros, los animales y la carga traída desde Fontfroide fueron trasladados a la Granja Mitjana.

Aquel segundo día todos trabajaron con el máximo esmero arreglando la alquería para hacerla habitable. Ahora, con el buen tiempo, el frío no sería un problema, pero las lluvias podían presentarse en cualquier momento y era necesario arreglar el techo.

Gilabert fue hasta Duesaigües a devolver la mula.

El lugareño le sonrió fraternal.

—Y quiero que aceptéis esto. —Le entregó unas monedas—. ¡O me veré obligado a sacar la espada! —La carcajada que acompañó a la amenaza dejó bien claro que era más un ruego que una orden.

El hombretón aceptó las monedas y cogió la mula.

—¿Cómo habéis hecho para sobrevivir aquí? —le preguntó Gilabert.

—Antes éramos doce familias. Ahora quedamos ocho, pero hemos acogido a los que se quedaron solos.

—¿Por los bandidos?

—Sí, aunque lo más grave son las riadas. —La aldea estaba situada entre dos pequeños ríos, de ahí el nombre de Duesaigües, pero una crecida podía provocar una tragedia, como había ocurrido—. Contra los ladrones podemos luchar, pero no hay nada que pueda frenar el agua. Ni rezando. Parece que Nuestro Señor no nos escuche.

—Quizá a partir de ahora, con el monasterio aquí al lado, escuche vuestras oraciones. De hecho, hicisteis un gran favor a los monjes al prestarles la mula, y eso seguro que tendrá su recompensa.

El hombre levantó la mano con las monedas, como si fueran un anticipo de lo que estaba por llegar.

—¿No os ayudan los señores de la Espluga?

—Llegaron hace poco y nos conformamos con que no nos fastidien

demasiado. Somos siervos del conde de Barcelona, y a él le pagamos lo que podemos. Pero no recibimos su ayuda.

Gilabert observó la aldea. La tierra era fértil por el limo que arrastraban los ríos, pero vivir allí era un riesgo demasiado grande. El caballero miró al oeste. Tal vez una milla más allá sería un buen lugar; la zona era más alta, fácil de defender y a resguardo de cualquier riada.

—Mañana voy a Barcelona, he de hablar con el conde. Le explicaré vuestro caso. Quién sabe, ¡tal vez pueda ayudaros!

—Os lo agradezco, pero estamos demasiado lejos de la capital y dudo que sepa que existimos. No creo que sirva de nada, caballero.



Ya llevaban tres días en el Huerto de Poblet y los buenos presagios del primer día solo hacían que mejorar. El lugar era ideal.

El agua no era abundante pero nunca faltaba. La zona era tranquila, a pesar de la proximidad de los Cervera. Y la tierra era buena para las cosechas; no perfecta, pero bien trabajada otorgaría excelentes frutos.

Y lo mejor de todo era el clima. Nada que ver con la primavera del norte. Aquí el sol daba de lleno y calentaba con ganas, cosa que el cuerpo del padre Esteban agradecía.

Esa tarde se propuso encontrar un lugar donde plantar la semilla del álamo de Claraval, convertida ya en un hermoso tallo verde. No asomaba más de tres dedos y dos minúsculas hojas parecían luchar para desenredarse del tallo, pero era todo un orgullo para el joven monje. Le habría gustado plantarlo en la alameda del Huerto de Poblet. Pero, como había dicho Gilabert, muchos árboles serían arrancados de raíz para asentar el nuevo monasterio. Y como aún no sabía dónde situarían los edificios, descartó la alameda.

Tendría que ser en el bosque, justo donde la montaña comenzaba a ganar altura.

Caminó un buen rato con la olla en las manos, dando vueltas y más vueltas, hasta llegar a un claro del bosque. No era un espacio grande. Las zarzas y las moreras rodeaban aquel claro. Detrás de los arbustos, orgullosos y envejecidos, unos cuantos pinos y alguna encina daban fe de que el bosque

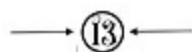
estaba allí mismo.

En uno de los márgenes se apilaban un par de troncos grandes y otros más pequeños. No tenían señales de haber sido cortados por una herramienta humana y el orden parecía fortuito. La hierba del claro, que no levantaba más de cuatro dedos del suelo, semejava una alfombra verde. Más bien parecía una zona ajardinada pero sin rastro de animales o personas.

Notó un escalofrío como cuando tocaba el viejo álamo en Claraval. La sensación de no estar solo, de formar parte de algo más grande que él mismo, como si él fuese una rama que estaba sujeta a un árbol, pero sin sentirse prisionero sino libre.

«Aquí, tiene que ser aquí».

En medio del claro, dejó la maceta en el suelo y comenzó a escarbar la tierra con las manos. Eso lo tuvo muy claro desde el primer momento: no usaría herramientas, ni de metal ni de madera. Plantaría el álamo con sus propias manos.



Gaya se había escapado.

Algo en su interior la empujó a salir. Desconocía la razón y las consecuencias de aquel acto, pero tenía que hacerlo.

Se cubrió la cabeza con una capucha y se subió a un carro del establo. Era un vehículo de cuatro ruedas con una mula guarnecida y a punto para partir. No pensó de quién era. Arreó al animal con la única rienda y salió del pueblo.

Fue directa hacia su claro. Algo la empujaba a ir allí; igual que cuando tenía hambre, sueño o sed. Sabía que tenía que hacerlo, sin justificación alguna. En las cercanías del bosque se apeó del carro y el resto lo hizo caminando.

Una suave brisa la llevó de la mano durante el paseo. En el silencio del bosque solo se oían las ramas de los árboles cuando aquel viento aterciopelado las acariciaba.

Todo parecía más verde y con más flores que el último día. La primavera cambiaba el paisaje casi de un día para otro. Pero llegó al claro sin pérdida.

Allí había alguien.

—¿Quién...! —ahogó el grito.

¿Un monje?

El hábito blanco con el escapulario negro lo delataba. Además, aquel corte de pelo no dejaba lugar a dudas. Naturalmente, era uno de los que habían llegado desde Fontfroide.

Los pasos de la joven eran decididos y firmes. Y el monje la sintió llegar. Se giró, pero no le dijo nada. La observaba, allí de pie.

—¿Qué hacéis aquí? —El enfado de Gaya saltaba a la vista. La joven vio que no era mucho mayor que ella. Y que estaba tan sorprendido como ella misma—. Este lugar... es... ¡es sagrado! ¡No podéis estar aquí!

Gaya se situó a menos de tres pasos del monje y él avanzó un poco, pero como para esconder algo, no con el ánimo de enfrentarse a ella.

—Este bosque pertenece al monasterio —dijo el monje con timidez.

—El bosque, sí. Pero el claro, no. ¡Es mío! Nadie puede profanar este lugar. Es un lugar sagrado. El claro... ¡es mío! —repitió.

Gaya sabía que no tenía razón, pero una rabia interior la obligaba a decir y a pensar cosas sin mucho sentido. Estaba convencida de que aquel monje no era nadie: tal vez el hijo de alguna campesina, o a lo peor su madre era una fulana que lo abandonó al nacer. No se merecía ni siquiera una mirada de ella, por cuyas venas corría sangre noble. Ni una mirada, ni conversación.

Tenía que serenarse. Aquellos pensamientos no eran propios de ella. Enfadarse la sacaba de quicio.

—Ahora ya no —dijo el monje con un tono más fuerte, con más carácter.

Ella le soltó una bofetada que él no intentó esquivar. Después otra. Y otra.

—La violencia no soluciona nada —dijo el monje con la mejilla enrojecida.

—No, es cierto. Pero me he quedado mucho más tranquila.

Y de repente ambos estallaron en una sonora carcajada.

—¿Quién sois? —preguntó Gaya cuando dejó de reír.

—Soy el padre Esteban —respondió el monje, y se puso serio—. Y vos pertenecéis a la familia Cervera. Estabais en el salón con los vuestros.

—No os vi en la reunión.

—Estaba allí. Pero yo no soy importante... y nadie se fija en mí. Eso es todo.

Ella se le acercó provocativa, inclinando la cabeza ligeramente mientras lo miraba sin pestañear. Intentaba ponerlo nervioso utilizando su feminidad. Pero sabía que los monjes no siempre eran tan vulnerables como la mayoría de los hombres.

—¿Y qué hacéis aquí? —Gaya lo miraba con los brazos en jarras.

El monje se mordió el labio y su mirada era huidiza, no esquivaba la de Gaya pero tampoco era capaz de sostenerla. Ella avanzó un paso más, sin dejar de mirarlo. Sus cualidades femeninas le ponían nervioso, muy nervioso.

—He... plantado un álamo —dijo el padre Esteban, y se giró para enseñarle un minúsculo tallo que asomaba en el suelo donde la tierra se había removido y estaba limpio de hierba—. He traído la semilla desde... Claraval, desde muy lejos. De un árbol que... de un árbol muy grande.

Gaya se divertía viendo cómo titubeaba el monje. Dio otro paso más. Él continuaba en cuclillas, delante de aquel minúsculo brote. Ella, de pie, cruzó los brazos sin dejar de mirarlo.

—Pues el primer ciervo que pase por aquí se comerá el tallo. Podéis estar bien seguro.

—O... tal vez no. —El monje no dejaba de morderse el labio, y cuando hablaba le temblaba la voz.

Al ver que estaba tan cerca, con el bajo vientre a casi cuatro dedos de su cara, el monje se puso de pie y se apartó un poco de Gaya. Ella estuvo a punto de sonreír por lo fácil que había sido manipularle con sus artes.

—Sois un monje muy curioso, padre Esteban. Desde que estamos aquí, aún no habéis nombrado a Dios. Y no hay cura que diga dos frases sin referirse a Él. Además, no estoy segura de que cumpláis rigurosamente con todos los deberes de vuestro cargo. —Aquel comentario era una provocación directa y sin subterfugios, pues acompañó la frase con una mirada firme y sin parpadeos.

—Sí, soy... un monje... curioso. —Escondió la mirada y miró al tallo. Se había situado al otro lado de la pequeña planta, como si le protegiera una barrera infranqueable.

Gaya vio el sudor en la cara del monje. Se acercó al tallo y se puso en cuclillas. También el padre Esteban se agachó.

Se miraron un momento sin decir nada. Allí, en el claro y con aquel monje,

había algo especial. Era como si todo adquiriera un sentido distinto, sin la lógica de la vida diaria.

Ella tocó con suavidad el frágil tallo.

—Sí, este es su sitio —dijo con ternura, bajando la voz. Desconocía la razón, pero el tallo parecía destinado a estar en el claro. Crecería y el álamo tal vez vigilaría el encuentro entre dos amantes. O las confesiones más íntimas de un caballero. Quizá vería a los hijos de Gaya, cuando los tuviera. Y también a sus nietos—. Este es su sitio —repitió en voz baja, casi hablando para sí misma.

El padre Esteban se quedó en silencio, mirándola.

—Cuidad bien de él, padre, es vuestra responsabilidad.

Y Gaya abandonó el claro.

El abad en la alameda

Huerto de Poblet, julio de 1152

Ya hacía más de un año de la llegada de los monjes del Císter al Huerto de Poblet y el cambio era más que notable. Gilabert regresó con el documento que esclarecía los límites de las tierras cedidas por el conde de Barcelona y que presumiblemente evitaría confrontaciones con los Cervera.

Una delegación de los monjes a la que acompañaba el caballero transmitió las nuevas de Ramón Berenguer a los señores de la Espluga de Francolí. Como la otra vez, estaban todos los miembros de la familia.

El documento tenía tres copias iniciales: una para el conde, otra para los Cervera y, naturalmente, la última para la comunidad ya establecida en el Huerto de Poblet.

—«Hago donación del lugar de Poblet al abad de Fontfroide para levantar un monasterio. —Era el padre Vidal quien leía en voz alta; un hombre que, poco a poco, había destacado por su capacidad de liderazgo y su buena gestión—. Limitan por oriente con el agua del río de Pruners, ambas riberas comprendidas; baja el límite por el río Pruners y va hasta el río Seco; continúa y del río Seco sube hasta la Portella y de la Portella recto hasta el río Milans».

Se aclaró la garganta un momento y después continuó leyendo.

—«Entonces, sube por la sierra más alta, la que hay entre el torrente de

Milmanda y Vimbodí, y, desde el lugar donde las aguas pluviales bajan la nombrada sierra hasta el torrente de Milmanda, sube hasta la cima de la montaña Carbonera, con prados, fuentes, pastos y bosques. Y, por la parte del Mediodía, desde el lugar donde las aguas pluviales bajan de Escamell por la montaña, el límite llega hasta el río Pruners».

Durante unos instantes, el silencio casi se podía palpar.

—Supongo que vos tenéis algo que ver con todas estas precisiones —dijo Ramón de Cervera al caballero Gilabert, señalándolo con el dedo índice.

Gilabert se mantuvo en silencio y serio. Pero en su interior se reía bien a gusto.

—En cualquier caso —dijo el padre Guerau—, han quedado bien claros los límites del monasterio. Y con esto se evitan pérdidas de tiempo por disputas territoriales.

—Y para cualquier otra cuestión —acabó el padre Vidal—, estamos para servir a Dios y todo el que lo necesite.

A Gilabert le gustaba la actitud del padre Vidal. Era un hombre franco, directo y eficiente.

Aquel invierno los Cervera no les causaron molestias. Tampoco la comunidad monástica quiso saber nada de ellos, a pesar de que en algún momento esos vecinos tan complicados parecían ser la única salida para la supervivencia.

Los monjes, los oblatos y el caballero continuaban instalados en la Granja Mitjana, y allí seguirían hasta que construyesen el monasterio. Primero lo levantarían con materiales sencillos y, con el tiempo, los edificios principales se rematarían con piedra.

La vieja alquería era sólida y disponía de paredes gruesas, pero con el paso de los siglos había perdido la consistencia inicial. Una plaga de ratas, tres meses atrás, vació los sacos de grano reservados para comer y sembrar. Solo lo que no estaba en el suelo, o en un contenedor de cerámica o de madera, pudo salvarse.

Fue un desastre.

Tendrían que sobrevivir todo un invierno sin grano.

Los monjes se pasaron una tarde y una noche rezando. Sin dormir ni comer. Gilabert pensó que era una exageración, pero claro, se abstuvo de comentarlo.

El resultado de las plegarias no se hizo esperar y fue Gilabert, casualmente, quien vio cómo la solución llamaba a la puerta.

El hombretón de Duesaigües les trajo un carro con más de treinta sacos de grano.

—Hemos tenido una buena cosecha y hemos pensado que estaría bien compartirla con los vecinos. —El hombre sonreía de un modo casi infantil.

El caballero no entendía nada.

Mientras el resto de la comunidad monástica daba gracias a Dios y también a aquel hombre, Gilabert lo interrogó.

—¿Desde cuándo teníais intención de traernos esto?

El hombre lo miró con cara de no comprender a qué se refería, pero le respondió:

—No lo sé. Hoy he pensado que sería una buena idea. ¿Acaso os he ofendido? ¿Está mal?

—¡No! Nada de eso. Simple curiosidad, amigo mío, simple curiosidad. — Gilabert lo entendía aún menos.

No era que el caballero no fuera un hombre de fe, él creía en Dios firmemente. Pero nunca había visto milagro alguno. Ni tan siquiera una acción directa de Dios. Y aunque se lo había escuchado a otra gente, era algo que atribuía más a la fantasía de espíritus necesitados de creencia o a quienes querían convencer a otros de la fe de Cristo.

—Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Matías, y este es mi hijo, que también se llama Matías. —Señaló a un niño a punto de entrar en la adolescencia que miraba a los monjes con ojos de sorpresa—. ¿Verdad que rezaréis por mi hijo?

Más adelante, con la primavera ya avanzada, llegó un nuevo cargamento con grano y otros víveres. También había gallinas, cerdos, corderos y ovejas.

Una docena de hombres de armas con los colores del conde de Barcelona había custodiado el cargamento hasta que fue entregado a los monjes.

—Es un regalo del conde, Ramón Berenguer —dijo el que lideraba a los soldados—. Ha nacido su primogénito, llamado Alfonso, por la gracia de Dios. El nuevo príncipe de Aragón goza de buena salud. El conde de Barcelona os envía estos obsequios con la esperanza de que la construcción del monasterio avance según vuestros deseos.

El padre Guerau, naturalmente, aceptó el presente, y aquello dejó el almacén de la Granja Mitjana a rebosar. Tuvieron que construir un corral para los animales y un par de hombres se ocuparían de ellos, pues además de comida les asegurarían la vestimenta.

La actividad de los monjes y los oblatos era incesante. Y su huella comenzaba a notarse. Habían desbrozado, labrado y sembrado dos parcelas que, si daban una buena cosecha, garantizaría los alimentos del invierno siguiente.

También comenzó a planificarse la construcción del monasterio.

Se aprovecharía la ribera del río Pruners, que tenía caudal suficiente para abastecer la futura abadía. Las tierras estaban en pendiente pues había un fuerte desnivel desde la montaña. Así, tras la planificación —de hecho, el monasterio seguía una planimetría idéntica a todos los monasterios del Císter—, se iría nivelando cada parcela a medida que se construyera el edificio correspondiente.

—Aquí irá el claustro y, claro, la iglesia justo al lado. Y allí, tocando al claustro, la sala capitular.

El padre Guerau y el padre Vidal se lo explicaban al resto de los monjes; los conversos trabajaban. También estaba el caballero Gilabert.

—Entonces, ¿todo se articulará alrededor del claustro? ¿Será esta la primera edificación? —preguntó este.

—El claustro en sí no es ningún edificio —contestó el padre Esteban—. Más bien podríamos decir que es un espacio arquitectónico que articulará todo el monasterio.

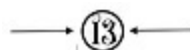
Gilabert lo miró. Poco a poco, el joven se había integrado en la comunidad y ya era uno más. Y, también muy poco a poco, daba muestras de aquel brillo intelectual que albergaba en su interior.

—La primera edificación será la sala capitular —dijo el padre Vidal—. Necesitamos una estancia privada donde poder leer el capítulo diario y solucionar los asuntos del monasterio.

Y así fue. El suelo quedó marcado con unas estacas que delimitaron los futuros edificios.

Aquel verano levantaron la sala capitular, con paredes de tapial y un techo de madera y paja. Quedaba claro que el edificio aguantaría unos pocos años y

que no era el definitivo.



El álamo crecía fuerte y sano.

Siempre que podía, el padre Esteban iba a verlo. Si hacía días que no llovía, lo regaba un poco. Y si no, lo contemplaba sin más.

Ahora ya era tan alto como el monje, pero aún se veía un árbol joven y con las ramas tiernas. Las hojas eran nuevas, de la primavera recién estrenada.

Y tocar su delicado tronco le devolvía la sensación tan agradecida que había experimentado en Claraval. Al menos sentía esto, pues aún no había percibido señal alguna de Dios.

Sí, le habían ocurrido hechos que solo podían atribuirse a la mano de Dios. Pero con eso no bastaba. Y si la llamada de Nuestro Señor eran aquellas señales, él tal vez no tenía fe suficiente y no merecía el ordenamiento sacerdotal.

Por otro lado, se iba integrando en la comunidad. El padre Guerau era muy frío con él; suponía que era por los designios del abad de Fontfroide, Sancho. Pero el padre Vidal respetaba sus palabras, como si fueran pronunciadas por alguien importante. Y eso dio mucha confianza a su joven alma atormentada.

—Gilbert, ¿y cómo es que aún sigues con nosotros? —le preguntó al caballero en una ocasión que el padre Vidal también estaba presente.

Gilbert sonrió mientras afirmaba con la cabeza.

—No lo sé. Esta es la verdad. Estoy totalmente perdido.

—¿No tienes obligaciones? ¿Hacer la guerra? ¿Un señorío del que ocuparte?

—Renuncié a mi señorío en favor de un primo lejano. No tengo alma de señor. Siempre me he considerado un poco ajeno a este sistema de señores y vasallos.

—Pero sí que teníais vasallos y guerreros. —El padre Vidal era muy perspicaz. Tendría la misma edad que el caballero, pero con la tonsura parecía algo mayor.

—Os equivocáis. Todos los hombres que me siguieron lo hicieron por voluntad propia. Ninguno me debía nada, ni yo a ellos. —Sonrió mientras

pronunciaba estas últimas palabras.

—Todo un líder que ha perdido su esencia —afirmó el padre Esteban con rotundidad, algo poco habitual en el monje.

—Sí —suspiró Gilabert—, estoy bien perdido.

—Seguro que Nuestro Señor os tiene algo preparado, Gilabert —afirmó el padre Vidal—. Si continuáis mucho más tiempo entre nosotros, pronto tendréis que cambiar de peinado.

—Una fuerza interior —señaló su pecho— tira de mí; no lo negaré. Pero tal vez no sea suficiente para dar el paso definitivo.

—En la Orden del Temple muchos monjes antes fueron caballeros y ahora combaten bajo la bendición de Dios; lo sabes perfectamente —dijo el padre Esteban.

—Los templarios no me seducen, la verdad. Esta sencillez vuestra, sí. Pero aún es pronto para tomar una decisión.



El padre Esteban no había vuelto a ver a Gaya. Supo por las pisadas del claro que había ido a ver el álamo. Pero no se habían encontrado.

El joven monje sabía de la importancia del celibato y la repercusión que tendría si tuviera que explicar su relación con la muchacha a sus compañeros monacales. Si Gaya hubiera sido un chico, no supondría ningún inconveniente. Porque lo que sentía por ella era atracción por su alma cristiana, no por su cuerpo. Bueno, esto era lo que él se esforzaba en creer. La joven poseía una gran belleza y el padre Esteban no dejaba de pensar en ella. Pero se convencía a sí mismo de su rectitud monacal con la excusa del alma cristiana. Por eso el silencio, tal y como mandaba la regla de san Benito, era su mejor aliado.

Además, en pleno verano llegaron los problemas. Bueno, de hecho solo fue un problema, pero muy grande.

El abad de Fontfroide, Sancho, llegó a Poblet con el resto de los monjes que se instalarían allí de forma definitiva. Los recién llegados configuraban un grupo muy numeroso, más de sesenta personas, y una veintena de carros llenos de comida, ropa, herramientas, materiales de construcción...

Nada más llegar, una delegación del abad fue a Lleida a comprar más

animales: ovejas, cabras, cerdos, gallinas, corderos, bueyes, caballos y asnos. Con los asnos buscarían tener más mulas para disponer de más animales de tiro.

Había que diversificar la productividad buscando aquello tan idealizado en todos los monasterios: la autosuficiencia. Y en caso de no disponer de algo, vender los excedentes para comprarlo en los mercados fuera del monasterio.

Eso era un proyecto de futuro.

Ahora era necesario centrarse en el presente. Y este no era del todo prometedor para el padre Esteban.

Aquel día todos los monjes fueron convocados en la recién construida sala capitular. Un edificio muy sencillo pero de buen tamaño para acomodar a una comunidad aún mayor. De idéntica estructura que las salas capitulares de otros monasterios, el tapial y la madera le conferían un aspecto provisional que no ofrecía la piedra. Tampoco se vislumbraban arcos con preciosas nervaduras que se extendiesen por los techos, como si fuera el sistema circulatorio de la sala que representaba el corazón del monasterio. Cuadrada, la sala donde cada día se leía un capítulo de la regla de san Benito ofrecía asiento a los monjes en todo el perímetro y dejaba un espacio para la puerta de acceso. Los ventanales tampoco estaban agraciados con arcos de medio punto; eran rectangulares y con un pequeño arco de descarga integrado en la obra que no añadía ningún brillo especial a la arquitectura.

Justo enfrente de la puerta, en el lugar destinado a quien había de regir el monasterio, ahora se sentaba Sancho.

En primer lugar se celebró el capítulo, como era habitual y con idénticos procedimientos. Fue después cuando comenzaron a tratar el tema capital del día.

—Es hora de que el monasterio comience a volar por sí solo. Es necesario dotarlo de una estructura administrativa que le permita organizarse con la máxima eficiencia —dijo el abad de Fontfroide.

Todos llevaban el hábito blanco con el escapulario negro. Todos con el mismo corte de pelo, la tonsura, que dejaba la nuca, las sienes y la parte superior del cráneo totalmente rasurados.

Esteban ocupaba un asiento en un rincón. No albergaba ninguna esperanza de que le otorgaran algún cargo administrativo o cualquier tipo de cargo.

Además, se conformaba con pasar desapercibido; al menos eso intentaba creerse.

—Igual que ocurrió en Fontfroide y antes en otros monasterios cistercienses, Poblet tendrá plena autonomía desde el punto de vista de su gobierno, su administración y su economía. La abadía de Fontfroide ejercerá, tal y como consta en la Carta de Caridad, la tutela espiritual. Y todas las abadías quedan unificadas bajo la dirección del Capítulo General, que dictará las normas, juzgará las desviaciones y velará por la correcta observancia de la vida regular de los monjes.

Todos eran conocedores de lo que decía el abad Sancho, pero pronunciarlo en voz alta lo convertía en oficial e integraba el nuevo monasterio en la red de abadías que el Císter comenzaba a extender por doquier.

—Ha llegado la hora de elegir al abad del nuevo monasterio. Él tendrá que tomar las decisiones importantes y será obligación de los otros monjes ayudarle a seguir el camino correcto. Como abad fundador, recae en mí la responsabilidad de proponer candidatos. Pero la elección es vuestra.

También era un aspecto conocido, pero se hacía igualmente necesario decirlo en voz alta para oficializarlo.

—Creo que solo hay un candidato con la suficiente preparación para ser abad. Es un hombre íntegro, inteligente y perfectamente capacitado para empujar al monasterio en la dirección correcta. Propongo al padre Guerau.

Al padre Esteban casi se le escapa una sonrisa, pero supo contenerse. Por supuesto, era el candidato favorito de Sancho, casi comía de su mano y respiraba su mismo aliento.

El abad miró a su alrededor, por si alguien tenía algo que decir. Su mirada era dura, intensa, inquisitiva.

Entonces uno de los monjes más veteranos, el padre Grimoald, se levantó y habló.

—Yo propongo al padre Vidal, aquí presente —dijo mirando a Sancho, sin parpadeo alguno, en un tono un poco provocador.

Un murmullo suave recorrió la sala capitular y los monjes se movieron como si fueran tallos de trigo del mes de junio empujados por el viento.

—Estáis en vuestro derecho, padre Grimoald; así lo contempla la Carta de

Caridad —dijo Sancho muy serio. Por su gesto, hasta parecía estar agradecido de que hubiera otro candidato. Así su propuesta, que estaba convencido de que saldría ganadora, tendría aún más fuerza—. ¿Alguien más?

Ahora sí, el silencio era lo bastante elocuente para dejar en dos los candidatos al cargo de padre espiritual del nuevo monasterio de Poblet.

—Como es costumbre, la elección será a mano alzada.

Se habían reunido treinta y cinco monjes. Sin contar, claro, al abad Sancho, que como no iba a formar parte de la nueva comunidad, no tenía derecho a participar en la elección. Tampoco votarían los dos candidatos; no existía ninguna norma que lo prohibiera, pero la propia esencia del Císter les impedía hacer ostentación de ellos mismos, y por lo tanto votarse. Así pues, treinta y tres monjes: treinta y tres votos.

—Votos para Guerau —dijo Sancho con voz firme y decidida.

El padre Esteban vio que el abad de Fontfroide buscaba, con sus gestos autoritarios y dominantes, influenciar a los indecisos entre un candidato y otro.

Unos cuantos monjes se pusieron de pie a la vez que levantaban la mano.

El recuento dio un resultado de dieciséis votos. Otro monje lo repasó. Mientras, Sancho miró al padre Esteban fijamente y casi mostrando enfado. El joven no había levantado la mano y ahora, en silencio, era recriminado por quien pronto dejaría de ser su líder espiritual.

El padre Esteban no le sostuvo la mirada. No podía. Aquel hombre era capaz de escarbar en su alma y descubrir aquello que lo atormentaba.

—Dieciséis votos —afirmó el monje que había hecho el nuevo recuento como resultado definitivo.

—Ahora los votos para el padre Vidal —dijo el abad Sancho.

A pesar de que Guerau no había obtenido la mayoría, no era raro que algún monje no quisiera votar por distintas razones. Era un voto en blanco, totalmente lícito. Eso, y solo eso, daba algo de ánimos al abad Sancho de que su candidato fuera el elegido.

Todos los demás votaron.

—Diecisiete votos. —El recuento lo confirmó.

—Así pues, el padre Vidal es el elegido como nuevo abad. —Ya no mostraba firmeza en sus palabras ni el autoritarismo tan típico de su carácter. Pero parecía aceptar el resultado; aunque no le quedaba más remedio.

El abad Sancho dejó libre el asiento preponderante en la sala capitular para que el nuevo abad lo ocupara. Una vez sentado, le colgó del cuello un cordón con una pequeña cruz de madera, el símbolo de su cargo.

Todos se pusieron de pie y aplaudieron, sin mostrar euforia, al nuevo abad. Comentarios y caras de satisfacción se alternaban con rostros más serios y bocas en silencio.

Esteban se sentía satisfecho. Guerau no era como Sancho, ni de lejos, pero sería un freno a cualquier aspiración del joven monje. Él no pretendía nada que no fuera ayudar a la comunidad para que creciera todo lo posible, al margen de que internamente siguiera esperando recibir la gracia de Dios y sentirla como tal.

Después vino la decepción.

El padre Esteban no obtuvo ningún cargo administrativo. Ni prior, ni subprior, ni cillerero mayor, ni cillerero menor, ni sacristán, ni siquiera portero.

¡Nada!

Tras la elección de los cargos se leyó un capítulo de san Benito y, finalmente, se distribuyó el trabajo entre los monjes.

Esteban ayudaría al cillerero menor a administrar los recursos alimentarios y a utilizarlos para las cosechas o para incrementar los rebaños.

También aquel día el nuevo abad expuso la intención de pedir al Santo Padre, Inocencio III, una bula de protección para el nuevo monasterio; una especie de confirmación en la que se aceptaba la reciente fundación. La respuesta aún tardaría unos meses en llegar —tenía que ir a Roma y volver—, pero era un primer paso.

A la salida de la sala capitular le esperaba Gilabert.

—Tienes el rostro ensombrecido, Esteban.

Le explicó lo ocurrido.

—No se entiende —dijo el caballero—. Con Guerau de abad era comprensible, pero con Vidal, no. Ese hombre te conoce bien. Y confía en ti.

El padre Esteban no le replicó. Necesitaba estar solo y pensar en todo sin escuchar ninguna otra opinión.

Necesitaba reflexionar.

Tras más de un año en la Espluga de Francolí, la familia Cervera seguía prisionera en ese rincón del mundo. Y Gaya también.

Su prometido continuaba de rehén de los genoveses. La joven no entendía por qué su tío, el conde de Barcelona, no pagaba de golpe la deuda de aquellas guerras. Era un egoísta, solo miraba por su poder y su condado. Y ahora por su hijo, claro.

Aquel invierno Gaya había cumplido veinte años, edad en la cual casi todas las mujeres ya estaban casadas y habían engendrado hijos.

Su vida carecía de emociones.

Los campesinos de las dos Esplugas eran muy aburridos. Si llovía demasiado se quejaban de que era malo para la tierra. Si no llovía, los lamentos por la sequía eran inacabables. Si la cosecha era escasa, no querían dar la parte que correspondía a los señores. Y si era abundante, la escondían por ese sentido tan campesino de la tacañería.

Eran unos desagradecidos. Mantener el orden y la justicia comportaba unos gastos muy elevados. Y los señores necesitaban aumentar su patrimonio para garantizar e imponer justicia y orden en otros lugares. Así de simple.

¿Por qué no lo entendían?

Ese tema atraía cada vez más la atención de la joven: la administración del señorío. Tal vez por no ser aún ni esposa ni madre, pero sentía una necesidad imperiosa de participar en la gestión del patrimonio de los Cervera.

Ella sabía que tenía un don especial para hacerlo mejor que su padre, ¡sin duda! Era nefasto como administrador, mucho peor que como juez en aquellos largos e inútiles conflictos con los lugareños. Y lo que era más lamentable: no dejaba participar a su madre, quien con toda seguridad lo haría muy bien.

Gaya había aprendido a pasar desapercibida cuando le interesaba. Hacerse ver ya lo sabía hacer desde muy niña. Ahora salía del pueblo sin escolta y sin la ayuda de nadie. Y había descubierto la forma de espiar a su tío mientras este cazaba con halcones.

La joven encontraba la caza de volatería muy interesante. Y en algunas ocasiones había acompañado a su tío y a su primo para disfrutar de aquel «espectáculo», que era como lo definía ella. Su padre, claro, nunca se habría

planteado acarrear un halcón en el brazo, ni siquiera cazar con aquellas aves rapaces.

Ramón de Cervera siempre salía a cazar acompañado de un buen número de sirvientes. Pero aquel día solo iban tres. Gaya, que los espiaba, vio como su tío se alejaba de ellos y le escuchó hablar de los monjes de Poblet con unos hombres muy extraños; parecían sarracenos pero iban vestidos como si fueran cristianos.

—¡Os pago bien para que atemoriceis a los monjes y no hacéis nada! — Ramón de Cervera estaba enfadado; aunque era su actitud habitual cuando hablaba con gente de clase inferior.

—Es por el caballero que los vigila. Parece no descansar nunca y es demasiado bueno con la espada. No podemos vencerle.

—¡Bah! ¡Excusas de cobardes! Una flecha bien dirigida solo encuentra freno en una gruesa armadura. Y Gilabert nunca lleva armadura.

El hombre de la piel oscura y rasgos sarracenos no dijo nada.

Gaya los dejó allí y prefirió volver al claro del bosque a ver el álamo.

El árbol había crecido lo suficiente para asegurar su supervivencia. Siempre quedaba la posibilidad de una enfermedad o un accidente fortuito, pero todo indicaba que nada de esto tenía que suceder.

Tocar sus hojas, sobre todo por el reverso plateado, le transmitía una sensación como de familiaridad, como cuando era pequeña y recibía las caricias de su madre y se sentía feliz. El padre Esteban le había dicho que era la semilla de un álamo muy grande que había en un lugar muy lejano, en el norte. A Gaya le habría gustado poder tocar las hojas de aquel árbol tan viejo, seguro que habría sido muy agradable.

El monje era un hombre curioso. Solo habló con él aquel primer día. Después ella había procurado que no la viera. Y más de una vez, escondida, lo había observado cuidando de aquel álamo como si fuera hijo suyo.

¡Incluso una vez lo vio rezando al árbol! ¿Acaso no era pecado hacer algo así? ¡Rezar a un árbol! Pero si lo hacía un cura, tal vez estaba bien. No lo tenía nada claro.

Lo había espiado media docena de veces. De casualidad. Ella había llegado antes al claro y cuando lo había visto aparecer se había escondido, pues prefería no coincidir con él.

Aquel hombre era especial y diferente. No conocía a nadie como él. Bueno, tampoco conocía a muchos monjes, ni a muchos hombres. De hecho, él era el único monje con el que había hablado y no quería creer que todos fuesen como él. Quería creer que él era especial.

¿Por qué motivo? Ni se lo planteaba. Simplemente le gustaba esa idea. Nada más.

La sensibilidad que mostraba con aquel árbol y la extrema educación que había manifestado al hablar con ella la dejaron sorprendida.

Ese día no estaba. El claro parecía acoger al álamo ofreciéndole un lugar confortable donde poder crecer. Ahora ya era más alto que ella misma. Y cada vez tenía más ramitas y más hojas. El verano estaba avanzando y pronto esas hojas se secarían para dejar paso a otras nuevas la primavera siguiente.

Al salir del claro vio, de lejos, al padre Esteban que venía en su dirección. El monje no la había visto.

Fue entonces cuando ocurrió todo.



El padre Esteban necesitaba una paz interior que su alma no sabía dónde hallar. Y con gente alrededor no lo conseguiría.

Por sus estudios de teología, conocía bien los orígenes del monacato cristiano. Siglos atrás, hubo hombres que optaron por una vida contemplativa y ascética, alejados del mundo material y de la sociedad que los había criado. Aquellos primeros monjes consiguieron encontrarse a sí mismos.

Mientras buscaba un lugar solitario, pensaba en el padre Bernardo y en cómo lo necesitaba en ese momento. ¿Qué le diría? ¿Qué consejo podría darle? ¿Qué haría el padre Bernardo en su situación? ¿O tal vez él jamás se vio metido en algo así?

Buscó en su interior la raíz de su desazón. ¿Qué era lo que le hacía sentir tan mal?

Su primera reflexión era que estaba desvalido. Como una oveja perdida, sin pastor. Como un árbol en medio del desierto. Como un pez fuera del agua.

Se estaba ahogando.

A pesar de tener aire para respirar, parecía que no le llegara a los

pulmones para satisfacer aquel instinto tan primario de supervivencia.

Su ahogo era consecuencia de sentirse desvalido.

Desvalido.

Sí, sin su padre al lado no sabía cómo vivir. Ni qué hacer. Ni qué decir.

Su fe se sostenía por la creencia en Bernardo de Claraval, no por su entrega absoluta a Dios. Y ahora esto le pasaba factura.

Un pensamiento de cuando era estudiante le vino a la cabeza. Lo del saco y la estaca, y la debilidad del hombre.

El hombre era el saco. Podía llenarse con infinidad de conocimientos. Y algunos lo fortalecían más que los otros. Pero lo que verdaderamente sostenía su interior, su alma, era la estaca, que representaba a Dios. El Creador lo mantenía firme.

Una de las conclusiones era que el hombre es débil por naturaleza y que su fortaleza se debe a la presencia del Altísimo.

Ahora el padre Esteban se sentía como si la estaca hubiera desaparecido. Y por mucho que se hubiese llenado de conocimientos, no eran suficientes para mantenerlo íntegro. Y, como un saco vacío, se plegaba para convertirse en un despropósito. Un despropósito sin nada en su interior.

También pensó en lo ocurrido recientemente y si eso había provocado que cayera de esa manera tan estrepitosa. Hasta entonces se había mantenido prudente, sin mostrar ninguna ambición. Si tenía que cuidar cerdos, los cuidaba. Y si tenía que acarrear piedras, no tenía problema alguno.

Pero en su interior siempre había mantenido la esperanza de que acabaría haciendo algo más grande que daría relieve y sentido a sus estudios y, sobre todo, a la buena fe que el padre Bernardo había depositado en él.

Ahora que le habían excluido de ocupar cualquier cargo en el monasterio, pensó que había fracasado. Y su ego no pudo con ello.

Demasiado orgulloso.

Este era otro de sus pecados.

Sus pies lo conducían hacia el bosque. De forma inconsciente, buscaba el claro donde había plantado su álamo. Tal vez el contacto con el joven árbol le diera la fuerza que había perdido. Esta era su esperanza.

Caminaba tan aturdido que no se dio cuenta de que tres hombres le habían rodeado. Cuando los vio, ya era demasiado tarde.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno, infiel! —gritó uno de los sarracenos. Iban armados con cimitarras, las espadas curvas que usaban los seguidores del islam.

Era un pecador y tal vez se merecía ese final. Llevaba el hábito de un siervo de Dios sin haberlo sentido jamás. Y se acercaba demasiado al paganismo más antiguo, por la adoración a su álamo.

Quizá había llegado al final de su camino.



Gilabert notó que la actitud del padre Esteban era extraña. Más bien, oscura y fatalista.

Parecía un hombre acabado.

Su mirada era huidiza, como siempre que se hablaba de temas que no le gustaban. Pero en esta ocasión, si uno buscaba en el interior de sus ojos podía vislumbrar su alma desesperada.

Se separó del caballero sin decirle nada. Gilabert tenía claro que el joven monje deseaba estar solo. Tal vez quería reflexionar sobre aquello que le corroía el alma o, simplemente, dejar la mente en blanco y no tener que dar explicaciones a nadie.

Pero lo siguió.

Gilabert sabía que no era buena idea. Y que al padre Esteban no le haría ninguna gracia. Al contrario, seguramente le molestaría. Y acabaría, con toda seguridad, enojado con él.

Pero lo siguió.

Llevaba un camino errático, sin un destino claro. Pero algo parecía empujarle en una determinada dirección. El bosque le atraía como la miel a las abejas. A pesar de dar vueltas y caminar en zigzag, seguía una línea recta hasta la espesura de los árboles. Como una mosca que da mil vueltas y acaba en el mismo sitio.

El padre Esteban deambulaba con el alma perdida, era evidente.

Nunca se había mostrado como un hombre de carácter. No tenía una personalidad marcada y severa. Más bien todo lo contrario; era un hombre sencillo, tal vez débil, pero con una sensibilidad muy acusada.

De lejos, Gilabert lo vio todo.

Tres hombres se le echaban encima, armados con cimitarras, dispuestos a matarlo.



Si gritara, tal vez aquellos hombres se detendrían. Seguro que ella, siendo una Cervera e hija del vizconde de Bas, podía hacer alguna cosa.

Pero ¿por qué iba a hacer nada por el monje? ¿Qué necesidad tenía de ayudarlo?

Si lo mataban, el claro del bosque volvería a ser solo suyo. Una molestia menos. Solo ella disfrutaría del álamo, solo ella sentiría la fuerza interior de aquel árbol.

Expulsó ese pensamiento de su cabeza. Eso era ser muy mala persona. El padre Esteban era un buen hombre y se merecía una vida larga y dichosa en aquello que escogiera hacer.

Aquellos instantes previos se le hicieron eternos. Se escondió detrás de unas zarzas cargadas de moras rojas y negras. Y lo vio todo, sin intervenir. Estuvo a punto de gritar, pero tuvo miedo.

El padre Esteban se arrodilló como si aceptara su muerte. Como si hubiera sido juzgado y un verdugo ejecutara la sentencia mientras él recibía de buen grado el castigo. Más bien parecía un mártir que se ofrecía a Dios. Esa fue la imagen que se quedó grabada en la mente de Gaya.

Después ocurrió todo muy rápido.

Apareció el infame caballero. Su tío le había hablado de Gilabert. Le explicó que durante el asedio de Lleida había ayudado a los infieles, dejando de lado a los cristianos. Un hombre de quien nadie podría fiarse jamás.

Sin pensárselo, el caballero se tiró encima de los sarracenos blandiendo su espada.

Desde la distancia, a Gaya le pareció ver que el monje recibía un golpe de espada y caía al suelo, pero había mucha confusión y no lo tenía nada claro.

Tanta sangre la asustó y salió huyendo hacia el pueblo. Su madre siempre le había dicho que, cuando luchan, los hombres se vuelven bestias salvajes y pierden el respeto por la vida y la muerte; esto último nunca lo entendió, pero

ella sí respetaba su vida.



Eran tres e iban a por todas.

El factor sorpresa equilibró un poco la desventaja cuando se deshizo del primero, pero después se quedaron dos contra uno y no fue nada fácil.

Uno de ellos hirió al padre Esteban. El monje casi no gritó pero cayó al suelo, como si estuviera muerto.

Mientras Gilabert luchaba, una flecha le rozó el brazo.

¡Otro!

El arquero se escondía en el bosque. El caballero continuó luchando pero dando la espalda a los árboles. Así, tal vez alguno de los otros dos fuera alcanzado por las flechas. Dos flechas más silbaron muy cerca de Gilabert. Pero la tercera alcanzó a uno de los atacantes, que cayó al suelo entre gritos de dolor y rabia.

Gilabert acabó con el último rival. Después, corrió hasta donde estaba el arquero y lo mató. Finalmente, regresó para ver si el que tenía la flecha clavada aún seguía con vida, pero estaba muerto.

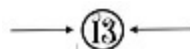
También él había recibido un par de heridas, pero no presentaban gravedad.

—¡Esteban! ¡Esteban!

Una fea herida en la espalda empapaba de sangre el escapulario y el hábito. Y había recibido un golpe en la cabeza con la empuñadura de una cimitarra, de donde también sangraba.

No se movía.

Le dio la vuelta y acercó la oreja a los labios del monje. Respiraba, al menos por ahora. Lo giró de nuevo y le rasgó el hábito. La herida sangraba con profusión.



Cuando se despertó, el dolor le cruzaba la espalda como si alguien le rascara con una brasa al rojo vivo. Pero entonces se dio cuenta de que estaba vivo.

El cielo, estaba seguro, tenía que ser un lugar sin sufrimiento.

Y el infierno... Prefirió no pensar en ello. Estaba vivo y eso era lo que importaba.

Abrió los ojos y se sintió observado. Hasta cinco personas le estaban mirando. Gilabert, el abad Vidal, el abad Sancho —sí, tal vez para asegurarse de que acababa muriendo de una vez—, el padre Roberto —el monje enfermero que había venido desde Fontfroide para quedarse— y un ayudante de este, Mauricio, un oblatto joven.

Estaba en el dormitorio de los monjes, en su cama.

—¿Sabes quiénes somos? —dijo la voz ronca del padre Roberto.

—Sí... —Pronunció el nombre de cada uno de ellos; la voz le chirrió un poco al nombrar a Sancho, pero lo atribuyeron a su estado.

—Tienes un buen corte en la espalda —le explicó el padre Roberto—. Lo he cosido, pero tendrás que descansar unos días. El golpe en la cabeza no parece importante ahora que te has despertado.

—¿Tienes idea de quiénes eran los hombres que te han atacado? —quiso saber su nuevo abad, el padre Vidal.

—No...

—¡Yo sí! —dijo Gilabert—. Mancusos de plata pagados por los Cervera. —Extendió la mano abierta con cuatro monedas—. Las tenían los atacantes.

—Sois muy atrevido, Gilabert —le dijo Sancho—. Es una prueba demasiado poco relevante.

—¿Poco relevante? —exclamó el caballero—. De por aquí, solo los Cervera pueden pagar con mancosos. Y las intenciones son muy claras: querían asustaros.

—¿Y qué pretendían? —dijo el abad Sancho—. ¿Que nos marchemos? —La pregunta estaba cargada de ironía.

—No se atreverán a tanto. Sois siervos de Dios y, además, el monasterio es un encargo del conde de Barcelona. Pero sí que quieren asustaros.

Los otros permanecieron en silencio, parecía que solo el abad Sancho quisiera contradecir al caballero. Mientras hablaban, el padre Roberto curaba las heridas de Gilabert.

—¿Y por qué os quedáis aquí? ¿Cuál es vuestra intención? —le preguntó sin tacto alguno el abad de Fontfroide.

—No sé la razón de que queráis desviar el tema. Queda bien claro que yo he defendido al padre Esteban.

—¿Y por qué estabais allí de manera tan oportuna? Según nos habéis contado, de no ser por vuestra brillante intervención —remarcó las dos últimas palabras para cargarlas de ironía— el padre Esteban ya estaría muerto.

El aludido no dijo nada. Miraba a uno y a otro, escuchando los razonamientos del caballero y el abad de Fontfroide. Se sentía mareado y tenía ganas de dormirse.

Gilabert se tensó como un felino dispuesto a lanzarse sobre su presa. Incluso su mano derecha se apoyaba en el pomo de la espada.

—¿Qué insinuáis, Sancho? —Era toda una amenaza.

—Querían atacaros a vos. Él —señalaba al padre Esteban— era el anzuelo, pero os querían a vos.

Gilabert bajó la guardia y se relajó un poco.

—Tal vez sí —afirmó—. También he pensado en ello y tiene sentido. Para matar a un monje solo es necesario un hombre. Pero para cazarme a mí, no es suficiente. —Lo dijo sin ánimo de ensalzarse—. Y los atacantes no eran malos luchadores.

—Pues...

—¿Pues qué? —preguntó Gilabert queriendo aclarar aquella situación con el abad Sancho.

—Yo no diré nada más —dijo el líder espiritual de Fontfroide, que se quedó callado mientras miraba al abad de Poblet.

El abad Vidal, que hasta entonces había permanecido en silencio, habló con evidente malhumor.

—Gilabert, disculpadme por ser un maleducado. Hasta ahora no os lo he dicho, pero os doy las gracias por vuestra ayuda. Nadie os lo ha pedido, pero Dios sabe que nos habéis salvado de un puñado de malas situaciones. Y aunque esto parezca una despedida, no lo es. Quería pedir os que, si es posible, alarguéis al máximo vuestra estancia entre nosotros. Ahora más que nunca —miró al abad Sancho, que no salía de su asombro—, vuestra ayuda nos es imprescindible.

»Queda bien claro que somos una molestia para nuestros vecinos. Es

normal. Ha pasado en otras ocasiones, y continuará pasando. A nadie le gustan los forasteros, y nosotros, aun siendo siervos de Dios, les molestamos. ¡No nos iremos ni cederemos! Estamos aquí para cumplir la voluntad de Dios, más allá de la voluntad humana. Y eso haremos. Y para conseguir este mandato del Altísimo, nos es imprescindible vuestra presencia, caballero Gilabert. —Se acercó y le cogió de las manos—. Gracias de nuevo por estar aquí. ¡Dios os ha enviado entre nosotros!

El padre Esteban, tumbado como estaba y medio mareado, pudo ver que los ojos del caballero se humedecían y se volvían casi tiernos, algo nada habitual en él.



«Suerte que el abad Vidal no es como Sancho», pensó Gilabert.

Era un hombre con visión de futuro, inteligente, y que sabía valorar y tratar a las personas. En cambio, el abad de Fontfroide lucía una lengua más propia de los reptiles venenosos. Y su cabeza siempre estaba maquinando para sacar ventaja de todo.

Pero sí que tenía que darle la razón en una cosa: el ataque no iba dirigido al pobre padre Esteban. Este solo había sido el anzuelo. La presa final era él.

El plan era engañoso y casi se salen con la suya. Con un arquero más fiable o un par de hombres armados, el caballero ya estaría muerto y el padre Esteban también.

—Ahora —dijo Gilabert al abad Vidal, mientras Sancho escuchaba sin decir nada—, tendría que llevarse el caso ante los Cervera. Yo haré la acusación, si queréis. Así no será necesario que os metáis en lío alguno.

—No. Llevaremos el caso vos y yo, Gilabert. Los dos solos —dijo mirando al abad Sancho, que negaba en silencio con repetidos movimientos de cabeza—. Y a ti, Esteban, te toca recuperarte bien.

Esa misma tarde ya estaban delante de los Cervera.

En aquella ocasión, sentados en aquella curiosa sala de audiencias estaban Ramón y Ponce, sin el resto de los familiares. Eso sí, había hasta media docena de guardias, algunos muy cerca de los dos hermanos.

Fue el abad Vidal quien tomó la palabra.

—Como nuevo abad de Poblet, vengo a presentar una queja. —Se dirigía al hermano menor, Ramón, pues el otro parecía ausente.

El pequeño de los Cervera lo miró con desprecio. Y después observó a Gilabert. Se fijó en las vendas que le cubrían las heridas y pareció lamentarse, sobre todo por el gesto que hizo con los dientes y la boca.

—Decid... —No se le veía nada contento.

—Uno de los nuestros ha sido atacado y casi pierde la vida. Gracias a Dios, está vivo, pero es una agresión que no podemos pasar por alto de ninguna manera.

—Bien, buscaremos a los culpables y los juzgaremos en consecuencia. Pero ha ocurrido en vuestro señorío, y tendría que ser vuestra comunidad la que juzgase el caso.

Gilabert observaba con la máxima atención las reacciones de aquel desgraciado.

—¡Basta de hacerse el necio! —exclamó el caballero pasando por delante del abad y tirando las monedas de plata a los pies de Ramón—. ¿Es esto lo que vale la vida de un monje de Poblet? ¿Cuatro mancosos de plata? ¡Y pagados a cuatro desgraciados!

Los guardias que estaban detrás de sus señores avanzaron un paso para protegerlos de un posible ataque. También las lanzas se inclinaron ligeramente, amenazadoras.

Ramón sonrió de manera casi demoníaca.

—¿De verdad me acusáis a mí? —Se dirigía al abad Vidal, ignorando al caballero—. ¿Es esto lo que queréis?

—Solo quiero cumplir la voluntad de Dios. Más allá de eso, el resto no me interesa. Ni vuestras tierras, ni vuestra gente. Os doy mi palabra de que, mientras yo sea abad, no tocaremos nada que sea vuestro. Y si por un desgraciado accidente ocurriera así, os lo pagaría. Pero no toleraré, de ninguna manera —apuntaba con el índice a Ramón de Cervera—, ningún ataque más a la gente del monasterio. ¡Ninguno más!

El menor de los Cervera se puso de pie y se acercó al abad.

—También quiero vuestra palabra de que no volveréis a traer a este traidor ante mí —dijo señalando a Gilabert.

—Tal vez tenéis miedo de hablar directamente conmigo —dijo el

caballero.

—¡Nunca he tenido miedo de ti! —Ramón había perdido la compostura y, pronto, también perdería el control—. En el altozano de Gardeny antepusiste los intereses de los infieles a los de la buena gente cristiana. Y en Tarragona... —Dejó la frase en suspenso y lo miró con una sonrisa torcida. Pero después volvió a ponerse serio—. ¿Quién te has creído que eres? ¡Acusarme a mí de tratar con sarracenos, cuando yo nunca...!

—Yo no os he acusado de tratar con sarracenos, Ramón —afirmó Gilabert, satisfecho. Su plan había dado resultado y el abad Vial lo miraba, dándole la razón—. Os habéis descubierto y solo el abad podrá perdonaros el pecado de atacar a un siervo de Dios.

Ramón no pudo contener su enojo mientras miraba a los dos hombres de Poblet.

La solución definitiva

La Espluga Jussana, octubre de 1152

La tensión con los monjes de Poblet era máxima. Y Gaya conocía bien los motivos. Ella había sido testigo directo de aquel incidente y se sentía confusa.

Ahora la joven se encontraba en lo alto de la torre de defensa. Habían arreglado el edificio y, a pesar de verse aún viejo, se elevaba imponente como la construcción más alta de todo el valle del río Francolí. Allí se sentía fuerte y poderosa; tal y como, seguro, se sentían los pájaros en las alturas.

El otoño se abrió con fuerza. Comenzaba el frío. Y un viento del norte se llevaba las amarillentas hojas que carecían de fuerza para seguir sujetas a las ramas. El paisaje había cambiado y lucía unos tonos ocres y pardos que llenaban de melancolía el ánimo de Gaya.

Tan turbada estaba con lo que tenía delante que se sobresaltó cuando escuchó a su madre a su espalda.

—¿Qué haces aquí arriba? —le preguntó con una voz que transmitía seriedad y autoridad.

Ella no dijo nada. La miró de reojo y continuó con la vista perdida en el horizonte.

—He de hablar con tu tío y quiero que estés presente.

Almodis se situó a su vera; también ella miraba a un punto indeterminado.

¿Hablar con su tío? ¿Y su padre? ¿Tal vez le ocurría algo? Seguro que no. Estaría haciendo el gandul, como casi siempre.

—¿Por qué tienes que hablarle tú?

—Es mejor que vengas y lo veas por ti misma. Quiero un testigo y tú ya eres mayor.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, ahora.

Bajaron de la torre y fueron hasta las dependencias del señor de la Esplugu Sobirana. Allí, en una pequeña sala de la planta baja, encontraron a Ramón de Cervera.

Este se quedó sorprendido por la presencia de Gaya, pero no dijo nada.

Ningún gesto de educación ni saludo. En silencio y de pie, esperó a que su cuñada tomase la palabra.

—Quería enviarle un pergamino a mi hermano, pero he creído oportuno hablarlo antes contigo.

El menor de los Cervera sonrió, ofreciendo una imagen de estar muy seguro de sí mismo, como si ya supiera de qué iba todo aquello. Pero se mantenía en silencio, a la espera de que Almodis se explicara mejor.

—Es menester que ayudemos a los monjes. Es un deseo de mi hermano, tu señor. Además, estaría bien demostrar que nos gusta tenerlos aquí.

—Claro que sí —dijo Ramón de Cervera mientras mostraba su sonrisa más cínica—. Es menester que los ayudemos y, además, que se note. Todo sea por la felicidad de tu hermano.

Gaya percibió la tensión. Su madre y su tío tenían el carácter más fuerte de la familia; la joven se consideraba a sí misma la tercera, pero entre los adultos aún se sentía un poco inferior.

—Nos conocemos bien, Ramón. Y te aconsejo que no juegues conmigo. —Almodis elevó la voz—. Siempre saldrás perdiendo, ¡siempre!

—Por mucho que grites, no eres más que la mujer de un Cervera. ¡Y actuarás como tal!

—No te saldrás con la tuya. Soy mucho más viva que tú. —Aquella frase y el tono sugirieron a Gaya que el enfrentamiento ya venía de lejos—. Te equivocas al decidir en nombre de toda la familia Cervera. Si con esto piensas

que tus errores los pagaremos todos, vuelves a estar equivocado. Y si encima crees que te saldrás con la tuya, la equivocación es triple.

Gaya miró a su madre. Una mujer que casi siempre se quedaba callada, ahora daba muestras de una inteligencia propia de una reina... ¡cómo mínimo!

—No vuelvas a atacar a los monjes, ¡o te arrepentirás!

—Tus amenazas están vacías, cuñada. No me interesan los monjes. Me da igual lo que hagan o dejen de hacer. ¡Es ese maldito Gilabert! Sin él, las cosas serían muy diferentes, te lo aseguro.

—Pues quítatelo de encima —dijo Almodis.

Gaya vio que su madre tenía la barbilla levantada, luciendo al máximo su orgullo.

La cara de sorpresa de Ramón de Cervera duró un instante, casi parecía haber sido un pestañeo. Después le ofreció una mirada de complicidad a su cuñada.

—Ya sabes que lo intenté y no funcionó. Y ahora tampoco.

A Gaya le habían contado que el enfrentamiento con Gilabert venía de muy lejos y seguro que se referían a eso, pero ella desconocía lo que había ocurrido.

—¡Eres un chapucero! En esto eres igual que tu hermano. —Almodis parecía que estuviera recriminando a un hijo y no a un señor de la casa Cervera—. ¡Hombres! Para solucionar un problema siempre usáis la fuerza. Como si con eso fuera suficiente.

Gaya estuvo a punto de sonreír. La cara de su tío, el todopoderoso Ramón de Cervera, parecía la de un niño al que habían descubierto robando una gallina.

—Es preciso buscar la manera de que sean los monjes quienes le expulsen de la arboleda de Poblet.

—¡No sé cómo pretendes conseguirlo! —respondió su tío, ofendido.

De hecho, pensaba Gaya, su madre había herido su hinchado orgullo masculino.

—Déjame a mí —concluyó Almodis, enigmática.

Después, madre e hija regresaron a sus estancias en aquel salón que aún hacía las veces de palacio.

Por el camino quedó bien claro que la Espluga, ambas partes, había

cambiado mucho en los últimos tiempos. La llegada de los señores, con la multitud de colonizadores que les acompañó, había dado un empujón decisivo a aquella población. Ahora abundaban las casas de piedra. Y las de tapial ofrecían una imagen más civilizada, según Gaya, que las cabañas de los primeros tiempos, más propias de salvajes que de personas.

También los espacios entre casas parecían calles de verdad, aunque no ofrecían la rectitud propia de un trazado previamente planificado. De hecho, en las distintas ciudades y pueblos que Gaya conocía, las calles siempre eran retorcidas y estrechas.

Aun así, la joven esperaba con impaciencia el día que regresarían a la ciudad que ella consideraba su casa: Besalú, la sede del condado de Bas. A pesar de haber vivido en diferentes poblaciones —Cervera entre ellas—, a Besalú le tenía un cariño especial.

La familia cada vez atesoraba más propiedades y señoríos. Y la movilidad tenía que ser una constante si la pretensión era convertirse en una de las casas más poderosas desde los Pirineos hasta el río Ebro, ahora que se habían delimitado nuevas fronteras.

—Hemos recibido novedades de Ramón de Torroja —le dijo su madre cuando llegaron a la casa de Ponce.

Gaya no se mostró especialmente entusiasmada. Pero sí que tenía ganas de saber qué sucedía con su prometido. El muchacho fue enviado como rehén a Génova, por la ayuda que había ofrecido esta ciudad al conde de Barcelona durante el asedio de Turtuixa. Como el dispendio fue muy grande —unos dieciséis mil morabetines—, Ramón Berenguer necesitaría bastante tiempo para reunir esa cantidad y devolver el préstamo.

—Las nuevas dicen que Ramón se encuentra bien. Un poco afectado por la larga separación de su familia, pero bien.

—¿Pero ya ha vuelto a Barcelona?

—No, aún no. —Su madre se mordía los labios siempre que la situación a describir era complicada; y ahora sus dientes no paraban quietos—. Mi hermano, el conde, tiene que acabar con los dos últimos reductos sarracenos y necesita todo el dinero disponible. Y el chico está lo bastante bien como para desviar unos fondos imprescindibles para asegurar el condado de Barcelona hasta el río Ebro.

Gaya no se sintió decepcionada. Bueno, algo sí.

—¿No tienes ganas de casarte? —preguntó Almodis, que no entendía la indiferencia de su hija ante aquella noticia.

—No comprendo cómo padre pudo raptarte y enfrentarse al conde de Barcelona. Debe de haber cambiado mucho desde entonces.

Gaya no quería hablar de lo que sentía respecto a su matrimonio. Su madre era demasiado perspicaz.

Almodis, naturalmente, mostró su desencanto. Aunque no era una mujer expresiva, su hija la conocía bien. Además, había desviado una pregunta buscando respuesta a una cuestión que su madre siempre había eludido.

—Estar casada tiene cosas buenas. No has de tener miedo.

La frialdad de su madre era capaz de hacer bajar la temperatura como si se tratase de un riguroso invierno.

—Un hombre ha de querer mucho a una mujer para estar a punto de provocar una guerra por amor. Vuestro estado no se entiende —dijo Gaya.

Almodis cogió a su hija por las muñecas y la miró fijamente a los ojos. Aun siendo inexpresiva, la hermana del conde de Barcelona se puso muy seria.

—Lo que ocurrió entre Ponce de Cervera y yo no es asunto tuyo. Ya eres demasiado mayor. Tendrías que estar casada y con un par de hijos.

—¡Fuiste tú quién me prometió con ese muchacho tan joven!

Le salió del alma. Luego se liberó de los brazos de su madre y se alejó de su mirada inquisitiva.

Gaya se colocó delante de una de las pocas ventanas del palacio; desde allí, la visión de valle del Francolí era muy amplia, pero no tanto como desde lo alto de la torre de defensa.

Su madre no contestó inmediatamente al reproche. Se situó a su vera y, desde la ventana, contempló el mismo paisaje que su hija.

—Los Torro ja son un buen partido —dijo Almodis en un tono suave y casi infantil—. Tienen gente bien situada en todos los estamentos, incluso en el Temple y en el Obispado de Barcelona. Tu matrimonio unirá dos dinastías que, durante los próximos años, serán las más poderosas desde los Pirineos hasta el río Ebro, y desde del mar hasta Zaragoza.

Sí, eso se lo había dicho hasta en una docena de ocasiones. Y desde que nació Ramón de Torro ja, cuando ella ya tenía tres años, había vivido

encerrada. De él solo conocía su linaje.

Ahora Gaya tenía veinte años y Ramón, diecisiete. Tendrían que estar casados y, como le acababa de decir su madre, con varias criaturas haciéndola envejecer de golpe. Pero por cuestiones políticas se había convertido en una mujer mayor y soltera. Además, las aspiraciones de los Cervera la mantenían enclaustrada en aquel rincón del mundo.

De repente, su pensamiento se desvió hasta el álamo y el padre Esteban.

Cuando tocaba aquel árbol se sentía libre. Sí, esa era la sensación. Como si formara parte de algo importante, pero libre de cualquier atadura. Aunque seguro que nadie podría entenderla sin pensar que se había vuelto loca.

Bueno, quitando al padre Esteban. Estaba segura de que el monje sentía algo parecido cuando tocaba el árbol.

—¿Quién es él? —inquirió su madre.

La pregunta la sobresaltó, por inesperada y por sentir que tal vez su madre era capaz de leerle el pensamiento.

—¿Qué... qué quieres decir?

—No te hagas la inocente, he vivido lo suficiente para ver según qué cosas. Sea quien sea, más vale que te alejes de él. Has de llegar intacta al matrimonio y no toleraré que nadie ocupe siquiera tu pensamiento. ¡Soy capaz de encerrarte en una celda! —la amenazó.

Se alejó de allí enfadada y la dejó sola.

Su madre se equivocaba. No sentía nada por el monje. Nada que hiciera pensar en una relación de hombre y mujer. Era... un monje y nada más. Un cura vestido de una forma muy curiosa. ¿Y quién se siente atraída por un cura?

Resopló. Conocía bien a su madre y no sería fácil quitarle aquella idea de la cabeza.



Aquella niña era una malcriada.

Y a medida que se hacía mayor, era más difícil doblegarla. Almodis consideraba que se comportaba de manera egoísta, como si fuera una campesina cualquiera.

¿No se daba cuenta de que la sangre noble comportaba unos deberes

insoslayables? Ser noble no significaba solo regular la vida de los vasallos, gracias a la inteligencia otorgada por el Altísimo. Conllevaba una deuda que había que pagar, sobre todo por parte de las mujeres. Estas servían, básicamente, para ampliar el patrimonio familiar —mediante un buen matrimonio—, y para parir herederos que aseguraran la continuidad de la estirpe.

Era triste, pero a eso quedaba reducido ser mujer. Almodis había sufrido más que nadie hasta que aceptó este doble propósito. La sombra grabada a fuego bajo sus ojos daba fe de lo que sufrió de joven, cuando quería comerse el mundo desde la posición social más alta. La caída fue dramática y llena de dolor, mucho dolor. Pero después se dio cuenta de que todo aquello había sido necesario para aceptar el rol de la mujer de sus tiempos.

Y ahora era necesario hacer algo para que Gaya reaccionara de la misma manera.

No sabía quién era el hombre que ocupaba los pensamientos de su hija y hacía que le brillaran los ojos de ese modo. Tal vez el caballero Gilabert, un hombre entrado en años, pero lo bastante atractivo como para seducir a una joven inexperta y destrozarle la vida.

Daba igual de quién se tratara.

Era necesario que Gaya cogiera miedo a los hombres.

Y para Almodis solo había una forma de conseguirlo. Era una acción arriesgada, pero perder el matrimonio con los Torreja aún lo era más.

Tenía que pensarlo bien y tener claro que su hija sufriría mucho, pero si conseguía su propósito, sería un mal menor para una solución definitiva.

Almodis tendría que revivir su pasado, y eso le dolía tanto como la solución que situaría a su hija en el recto camino marcado por su destino por ser noble.

LIBRO SEGUNDO

La espada (1153-1157).

Amistad o traición

Poblet, marzo de 1153

Golpeados por un invierno riguroso e inacabable, los monjes de Poblet recibieron con verdadera fruición el sol de finales de marzo, que fundió la nieve de la última semana.

Hasta ocho nevadas intensas, además de heladas muy severas, los habían obligado a quedarse encerrados muchos días en el dormitorio recién construido, una sala alargada situada más allá de la sala capitular y que arrancaba de una de las esquinas del claustro. En ese dormitorio solo pernoctaban los monjes; los laicos aún lo hacían en la Granja Mitjana, que les servía además de almacén, pues había espacio suficiente y las paredes de piedra eran muy gruesas. El nuevo dormitorio estaba hecho de tapial y madera, también con la previsión de que en un futuro se completaría en piedra.

La comunidad monástica de Poblet ya funcionaba sola. Meses atrás, justo cuando el otoño comenzaba a hermanarse con el invierno, el abad Sancho regresó a Fontfroide.

Con el resto de los monjes, aquella jornada primaveral el padre Esteban salió del dormitorio a medianoche para el rezo de maitines. Habían construido una pequeña capilla muy cerca de la sala capitular —también usaron materiales sencillos, como el tapial y la madera—. Era tan pequeña que, según

la opinión de muchos, uno no podía moverse sin tocar al del lado. Durante el invierno, y a aquellas horas de la noche, aquello suponía una bendición porque se calentaba enseguida. Pero en verano era casi un horno.

El oficio de laudes coincidía con el canto del gallo, cuando el sol ya rasgaba la noche más allá del horizonte. Aquella diminuta capilla, nuevamente, congregaba a toda la comunidad para alabar al Señor, rezando y cantando.

Después, aún sin comer nada, a la hora prima, comenzaba la jornada laboral.

El padre Esteban, que aún ayudaba al cillerero menor, se encargaba de la administración de los alimentos, los frutos de las cosechas y los rebaños. No le quedó más remedio que aceptar el cargo dentro de la comunidad monástica, pero se esmeraba para conseguir la máxima eficacia posible.

Las heridas que sufrió en el ataque habían curado bien. Pero de vez en cuando se sentía mareado, sobre todo cuando se preveía un cambio de tiempo. El corte en la espalda le había dejado un recuerdo en forma de una gruesa cicatriz y a veces notaba una ligera picazón. Pero el padre Roberto le había asegurado que estaba curada.

Aquel día de finales de marzo, él y el cillerero menor, el padre Jaime, fueron a visitar la granja de Milmanda.

Dentro del territorio fundacional de Poblet se integraban cuatro granjas, además de la Granja Mitjana, que solo lo era de nombre pues no era un centro de explotación agrícola o ganadero. Había dos de reciente creación: la de Títular y la de la Pena; y las otras dos, ya existentes, eran la de Riudabella y la de Milmanda.

Una granja era, o tenía que ser en el futuro, una unidad autónoma con capacidad de producción, tanto en cantidad como en diversidad, con la finalidad de abastecer a la abadía central de los recursos que sus tierras no le ofrecían.

Igual que antes de ser transferida a los monjes, cuando era señoreada por el conde de Barcelona, la granja de Milmanda estaba gestionada por una familia de granjeros laicos. Estos aceptaron muy bien el cambio, o al menos así lo demostraban sus actos y el trabajo en la granja.

Vista desde lejos, Milmanda parecía un castillo. Una torre de defensa a un lado de los edificios y la alta y gruesa pared que delimitaba y protegía el

interior le otorgaban un aspecto de fortaleza. Como era una granja construida tiempo atrás, cuando la zona aún no gozaba de la seguridad actual, y además era propiedad del conde de Barcelona, fue construida pensando en la continuidad de la explotación; esto quería decir garantizar la protección de los granjeros que se encargaban de su gestión.

Situada en lo alto de una modesta colina, dominaba con elegancia las tierras de su alrededor. Las más inmediatas ya disfrutaban del cultivo de la viña y el olivo; más allá, el resto era campo inculto donde el bosque, de pino blanco, encinas y robles, se alternaba con zonas de matorral, como el palmito, la carrasca, el espino negro y otros arbustos de porte pequeño y medio, resistentes a las fuertes sequías estivales.

El padre Esteban ya había hablado en otras ocasiones con Jan, el granjero que llevaba la explotación de Milmanda. Su mujer, Elisenda, y sus cuatro hijos —tres chicos y una niña aún pequeña— ayudaban en la ingente labor de sacar adelante la granja.

Jan era un hombre de mediana edad, alto y corpulento, con la piel reseca de tantos años de trabajo bajo el sol. Con unos ojos pequeños y oscuros, los miró como quien ve venir una fuerte granizada en verano justo antes de la vendimia.

—Dios os guarde, Jan —dijo el cillerero menor, el padre Jaime.

El aludido respondió refunfuñando un saludo.

A pesar del día primaveral, hacía fresco y Jan los hizo pasar al interior de la granja. Se sentaron junto a un hogar encendido, donde la familia hacía la vida. Aquel fuego reconfortó a ambos monjes. La mujer de Jan les ofreció algo de comer, pero lo rechazaron.

—Nos debemos a la Orden del Císter y a su norma. Hasta la hora sexta no nos toca comer —se excusó el padre Jaime.

Elisenda se retiró a sus labores y dejó solos a los hombres. La pequeña de la casa la seguía por doquier.

—El cillerero mayor y el abad —comenzó el padre Jaime— quieren convertir Milmanda en una granja más grande, Jan. Para que no produzca solo vino y aceite, ha de diversificar los productos.

—Es un error —le cortó Jan sin miramientos—. Teniendo molinos para extraer vino y aceite, se tendrían que labrar más viñedos y olivares.

El padre Esteban habló por primera vez; conocía bien al padre Jaime y sabía que cuando le contrariaban era tozudo como una mula.

—Tienes la razón que te da el oficio y la experiencia, Jan. Y seguro que, en el futuro, esta será una fórmula a estudiar. Pero al monasterio le faltan instalaciones de toda clase.

El granjero lo miró con desconfianza. No tenía nada en contra de los monjes, pero su carácter no era abierto después de tantos años de aislamiento de su señor.

El padre Jaime continuó explicándole el motivo de su visita.

—También tendréis que hacer de ganaderos. Milmanda tendrá rebaños y producirá sus derivados: leche, queso, lana, ropa, huevos, carne. Y será necesario que los rebaños se reproduzcan para aumentar las cabezas de ganado y asegurar el futuro de los animales.

—No tendremos tiempo para tanto trabajo; alguna cosecha se quedará a medias —protestó Jan con tono amenazador.

El padre Esteban tocó la rodilla del padre Jaime para hacerlo callar e intervino.

—Vosotros os encargaréis de llevar la gestión, pero tendréis ayuda. ¿Con seis hombres será suficiente?

El granjero parpadeó nervioso, buscando una nueva excusa. El padre Esteban sabía que, en una negociación como aquella, la finalidad era acorralar a la otra parte para dejar todas las puertas cerradas.

—¡No los quiero aquí! —gritó mientras miraba al padre Jaime—. Mis hijos pueden coger malas costumbres y vicios. Y tengo una niña pequeña.

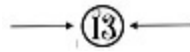
—Naturalmente —continuó el padre Esteban—. Construiremos unos alojamientos a las afueras de la granja; no sufras por esto. Y también las instalaciones necesarias para mantener el ganado y transformar los productos.

—¡Todo olerá a mierda! —Esta vez no levantó la voz, más bien parecía un grito fruto de la desesperación ante un hecho consumado.

—Ya tienes animales —dijo el padre Jaime con voz serena y más tranquila—. La diferencia es que ahora tendrás más.

Aquí se acabó la discusión. Como señor de aquellas tierras, la palabra del abad era ley, pero los monjes buscaban más la concordia que no la imposición.

Cuando regresaron al monasterio, se encontraron con una noticia sorprendente: el abad Vidal había muerto.



El cometido del caballero Gilabert no había cambiado. Dada su destreza con las armas, que se encargara de la protección de los monjes parecía lo más sensato. Así lo había hecho los primeros meses de vida de la nueva abadía.

Pero, de acuerdo con las directrices del nuevo abad, el caballero también ejercería de alguacil dentro del territorio de Poblet: podía visitar otros señoríos siempre que la gestión a realizar estuviera relacionada con su nuevo cargo.

Le habían asignado un ayudante: un muchacho delgado y alto con cierta habilidad con la espada. El joven, Andrés, se había dado al monasterio en tiempos recientes, pero Gilabert ya le tenía suficiente confianza.

Monjes y conversos compartían muchos hábitos de la vida monacal. Y también los horarios. La hora prima ponía en marcha a toda la gente reunida en el monasterio.

Aquella mañana, el prior —el rango inmediatamente inferior al de abad—, el padre Guerau, le había encargado una tarea a Andrés y Gilabert no puso objeción alguna. El monasterio siempre iba muy apurado de personal y el trabajo era inacabable.

El caballero tenía previsto ir a Vimbodí, una población vecina situada a un par de millas del monasterio en dirección oeste. Según contaban, el día anterior habían sufrido un robo y habían muerto dos personas. Y cuando un caso así sucedía, más que averiguar lo ocurrido y quiénes eran los culpables, Gilabert miraba que los delincuentes no llegaran a las tierras del monasterio.

Vimbodí existía desde hacía mucho tiempo. Pero recientemente el conde de Barcelona le había otorgado una carta de población para favorecer la llegada de nuevos habitantes. Los señoríos ajenos resultaban imprescindibles para articular el nuevo territorio, pero el conde también necesitaba señoríos propios para tener presencia y más ingresos fiscales. Al monasterio también le interesaba tener poblaciones grandes a una distancia prudente.

El pueblo aún era pequeño, apenas una docena de casas modestas

alrededor de una ermita de mampostería, con piedra sin trabajar y unida con barro. La ermita se había convertido en el centro de la aldea. La iglesia estaba en la parte alta, en una colina de dimensiones considerables, y las casas descendían como si una cuerda invisible las mantuviera unidas a aquella diminuta ermita.

Un cura, el padre Agustín, llevaba el cumplimiento del oficio.

—¿Tenéis algún detalle de quiénes han sido los agresores? —le preguntó Gilabert tras presentarse y explicarle el motivo de su visita.

—Ladrones de paso, seguramente. Acompañadme, por favor. Ayer vino gente de la Espluga para echar un vistazo; parece que tengan que matar a alguien para que nuestros vecinos nos visiten. —Le guiñó un ojo mientras sonreía levemente.

Lo condujo hasta el lugar donde había ocurrido la desgracia. Una casa construida con la misma piedra salvaje y sin trabajar que la ermita. Gilabert observó que era la casa más aislada del pueblo; sin estar alejada, sí que rompía la continuidad de aquel sencillo trazado urbano.

En el interior, dos cuerpos yacían en el suelo. Cubiertos con tela de saco, el padre Agustín los descubrió para que el caballero pudiera examinarlos.

—Eran el padre y el hijo mayor de la familia —le explicó el cura.

Habían sido degollados con un corte limpio hecho con una buena espada. En uno el corte estaba en la parte izquierda del cuello y en el otro, en la parte derecha.

«Quien lo ha hecho es zurdo; el corte en ese lado es más preciso y fuerte. Y es obra de alguien diestro en el manejo de la espada, no hay duda», pensó Gilabert.

Dos criaturas pequeñas y una mujer estaban sentadas en un rincón. La mujer había llorado mucho. Sus hijos —el mayor no tenía más de cuatro años— lucían el espanto en el rostro, sin entender muy bien lo que había ocurrido.

Gilabert se puso de pie, fue hasta la viuda y le entregó unas monedas.

—Sé que esto no os devolverá a los difuntos, pero os ayudará a que los niños no pasen hambre.

La mujer no dijo nada. Cogió las monedas, pero su pena era demasiado grande como para pensar en agradecer nada.

Al salir, viendo que era una familia humilde, Gilabert preguntó otra vez al

capellán.

—¿Han robado algo importante?

—Estaban todos en el campo, arreglando las tierras de cara al buen tiempo. Se han llevado chatarra y nada más. Tal vez lo más valioso es una pequeña cruz de bronce que tenían colgada junto al hogar. En la parte posterior grabaron las iniciales de las criaturas: «JME». Si la encontráis, es inconfundible: me pidieron permiso para grabarla; por eso lo sé.

Después de despedirse del cura y entregarle un donativo para la parroquia, se dirigió al monasterio al trote.

Pero se encontró con una desgracia: el cuerpo sin vida del abad Vidal estaba en medio del camino, muy cerca del monasterio.

Saltó del caballo.

Un corte en el cuello, en el lazo izquierdo. Limpio y muy preciso. «¿Los mismos de Vimbodí?». El cuerpo comenzaba a enfriarse. «Ya hace un rato que está muerto». Miró al suelo, era un sendero más que un camino regular, y la hierba apenas dejaba un pequeño espacio rectilíneo en medio. No había gran cosa, pero distinguió huellas de herraduras de caballo y de pisadas humanas que no le aportaron mucha información. «Un pie grande, tal vez un hombre alto y corpulento. Y otros de medida más normal».

Cargó el cuerpo del abad a la grupa del caballo y regresó al monasterio.

Estupefacción, fe en Dios y desesperación. Estas fueron las principales reacciones de la comunidad monástica. Muchos se arrodillaban implorando a Dios por el alma del abad muerto. Otros lloraban como criaturas. Y algunos se mostraron más fríos.

Lo dejó delante de la sala capitular. Allí, los monjes se hicieron cargo del cuerpo.

Uno de los que reaccionaron con más frialdad fue el prior Guerau; tampoco era un hombre apasionado y tenía un criterio muy marcado, más allá de los sentimientos.

—Ha sido asesinado, no hay duda —le dijo Gilabert mientras el prior lo escuchaba con atención; el padre Esteban se acercó hasta ellos—. Da la impresión de que han sido los mismos que han cometido los asesinatos en Vimbodí.

—¿No estás seguro? —dijo el ayudante del cillerero menor.

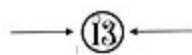
—No para afirmarlo de manera rotunda. Pero estoy casi convencido de que es así.

—Esto no puede ser obra de ningún alma cristiana —dijo el padre Guerau—. Ningún seguidor de Cristo habría atacado y asesinado a un siervo de Dios.

Gilabert se calló un momento, valorando las palabras del padre Guerau.

—¿Piensas que detrás del asesinato hay algo más que un simple robo? —señaló el padre Esteban.

Gilabert lo miró sorprendido. Había llegado a su pensamiento antes que él mismo.



La muerte del abad Vidal lo cambió todo.

Mientras no se eligiera un nuevo abad, el prior Guerau actuaría como tal. La misma tarde del asesinato del abad, el padre Guerau llamó a Esteban.

El mes de marzo ya alargaba un poco las horas diurnas y la tarde podía aprovecharse mejor.

El abad en funciones y el padre Esteban caminaron en silencio buscando la solitud del bosque.

—Pronto seré escogido nuevo abad —empezó el prior en un tono frío e impersonal, como si leyera un episodio histórico de la Antigua Roma—. Y tú siempre has sido un problema para todos.

Eso sí que era un ejercicio de sinceridad.

—Desde que llegaste a Fontfroide, fuiste un problema para el abad Sancho.

El padre Esteban se mantenía en un silencio prudente, aunque se moría de ganas de saber el motivo por el cual él siempre había resultado ser un problema.

—Pero has demostrado que eres un monje disciplinado y discreto. Dos virtudes que te serán imprescindibles.

Silencio, un silencio prudente.

—Es hora de dar un paso adelante y salir de la cáscara. Llevas demasiado tiempo escondido detrás de esta actitud tan reservada. Te ha llegado el momento de demostrar tu lealtad a Poblet y a la comunidad de monjes de la

que formas parte.

El padre Esteban se sentía desplazado. ¿Acaso él no formaba parte de Poblet? ¿Adónde quería ir a parar el padre Guerau?

Silencio. Más silencio.

—Es de sobra conocida la fuerte amistad que te liga al caballero Gilabert. Pero ahora has de escoger tus preferencias. Y demostrar si eres un verdadero monje cisterciense.

¿Amistad con Gilabert? ¿Qué preferencias?

—Quiero que estés pendiente de lo que hace y que investigues si ha tenido algo que ver en la muerte del abad Vidal.

La sorpresa aceleró el corazón del padre Esteban.

—A cambio, cuando me elijan abad, tú serás nombrado subprior.

El padre Esteban se paró de golpe, como si una mano invisible lo agarrara por el hábito y le impidiera dar un paso más. Vio que el padre Guerau también se detenía a su lado. Se giró y miró a su interlocutor. La cara del prior de Poblet era un claro reflejo de esa seguridad que transmitía a todas horas.

«¿Quiere que traicione a mi mejor amigo a cambio de un cargo importante? ¿Y si no lo acepto?».

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el padre Guerau dijo:

—Una negativa sería muy perjudicial para ti. Tal vez, el fin a cualquier esperanza de ser alguien en la comunidad cisterciense.

Tras escuchar una propuesta como aquella, el padre Esteban —en el supuesto caso de no aceptarla— se había convertido en un peligro para la integridad del futuro nuevo abad.

Y los obstáculos siempre se apartan del camino de la gente que no duda en hacer lo necesario para llevar adelante sus ideas y proyectos.

La visión de Bernardo de Clara val se le apareció allí mismo.

Y lo recordó con aquella sonrisa de orgullo por los éxitos de su hijo. Ser expulsado de Poblet seguro que borraría de su rostro la satisfacción por las buenas acciones de quien consideraba una parte de sí mismo.

No quería traicionar a su padre. No podía traicionar al Císter.

Toda su vida había girado en torno a su padre y a la orden a la que pertenecía. Y ahora, como integrante del Císter, se debía al abad y al resto de la comunidad monacal.

¿Y Gilabert?

¿Dónde quedaba el caballero en todo esto?

¿Cómo podría mirarlo a los ojos después de traicionarlo de esta forma?

Investigarlo como pretendía Guerau significaba traicionar una confianza que se había ganado a pulso. Las acusaciones de los Cervera de que había confraternizado con el infiel se habían quedado en nada.

Ni siquiera entonces la comunidad había dudado de Gilabert. Ni se le había interrogado, ni entre los monjes —que él supiera— hubo reuniones para debatir el tema planteado por los Cervera.

¿Y ahora se dudaba de él?

¿Qué se había perdido el padre Esteban?

—Veo que dudas demasiado. Tal vez no estás hecho para pertenecer al Císter —dijo el prior en un tono de desprecio que buscaba la provocación.

El padre Esteban lo miró sin decir nada. Era una mirada inquisitiva y llena de angustia por todo.

La palabra de Dios

Poblet, septiembre de 1153

Al día siguiente del asesinato, los restos del abad Vidal fueron enterrados en Poblet. Fue un acto muy triste y lleno de dolor para toda la comunidad monástica.

Aquel fatídico día se había enviado un mensaje a Fontfroide: desde allí tenía que venir el abad o un delegado suyo para la elección del nuevo padre espiritual de Poblet. Los monjes de cada monasterio elegían a su maestro espiritual, pero se requería la asistencia de un representante del monasterio fundador. Mientras tanto, Guerau sería el abad en funciones.

Plasta que un día el abad Sancho regresó a Poblet.

Estaban a principios de septiembre, y la sala capitular reunió un nuevo capítulo para escoger al próximo abad.

Naturalmente, el caballero Gilabert no podía estar presente, pero sabía que allí dentro se trataría un asunto que le afectaba de lleno.

Los últimos meses todo se había enrarecido. El caballero lo palpaba en el ambiente. Nadie le hizo reproche alguno, pero las miradas eran esquivas y la calidez de los primeros tiempos se había perdido. Como si desconfiaran. Como si él fuera culpable de algo. Los más mayores sabían disimularlo bien. Pero las miradas de los jóvenes eran más elocuentes que las palabras o los

gestos.

También el padre Esteban parecía otro.

Si de por sí era un hombre reservado, ahora esa particularidad había alcanzado el extremo más radical. Su reserva era casi absoluta y apenas se escuchaba su voz. Al observarlo a distancia, el caballero se dio cuenta de que trataba de igual modo al resto de monjes y conversos de Poblet.

En un par de ocasiones le sorprendió con la mirada clavada en su cerviz. Inmediatamente, el padre Esteban escondió la mirada.

El intento de abrir un diálogo sincero no tuvo éxito alguno. Más allá de tímidas afirmaciones o negaciones con la cabeza, el padre Esteban mostraba un ánimo prisionero.

La investigación que había hecho Gilabert sobre la muerte del abad Vidal había dejado tres cosas claras. La primera: era un asesinato. Esto era fácil de deducir, pero no tanto que ni el robo ni la desesperación de los atacantes fue la causa de la agresión. La segunda: no se buscaba agredir la persona del abad. Esto también le quedó claro. Se buscaba algo más, tal vez la reacción que el acto originaría. Era un asunto espinoso y delicado. Y la tercera: los culpables eran los Cervera. Sin saberlo a ciencia cierta, todas las pruebas que había encontrado el caballero, y las conclusiones a las que había llegado, lo conducían a ese punto.

La investigación arrancó con dos líneas abiertas: la cruz de bronce robada a la familia de Vimbodí y la existencia de un pequeño grupo de mercenarios.

La cruz bien podía ser una pista sin salida alguna. Podía ser que a los ladrones no les interesase aquel objeto y lo hubieran arrojado en cualquier rincón; eso habría roto esta línea de investigación.

Pero la encontró. Un comerciante ambulante, tras hacerse el remolón, acabó confesando que se la había comprado a tres hombres de armas. Para asegurarse de que era el objeto robado, Gilabert tuvo que comprar la cruz. Efectivamente, detrás estaban grabadas las iniciales «JME» con muy poca maña.

—Os pagaré la misma cantidad si me decís quién os la vendió.

El hombre se mesó la descuidada barba mientras valoraba el negocio.

—Yo no quiero líos. Solo compro y vendo por los pueblos y ciudades.

—No diré nada a nadie. Me quedaré mudo como una tumba.

—¿Una tumba? Y no podíais usar otra expresión.

Tenía miedo.

—Tres hombres de armas. Bueno, de hecho, me la vendió uno, pero después vi que eran tres.

—¿Cristianos?

—Sí, pero no parecían de por aquí. Seguramente eran mercenarios. ¿Quién sabe? Tal vez a estas horas ya estén lejos.

—¿Algún rasgo en particular? Algo que me ayude a reconocerlos.

—Uno es muy alto y corpulento. Y al que me vendió la cruz le falta la oreja derecha.

Gilabert le pagó lo convenido.

Después, continuó la investigación por Lleida.

El caballero sabía que la mayoría de los mercenarios se reunían en dos tabernas. Si cualquiera quería alquilar sus espadas, sabía dónde buscarlos. Por otro lado, el entretenimiento preferido de ese tipo de gente era la comida, la bebida y las mujeres.

Gilabert había tenido tratos con mercenarios. Eran una solución fácil cuando se disponía de dinero y la necesidad de incrementar el número de espadas era alta. Eran buenos luchadores, pero nunca lo daban todo, buscaban el mínimo riesgo posible.

El primer intento, en la taberna El Gallo Ahogado, no fue un fracaso absoluto. Aunque no los encontró allí, sí que pudo saber que los tres tipos aún rondaban por la ciudad. Al menos, el día anterior habían entrado en aquel establecimiento.

Se metió en la otra taberna, El Río Atolondrado, muy cerca del río Segre, de donde había cogido el nombre. Un edificio de dos pisos construido con guijarros del río y cubierto con un espeso tejado de heno.

Era mediodía, una hora idónea para encontrar mercenarios.

Los vio enseguida.

Dos estaban sentados a una mesa, y a uno le faltaba la oreja derecha. El otro se veía un tipo alto. Faltaba el tercero, que seguramente estaría con alguna mujerzuela en las habitaciones de la parte de atrás.

Justo cuando estaba pensando en ir a las habitaciones a buscarlo, apareció y se sentó junto a sus compañeros.

El caballero se plantó delante de los tres y les lanzó la cruz de bronce en medio de la mesa.

—He recuperado vuestro tesoro —dijo mientras apoyaba la mano derecha en el pomo de su espada, a punto de desenvainar.

—¿Quién eres tú? —respondió el más alto, y fue a ponerse de pie.

—¡Quietos los tres! —gritó, y se dirigió al que había preguntado—: Soy quien ha de mataros. Os ha llegado la hora.

A pesar de la amenaza y la seriedad de su rostro, el tipo lo miró con una sonrisa de desprecio.

—Ya he oído eso en varias ocasiones y aquí estamos. Y pensamos seguir vivos durante una buena temporada.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo el tercer hombre, el último que se había incorporado a la mesa, un tipo desdentado y con el cabello oscuro, largo y grasiento.

Ante el silencio de Gilabert, el desdentado miró al que le faltaba la oreja.

—¡Seguro que has sido tú! ¡Pedazo de asno! ¿No tenías suficiente con los mancosos?

—¿Mancosos pagados por los Cervera? —preguntó Gilabert.

—¡A ti qué te importa! —respondió el más alto, que claramente era el líder del grupo—. Esto no es asunto tuyo.

Mientras simulaba que desenvainaba la espada con la mano derecha, con la izquierda sacó un cuchillo y lo clavó en el cuello del que le faltaba una oreja.

Después reculó y extrajo su espada mientras sujetaba el cuchillo con la izquierda.

—Somos... ¡dos contra uno! No podrás con nosotros —dijo el más alto.

El ruido de aquel inicio de lucha provocó un silencio entre la gente que estaba en la sala principal de la taberna. De hecho, las peleas se habían convertido en una rutina casi diaria.

—¿Qué buscas? —dijo el desdentado—. ¿Tal vez enculabas al monje que nos cargamos?

—¡Hablas demasiado, imbécil! —le reprochó el más alto—. Te lo he dicho muchas veces.

—¿Y qué más da? Nos cargamos a este desgraciado y listos —le contestó.

Atacaron los dos al mismo tiempo. Y eran buenos luchadores; los mercenarios poseían una esmerada destreza con las armas. Esto les mantenía vivos.

El acero resonaba en la taberna mientras la gente se ponía de pie y los rodeaba para observar el combate.

Gilabert pudo parar los dos primeros ataques. Cuando iba a atacar él, los sorprendió lanzando el puñal directamente al cuello del tipo desdentado.

—Ahora ya solo estamos tú y yo: uno contra uno —dijo al que quedaba de pie.

Este no se acobardó.

Ataques y contraataques, el sonido metálico resonaba hasta el último rincón. Mesas y sillas también servían como armas.

Gilabert tenía la suficiente experiencia para saber que para el otro no existía el honor. El mercenario haría todo lo posible para matarlo, empleando el juego sucio hasta las últimas consecuencias.

—¿Cuál era el objetivo de matar al monje? —preguntó Gilabert mientras luchaban.

—Era un trabajo como cualquier otro —contestó su rival.

—Bien pagado, ¿eso sí!

—¡Muy bien pagado! —El mercenario esbozó una sonrisa.

Aquel tipo era un buen luchador y Gilabert no tenía claro cómo acabar con él. Usaban la espada con idéntica habilidad, pero el otro era más joven y fuerte. El caballero solo tenía más experiencia.

Ninguno de los dos se rendiría. Les podía el orgullo. A uno porque rebajaría su valía como mercenario y tendría que aceptar los próximos trabajos —si salía alguno— a cambio de una miseria. El otro, el caballero, porque no se había rendido jamás, y ahora, cuando la verdad era la fuerza que lo movía, no iba a ser la primera vez.

Se causaron heridas leves que no les impidieron continuar luchando.

Después, Gilabert, de repente, optó por jugar sucio y aquello acabó rápido. Le tiró la espada a la vez que le daba una fuerte patada a una silla. La silla hizo caer al mercenario y entonces el caballero le pisó el cuello, con tanta fuerza que se lo partió.

Después, recogió la espada y la cruz de bronce y se marchó de allí.

Así llegó a la conclusión de que todo era un plan de los Cervera. Los mercenarios no sabían quién era el monje al que habían asesinado; seguramente tenían la orden de matar a uno y nada más. Y la fatalidad quiso que fuese el abad.

Pero ¿cuál era el verdadero sentido de actuar así? ¿Cuál era el motivo de todo aquello?



El capítulo de aquel día se preveía tranquilo. Aunque tenía una gran importancia para la comunidad —se elegiría al nuevo abad—, el hecho de que el padre Guerau fuese el único candidato auguraba una elección carente de sobresaltos.

Nadie se opondría.

En esta ocasión, el aspirante se había asegurado de no dejar cabos sueltos.

La votación fue unánime: todos los votos fueron favorables. A continuación, el nuevo abad anunció quién ocuparía los cargos para ayudarlo en la gestión del monasterio.

El padre Esteban fue nombrado subprior.

La vergüenza se lo comía cuando escuchó pronunciar aquellas palabras otorgándole uno de los cargos más importantes del monasterio.

El abad de Fontfroide, Sancho, también presente en el capítulo, no dijo nada del nombramiento. El padre Esteban estaba convencido de que Guerau ya lo había hablado con él antes de la reunión en la sala capitular. Y, por algún motivo, Sancho había dado su aprobación.

Después, la sorpresa.

—Como primera acción de mi cargo —dijo el flamante abad de Poblet—, romperé una de las normas sagradas de la orden cisterciense. Hago llamar al caballero Gilabert. Es un laico, lo sé, pero hay un asunto que es necesario resolver de manera inmediata.

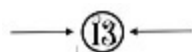
Solo los monjes podían estar presentes en el capítulo. Tenía que tratarse de un motivo extraordinario para que el abad rompiera esa norma.

Poco rato después, Gilabert hacía acto de presencia.

El padre Esteban esquivó su mirada cuando el caballero lo inquirió en

silencio.

—Caballero Gilabert, la comunidad monástica de Poblet os acogió como a un hermano. A pesar de algunas acusaciones muy desagradables referidas a vuestra persona, mantuvimos la confianza en vos como lo hubiéramos hecho con cualquiera de nuestros hermanos.



El caballero apenas había llegado a Poblet cuando un monje le pidió que lo acompañara a la sala capitular. Aquello le causó desconcierto.

En primer lugar, los capítulos acostumbraban a celebrarse de buena mañana, no al atardecer. Y en segundo lugar, no esperaba que lo hicieran entrar. Según tenía entendido, ningún laico podía estar presente, salvo que las circunstancias fueran verdaderamente extraordinarias.

Al llegar, la mirada huidiza del padre Esteban le indicó que mantenía la misma actitud pasiva de los últimos meses.

Y las palabras del padre Guerau, ahora nuevo abad, no le sirvieron para tranquilizarse. Aquello de la confianza no auguraba nada bueno.

Siguió escuchando al abad Guerau.

—Ayer me entregaron este documento. —Le enseñó un pergamino desenrollado—. Naturalmente, iba dirigido al abad de Poblet, pero dadas las circunstancias decidí abrirlo delante del abad de Fontfroide, aquí presente.

El padre Sancho lo miraba con una cara de satisfacción que le puso la piel de gallina. Con un gesto, confirmó la veracidad de las palabras de Guerau.

El silencio era absoluto. Nadie se movía, parecía que los monjes no respiraran.

—Lo envía Ramón de Cervera, señor de la Espluga Sobirana. Os leo el contenido:

»En nombre de Dios Nuestro Señor, me dirijo a vos, honorable abad del monasterio de Poblet, para haceros saber que la mentira y la traición se esconden detrás de la persona en quien habéis confiado como un hermano.

»Tengo pruebas para acusar al caballero Gilabert del asesinato del abad Vidal y de dos personas de Vimbodí. Pruebas inequívocas, resultado de una imparcial y objetiva investigación.

»La verdad de Dios Nuestro Señor y el respeto por el monasterio de Poblet y sus monjes han sido los únicos impulsores de estas pesquisas.

»Deseándoos un largo gobierno al frente de vuestra comunidad, aprovecho para ponerme a vuestra disposición para todo aquello que Dios Nuestro Señor y vos necesitéis de mi persona, y mis propiedades y señoríos.

»Firma, Ramón de Cervera.

El silencio se rompió cuando los monjes comenzaron a cuchichear entre ellos de manera atolondrada y nerviosa.

Gilabert no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Como si se tratara de una pesadilla, tenía la esperanza de despertarse y que aquello no estuviera ocurriendo.

El revuelo de los monjes, hablando todos en voz baja, aún le ponía más nervioso. Pero no podía desconfiar de ellos. Siempre les había ayudado sin pedirles nada a cambio. Y eran hombres de buena fe. Seguro que llegarían a la conclusión de que todo era una treta de los Cervera para quitárselo de encima.

Y eso le abrió los ojos.

«¡Claro! Era eso. El objetivo de todo era yo. ¡Quieren apartarme de los monjes para siempre!».

Aquella revelación fue como si alguien le diera un puñetazo en pleno rostro. No le hizo caer, pero no pudo evitar tambalearse.

El abad mandó callar a los monjes y, cuando consiguió un silencio absoluto, habló de nuevo.

—¿Tiene algo que decir el acusado?

Gilabert aún estaba bajo los efectos del macabro descubrimiento, pero consiguió reaccionar.

—Afirmo que la acusación es falsa. Yo siempre he sido fiel al monasterio de Poblet, y nunca —remarcó esta última palabra con voz firme— lo traicionaré. He descubierto que quien está detrás de todo este embrollo es la familia Cervera.

El silencio de los monjes lo empujaba a seguir hablando, aun sin tener nada claro si su defensa estaba resultando convincente.

—Si el objetivo inicial es apartarme de vuestro lado, es de suponer que lo que pretenden es echaros de Poblet —continuó—. Presionaros hasta que os veáis obligados a marcharos de aquí...

—¿Y disponéis de alguna prueba que apoye vuestra acusación?

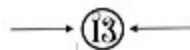
Fue el abad Sancho quien cortó su exposición.

—No, pero estoy seguro de que si me dais...

—¡No tiene ninguna prueba! —El abad Sancho se puso de pie y caminó a su alrededor, como una araña que busca la mejor manera de chuparle la sangre a su presa—. ¡Acusa a los señores de Cervera sin disponer de ninguna prueba! ¡Esto no es serio! —Señaló a Gilabert con el dedo índice y continuó hablando—. He desconfiado de este hombre desde el primer día que lo vi. Y ahora queda claro que he pecado por no seguir las indicaciones que Dios Nuestro Señor me había mostrado de manera tan nítida. ¡No volveré a pecar! Este hombre es una vergüenza para todo cristiano de buena fe y merece todo aquello que este honorable capítulo decida.

Gilabert se sorprendió cuando los demás monjes, unánimemente, asintieron ante las palabras del abad de Fontfroide.

Hasta que una voz conocida rasgó aquel silencio sucio y lleno de injusticia.



Al padre Esteban se le retorcían las entrañas como si hubiera comido algo en mal estado. También se sentía mareado y confundido.

No podía soportar lo que estaba presenciando. El mundo que él deseaba era un lugar donde la justicia se imponía ante cualquiera. La justicia humana y la de Dios eran la misma. Solo existía una verdad, la que provenía de los hechos. Los hechos eran los que eran, no podían cambiarse. ¿Tan difícil de entender era eso?

Confiaba plenamente en el caballero Gilabert. Creía en él más que en Dios Nuestro Señor. A Gilabert lo conocía bien y le había dado multitud de muestras de su buena fe. Dios era una realidad que su corazón aún no había sido capaz de sentir; a pesar de conocer su obra, ignoraba su huella.

Por eso se extrañó cuando, mientras el abad de Fontfroide ensuciaba con mentiras a Gilabert, notó que algo en su interior le producía aquel malestar.

Sin saber muy bien por qué ni cómo, se puso de pie. Y comenzó a hablar. La voz afloraba de su boca sin control, como una fuente seca que renace

después de unas intensas lluvias. Él fue el primer sorprendido de escucharse.

—Se ha acusado a este hombre de asesinato y se pretende aplicar justicia usando solo el documento que lo acusa. Yo aprecio a este hombre —señaló a Gilabert—, por tanto mis palabras son fruto de ese sentimiento y de un espíritu más racional.

»Está escrito en los Salmos, en sus dos primeros versículos:

*¡Feliz el hombre que no sigue el consejo de los malvados,
ni se detiene en el camino de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los impíos,
sino que se complace en la Ley del Señor
y la medita de día y de noche!*

Miró a su alrededor. Todos guardaban silencio, casi sin parpadear. Había conseguido captar la atención de todos.

—Estos versículos nos hablan de la Ley del Señor, de los malvados, de los pecadores y de meditar de manera justa la aplicación de la Ley.

La mirada del padre Esteban no parecía la misma de siempre. El ceño fruncido le otorgaba un carácter y una determinación impropios del hombre taciturno y tímido que había sido hasta ese momento. También su cuerpo parecía más esbelto y delgado como consecuencia de no ir encogido.

—¿Acaso no somos siervos del Señor? ¿Acaso no seguimos su palabra? ¿Quiénes somos? —En la última pregunta alzó tanto la voz que rozó el grito—. Unas semanas atrás recibí el encargo de vigilar a este hombre. Y no he visto nada que lo señale como culpable de matar a nadie.

Las miradas del padre Esteban y el caballero Gilabert se cruzaron un instante. El rostro del acusado mostraba sorpresa y, al mismo tiempo, una profunda decepción.

—El nuevo abad —señaló al padre Guerau— me ha nombrado subprior de Poblet. Esto conlleva unos derechos y unos deberes que hasta ahora no eran responsabilidad mía. —Cogió aire y volvió a alzar la voz—. ¡Dejad que este hombre se defienda! ¡Dadle la oportunidad de presentar pruebas que nos demuestren quién es en realidad!

El padre Esteban había terminado de hablar y se sentó en el mismo lugar.

Una vez más, el murmullo de los monjes llenó la sala capitular. También los dos abades hablaban en voz baja.

Finalmente, el abad Guerau pidió silencio.



El caballero Gilabert estaba confundido.

Y perdido, sobre todo perdido.

No entendía a los monjes. Desde el primer instante, se había entregado a ellos sin pedir nada a cambio. Bueno, egoístamente sí que albergaba el deseo de formar parte de la comunidad algún día, pero no actuaba buscando este objetivo.

Siempre había sido honesto y tenía la conciencia tranquila. Era cierto que arrastraba de su juventud una serie de máculas debido a acciones desafortunadas y que ahora no serían propias del hombre maduro en el que se había convertido. Pero eran pecados del pasado y aquello había quedado atrás.

¿Y ahora esta acusación de los Cervera? Quedaba claro que el propósito era echarle de Poblet y privar a los monjes de su protección. Pero esa estrategia no era propia de Ramón de Cervera, no era tan astuto como para organizar un plan tan inteligente y maquiavélico. Y Ponce, el hermano mayor, menos aún.

¿Quién podía ser?

Ya lo pensaría en otro momento. Necesitaría tiempo para investigarlo más a fondo y arrojar luz sobre aquel asunto tan turbio. Pero ahora lo prioritario era salir libre de la sala capitular.

Las palabras del padre Esteban, como al resto de los monjes, le habían sorprendido. Y más que las palabras, el mismo Esteban. Su actitud, su carácter, las frases que había dicho, su elocuencia. No tenía nada del joven poco sociable y silencioso.

Cuando escuchó que lo había estado vigilando, se sintió defraudado. ¡Ni siquiera Esteban confiaba en él!

¿Qué había ocurrido? ¿Tan ciego había estado?

Más que ciego, había llegado a confiar tanto en los monjes, y en particular

en el padre Esteban, que no se había preocupado de estar alerta.

Las palabras del abad Guerau le obligaron a concentrarse para saber qué ocurriría finalmente con aquella especie de juicio que decidiría su futuro.

—El subprior ha expuesto un criterio suficientemente claro. Somos siervos de Dios Nuestro Señor y a él y a sus enseñanzas nos debemos. Y también nos debemos a los laicos y a todo ser humano: transmitir la Ley de Dios de manera rigurosa es nuestro principal deber.

»Tenemos una prueba que acusa al caballero Gilabert del asesinato del abad Vidal. —Levantó el pergamino—. Y lo justo sería que el acusado presentara las suyas, si es que dispone de alguna que demuestre que no es culpable.

El abad se calló y dio la palabra al caballero.

Este no se había preparado nada de nada. De hecho, aquel juicio le había pillado por sorpresa y con la investigación a medias.

Más que buscar estrategias para conseguir alguna reacción en los monjes, optó por decir la verdad. Sin trucos retóricos, entre otras cosas porque él no dominaba el arte de la oratoria.

—Tengo muy claro que todo es una estratagema de los Cervera para apartarme de vuestro lado y dejaros sin espada que os pueda defender.

Los monjes guardaban un riguroso y educado silencio. Era uno de sus preceptos y estaban acostumbrados a no dejarse llevar por la pasión de unas palabras acertadas.

—Los asesinatos de la gente de Vimbodí y del abad Vidal fueron obra de los mismos: tres mercenarios pagados por los Cervera. Un trabajo profesional y casi sin errores.

—¿Y podríais traer aquí a esos mercenarios? —le interrumpió sin miramientos el nuevo abad—. Su testimonio sería valioso.

—No. He tenido que matarlos.

—Muy oportuno por vuestra parte. Ahora carecemos de cualquier testimonio que pueda demostrar nada. Adelante, continuad con vuestra exposición.

El caballero chasqueó la lengua, enfadado. Pero siguió con sus explicaciones:

—Se trataba de su vida o la mía. Pero, aunque estuviesen vivos, no creo

que se avinieran a dar testimonio de sus actos. Eran mercenarios. Y suelen ser muy discretos respecto a quienes les pagan. Viven de esa discreción para cumplir en su trabajo. Pero el capellán de Vimbodí puede daros testimonio de que yo no asesiné a aquella gente.

—El capellán de Vimbodí está muerto —dijo el abad Guerau—. Nos lo han comunicado antes de comenzar este capítulo. Tal vez también afirmaréis que es obra de los mercenarios a quienes habéis matado.

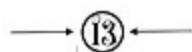
¿El capellán también? Aquella noticia le sorprendió. Quien fuese el que estaba detrás de todo el asunto, no dejaba ni un cabo por atar. El plan era brillante: serían los mismos monjes quienes echarían al caballero Gilabert. Y de puertas afuera, los Cervera no tendrían nada que ver.

Todo aquello no estaba planeado por los Cervera; ni siquiera Ramón era tan astuto.

—Tal vez no sean los Cervera... —Su propio pensamiento lo traicionó.

—¿Ah, no? —El abad casi se levantó de su silla—. ¿Y ahora quién es el responsable? ¿Tal vez el conde de Barcelona?

Aquello era su fin. Estaba en un callejón sin salida.



El nuevo subprior escuchaba en silencio cómo el abad de Poblet manipulaba el juicio a su conveniencia. Aunque tal vez el padre Guerau solo exponía los hechos desde su punto de vista. Pero quedaba claro que no favorecía a Gilabert en modo alguno.

El caballero lo tenía muy difícil para salir airoso.

El padre Esteban volvió a ponerse de pie. La fuerza que le empujaba antes no le había abandonado. Se sentía como un cántaro lleno de agua hasta los topes. Y seguro de sí mismo.

—Que el caballero Gilabert aún no haya podido averiguar quién es el responsable de las muertes no lo convierte en culpable. —El flamante subprior avanzó hasta situarse al lado del acusado y más cerca del abad Guerau—. Y más allá de castigarlo o no, ahora la abadía se enfrenta a un problema que no sabe resolver. —Miró fijamente al abad, casi como si le responsabilizara de algo—. Han asesinado a uno de nuestros miembros, el

abad, el padre espiritual de la comunidad, y en ningún momento se ha planteado iniciar una investigación propia. Más allá de los Cervera o el caballero Gilabert, somos nosotros quienes debemos resolver este turbio asunto.

»No podemos permitir que, en una situación así, sean los demás quienes nos saquen las castañas del fuego. Tenemos que dejarnos la piel para averiguar la verdad. Descubrir los hechos sin manipulaciones, como si los hubiéramos visto nosotros mismos. Tenemos gente inteligente y preparada para hacerlo.

Hizo una pausa, como si reflexionase. Y después volvió a hablar:

—Y tenemos que permitir que el caballero Gilabert acabe su investigación. Ha de darnos su palabra de que no se marchará de Poblet, pues si lo hiciera, quedaría clara su culpabilidad. Después, cuando tengamos ambas investigaciones será menester compararlas. Y averiguar, definitivamente, la identidad del culpable.

—¡Eso es absurdo! —dijo muy alterado el abad Sancho, levantándose de la silla—. Dejar en libertad a un asesino es permitir que muera más gente.

El subprior avanzó hasta situarse a un palmo del abad de Fontfroide.

—¿Acaso conocéis la identidad del asesino antes de presentar ninguna prueba? Tal vez la soberbia sea otro pecado a confesar, padre abad.

El aludido miró al padre Guerau con cara de sorpresa y regresó a su silla.

El nuevo padre espiritual de Poblet volvió a hablar.



Algo le había ocurrido al padre Esteban. El caballero Gilabert estaba convencido. No era el mismo. Tal vez su razonamiento sí fuera el de siempre, pero nunca había tenido suficiente carácter para hablar de esa manera.

¿Qué le había ocurrido? ¿Cuál era el motivo de aquel cambio tan sorprendente?

Se quedó mirándolo mientras el abad Sancho se sentaba con el rabo entre las piernas.

El padre Esteban le clavó la vista un momento.

No, decididamente, la mirada no era la del joven monje que había

conocido.

La voz del abad Guerau le hizo volver a la realidad de la sala capitular.

—Veo, subprior Esteban, que os habéis adaptado muy rápido al nuevo cargo. —Una sonrisa llena de cinismo acompañó a sus palabras—. Por el bien de todos, esperemos que sabréis actuar dentro de los límites que os imponen vuestras nuevas obligaciones. Pero, como bien decís, no podemos confiar en la opinión de los otros para emitir un juicio sobre un tema que nos afecta tan de cerca.

El abad miró al caballero Gilabert con los ojos entrecerrados, como si hiciera una valoración.

—Buscad pruebas de vuestra inocencia, Gilabert. Nosotros también haremos nuestras pesquisas. Como entramos en el invierno, tenéis hasta que finalice el próximo verano. —Durante la estación fría casi todo quedaba paralizado, y aventurarse en viajes largos era peligroso; una nevada repentina podía acabar con la vida de quien no tuviera un lugar en el que cobijarse—. Es mucho tiempo, pero la investigación tiene sus complicaciones y nosotros hemos de comenzar de cero.

»Como ha dicho el subprior, si abandonáis Poblet sin mi expreso consentimiento será la prueba definitiva de que sois culpable. Después, si se diera el caso, daríamos aviso al conde de Barcelona para que os busque y os condene.

»Pondremos al corriente de esta decisión a los Cervera y más adelante decidiremos cómo exponemos las pruebas: si con ellos o de puertas adentro.

»Si nadie quiere añadir nada...

Un castigo divino

Poblet, verano de 1154

El invierno fue benevolente. Apenas media docena de heladas cubrieron de rocío los campos y los prados que rodeaban el monasterio. La nieve apenas blanqueó las montañas y la lluvia también fue escasa.

El monasterio de Poblet comenzaba a crecer. Los edificios eran todos de tapial y madera, y se reproducía la planimetría de todos los monasterios cistercienses. La vida de los monjes giraba en torno a la oración comunitaria, el estudio y el trabajo, y por eso lo que se buscaba con la distribución de los edificios era un lugar para orar y convivir al mismo tiempo.

Todo se organizaba alrededor del claustro. La parte más próxima era solo para los monjes, y la más apartada la podían compartir con los laicos y la gente ajena a la comunidad.

La sala capitular y el dormitorio de los monjes fue lo primero que se construyó; la sala capitular, al norte del claustro, y el dormitorio, al nordeste. Ahora se había estrenado un almacén —al sur del claustro— que también se utilizaría como bodega. Y el calefactor consistía en una pequeña sala situada en la fachada oeste del claustro, para calentarse y afeitarse. Justo al lado había un largo refectorio donde los monjes comían todos juntos. Y un poco más allá se había levantado un pequeño edificio que era la enfermería.

Igualmente, las granjas comenzaban a tener una organización de la producción más racional y económica.

Ahora que había llegado el buen tiempo, que invitaba a trabajar en el exterior, el subprior tenía una fuerte discusión con el abad.

—La iglesia tendría que ser una prioridad, y lo sabéis. —El padre Esteban insistía en una cuestión que ya habían hablado en otras ocasiones.

—Sí, pero no una iglesia como la que pretendes. El monasterio no dispone de una economía tan saneada que nos permita acometer una obra de esa envergadura.

—Solo es necesario conseguir la piedra y la madera, y listos. Tenemos suficientes manos para sacarlo adelante. Y ningún problema para trabajar; cualquiera es capaz de acarrear bloques de piedra.

—No, no es tan fácil. Habría que asegurar un flujo constante de piedra. No podemos pagarla. Necesitaríamos disponer de una cantera propia.

—Se la podemos pedir al conde de Barcelona, seguro que nos dice que sí.

—¡No! Y basta de tanta discusión. Este es un tema para tratar entre todos. Cuando la economía del monasterio sea más fluida, entonces será el momento de hablar de construir la iglesia que necesitamos.

El subprior no insistió. No encontraba razonables las excusas, pero tenía que aceptar la decisión de quien era su padre espiritual. Además, el abad tenía razón en que cualquier tema que afectara al monasterio, y a toda la comunidad en general, se tenía que hablar delante de todos.

Esteban se sentía más fuerte que nunca.

Aún no notaba la presencia de Dios en su interior, pero había aprendido a convivir con ello.

En ocasiones pensaba en los hechos de los últimos meses: el abrazo con Gilabert, aquella fuerza en el capítulo cuando el caballero fue acusado y toda una serie de detalles muy pequeños pero que le hacían sentir que algo estaba cambiando en su interior.

Tras una profunda reflexión, concluyó que cada vez estaba más integrado en la comunidad y que se hacía mayor. Ya habían transcurrido cuatro años desde que fue ordenado sacerdote en Claraval, y tal vez se había acostumbrado a esa responsabilidad.

Su manera de pensar, reflexionar y cavilar no había cambiado. Pero sí

mostraba más valentía para decir aquello que antes se guardaba para sí mismo.

Y se repetía la pregunta: ¿qué le daba aquella valentía?

Él quería convencerse de que era porque había entrado en la edad adulta, pero en el fondo sabía que estaba relacionado con su transformación interior, como la metamorfosis de gusano a mariposa.

El álamo del claro ya era un árbol hecho y derecho. Aún le faltaban muchos años para que su tronco luciera las arrugas del gigante de Claraval; quizá ni el mismo Esteban las viera nunca.

Tocó el tronco una vez más, como hacía siempre que iba al claro. Aquella sensación era cada vez más intensa. No tenía la fuerza del álamo de Claraval, pero era evidente que se le parecía.

También el álamo y el claro le traían recuerdos de Gaya, la hija de los Cervera.

Después del primer encuentro, solo se habían visto en dos ocasiones. En la primera, ella no quiso saber nada: se marchó como empujada por un mal viento.

La segunda se había producido solo unos días atrás. Cuando él llegó, Gaya estaba contemplando el álamo y no lo escuchó acercarse.

—Ha crecido mucho, ¿verdad?

Ella se sobresaltó y se situó de frente con los puños cerrados. Después se relajó.

—¡Me habéis asustado! Y no me gustan nada los sustos, ¡nada!

Esteban no podía apartar la mirada de sus ojos. Grandes, llenos de vida y belleza, parecían un milagro de la naturaleza. El mismo que hacía crecer los árboles o que las golondrinas regresaran en primavera.

—Perdonadme —le pidió el monje—. Pero os veía tan a gusto con el álamo que no quise distraeros.

Ella miró al árbol nuevamente.

—Sí que se ha hecho grande —dijo sin pasión—. Será un árbol magnífico. ¿Cómo era su padre?

—No sabría describirlo con acierto. Pero parece el padre de todos los árboles.

La joven tocó las hojas del álamo.

—¿Vos no habéis pensado nunca en tener hijos? —preguntó Gaya.

—Sí, claro que he pensado en ello. Y me gustaría mucho hacerme cargo de un niño. Cuidar de su educación.

—¿Y por qué os habéis hecho cura? —Lo miraba llena de extrañeza.

—Yo fui criado por un presbítero desde que tenía unos meses de vida. Y mi padre es el hombre más santo de toda la cristiandad.

—Pero él no es vuestro padre...

—Claro que sí. No es mi progenitor, claro. Pero me educó y me amó con tanta fuerza como lo haría el hombre que fecundó a mi madre.

Gaya abrió los ojos ante aquellas expresiones que nunca se habría imaginado en boca de un cura.

Se acercó a él y le miró fijamente.

—¿Y nunca habéis tenido ganas de estar con una mujer?

El sobresalto del padre Esteban fue tan evidente que Gaya se echó a reír. El monje no pudo contestar y la joven abandonó el claro sin despedirse siquiera.

El padre Esteban se sentó en los troncos caídos que había a pocos pasos del álamo.

Notó la tensión de los hombres crecer en su interior. Calor. Sudor. Incomodidad. La Biblia estaba llena de ejemplos donde se relacionaba a la mujer con el demonio. Y eran muchos los ministros de Cristo que aceptaban como natural este nexo. La teología contaba con doctas investigaciones y reflexiones sobre la mujer y el diablo.

Él nunca quiso entrar en ese campo de estudio. Pero ahora sentía en su interior algo que ya había experimentado en alguna otra ocasión, aunque no con la misma intensidad, pues resultaba incluso incómodo.

Se levantó y abandonó el claro.

Según se aproximaba al monasterio, percibió que la gente estaba nerviosa. A simple vista, y desde la distancia, era muy evidente. Tanto los monjes como los laicos del monasterio estaban parados y casi concentrados en el mismo punto.

A medida que se acercaba, él también empezó a ponerse nervioso. Vio a un monje llevarse las manos a la cabeza mientras se lamentaba entre sollozos.

Se acercó al padre abad, que sostenía un pergamino a medio desenrollar.

En silencio, el padre Esteban miró al abad inquiriéndolo a hablar.

El abad no dijo nada, le entregó el pergamino. Provenía de Fontfroide. Lamentaban la tardanza en darles la noticia, pero se debía a motivos ajenos...

Saltó más abajo.

¡El padre Bernardo de Claraval había fallecido unos meses atrás!

El pergamino se le cayó de las manos y echó a andar sin rumbo.

Primero se sintió confuso, perdido. No había asimilado la noticia y la tristeza aún no había penetrado en su interior.

Después estalló en un llanto igual que lo haría una criatura. Se sentó en una pila de tablones mientras se tapaba la cara con las manos. El dolor le sobrepasó.

Salió de la zona del monasterio para estar solo.

Sin saber cómo, regresó al claro.

Allí se desahogó gritando y llorando. No puso freno alguno a su dolor. Este le atravesaba el cuerpo como una gélida espada. Desde la cabeza hasta la misma punta del pie, todo era dolor y vacío al mismo tiempo.

¡Su padre había muerto!

Le quedaban tantas cosas por decirle... Necesitaba pedirle consejo, resolver dudas, recibir su sabia calidez.

Era como si le hubieran arrancado un brazo. Le habían quitado una parte de su cuerpo y su alma. Ahora sí que estaba solo.

Miró al cielo.

Dios.

¿Por qué se había llevado a un hombre como él? Era su mejor mensajero. ¿Y se lo llevaba? ¿Por qué?

Las lágrimas habían empapado sus mejillas y caían hasta el escapulario. Miraba al cielo buscando una respuesta, pero esta no llegaba.

En la escuela canónica de Châtillon-sur-Seine, mientras estudiaba Teología, le habían preparado para afrontar la muerte. Mucha teoría para ayudar a los demás. Y para ofrecer el consuelo de Dios. Pero cuando este no llenaba con su presencia, la muerte de un ser querido se convertía en un hecho doloroso y muy difícil de superar.

La muerte era algo habitual en aquellos días. Muchos niños morían al poco de nacer y la gente no vivía demasiados años, pocos llegaban a viejos.

Él también había visto la muerte de cerca. Amigos de la infancia o

compañeros de estudios. Y también en sus primeros años de monje. Pero entonces lo aceptó sin muchos problemas. La muerte, había reflexionado, formaba parte de la misma vida. Las personas nacían y morían. Jesucristo había muerto para salvar a los hombres. Y su resurrección era un espejo para los creyentes pues aseguraba la salvación y la vida eterna.

Pero ahora no encontraba un brazo del que agarrarse, ni un hombro sobre el que llorar. Todo era vacío y soledad, como si él fuera la única persona viva de toda la humanidad.

Miró a su alrededor. Todo parecía tranquilo. Ajena a la desgracia de la muerte de Bernardo de Claraval, la naturaleza seguía su curso, sin prisa pero sin pausa.

Se miró el hábito blanco y negó con la cabeza.

«Esto es una farsa. ¡De qué sirve ser ministro del Señor si él jamás ha dado señales de su existencia! ¡Una farsa! ¡Todo es falso!».

Se quitó el escapulario y el hábito. Se quedó únicamente con la túnica de lana que llevaba debajo en invierno.

Furioso, cogió aquel hato blanco y negro y lo lanzó con todas sus fuerzas lejos, muy lejos.

—¡Yo no creo en ti! —gritó mirando al cielo—. ¿Me oyes?

Frente al silencio, siguió con los gritos.

—¡Claro que no me oyes! ¡No eres más que la invención de algún loco!

Quería ofender a Dios y que este le castigara; al menos, así sabría que existía.

—¡Eres falso! Eres... falso... —dijo apagándose como una vela—. Eres... falso.

Se dejó caer y se encogió en posición fetal. Allí experimentó el dolor de aquella metamorfosis que había comenzado tiempo atrás, sin que él mismo se diera cuenta.

Los días siguientes se perdieron por los espesos rincones de su memoria. Iba de un lado a otro sin saber qué hacía ni con quién hablaba. Escuchaba frases sin sentido porque era incapaz de procesar nada.

No recordaba cómo, pero después de aquel complicado día regresó al monasterio. Y volvió a vestir el hábito. No lo hizo porque hubiera recuperado la creencia en Dios. Simplemente, no quería pasarse las horas respondiendo al desconcierto del resto de los monjes. O que en el próximo capítulo se le pidieran explicaciones por su conducta.

Vestía con el hábito por fuera, pero su interior estaba vacío como una cáscara sin fruto. Los instantes, las horas, los días, las semanas, todo parecía ajeno a su percepción.

La idea de la muerte lo tenía completamente absorbido. Más incluso que la pérdida del padre Bernardo de Claraval. Desde que era adulto, sabía que un día u otro aquel monje al que veneraba volvería a la vera del Padre. Así lo pensaba cuando estaba vivo, y ahora, unos días después de su fallecimiento, poco a poco, comenzó a asumirlo como inevitable.

Pero el tema de la muerte le corroía las entrañas un día y otro. ¿Por qué Dios Nuestro Señor se llevaba a algunas personas tan pronto y a otras más tarde? ¿Qué criterio seguía? ¿Acaso existía un plan general donde cada uno tenía su cometido? Sería fácil y sencillo admitir esta realidad: uno regresaba junto al Padre y todo el mundo había cumplido con una tarea determinada.

De hecho, tal vez la mente humana era insuficiente para averiguar cuál era ese plan. Y también existía demasiado orgullo en los hombres para sentir curiosidad y querer saber tanto como el Creador.

Sencillez y humildad.

Esto le devolvía al camino correcto. El camino marcado por el Císter y la regla de san Benito. El padre Esteban se sentía orgulloso de pertenecer a los cistercienses y a Poblet. La tarea de la orden le daba fuerza suficiente para continuar siendo monje sin haber sentido a Dios en su interior.

Las jornadas transcurrían y el trabajo en el monasterio no acababa nunca.

Hasta que una nueva desgracia golpeó a la comunidad de Poblet. Y otra vez la muerte hizo acto de presencia.

Como subprior, el padre Esteban no tenía un cometido específico. En función de las necesidades del monasterio, iba de aquí para allá resolviendo problemas o cumpliendo las órdenes que le daba el abad.

Ese día ayudaba al cillerero, el padre Simón, en el almacén. Nadie era tan organizado y disponía de una memoria tan prodigiosa como él para saber

todas las cifras que movía el almacén y la administración del monasterio. Aunque se anotaban las entradas y las salidas, su memoria era mucho más fiable para resolver dudas. A pesar de estas virtudes tan idóneas, el padre Simón era muy pesimista.

—El almacén es pequeño, no cabrá todo lo que llegará a principios del verano.

—Sí, es un tema a resolver —contestó con serenidad el padre Esteban—. Pero cuando llegue el momento, ya buscaremos la manera de que quepa todo.

—¡Imposible! No hay espacio, se tendrá que guardar en cualquier sitio y las ratas acabarán con todo.

Los dos ayudantes del padre Simón no decían nada. Trabajaban en silencio, subiendo a un anaquel de madera unos sacos de grano. De pronto uno de ellos se cayó al suelo. Y allí se quedó. Parecía aturdido, como si no tuviera fuerzas para incorporarse.

El padre Simón le tocó la cara.

—¡Está ardiendo!

El chico parecía enfermo: tez sudada y pálida, mirada perdida y temblores en el cuerpo. También le entró una tos seca y persistente.

Entre el padre Esteban y el padre Simón lo llevaron hasta la enfermería.

Y se quedaron de piedra al ver que había dos enfermos más.

—¿Otro? —El tono del padre Roberto no auguraba nada bueno. Se acercó al muchacho y lo ayudó a tumbarse en un montón de paja, un poco apartado de los otros enfermos.

—¿Cuándo ha comenzado esto? —le preguntó el padre Esteban, preocupado.

—Hace un rato... Creo que hace ya una hora que han llegado estos dos.

—¿Sabes qué puede ser?

El padre Roberto lo miró con los ojos medio abiertos mientras levantaba una ceja.

—Los milagros solo puede hacerlos Dios Nuestro Señor, y tampoco los hace a diario.

La gravedad de sus palabras hizo que el padre Esteban reculara un par de pasos. Le quedó claro que aquel hombre necesitaba más tiempo para saberlo.

A la mañana siguiente, el padre Esteban y el abad fueron a la enfermería.

—Es un brote de tisis, no hay duda —dijo el padre Roberto.

Los recién llegados vieron a seis enfermos echados en sus jergones. Todos sudaban copiosamente y la tos era constante y profunda; bastante fea, pensó el padre Esteban.

—¡Seis de golpe! —exclamó el abad.

—Es bastante habitual; si se han contagiado al mismo tiempo, los síntomas también se han manifestado a la vez. Ayer, después de que el subprior —miró al padre Esteban— dejara aquí al tercero, aparecieron otros dos. Ahora hay que temer por los demás. La tisis es muy contagiosa y nadie puede considerarse a salvo de ella.

Esa misma tarde, el padre Esteban seguía ayudando al padre Simón en el almacén. También estaba el otro joven, Pedro. Las miradas de todos eran de miedo. Nadie quería acercarse a nadie por la maldita posibilidad de contagio.

Aquel brote de tisis hizo reaccionar al padre Esteban. Los lamentos por la muerte del padre Bernardo ahora semejaban los gritos infantiles de un niño: era por los vivos por quien había que luchar, reír y llorar. Los muertos, mejor orar por ellos el primer día, retener el recuerdo y tirar para delante.

Al día siguiente, el padre Simón también cayó enfermo.

El subprior fue a verlo a la enfermería.

—¡No te acerques...! —dijo sin parar de toser—. ¿Tal vez... quieres... que te... lo contagie?

El padre Esteban se quedó aturdido. Los enfermos ya superaban la docena. Y el padre Roberto y su ayudante no daban abasto para atenderlos a todos.

Salió de la enfermería.

Inconscientemente, miró al cielo.

—Dios Nuestro Señor nos pone a prueba —dijo el abad.

—Una prueba dura...

—Siempre es así. Cuanto mayor es la estimación, más grande es el sacrificio.

El padre Esteban no contestó. La muerte y la vida habían adquirido otro sentido en su pensamiento. Los últimos acontecimientos le habían dado una perspectiva diferente y le habían conducido hasta una maduración personal muy rápida. Tal vez demasiado rápida. Y la conclusión solo podía ser una: la vida es demasiado preciosa para desperdiciarla en lamentos y lloros; tenía

que disfrutarse en toda su plenitud.

El padre Roberto salió de la enfermería con cara de agotamiento.

—Me voy a descansar a un lugar limpio de la enfermedad, ¡ya no me tengo en pie! —le dijo—. Esto es muy serio, es una epidemia y provocará muchas muertes. Tenemos que estar preparados para lo peor.

El monje médico se fue hacia el bosque. Quizá buscara una sombra donde descansar tranquilo.

El padre Esteban notó una mano en su hombro. Era el abad Guerau.

—Creo que... yo también... lo he cogido, Esteban —dijo mientras no paraba de toser—. Es mejor que te apartes.

Iré a buscar al padre Roberto.

—¡No! Déjalo descansar... ahora estoy... en manos de... Dios. Como el resto...

Y Dios fue implacable.

A la mañana siguiente, el padre Esteban se cruzó con Gilabert. Durante los últimos meses, quienes habían sido buenos amigos no habían intercambiado ni media docena de palabras, y lo poco que se dijeron fue por mantener las formas. De hecho, el caballero Gilabert apenas hablaba con el resto de los monjes.

Ese día se saludaron levantando ligeramente la cabeza. El padre Esteban se dio cuenta de que al caballero le brillaba la cara y tosía un poco.

—¿Estás enfermo? —le preguntó.

—Creo que sí, pero no quiero que ningún monje pierda el tiempo conmigo. Ya me arreglaré solo.

Seguía resentido. Pero mientras pronunciaba aquellas palabras tuvo que apoyarse en la pared de uno de los corrales para no caer al suelo.

—Te acompaño a la enfermería. El padre Roberto tendría que echarte un ojo.

—No...

—¿Tal vez piensas que te dejará de lado solo por lo que ha ocurrido? Para él la curación y los enfermos son lo primero.

El caballero lo miró. El padre Esteban vio la desconfianza en sus ojos.

Al final, acabó siendo uno de los muchos afectados por la tisis que estaban en la enfermería.

En las siguientes semanas, la enfermedad alcanzó a más de la mitad de los monjes y los laicos. Fallecieron siete monjes y dieciocho oblatos. Entre los primeros, el abad Guerau fue la pérdida más notable. También, entre los laicos, el padre Roberto se lamentaba de la muerte de su ayudante, el joven Mauricio.

El caballero Gilabert consiguió superar la enfermedad. De hecho, sus síntomas fueron leves y se recuperó rápido y sin secuela alguna.

La propia enfermedad, pero sobre todo la angustia de cuáles serían sus consecuencias, mermó los ánimos de la comunidad. El padre Esteban se dio cuenta de que, por mucho que multiplicaran sus oraciones, la enfermedad seguía su curso de manera implacable.

Finalmente se cumplieron las cifras habituales de víctimas entre los afectados, y unas semanas después, tal y como había aparecido, la tisis desapareció.



Desde que le hicieron aquella especie de juicio en la sala capitular, los ánimos del caballero Gilabert y su opinión sobre los monjes de Poblet habían cambiado.

Se sentía herido en su amor propio. Nada de lo que había hecho hasta entonces había servido para atenuar la acusación de asesinato. Ninguno de los monjes había creído en su inocencia.

Ni siquiera el padre Esteban.

Cuando lo escuchó, igual que el resto de reunidos en la sala capitular, se había sorprendido. Su tono de voz no era el habitual. Su elocuencia parecía proceder de otra persona. Y la mirada... ¡la mirada casi asustaba!

Después Gilabert no quiso hablar con nadie del monasterio. Estaba resentido y el padre Esteban lo había defraudado.

El brote de tisis no había cambiado nada su manera de pensar. Sí, el padre Roberto lo había atendido sin excluirlo y fue considerado con él, pero era su deber como médico y siervo de Dios.

El caballero se sentía casi una molestia, como si estorbara.

Eso le hizo reflexionar sobre su presencia en Poblet.

¿Por qué demonios estaba allí? Sí, sintió una llamada interior que le empujó en esa dirección. Y la siguió muy a gusto por las buenas sensaciones que la orden del Císter le transmitía.

Después conoció al padre Esteban y se sintió mejor aún. Era un hombre tímido, saltaba a la vista, pero también educado e inteligente, y atesoraba un corazón noble.

La convivencia con los monjes y su forma de organizarse lo impresionaron positivamente, lo cual le reafirmó en su decisión de seguirlos. Aquello era lo que quería hacer el resto de su vida. Aún albergaba dudas sobre la vida monástica, qué papel podía desempeñar para dar el máximo a la comunidad y sentirse satisfecho al mismo tiempo. Pero estaba seguro de que, antes o después, lo tendría claro.

Mientras tanto, su función como alguacil era idónea para ambas partes: los monjes estaban más seguros y él iba conociendo mejor la comunidad y buscando su futuro lugar dentro de ella.

Ahora todo se había ido al traste.

Los monjes ya no confiaban en él. Y el caballero también les había perdido la confianza y no podía vivir con ese recelo mutuo.

Ahora solo tenía un objetivo.

Demostraría, fuera como fuese, su inocencia. Los descreídos tendrían que comerse su falta de fe, y después se marcharía para no volver jamás.

La clave estaba en la Espluga de Francolí, en los dos pueblos que la formaban. Sin tener ninguna prueba física, para él era tan cierto como que existía que los Cervera estaban detrás de todo aquel embrollo.

Ahora bien, ¿cómo podía demostrarlo? ¿Cómo encontraría una prueba que lo exculpase ante los monjes?

El largo invierno le había dado muchas horas para pensar y actuar. Como el tiempo no fue riguroso, pudo sacar buen provecho. Fijó la atención en uno de los hombres de Ramón de Cervera: era el ayudante del senescal; después supo que se llamaba Arnau de Guardiollada. La solución llegó por sí sola.

—Debe de pagarte muy bien Ramón de Cervera para que puedas llevar una silla de montar tan buena.

Arnau se encontraba a las afueras del pueblo y estaba solo con su caballo.

—Sí, nos paga bien. —Su expresión lo delató al instante—. Sé quién eres,

Gilabert, y si vagas demasiado por el pueblo tendré que dar parte.

—Pues así podremos explicarle a tu señor cómo te enriqueces a costa de sus rentas.

Arnau de Guardiolada parecía un hombre listo, pero Gilabert lo era más, mucho más.

—¡No sé adónde quieres ir a parar, mamarracho! ¿Acaso pretendes hacerme algún tipo de chantaje?

—¡Exacto! Has dado en el clavo, amigo. Necesito información que pagaré con el silencio.

—Pues búscate a otro, ¡yo estoy limpio!

Gilabert se acercó a él, le cogió por el hombro derecho y le habló muy despacio.

—Si hago llegar una nota a tu señor diciendo lo que sé, te costará mucho salir indemne, créeme.

Arnau retrocedió un paso mientras se libraba de la mano del caballero.

—Necesito hablar con tres mercenarios, uno es muy alto y al otro le falta una oreja.

—¿Tres mercenarios? —repitió el ayudante del senescal para zafarse, pero los ojos le delataban: había llamado a la puerta correcta—. ¿Y cómo quieres que sepa dónde están ahora? Además, creo que han muerto; un malnacido se los cargó.

—¿Y quién puede ser ese asesino de mercenarios que los mata de tres en tres?

Gilabert mostró una sonrisa que hizo temblar a Arnau, que retrocedió dos pasos más, pero el caballero volvió a situarse a su lado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Arnau, asustado.

—Sorpresa: no quiero saber dónde están los mercenarios, porque sé que un valiente caballero se los cargó en la taberna El Río Atolondrado. ¡A los tres a la vez!

La sonrisa desapareció de su rostro, pero su mirada era digna del mismísimo Satanás.

Y aquel rui señor le cantó todo lo que necesitaba saber.

Unas semanas después de la muerte del abad Guerau, una comitiva procedente de Fontfroide llegó hasta Poblet. Naturalmente, al frente viajaba el abad Sancho.

Esa misma tarde se procedió a la elección de un nuevo abad.

En la sala capitular, el padre Esteban no conocía a la mayoría de los monjes. Los que sobrevivieron al brote de tisis eran ocho, y los llegados desde Fontfroide para quedarse en Poblet sumaban doce. De manera que los votos totales eran veinte, pero el número de los recién llegados era superior.

Y la elección recayó en el padre Grimoald, uno de los nuevos. El abad Sancho lo impuso alegando la conveniencia de aportar sangre nueva a una comunidad moralmente hundida y con una clara pérdida de fe en los principios del Císter.

Los monjes más veteranos de Poblet no votaron, y esto creó cierto malestar.

También los principales cargos recayeron en monjes de Fontfroide. El padre Esteban volvía a ser un monje raso.

—La primera disposición que tomo —dijo el abad Grimoald— es solucionar de una vez y para siempre el asunto de la muerte del abad Vidal. Ha transcurrido demasiado tiempo y la decisión tomada por el abad Guerau no fue la correcta.

El padre Esteban y casi todos los demás se dieron cuenta de que el nuevo abad pronunciaba aquellas palabras sin dejar de mirar al abad Sancho.

—Llamad al caballero Gilabert —ordenó el abad Grimoald en tono autoritario.

Poco rato después el caballero ya estaba delante de los dos abades.

—Es hora... de que hagáis públicas... las pruebas... que demuestran vuestra... inocencia —dijo el abad Grimoald.

Por algún extraño motivo, en la voz del nuevo padre espiritual de Poblet había desaparecido la dureza de unos minutos antes. También sus ojos parecían más inquietos.

El silencio era absoluto y nadie se movía.

—Lo que tenga que comunicaros lo haré delante de los Cervera. Ellos también han de escuchar lo que tengo que decir —dijo Gilabert muy seguro de sí mismo y con gran firmeza en su decisión.

Grimoald no sabía muy bien qué decir ni qué hacer. Fue el abad Sancho quien intervino:

—Si no sois capaz de presentar ninguna prueba, ¡tendremos que entregaros a la justicia del conde de Barcelona!

—¡Pues hacedlo! —contestó el caballero mirando al abad Sancho—. Pero no os entregaré ninguna prueba. Lo que tenga que decir, lo haré delante de las dos partes.

El abad Sancho se rascó la barbilla sin saber muy bien qué hacer; quedaba claro que la amenaza que había proferido solo era una argucia.

—Como queráis, pues. Presentaremos el caso ante el conde de Barcelona y que decida él.

Con el alma rasgada

La Espluga Sobirana, septiembre de 1154

Gaya observó que su madre se comportaba de un modo extraño. Desde unas semanas atrás, no parecía la misma. Habitualmente era una mujer de trato distante, con un carácter en el que la sensibilidad y la ternura no parecían tener lugar. Pero era habladora y la aleccionaba a menudo sobre cómo debía ser una mujer noble para sobrevivir en un mundo dominado por los hombres. A pesar de ser un poco pesada en ocasiones, Gaya tenía claro que Almodis era hermana de quien era y esto le otorgaba una nobleza muy superior al resto de los mortales. Sus consejos, pues, los aceptaba como buenos, ya que su deseo era llegar a lucir algún día la sangre de los condes de Barcelona que también circulaba por sus venas.

Ahora su madre había enmudecido.

Desde que tuvieron la conversación sobre el matrimonio y su madre creyó que tenía a alguien más en la cabeza, las palabras que habían intercambiado habían sido las mínimas, básicamente de saludo o despedida.

Y lo que más le dolía era la mirada de su madre, esquiva y huidiza en el mejor de los casos, lo que provocaba que en ocasiones Gaya se sintiera invisible a sus ojos.

¿Qué le ocurría?

Según Almodis, su hija no aprendía. La conversación que había tenido con ella no había servido de nada y continuaba comportándose como una niña malcriada.

Su inocente hija no lo sabía, pero la había hecho seguir. Y estaba en lo cierto: Gaya se veía con un monje. No habían sido muchos encuentros, pero quedaba claro que era él.

¡Un monje!

Se había equivocado con su hija. La consideraba una mujer inteligente y astuta, pero con aquello demostraba que ni una cosa ni otra. Simplemente se había dejado llevar por el primero que se le había puesto delante. Podría haber sido un campesino, un guardia, un caballero u otro noble. Pero no, ¡un monje!

«Estúpida e inocente», esas palabras la definían muy bien.

¡Pero Gaya ya tenía veintidós años! Almodis a su edad ya era madre, a ella la tuvo a los veinte. Tal vez el problema era ese. Su hija necesitaba un marido ya.

La culpa de todo la tenía su compromiso con Ramón de Torroja. Desde el punto de vista de la política familiar, era una unión perfecta. En el momento de firmar los documentos, cuando nació el heredero de los Torroja, parecía la mejor opción; ¡y lo era!

Pero Gaya necesitaba tener responsabilidades: hijos, marido, un señorío. Todo eso despertaba el espíritu que toda mujer noble llevaba en su interior y la convertía en la persona que se esperaba al nacer.

Almodis tenía una solución en la mente. Era muy extrema, tal vez demasiado. Y por eso había intentado otras opciones. Pero Gaya había pasado por encima de todas sin hacer ni caso.

Pero ahora sí: había llegado el momento de la solución definitiva.

Gaya siempre había tenido claro que su primo Berenguer era especial. De hecho, era una evidencia que también los adultos comentaban.

Un año más joven que ella, Berenguer siempre sonreía. De su boca caía un hilillo de saliva como si fuera un caracol. Su mirada era la de un niño pequeño, no había madurado. Tampoco hablaba bien ni sus palabras tenían mucha coherencia. De hecho, su intelecto era el de un niño de ocho o diez años.

Pero era corpulento y alto, el más alto de la familia. Y sabía luchar, eso sí; su padre, Ramón, no había escatimado gastos para que los mejores maestros de espada instruyeran a su hijo retrasado.



El día era perfecto para una de las habituales escapadas de Gaya. De hecho, no había guardias por ninguna parte y fue muy fácil salir sin ser vista.

En un momento estaba a las afueras del pueblo y tenía el bosque a sus pies. Se metió en la arboleda hasta llegar al claro donde la esperaba el álamo del padre Esteban.

Aquel rincón se había convertido en su refugio particular. Como un mundo aparte dentro del real. Paz, tranquilidad, calma, serenidad. Todos esos adjetivos eran válidos para definir lo que sentía al pisar la hierba que rodeaba al joven álamo. Joven, pero cada día más alto y firme.

Le gustaba descalzarse y caminar por la hierba siempre verde que nunca crecía más allá de una determinada altura. Aun sin recibir cuidados, la belleza del claro superaba incluso las peores condiciones meteorológicas.

Pero aquel día se percibía algo distinto. Le costó un buen rato darse cuenta: ningún pájaro piaba, había un silencio extraño. Incluso el aire parecía más denso, cargado de humedad. El cielo se había cubierto de nubes y el azul había sucumbido ante un gris pesado y feo, y aunque no amenazaba tempestad, el sol apenas se distinguía.

Incluso las hojas blanquecinas del álamo se veían algo más apagadas de lo habitual. La ausencia de viento o de cualquier brisa otorgaba una quietud extraña a un árbol que, a causa del clima ventoso de la zona, siempre se veía lleno de vida.

—¡Un rincón precioso! —escuchó tras de sí.

No era la voz del padre Esteban y tardó un momento en reaccionar; no

situaba esa voz allí en el claro.

Eran su tío Ramón y el primo Berenguer.

¿Qué hacían allí? ¿Por qué... la habían seguido? ¿Qué querían de ella?

Ambos sonreían. En Berenguer era normal. Pero Gaya solo recordaba aquella sonrisa en su tío cuando algo oscuro rondaba por su cabeza. Y las ideas de Ramón de Cervera solían bordear lo diabólico. Sobre todo si la sonrisa iba acompañada de una mirada perversa.

—Antes Berenguer me comentaba cuánto quiere a su prima —dijo su tío, pero la mirada de Gaya fue hasta su primo, que tenía aquel gesto suyo tan infantil y una sonrisa de oreja a oreja—. Yo le he dicho que tú también sentías lo mismo. Es normal, sois primos. Y los primos se quieren mucho.

La joven se dio cuenta de cómo se habían situado: uno a cada lado, como si quisieran evitar que escapara.

—¿Qué... qué hacéis aquí? —Las palabras salieron de su boca sin fuerza, como si fuesen una especie de escudo protector, pues al mismo tiempo levantó un poco los brazos con las manos abiertas.

—Berenguer ya es todo un hombre, y tú, aunque no estés casada, también eres toda una mujer. Y este muchacho —otorgó algo más de intensidad a esta última palabra— aún desconoce muchos aspectos de lo que significa ser un hombre adulto. Sabe luchar con la espada. Es bueno con el halcón. Pero no tiene ninguna experiencia con las mujeres. Y esto es un problema. En su estado —Ramón lo miró con cara de asco—, será difícil conseguirle una buena esposa para que su descendencia sea digna de los Cervera. ¿Verdad que sí, Berenguer?

Su primo respondió con una afirmación llena de babas sin dejar de sonreír, ofreciendo una imagen muy alejada de un hombre adulto y serio.

—Intimar con una mujer es muy importante. Pero ha de ser con una mujer de verdad, no con una fulana. Una de sangre noble y bella, muy bella. Tú reúnes estas dos virtudes —afirmó su tío con una sonrisa asimétrica que solo dejaba entrever sus dientes—. Pero tienes el defecto de ser demasiado tozuda y poco dócil. Bueno, más bien eres desobediente.

»El imbécil de mi hermano no ha sabido educarte, aunque quizá no sea demasiado tarde para que aprendas cómo ha de comportarse una mujer de tu rango.

»De modo que todo cuadra: él —señaló a Berenguer— necesita intimar con una mujer. Y tú, una buena lección. El lugar es adecuado y el día es perfecto.

El corazón de Gaya ya hacía un buen rato que latía con fuerza. Ahora le golpeaba el pecho a gran velocidad.

Sin pensárselo demasiado, se subió la falda y echó a correr, justo por en medio de los dos. Pero su tío se movió aún más rápido, la golpeó con el brazo y la tiró al suelo.

Recibió el golpe en la mejilla, muy cerca de la nariz; seguro que le saldría un buen moretón.

—¡Adónde crees que vas! —gritó Ramón—. Primera norma de la esposa fiel: siempre tiene que hacer lo que diga el hombre. ¡Siempre! Y si no obedece, habrá consecuencias.

Cuando Gaya intentó ponerse de pie, su tío le propinó una bofetada con el dorso de la mano en el mismo lugar donde antes había recibido el golpe con el brazo y sintió un dolor muy agudo.

Gaya se incorporó un poco y se quedó sentada en el suelo. Palpó una piedra del tamaño de un huevo de gallina. Sin pensárselo, se la tiró a Ramón.

Este apartó la cabeza. Pero la piedra dio en la frente de Berenguer, que estaba detrás de su padre. El muchacho emitió un grito de dolor mientras se tocaba la frente, de donde brotaba una gota de sangre.

—¡Maldita zorra! —gritó Ramón.

La cogió por los brazos y la ató por el cuello, tumbada en el suelo, a uno de los viejos troncos en los que Gaya se había sentado en tantas ocasiones. Después le arreó otro par de bofetones con el dorso de la mano que la dejaron medio aturdida.

Su tío extrajo un puñal que llevaba en el cinturón y se acercó a ella.

Gaya, a pesar del golpe, se daba cuenta de todo.

«¿Me quiere matar aquí mismo?», pensó al verlo con el puñal en la mano. La joven no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, ni qué había hecho para ser tratada de esa manera.

Sintió la punta del puñal en su cuello y, con rapidez pero con gran habilidad, le rasgó las ropas hasta casi las rodillas. Se quedó medio desnuda, y cuando intentó cubrirse con las manos, otra bofetada de su tío volvió a

dejarla aturdida.

—Berenguer, hijo, es hora de que sepas cómo es una mujer.

Gaya vio cómo su primo se despojaba del cinturón y la túnica. Después se desabrochó el correa que le sujetaba las calzas y dejó su miembro al descubierto.

Al mismo tiempo, su tío le arrancó la ropa interior de un tirón y la dejó desnuda de cintura abajo.

Aquello hizo reaccionar a Gaya. Intentó escapar, pero la atadura al cuello era muy corta y, además, su tío la sujetaba por los brazos desde atrás.

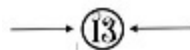
Berenguer se agachó y Gaya fue presa de un terror que la paralizó como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

—¡Ya es suficiente, hijo! Esto solo tenía que ser un susto y nada más.

Gaya no era del todo consciente de lo que estaba ocurriendo. Entrevió cómo su primo le daba un par de puñetazos a su tío y este caía al suelo. Y después dolor, sintió dolor.

Un dolor intenso y profundo. Como si alguien, con un hierro candente, le removiera las entrañas y le destrozase el alma. Una herida eterna, que nunca podría cicatrizar, dejándole un dolor permanente.

La luz del día se apagó y Gaya entró en la oscuridad más absoluta.



Aquel día todo era distinto.

El padre Esteban no sabía cómo definirlo, pero algo había cambiado. O estaba cambiando.

Pájaros que parecían mirarlo. Nubes con formas alargadas, como si le mostrasen un camino a seguir. Hojas que se movían como si soplasen el viento, mientras que otras del mismo tronco se quedaban inmóviles. Y también hojas secas que se arrastraban por el suelo en una dirección determinada, como un perro que sigue el rastro.

Al principio no hizo caso. Aquello era propio de los locos o de hombres que habían bebido demasiado vino sin aguar.

Su vida había regresado a la monotonía del trabajo manual. No pensaba en otra cosa que no fuera cuidar a los animales del establo —la tarea que le había

encargado el nuevo abad, ayudando a otro monje—. Pero aquello le despertó.

Hasta entonces había estado como dormido. Igual que un oso en el letargo de invierno, o como el árbol que, a mediados de enero, se muestra desnudo de hojas y sin signos de vida. O como un nido de cigüeña cuando sus huéspedes van en busca de lugares más cálidos donde pasar el invierno.

Y ahora parecía haber llegado su particular primavera. De golpe, todo revivía. Árboles, pájaros, incluso los caballos, los asnos y las mulas de la cuadra se movían y actuaban fuera de la lógica habitual. Como si con sus movimientos buscasen llamar su atención de alguna forma.

Pero ¿quién era él para ser el centro de atención de algo?

Antes ya había tenido esa sensación. Fue en la sala capitular, cuando comenzó a hablar como si su voz tuviera que ser respetada. Pero él no era nadie importante para merecer la atención de la gente.

Por eso, al oír cómo todo le llamaba, cerró los ojos, respiró hondo hasta llenar su pecho y soltó el aire con fuerza. Luego abrió los ojos con la esperanza de que todo hubiera vuelto a la normalidad. Miró a su alrededor. Calma, paz, quietud, naturaleza, cielo. La tranquilidad lo dominaba todo.

Levantó la vista al cielo. Estaba lleno de nubes que parecían haberse comido el azul casi eterno de aquellos parajes para convertirlo en el característico gris de Claraval. Las nubes carecían de uniformidad.

Y una de ellas parecía seguir señalando en una dirección.

Chasqueó la lengua y bajó la vista.

La encina que tenía delante seguía moviendo las hojas de su izquierda, mientras que las de su derecha se mantenían inmóviles. Los pájaros que saltaban de una rama a otra parecían mirarlo mientras seguían la dirección marcada por las hojas y las nubes.

Volvió a mirar a su alrededor, todos trabajaban como cada día.

A punto estuvo de preguntarle al padre Juan, a quien ayudaba en la cuadra. Pero aquel hombre era poco sociable. Además, el trabajo del día estaba acabado y se había retirado a orar, y no quería molestarlo.

Buscó con la mirada y vio de lejos al caballero Gilabert: estaba realizando sus prácticas diarias con la espada. Pero a él no le diría nada. Su amistad estaba rota. De hecho, más que la amistad entre ellos dos, su relación con los monjes en general. Gilabert no quería saber nada de nadie. Si seguía

allí era por la acusación y la orden que tenía de no alejarse, pero su vida social era nula.

El padre Esteban giró sobre sí mismo buscando a alguien ocioso, pero todos estaban ocupados.

Encina, pájaros, nubes.

Todo indicaba una dirección: hacia el oeste.

echó a andar hacia allí.

Se dio cuenta de que las ramas de los árboles se movían acariciadas por un viento imperceptible para él.

La nube se mantenía igual, señalando la misma dirección.

Se convenció de que aquello solo eran imaginaciones suyas. Pues eran manías más propias de paganos que de un cristiano sensato, como él se consideraba.

Pero siguió caminando sin saber muy bien cuál era su destino.

Salió del monasterio y los árboles quedaron atrás. Pero los pájaros iban y venían hasta donde estaba él y le marcaban el camino.

El bosque.

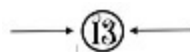
Sin pensárselo, se dirigió al claro.

Como si no pudiera esperar, echó a correr para llegar antes.

Sentía que sus pies no tocaban el suelo mientras su corazón latía con intensidad.

Al llegar al claro, no tuvo tiempo de asumir quién le había conducido hasta allí.

Vio a alguien en el suelo gimiendo como un animal moribundo. Era una mujer y, cuando se acercó, se le atenazó el corazón al descubrir que era Gaya.



Como si un río embravecido, fuerte y poderoso se la llevara, Gaya luchaba por no ser arrastrada.

No recordaba nada. Solo sentía que estaba siendo empujada por una fuerza que no podía vencer. Todo estaba oscuro y la poca luz que llegaba hasta sus ojos aumentaba su angustia.

No era el mundo que ella conocía. No había arriba y abajo, ni izquierda ni

derecha. Giraba y giraba en una única dirección que ella se negaba a aceptar. Sin lógica alguna, todos los sentidos la obligaban a buscar la dirección contraria.

Y como si aquella lucha durara ya una eternidad, notó que se quedaba sin fuerzas. Al límite de su resistencia.

Ni siquiera intentaba gritar, porque allí parecía que tampoco existía el sonido y su voz quedaba enmudecida por la misma oscuridad.

Estaba vencida y acabada.

Sus brazos ya se movían al ritmo que marcaba aquella corriente.

Sintió un contacto. Primero en la punta del dedo índice. Después en la palma de la mano. Y finalmente en todo el cuerpo.

Sacando fuerzas de donde no quedaban, se agarró a ese contacto, que tiró de ella para devolverla a aquel mundo tan familiar, donde la realidad tenía la lógica que tan bien conocía. Existía un arriba y un abajo, un lado izquierdo y uno derecho.

Pero era muy doloroso.

Como si volviera a nacer, en su interior le quemaba el alma rasgada en mil pedazos. Al abrir los ojos, el dolor salió al exterior, inundó su cabeza y sintió los latidos del corazón en la mejilla izquierda.

—¿Qué...?

—Tranquila, todo va bien, todo va bien.

Esa voz...

Por un ojo no podía ver. Era el izquierdo, el lado donde le dolía y sentía los latidos del corazón. Por el otro veía árboles y el cielo, un cielo gris y pesado. Pero era el cielo de su mundo.



Alguien había agredido brutalmente a Gaya y la joven a duras penas había sobrevivido. Le habían rasgado la ropa y tenía sangre en las piernas. También la habían golpeado en la mejilla izquierda y la tenía muy hinchada; igual que el ojo, que apenas podía abrir.

—Tranquila, todo va bien, todo va bien —le dijo el padre Esteban cuando ella se despertó.

Le había cogido la mano y ella respondió apretándola con fuerza, como si su vida dependiera de ello.

Por los sonidos que emergían de la garganta de la joven parecía una bestia malherida, casi moribunda. Su habla apenas era coherente, ni siquiera era capaz de articular una palabra entera. Solo unos gemidos agudos y muy suaves.

El padre Esteban se quitó el escapulario y se lo puso a Gaya, así su desnudez quedaba parcialmente tapada.

La incorporó, sentándola en uno de los troncos caídos. A ella le pesaba la cabeza y su barbilla tocaba la zona baja del cuello.

—¿Puedes ponerte de pie? ¿Puedes andar?

Ella negó levemente con la cabeza.

El padre Esteban la miraba. La mujer orgullosa y altiva se había evaporado y en su lugar vio a alguien sin rastro alguno de fortaleza y humanidad.

De repente, el monje sintió como un aliento interior.

Y, sin pensárselo, abrazó a Gaya. Ella no rehuyó el contacto. Al contrario, el monje notó cómo ella se acomodaba.

El padre Esteban sintió un dolor intenso. Al principio era un pequeño chorro, casi un hilo, y luego se convirtió en una fuente de dimensiones considerables. El dolor penetraba en su interior sin freno alguno.

Un dolor profundo. Más allá del mal físico, mucho más agudo que si fuera una herida abierta y sangrante. Penetraba en él sin piedad.

Con gran esfuerzo, se separó de Gaya de una forma algo violenta.

—¿Qué me has hecho, monje?

La mirada de la joven volvía a ser la de siempre: orgullosa, prepotente, altiva. La agresión aún era visible en su rostro y en la ropa rasgada, pero aquellos ojos habían recuperado parte de su habitual fortaleza. Ella se puso de pie.

En cambio, el padre Esteban estaba exhausto: resoplaba con el cuerpo doblado hacia delante, apoyando los brazos en la vieja corteza de los troncos caídos.

¡Y no podía hablar!

Miraba a Gaya y esta contemplaba el escapulario cisterciense que llevaba encima.

—El golpe en la mejilla me duele, pero me siento mucho mejor, monje. ¿Qué me has hecho?

Lo trataba de tú. Como si la barrera del respeto que le tenía se hubiera roto al traspasarle su dolor.

Poco a poco, el padre Esteban fue recuperando el aliento, pero el dolor no se iba a la misma velocidad. Al contrario, parecía querer quedarse dentro de él.

—¿Estás... mejor... ya? —consiguió preguntar.

—Sí, ya te lo he dicho —Lo miró de reojo, levantando la barbilla y llevándose las manos a las caderas—. Pero no sé qué me has hecho. Y es de mala educación no responder a una pregunta.

El monje no sabía qué decirle. En su interior sentía el alma rasgada en mil pedazos.

La ley germánica

Barcelona, octubre de 1154

Gilabert ya había estado en otras ocasiones en Barcelona, pero nunca le había parecido una ciudad tan fea. Hasta entonces no se había dado cuenta de la suciedad de las calles, de la miseria de la gente, de la tristeza en los rostros de los niños.

El caballero sabía que aquella valoración tan negativa nacía del pesimismo que se había apoderado de él en las últimas semanas. Todo había dado un giro y la situación había tomado un cariz inverosímil.

Ahora había llegado a la Ciudad Condal con la comitiva de los monjes de Poblet. Solo tres años atrás —y también con los monjes— había pasado de largo y su ánimo hacia los integrantes del Císter era muy diferente. Entonces sentía un afecto muy especial por ellos, que nacía del respeto por sus ideales, su educación y su manera tan especial de entender la vida.

Pero ya no sentía nada de aquello.

Se sentía defraudado. Un desencanto fruto de haber confiado en los monjes en exceso, sin ninguna reticencia. Él había entregado toda su persona y no había pedido nada a cambio.

Bueno, nunca había querido nada material. Pero el alma del hombre siempre esconde cierto egoísmo y, en su caso, habría esperado recibir lo

mismo: la confianza de los monjes.

El viaje desde Poblet había transcurrido en el más riguroso silencio, al menos entre él y los monjes. Ningún comentario, ni siquiera un buenos días por la mañana o un deseo de buenas noches. Nada que hiciera creer en la bondad de los seres humanos.

Tampoco el padre Esteban le había hecho caso. Todos se habían percatado de que el joven presbítero había envejecido de golpe. Su cara mostraba los estragos de unos años mal vividos y muy poco saludables. Su carácter había vuelto a ser el de antes, reservado y tímido más allá de la coherencia, y sus respuestas se reducían a monosílabos llenos de angustia.

Durante el trayecto, Gilabert lo había buscado con la mirada en bastantes ocasiones para hablar con él. Más allá de lo que hubiera hecho o no por el caballero, este apreciaba, y mucho, al padre Esteban. Pero no había encontrado el momento idóneo para iniciar una conversación, aunque fuera frívola o sin interés alguno.

Gilabert estaba convencido de que le había ocurrido algo. El padre Esteban parecía cargar con las culpas de todo un mundo lleno de pecadores. Y sus espaldas estaban a punto de no soportar más ese peso. Cada vez que tenía que hacer un esfuerzo, por mínimo que fuera —subir o bajar del carro, encender el fuego, acarrear leña o llevar diversos utensilios de un lugar a otro—, el sufrimiento se reflejaba en su rostro.

Era un buen hombre, gracias a él había conseguido tiempo para presentar las pruebas, pero era un monje y se debía a los suyos antes que nada. Y había escogido: espiarlo a cambio de perder su amistad.

El caballero ya acumulaba demasiados muertos en su conciencia como para volver a fiarse.

Simplemente, se había equivocado al confiar tanto en los monjes.

Aquello que era capaz de hacer por aliviar las penas de los demás solo podía ser obra de Dios.

El padre Esteban tardó unas cuantas semanas en llegar a esta conclusión. Por primera vez, había visto y sentido algo inexplicable aplicando la lógica y

el sentido común. Solo Dios Nuestro Señor era capaz de otorgar este tipo de don.

Don o maldición. Esa era la duda.

Cuando abrazaba a alguien que sufría un mal terrible, de alguna forma se producía un trasvase: el monje se llevaba gran parte del dolor y la otra persona quedaba aliviada.

Le había ocurrido en dos ocasiones, con el caballero Gilabert y con Gaya, y la evidencia no podía ser más clara. También pensaba en aquel abrazo con su padre, Bernardo de Claraval, antes de separarse, pero allí no sabía lo que había ocurrido en realidad.

De igual manera, su reflexión sobre las señales que le condujeron hasta el claro cuando Gaya fue agredida lo llevaban al mismo punto: era cosa de Dios Nuestro Señor.

Y luego estaba esa fuerza que sintió en la sala capitular. Las palabras que había pronunciado eran suyas, y también los pensamientos. Pero aquella fuerza...

¿Era obra de Dios también?

Quedaba claro que sí. Y aún más claro si recordaba las palabras de su padre: «En cada sitio en el que estés, observa a tu alrededor. Un árbol, una piedra. Un pájaro. Una nube. Todo es obra de Dios y, por tanto, todo es susceptible de ser utilizado como mensaje. Cuando recibas su llamada, lo sabrás. Será entonces cuando habrás de ser valiente y aceptar el destino que ha reservado para ti».

No había podido ser más acertado en sus explicaciones. Aquel hombre era un sabio y ahora Esteban se sentía aún más orgulloso de haberlo tenido como padre y mentor.

Pero aceptar aquel don de Dios no era tan fácil.

Cada vez que se llevaba el dolor de los demás, él sentía como si se muriera un poco. Como si una oscuridad se alojara en su alma y esta ya no se recuperara del todo.

Y tenía miedo. Mucho miedo.

Desconocía cuál sería la reacción de los monjes si lo descubrían. Tal vez le trataran de loco, o incluso de blasfemo. Y la ignorancia y el miedo a lo desconocido eran los peores enemigos de la aceptación social por parte de sus

iguales.

Por esa razón se encerró aún más en sí mismo, como al principio, cuando llegó. Ahora no tenía ningún cargo administrativo en el monasterio y la oración y el trabajo eran los dos únicos objetivos que daban sentido a su día a día.

Estaba más o menos tranquilo, habiendo aceptado aquella situación, cuando el nuevo abad, Grimoald, le propuso formar parte de la expedición para ir a Barcelona.

—Tenemos que exponer el caso ante el conde y tú eres quien dispone de más conocimientos. Has estado desde el primer día y, además, conoces bien al caballero Gilabert. Nadie mejor que tú para defender nuestra causa.

El padre Esteban negó con la cabeza mientras evitaba la mirada inquisitiva del padre abad.

—No, yo no soy la persona más adecuada. Buscad a otro.

—No tengo a nadie más, Esteban. ¡Irás a Barcelona, y no se hable más! —
El abad pronunció la última frase al borde del grito.

Callar y obedecer.

Lo que le pedía el abad era que traicionase definitivamente a quien había sido su amigo. Si hasta entonces el padre Esteban podía ofrecer alguna disculpa al caballero, ya no tendría ninguna.

Sería la palabra de uno contra la del otro.

Y el padre Esteban no estaba para enfrentamientos ni para diálogos demasiado profundos sobre asesinatos.

La entrada en la Ciudad Condal no alteró su ánimo. Era una de las ciudades más grandes del territorio, y sus murallas y sus edificios eran magníficos, pero él disfrutaba mucho más de la paz que le ofrecía el álamo de Poblet y aquel claro que se había convertido en su mundo particular.

Para Gaya, la visita a Barcelona habría sido algo emocionante de no ser por cómo se sentía.

Los Cervera habían viajado hasta la Ciudad Condal para asistir a la presentación del caso del asesinato del abad de Poblet.

Su madre, Almodis, insistió en que hiciera el viaje. Más que por la causa contra los monjes, o el asesinato del abad, lo hizo porque la vida cortesana alrededor del conde de Barcelona reunía a la flor y nata de la nobleza del territorio al sur de los Pirineos.

Pero Gaya no olvidaba la agresión que había sufrido a manos de su primo Berenguer y su tío Ramón. Tenía muy presente cada instante de lo ocurrido en el claro.

Por alguna razón que desconocía, buena parte del dolor interno había desaparecido. Pero se sentía humillada, vejada y sucia; como un trapo usado mil veces del que ya no sale la suciedad.

Tuvo mucha suerte de que, al llegar a la Espluga, nadie la viera con el vestido rasgado y el escapulario negro que le había dejado el monje. El golpe en la mejilla no pudo esconderlo pues la hinchazón le duró unos cuantos días. Su madre, siempre inquisitiva, se dio por vencida frente a la tozudez de su hija cuando le decía que el golpe se lo había hecho al caerse de la cama y darse contra el baúl. Ambas tenían la certeza de que era mentira, pero Gaya no explicaría nada más.

¿El motivo de su silencio?

Tras la agresión, cuando su tío se recuperó de los golpes que había sufrido por parte de su hijo le dijo:

—Mira, niña, esto es mejor mantenerlo en silencio. Hay razones que desconoces, pero te ordeno que no digas nada. Si hablaras, a tu hermana pequeña, Algabursa, podría sucederle algo parecido con una patrulla de mis soldados.

Nunca olvidaría su mirada. Dura, intensa, llena de odio y prepotente, donde se atisbaba una sonrisa de satisfacción.

Miedo. Esta fue la primera sensación que golpeó su interior cuando su tío la miró. Tanto por la mirada como por la amenaza.

Algabursa solo tenía ocho años. Aún era una niña, y sufrir un trastorno de esa magnitud la dejaría tocada para el resto de su vida.

Gaya también pensó que la amenaza era solo una advertencia, pero sin ánimo de llevarla a cabo. Pero el miedo era tan intenso que decidió guardárselo para ella.

Durante el viaje a Barcelona, en diversas ocasiones su tío y ella se

cruzaron la mirada. Y ella seguía viendo aquella sonrisa oscura, profunda y amenazadora.

Su primo Berenguer no los acompañó. Nadie sabía qué futuro le esperaba: siempre que había un acto público quedaba excluido; lo escondían por su estado.

Gaya no disfrutó de los primeros días en la Ciudad Condal. Su cabeza era un remolino de contradicciones y su madre, Almodis, pronto perdió la paciencia con ella.

—¡Con esa actitud no llegarás a ninguna parte! —le dijo cuando Gaya le dio la espalda mientras le proponía un encuentro con otros nobles de la ciudad.

Y la dejó allí, sola.

Si antes se sentía prisionera de su propia familia, la soledad que sintió desde ese momento fue mucho peor.

Las dos únicas personas en las que se reflejaba por distintas razones —su tío Ramón y su madre— la habían defraudado y abandonado como un trapo sucio.

Solo tenía la esperanza de que en aquel viaje tuviera alguna noticia de su prometido, Ramón de Torroja. Tal vez había llegado el momento de establecerse en Barcelona y olvidarse de lo ocurrido en la Espluga de Francolí. A pesar de que llevar aquel señorío era toda una tentación.

Pero en primer lugar tenía que casarse y formar una familia. Después ya vendría el resto.

La casa Cervera disponía de un pequeño palacio en Sarriá, una villa muy próxima a Barcelona. Y allí se alojaban cuando visitaban la Ciudad Condal. El trayecto hasta el palacio del conde Ramón Berenguer era casi un paseo.

El palacio de Sarriá ofrecía un lujo y unas comodidades que le alejaban mucho de la barraca de la Espluga Sobirana. Naturalmente, Gaya disponía de una habitación para ella sola con tres enormes baúles llenos de ropa.

Pero se sentía más sola que nunca.

El día que habían de exponer el caso del caballero Gilabert ante el conde, en

el salón de audiencias del Palacio Condal no cabía un alfiler.

De planta rectangular, la luz del sol penetraba a través de unos grandes ventanales. Las velas de las enormes lámparas circulares del techo estaban apagadas. En uno de los extremos, como era habitual, se sentaba el conde en una silla elevada por una tarima de madera. Los blasones de la casa de Barcelona estaban por doquier, con la Cruz de San Jorge como elemento principal. También el conde había comenzado a utilizar unos colores nuevos: una serie de barras verticales alternaban el amarillo y el rojo, y se veían en un par de rincones.

Seis hombres estaban de pie al lado del conde. Todos ellos de mediana edad, lucían la nobleza de la casa a la que pertenecían. También había un obispo, con la sotana verde y una voluminosa cruz pectoral colgando del cuello.

Y el resto estaba lleno de cortesanos, nobles y gente adinerada que, como las abejas alrededor de la miel, buscaban los favores del hombre más poderoso del condado de Barcelona.

El caballero Gilabert apenas conocía a nadie. Los señores que le habían acompañado en la conquista de las dos ciudades arrancadas a los sarracenos no estaban. Y los nobles allí presentes parecían excesivamente acomodados y con pocas ganas de arriesgar nada.

Gilabert se situó justo en el centro del salón. A su lado, pero separados de él, los cuatro monjes de Poblet esperaban pacientemente: eran el abad de Poblet, el padre Grimoald; el abad de Fontfroide, el padre Sancho; el subprior de Poblet, el padre Lucas, y el padre Esteban.

También, cerca del conde, se encontraban los Cervera, que parecían tranquilos y satisfechos. Estaban Ponce y sus hijos, Ponce y Gaya, y su esposa Almodis, hermana del conde de Barcelona; y Ramón con su esposa Ponceta.

El conde de Barcelona hizo una señal y todos guardaron silencio. Entonces comenzó a hablar:

—Gente de Cervera, gente de Poblet, caballero Gilabert.

Estoy al corriente del caso que os ha traído ante mí, pero me gustaría que hicierais una exposición pública y así los consejeros podrán valorarlo de manera más justa. El caballero Gilabert tiene la misma voz que los demás, pero agradecería a los monjes y a los Cervera que escogierais un

representante que hablara por el grupo entero.

Ramón de Cervera se adelantó —«Naturalmente», pensó Gilabert—, y también lo hizo el abad de Fontfroide, Sancho. El resto no se movió.

El conde hizo una señal y el abad Sancho comenzó a hablar.

—Hemos venido para exponeros los problemas que han surgido últimamente en el monasterio de Poblet, unos conflictos que necesitan de vuestra solución pues hay gente ajena al monasterio implicada en los hechos.

»El primer problema afecta a las lindes. Es necesario definir mejor las tierras que son del monasterio y las que no. Con unos vecinos generosos con los siervos del Señor, eso no sería ningún problema. —Gilabert observó que el abad miraba a los Cervera con el rabillo del ojo—. Pero es necesario establecer bien los límites de cada uno y el beneficio que se puede extraer de ríos y bosques que hay que compartir.

»También conviene resolver el tema de las jurisdicciones. Hemos de saber aplicar la ley sin tener que venir hasta Barcelona a solicitar vuestro consejo.

»Nosotros somos siervos de Dios Nuestro Señor. Una bula papal nos otorga autonomía plena para regirnos según el criterio de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Nadie puede atreverse a poner en duda nuestra indulgencia!

A medida que hablaba, el abad de Fontfroide parecía calentarse más y más.

Gilabert también observaba a Ramón Berenguer, que escuchaba atentamente, con el cuerpo inclinado hacia el abad, afirmando en silencio y apretando los labios cuando escuchaba comentarios que no le gustaban.

El abad aún no había terminado. Respiró hondo, se calmó un poco y continuó:

—El año pasado, el abad Vidal, un siervo del Señor, fue asesinado. Este es el tema más complejo a resolver, pues ha transcurrido demasiado tiempo.

—El abad era un buen orador, Gilabert pensó que sería difícil rebatir un argumento tan neutral como el que exponía el padre espiritual de Fontfroide; pero también que aquella imparcialidad acabaría pronto—. Antes del asesinato, uno de nuestros monjes fue agredido de forma brutal, pero, gracias a Dios, salvó su vida. Es el padre Esteban —señaló al aludido.

»Ha habido diversas acusaciones pero nadie ha podido presentar pruebas definitivas que esclarezcan quiénes fueron los autores de los hechos. Nosotros,

como parte agredida, somos inocentes. A los ojos del Señor y de todos los hombres de buena fe, pensamos que el culpable de todo es el caballero Gilabert. Desde el principio su presencia ha sido como un azote para la comunidad monástica. Sin pedírselo, se ha situado al frente de la comunidad buscando su exclusivo interés personal.

El abad Sancho miraba fijamente al conde de Barcelona.

—¡Fuisteis vos —dijo señalando al conde— quién lo pusisteis al frente! Por lo tanto, también vos sois el responsable de sus actos y tendréis que ser honesto y hacer justicia por el agravio que hemos sufrido.

El conde lo escuchaba en silencio, sin perder de vista un solo detalle de la explicación del abad de Fontfroide. Se le veía interesado en el asunto que tenía que resolver. A pesar de todo, no pareció afectarle la acusación del abad Sancho.

Gilabert, en cambio, se sentía atacado por los cuatro flancos, y solo confiaba en la justicia y la rectitud del conde de Barcelona para resolver el caso de manera favorable. ¡Él no había hecho nada! Pero ahora era necesario convencer al conde.

Este se dirigió al menor de los Cervera.

—Ramón, exponed vuestra versión de los hechos.

Ramón de Cervera llevaba una elegante capa rojiza que brillaba con aquella luz de octubre que penetraba por los ventanales del salón.

—El padre abad ha expuesto los hechos de manera correcta, no hay nada que decir en contra —dijo—. Como bien ha hablado, en primer lugar es necesario definir mejor tanto los límites territoriales como las competencias jurisdiccionales para evitar futuros malentendidos. No es cuestión de ser buenos o malos cristianos; aquí todos somos hijos de Dios y devotos de su hijo Jesucristo. Es un problema de documentación: ha de estar todo muy claro y sin que pueda dar lugar a una errónea interpretación. Por nuestra parte, agradecemos la vecindad de los monjes del Císter. Y por lo que se refiere a las agresiones, nosotros pensamos que el único culpable es el caballero Gilabert, aquí presente.

Ambos hombres —orador y aludido— se intercambiaron unas miradas duras y sin compasión alguna el uno por el otro.

—Desde un principio, cuando llegó con los monjes, su actitud fue

provocadora y buscando siempre la confrontación entre los señores de la Espluga de Francolí y los monjes de Poblet. Estos pueden confirmar dicha actitud llena de malas intenciones.

»Desgraciadamente, como muy bien ha dicho el abad Sancho, ha transcurrido demasiado tiempo y no existe ninguna prueba definitiva que señale al culpable de manera inequívoca.

»Los Cervera no tenemos ningún problema con los monjes del monasterio de Poblet. —Con aquella repetición parecía querer buscar una alianza con los monjes contra Gilabert; al menos, esto le pareció al caballero—. Al contrario, tenerlos cerca es una bendición para todos. Son siervos de Dios, gente trabajadora y humilde.

Gilabert estuvo a punto de saltar. Aquello era falso: los Cervera no querían a los monjes a su lado, ¡de ninguna manera! El caballero conocía muy bien a Ramón y sabía cuáles eran sus intenciones. Pero, por ahora, le tocaba callarse hasta que llegara su momento.

—Nosotros acusamos al caballero Gilabert de las agresiones a los monjes de Poblet. Además, también están las muertes del capellán de la vecina Vimbodí y de dos lugareños del mismo pueblo, de las cuales también es culpable. Cuatro muertos, entre ellos dos siervos de Dios, y una agresión con tentativa de asesinato, también a un monje. Creo que la sentencia no puede ser más clara.

Con su exposición acabada, Ramón de Cervera se calló.

El conde de Barcelona movió la cabeza con gesto de disgusto. También chasqueó la lengua.

—Gilabert, os toca —le dijo.

El caballero tenía la boca reseca y el estómago revuelto, pero sabía que era inocente. Y la acusación que iba a hacer no gustaría nada al conde de Barcelona.

Al padre Esteban nadie lo miraba. Se había situado detrás del abad Grimoald y del padre Lucas y no pensaba decir nada, salvo que tuviera que declarar cómo fue agredido o cómo había investigado a Gilabert.

Desde la distancia, todo resultaba demasiado aparatoso, parecía buscarse la espectacularidad por encima de la verdad. Aquel salón, con toda aquella gente vestida y peinada de manera tan estrafalaria, era una buena muestra del mundo de los hombres. El conde sentado en aquella silla, como si fuera un rey. Y los que hablaban no actuaban con la naturalidad de quien es portador de la verdad.

El padre Esteban se encontraba a disgusto y su opinión acarrea su estado de ánimo. La sencillez del Císter era una bendición. Limpiar el alma a través de la oración y activar el cuerpo mediante el trabajo era la combinación perfecta para no caer en el despropósito que tenía ante sus ojos. Incluso el abad Sancho se comportaba sin la sencillez marcada por la orden.

De vez en cuando, el padre Esteban sentía esa fuerza interior —¿tal vez era Dios?— que le empujaba a hablar, a decir lo que pensaba en voz alta. Pero por muy intensa que fuera, no hablaría. ¡De ninguna manera!

Las exposiciones del abad Sancho y de Ramón de Cervera eran parciales y ajustadas a sus propios intereses. Más que exponer la verdad, buscaban acusar a Gilabert y nada más. De hecho, un observador distante podría imaginar que entre los Cervera y los monjes de Poblet existía una especie de pacto para acusar al caballero. Todo parecía bien atado para que fuera así.

—Aquí cada uno ha dicho lo suyo, conde. Vos me conocéis, nunca os he traicionado y siempre he ido con la verdad por delante.

El padre Esteban se dio cuenta de que Gilabert buscaba una estrategia diferente de los Cervera: confiar en la amistad que le unía al conde de Barcelona. O esto, o es que se estaba justificando por lo que iba a decir a continuación.

Gilabert aguardó a que el conde respondiera.

—Sí, habéis sido un hombre fiel y lleno de honor, Gilabert. Pero hay cuatro asesinatos y hay que encontrar al culpable. Por favor, proceded con vuestra exposición.

El caballero afirmó con la cabeza.

El padre Esteban se había separado un poco del abad Grimoald y del padre Lucas para ver mejor la cara y las reacciones de quien había sido su amigo.

—Yo mismo di caza a los asesinos y a los que agredieron al padre

Esteban. Pero más allá de quién siega la vida, el verdadero culpable es el que da la orden y paga por cometer el crimen.

»Unos sarracenos y unos mercenarios cristianos recibieron mancosos de plata, una moneda que solo los señores de Cervera usan en el territorio alrededor de Poblet —explicó el caballero, y entregó al conde unas monedas que, desde la distancia, brillaban como si fuesen nuevas.

Ramón Berenguer miró las monedas sin muchos ánimos.

—¿Son estas las únicas pruebas que tenéis, Gilabert? —preguntó el conde.

El padre Esteban vio que el caballero afirmaba en silencio. El conde puso cara de incomodidad; aquello era bien poca cosa y no serviría para defender o acusar a nadie de nada.

Entonces el conde se puso de pie.

—De los culpables materiales, Gilabert, ¿no queda nadie con vida? ¿Ni los sarracenos, ni los mercenarios? —preguntó.

—Fue imposible dejar alguno vivo.

—¡Hacen falta más pruebas! —dijo el conde levantando la voz para mostrar su enojo—. ¡O testimonios! Pero solo aportáis vuestras explicaciones. —Miró a los tres, uno detrás de otro—. ¡Y nada más! ¿Cómo queréis que haga justicia? La ley se aplica con corrección cuando existen unos hechos demostrados con testimonios imparciales y pruebas que dan fe.

»¡Pero aquí no hay nada más allá de los muertos y los agredidos! —El conde miró al padre Esteban, como agredido, y este se avergonzó un poco—. Vos, ¿no podéis aportar nada que arroje un poco de luz?

El monje, sofocado hasta las entrañas, casi se tropieza pero mantuvo el equilibrio. Avanzó un poco y respondió:

—Me cayeron encima y quedé aturdido al momento. No puedo aportar gran cosa. Pero es cierto que no hay ninguna prueba que demuestre que el caballero Gilabert sea culpable de nada. —Los ojos del padre Esteban se posaron en el caballero y este lo miró con desconfianza.

—¿Y tampoco vos tenéis ningún sospechoso? —dijo el conde encarándose al caballero.

—Claro que sí —respondió Gilabert—. Sé quién es el culpable de todo. Pero no tengo ninguna prueba que lo demuestre.

El conde negó con la cabeza.

—Sin pruebas... Sin pruebas no sirve de nada. Solo son acusaciones vacías, sin fundamento alguno. Pero decid, Gilabert, ¿quién creéis que es el culpable?

El aludido cogió aire y habló, alto y fuerte.

—Vuestra hermana, Almodis, casada con Ponce de Cervera, y en connivencia con su cuñado, Ramón, es la culpable de todo.

Un murmullo recorrió todo el salón mientras los ojos del conde se abrían como si fueran dos naranjas.



El conde de Barcelona no quiso que la siguiente conversación fuera pública. Alegando que necesitaba tiempo para valorar las exposiciones de todos, cerró la jornada mientras convocaba a todos los asistentes al día siguiente a la misma hora.

Pero por la tarde Gilabert fue llamado a las estancias privadas de Ramón Berenguer.

No se sorprendió de que fuese convocado en ese lugar —el caballero ya había pisado aquellas habitaciones antaño—, pero sí cuando vio que, junto al conde, esperaban el abad Sancho, Ramón de Cervera y Almodis.

Las estancias del titular de la casa de Barcelona no eran nada del otro mundo. Dos espacios comunicados mediante un magnífico arco de medio punto: la sala más pequeña correspondía al dormitorio, con la cama y sus pertenencias guardadas en baúles y dos altos armarios de madera ennegrecida; en la otra sala había una ventana alta y estrecha, y contaba con una mesa no muy grande que concentraba toda la atención. La decoración era bastante austera: aquel era el rincón de un guerrero, saltaba a la vista. Armaduras, blasones, armas, pergaminos enrollados y otros abiertos que mostraban mapas o cartas. A pesar de no ser un espacio ordenado, tampoco estaba sucio.

Alrededor de la mesa se habían desplegado media docena de sillas y los demás estaban sentados. Con un gesto silencioso y serio, el conde indicó al recién llegado que se sentara.

Ramón Berenguer se quedó de pie, con los brazos estirados y apoyados en la mesa, como si fuera presa del agotamiento.

—Tenemos que resolver este problema en privado —dijo rompiendo el silencio que justificaba aquella reunión. Y miró a Gilabert—. Si no fueras tú, te habría matado allí mismo. ¿Acaso te has vuelto loco, Gilabert? ¿Cómo te atreves a acusar a mi hermana de una bestialidad así? ¿Quién te has creído que eres?

El caballero nunca había visto al conde de Barcelona tan enojado. Había combatido a su lado durante unos cuantos meses y siempre había resuelto los problemas con firmeza pero controlando la situación y mostrando aquella estabilidad propia de un gran líder. Ahora, todo se había descontrolado.

Naturalmente, Gilabert no respondió. Empequeñeció en la silla como si el enfado del conde le hubiera convertido en la víctima de un mago de la hechicería.

El conde de Barcelona levantó la mirada y se dirigió a todos los presentes: —En este asunto os habéis comportado como criaturas. ¡Todos! —Aquello parecía una reprimenda de un padre a sus hijos, a pesar de que se dirigía a un abad y a un señor de una casa muy poderosa—. Lo único serio de todo esto son los asesinatos. El resto... ¡gemidos propios de criaturas!

»Quiero que lo solucionéis como personas adultas. Hay que averiguar quién es el culpable y presentar pruebas sólidas. Y si no sois capaces de encontrarlas, ¡volved a Poblet y la Espluga y seguid trabajando para engrandecer vuestras propiedades y dejad a los demás en paz!

»El respeto de los vasallos y los siervos es algo prioritario para un señor, tanto si es laico como si es religioso. Y el respeto solo se gana con rectitud y firmeza. Rectitud con las decisiones y firmeza para llevarlas a buen término.

»¡Ahora salid de aquí y buscad una solución! —Los echó de sus estancias—. Tú, Almodis, quédate.



Gaya se sorprendió cuando su madre entró en la habitación.

No por su actitud, fría y reservada, sino porque entró sin llamar ni avisar. Y porque fue hasta ella con el caminar más rápido que de costumbre.

Gaya la miró un instante, pero después se giró hacia la pequeña ventana desde la que se veía la ciudad de Barcelona.

—Acabo de hablar con mi hermano, el conde. —Almodis añadía siempre el título nobiliario cuando se refería a Ramón Berenguer; incluso cuando hablaba, como era el caso, con su hija—. Tengo noticias de Ramón de Torroja, tu prometido.

Aquello consiguió que Gaya mirara a su madre directamente.

Al ver que había ganado su atención, Almodis buscó la ventana; como si en aquel momento tuviera que mirar algo muy importante en el exterior.

Gaya conocía bien esa actitud seria y serena. Barbilla alta, rostro imperturbable, espalda recta. El corazón de la joven latía fuerte, impaciente. Y de buena gana habría gritado a esa mujer que la hacía sufrir de aquel modo. Pero sabía que su madre la estaba poniendo a prueba. Para Almodis, todo era un magisterio de nobleza para su hija.

—Se ha pagado el rescate —dijo al fin, con la misma pasión que si describiera un árbol que apenas se vislumbraba en la lejanía—. Pero aún tardará unos meses en venir a Barcelona.

Esa sí que era una buena noticia para Gaya. Sin poder evitarlo, una sonrisa apareció en su rostro entristecido por los fatídicos últimos meses. Ahora todo podría quedar atrás y empezar a materializar sus sueños.

—Pero parece que hay un problema —añadió su madre, cortando de raíz su alegría—. Sufre una enfermedad y necesitará mucho tiempo para recuperarse.

—¿Cuánto es mucho tiempo? ¿Unas semanas? ¿Un mes?

Almodis la miró con pose severa y un cierto enojo en la expresión.

—No se sabe.

El ánimo de Gaya volvió a caer. Aquel «no se sabe» podría ser... ¡nunca!

—Mientras tanto, es hora de que vayas aceptando tus deberes como mujer.

—Quiero tener un señorío propio. —A pesar de que era su sueño secreto y hasta entonces no lo había hablado con nadie, se lo dijo así, sin pensarlo.

Pero su madre no pareció alterarse lo más mínimo.

—Ya tendrías que saberlo: cuando una mujer se casa, todo pasa a su marido; incluso deja de pertenecer a la familia de su padre.

—Por lo tanto, tú saliste perdiendo cuando te casaste con mi padre. — Gaya jugaba con fuego, buscando provocar a su madre. La joven tenía claro que pasar de ser la hermana del conde de Barcelona a esposa del heredero de

los Cervera, aun siendo un linaje muy poderoso, era descender en la escala nobiliaria.

—No sabes cuáles eran mis ambiciones. ¡Más te vale callar!

Gaya no quería hacerle caso, pero no sabía qué contestarle. En el fondo, ¿tal vez ambas compartían el mismo sueño?

—No entiendo cómo mi padre te raptó. No es su manera de ser. —Eso era algo que su madre nunca le había aclarado; siempre evitaba la conversación.

—Eran otros tiempos. Y como te he dicho hace un momento, no sabes de qué hablas. Desconoces tanto...

¿Le pareció a Gaya observar un punto de melancolía? Miró a su madre.

—¿Y por qué no puedes ayudarme como lo haría una madre de verdad?

Almodis le dio un bofetón. Pero fue tan rápida y decidida que sorprendió a Gaya. Después dijo unas palabras que la joven recordaría el resto de su vida.

—Las mujeres tenemos que ser fuertes. Tenemos que ser fuertes para tener hijos y para verlos morir. Fuertes para aguantar que nuestro marido se acueste con fulanas y continuar siendo la feliz esposa del señor.

»Fuertes para resolver nuestros propios problemas sin contar con su ayuda. Fuertes para ayudar al marido cuando este flaquea. Fuertes para no desfallecer cuando el sueño de la juventud se desvanece y una se da cuenta de cómo es la vida de verdad.

Nunca Almodis le había explicado tanto a su hija. Gaya se quedó con la boca abierta. Reaccionó muy rápido.

—¿Y cuál es tu sueño incompleto, madre?

Almodis se giró hacia su hija y Gaya vio tanta tristeza en sus ojos que le entraron ganas de llorar. Su rostro siempre marmóreo ahora tenía algo de vida. Y la vida que se vislumbraba no desprendía alegría o satisfacción: la pena era tan profunda que parecía emerger de más allá del alma.

Su madre había sufrido mucho, quedaba claro. Frente a su silencio, Gaya volvió a hablar.

—Quieres que me endurezca como tú, ¿verdad?

Almodis se tragó el llanto. Las lágrimas quedaron ahogadas por la práctica de tantos años. Y cuando se dio cuenta de que Gaya estaba a punto de abrazarla, abandonó la habitación dejando a su hija sola y con el ánimo más abatido aún.

En realidad, Gaya estaba muy confundida.



Gilabert se levantó esa mañana con una noticia que alteró a todo el mundo.

Ponce de Cervera había fallecido.

Unos guardias del conde de Barcelona fueron a buscar al caballero y lo condujeron hasta el salón de audiencias. Prácticamente estaban los mismos del día anterior. Para Gilabert, eran como sombras, personajes desdibujados y, a sus ojos, carentes de personalidad y carácter propio. La mayoría desconocía lo que se había hablado en la reunión privada, pero casi todo el mundo tenía claro que el conde había querido resolver aquel conflicto en privado.

Ahora la muerte de Ponce de Cervera abría un nuevo camino en ese angustioso asunto: el asesinato se había producido dentro de las murallas de la Ciudad Condal, y el asesino estaba presente el día anterior en el salón de audiencias del Palacio Condal. Ramón Berenguer no podía eludir la responsabilidad y tendría que implicarse personalmente.

Y por su expresión, quedaba muy claro que el buen humor no presidiría la audiencia matinal.

Además, desde el primer instante se le veía impaciente. Cuando Gilabert llegó, el conde se puso de pie y comenzó a hablar. De hecho, según pudo observar el caballero, los monjes de Poblet y los Cervera —exceptuando al difunto, claro está— ya se encontraban allí.

—No es necesario explicar lo ocurrido, todo el mundo lo sabe —comenzó el conde—. Y no es muerte natural: le han clavado un cuchillo en el cuello. Por lo tanto, ¡alguien se ha vuelto completamente loco!

Ramón Berenguer caminaba alrededor de un pequeño círculo invisible delante de la tarima donde se sentaba habitualmente, y muy cerca de los protagonistas de aquel embrollo.

Se paró delante de Gilabert.

—El asesino ha dejado mancosos de plata junto al difunto; queda claro que te quieren acusar a ti. Salvo que hayas sido tú y pretendas que todos piensen que te quieren incriminar —añadió el conde buscando una respuesta.

Gilabert no dijo nada. Solo parpadeó brevemente.

Las formalidades se habían acabado y también el trato educado y condescendiente del conde del día anterior.

—Por tanto, Gilabert, tendrás que decirnos dónde estabas ayer por la noche y esta mañana. Y tendrás que traer testigos que confirmen tu palabra. Si no los encuentras, o no eres capaz de demostrar tu inocencia, te declararé culpable y el asunto se habrá terminado.

La frialdad de Ramón Berenguer asustaba. Ahora ya no se trataba de buscar al culpable de agredir a un monje. O de matar a un abad en aquellas nuevas tierras cristianas tan alejadas de Barcelona. El muerto era el señor de una de las casas más poderosas de Cataluña y el hecho se había producido dentro de las murallas de la ciudad.

Gilabert conocía bien a Ramón Berenguer, era un hombre marcado por la eficacia y, normalmente, el sentido de la justicia. Resolvía rápido y de manera justa.

—He pasado la noche solo —dijo el caballero asumiendo su derrota—. No tengo ningún testigo que lo pueda confirmar.

El conde lo miró enfadado. Por un momento, Gilabert pensó que al no poder demostrar su inocencia, Ramón Berenguer se alegraría de resolver aquel asunto con prontitud. Pero la mirada del conde no reflejaba eso.

—Ambos sabemos, Gilabert, que no has sido tú. ¡Pero has de encontrar la manera de demostrarlo!

—No puedo. Yo no he hecho nada, pero no puedo demostrarlo. —El caballero miró a los cortesanos que estaban situados cerca de la silla del conde. En teoría eran sus consejeros, pero el carácter decidido de Ramón Berenguer los convertía, en días como ese, en verdaderos peleles.

—Pues... —dijo el conde levantando la voz para anunciar la sentencia, pero Gilabert le cortó.

—¡Pido el juicio por combate! —gritó, sin enojo pero con la suficiente contundencia para que todos lo escucharan bien.

Ramón Berenguer lo miró con los ojos entrecerrados, como si analizara lo que acababa de decir. De momento, el conde se mantenía en silencio, igual que el resto de los presentes en el salón de audiencias.

Después el titular del condado habló.

—Aquí en Cataluña no es muy habitual lo que pides...

—Aunque las primitivas sociedades germánicas ya lo usaban siglos atrás, el primer juicio por combate del que se tiene constancia fue aquí, en Barcelona. Lo usó el conde Bera, cuando apenas había arrancado la ciudad de manos sarracenas.

Por primera vez durante aquella mañana, Ramón Berenguer sonrió; de manera tímida, pero dejando entrever un cierto alivio. Y había algo más en aquella sonrisa.

—Veo que haces caso de las conversaciones con gente que conoce el pasado, Gilabert. —El comentario se refería a que había sido el mismo Ramón Berenguer quien le había contado este hecho unos meses atrás; y ahora lo usaba contra él—. Pero esto que dices sucedió hace muchos siglos y eran tiempos antiguos.

—Soy normando. En mi tierra es un derecho habitual. Y también, creo, en los reinos de Castilla y León. Dejadme luchar por mi inocencia y que Dios me declare culpable si lo soy, o que me libere en caso contrario.

Se hizo el silencio.

El conde miró a sus consejeros, pero ninguno dijo nada, ni siquiera el obispo. Los Cervera no respondieron, ni tampoco los monjes de Poblet. Recorrió con la mirada el salón de audiencias y todos guardaron silencio.

—¡Muy bien, pues! ¡Que así sea! —afirmó el conde—. Solo cabe decidir quién se convierte en la parte acusatoria. Si me hago cargo yo, los Cervera o los monjes de Poblet.

Una vez más, su mirada se dirigió a los Cervera y a los monjes cistercienses.

Estos últimos no dijeron nada.

Pero Ramón de Cervera, sí.

—Yo, en persona, defenderé el nombre de mi hermano contra este asesino sin escrúpulos.

—Ramón, ya hemos visto derramar demasiada sangre de los Cervera en este asunto; os ruego que escojáis a un campeón que luche por vos. —El conde había recuperado su tono suave y educado.

—¡No me ofendáis o tendré que pedir os una justificación! —El grito se escuchó en todos los rincones del salón de audiencias—. Lucharé con la fuerza de Dios y de los Cervera en mi espada. Y ganaré, pues solo existe una verdad

y yo soy su defensor.

Después el conde miró a Gilabert.

—¿Aceptáis la parte acusatoria?

—No quiero vivir en un mundo que me ve como un asesino. Demostraré mi inocencia y quedaré limpio delante de todos. O moriré en paz.



Cuando el conde de Barcelona cerró la audiencia, el salón se vació enseguida. Los cortesanos, con sus vestidos y peinados estafalarios, salieron los primeros; como si tuvieran prisa por contar lo que había sucedido en el Palacio Condal. Los demás también se afanaron en irse.

Pero el caballero Gilabert lo hizo muy despacio, despacio y solo.

El padre Esteban no acompañó al resto de los monjes y se quedó en el salón. Desde su posición observaba cómo Gilabert caminaba muy despacio. Se le veía triste.

El caballero miraba al suelo sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor; naturalmente, tampoco vio al monje. Este lo siguió a una distancia prudencial.

Al salir del Palacio Condal por la puerta norte, vio que en la plaza se había congregado una pequeña multitud: curiosos, cortesanos que habían estado en el salón de audiencias y hombres de armas del conde que vigilaban para garantizar el orden público. La plaza, triangular, se utilizaba habitualmente como mercado. Se instalaban carros y pequeños tenderetes en los que comerciantes, campesinos y artesanos ofrecían sus productos. Ahora, con toda aquella gente que salía de la audiencia del conde, en la plaza no cabía un alfiler.

Pero de repente se hizo el silencio y todos clavaron los ojos en el caballero Gilabert. Él, al salir por el amplio portal que daba a la plaza, levantó la mirada y se dio cuenta. Medio sonrió, como si aceptara que aquello formaba parte del espectáculo.

Entre la gente se abrió un pasillo alrededor de Gilabert. Este miraba hacia delante, sin detener sus andares. Un creciente rumor comprimía aún más la abarrotada plaza. Cruzó aquel espacio sin decir nada. El runrún lo acompañó

mientras el pasillo se abría delante de él y se cerraba detrás.

El padre Esteban hizo lo posible para no perderlo de vista. Después, tres calles más abajo, lo alcanzó.

—Has sido muy valiente —le dijo al situarse justo a su lado.

Gilabert lo miró con poco ánimo pero sin esconder la mirada.

—Y entiendo que estés dolido con los monjes.

Gilabert continuaba en silencio, pero se detuvo. Estaban muy cerca del acceso norte de la ciudad, solo era necesario girar a la derecha en la siguiente calle, donde estaban las dos torres con la puerta de entrada.

—La culpa es mía, Esteban —dijo finalmente—. Fui un ingenuo pensando que formaba parte de la comunidad de Poblet. Solo era un extraño. Un añadido que nadie había pedido. Mi tarea de escolta acabó cuando la caravana de Fontfroide llegó a su destino. Tendría que haberme marchado entonces. Pero estoy harto de luchar. Harto de que la espada lo arregle todo. Soy demasiado mayor para buscar aventuras. Necesito paz y no sé dónde encontrarla. Pensaba que la hallaría en Poblet.

—No te tortures de esta forma. Has sido una pieza fundamental durante los primeros años del monasterio. Todos nos hemos sentido seguros contigo a nuestro lado.

El caballero alargó el brazo derecho y lo apoyó en el hombro del padre Esteban.

—Entiendo tu situación, amigo —dijo el caballero—. Y tu deber era hacer aquello que la comunidad te ordenó. No te guardo rencor alguno.

El padre Esteban lo miró y sintió que la emoción se desbordaba en su interior.

—¿Acaso esto es una despedida? ¿Tan mal lo ves? —le dijo.

Gilabert sonrió mientras mantenía el brazo sobre el monje.

—No, no lo veo tan mal. No he hecho nada, y si Dios busca justicia ganaré seguro. Aún te cuesta nombrar a Dios. Eres un monje bien peculiar, Esteban. El Císter no te merece ni te valora como debería.

—Pero no te sirvo de nada, Gilabert. No puedo ayudarte a demostrar tu inocencia.

—Es verdad. No puedes ayudarme.

Y lo dejó allí, con el corazón empequeñecido y el alma triste por aquel

hombre cuya humanidad no reconocían sus congéneres.



Ponce, el padre de Gaya, fue enterrado a la mañana siguiente de su muerte.

La primera reacción de la joven fue de tristeza, una tristeza profunda. A pesar de que no le encontraba demasiadas virtudes como señor, ni como hombre, era su padre.

Lloró. No pudo soportar el dolor y derramó todas las lágrimas, sin guardarse ni una. Sentía una pena profunda, más profunda de lo que pudiera imaginar. Desde que nació y hasta los diez años, su padre había sido su referente de cómo había de ser su príncipe cuando ella fuese mayor. Después, en la adolescencia, aquella adoración infantil desapareció hasta llegar casi al desprecio. Y de adulta, alguna vez había intentado hallar razones para recuperar aquella admiración infantil. Pero no encontró ninguna.

En ese momento, delante del cuerpo sin vida de su progenitor, los pensamientos de Gaya fueron más allá. Tal vez buscando la redención del espíritu de aquel hombre, o la suya propia ante un hecho tan definitivo como la muerte, intentó justificar la actitud de su padre frente a la vida asumiendo cierta responsabilidad en la relación que habían tenido padre e hija.

Los ideales de ambos eran muy diferentes. Tanto los ideales como la manera de afrontarlos. Gaya era activa —o eso quería creer, para parecerse más a su madre—, y la pasividad de Ponce se evidenciaba en cada una de sus acciones. Pero más allá de la manera de encarar la vida, su padre había perdido toda la fuerza de la juventud —cuando raptó a su madre y mantuvo las huestes del conde de Barcelona en pie de guerra— por algún motivo que Gaya desconocía. ¿Qué había ocurrido en realidad? ¿Cómo podía entenderse aquel cambio tan radical en su actitud?

A Gaya algo se le escapaba. Algo de todo ese asunto no tenía lógica.

Todos esos pensamientos tal vez solo pretendían ocultar los remordimientos por no haber sido más cercana y justa con su padre. Pero sentía una gran tristeza por su muerte; eso era innegable.

En cambio, su madre, Almodis, se mantuvo fría y contenida. Su rostro no mostraba alegría ni tristeza, con esa pose marmórea, atemporal, que no dejaba

traslucir emoción alguna.

Gaya no quiso decirle nada. Quizá su dolor iba por dentro y no quería que nadie lo viese.

El entierro transcurrió como un vendaval para los sentidos de la joven. Gente y más gente. La misa. Fue una jornada para olvidar y no revivir nunca más.

—Ahora tu tutor es tu hermano Ponce —le dijo su madre con su seriedad habitual.

Gaya ya lo sabía, pero así quedaba confirmado. Toda hija, hasta que se casaba, vivía bajo la tutela del padre. Cuando se convertía en esposa, la tutela pasaba al marido. Pero con el padre muerto y sin estar casada, ese derecho le correspondía al heredero. El nuevo señor de los Cervera sería Ponce, su hermano.

Gaya sabía que su hermano respetaría la promesa de matrimonio con Ramón de Torroja. Le habría gustado que la rompiera, que propusiera otro candidato que le permitiera casarse ese mismo día. Su vida estaba estancada, era una repetición, jornada tras jornada; como si no hubiera forma humana de romper ese círculo.

Se estaba haciendo mayor y, lo que era peor, veía que perdía la juventud.

Y ahora tenía que asistir a ese juicio por combate que le habían explicado.



Al mediodía estaba previsto que se celebrara el juicio por combate que determinaría la inocencia de Gilabert. El lugar elegido fue la plaza de la salida sur del Palacio Condal: un espacio rectangular, delimitado por el mismo palacio, por la muralla y por un edificio de la época de los godos que ahora alojaba a la guardia condal; de hecho, la gente la conocía como la plaza de la guardia.

Todo estaba a punto desde el día anterior. Un cercado de madera acotaba el espacio para el combate. Alrededor habría sitio suficiente para acomodar a los curiosos que, previsiblemente, acudirían a ver aquel particular juicio.

La noche anterior, el caballero no había hecho nada especial o distinto de lo que era habitual. Había dormido bien e intentó no pensar en nada. Con su

pasado guerrero, había representado la vigilia de la última jornada de su vida en muchas ocasiones, de modo que aquello no le cogió por sorpresa.

Su oponente sería un hombre que se las sabía todas. Ramón de Cervera era algo más joven que él, pero no mucho más. Era un veterano y sabía combatir, y no dudaría ni un instante para aprovechar cualquier ventaja y batir a su rival.

Gilabert sonrió. Pensaba en la justicia de Dios. Tal vez, después de todo, el Señor sí que era justo.

A su memoria acudieron los hechos acaecidos veinticuatro años antes; veinticinco se cumplirían por Navidad.

En la ciudad de Tarragona.

El 1137, esa ciudad de glorioso pasado apenas comenzaba a levantar la cabeza tras unos siglos oscuros en los que quedó prácticamente deshabitada. La magnífica Tarraco —con la caída del Imperio romano, la llegada de los pueblos germánicos y la irrupción posterior del islam— quedó fuera de cualquier amparo que permitiera una continuidad basada en la seguridad de sus habitantes. Al norte, buscando taponar el impulso de los sarracenos, los francos de Carlomagno crearon una serie de condados. Tras conquistar la entonces sarracena Barsiluna, el río Llobregat quedó como frontera natural. Al sur y al oeste, la gente de Al-Ándalus se había hecho fuerte en la Medina Larida y la Medina Turtuixa. Y en medio quedó un espacio grande y vacío donde no imperaba ninguna ley más allá de la fuerza de la espada y el criterio de quien tuviera más maña para usarla.

La Tarraco romana murió de golpe y dejó unas ruinas gloriosas de un pasado más glorioso aún. Los primeros años, ni cristianos ni sarracenos hicieron caso de la buena situación geográfica de la antigua urbe. Hasta que los seguidores del islam, poco a poco, fueron habitando aquellas ruinas y aprovecharon sus grandes sillares de piedra, bien cortados y perfectos, para levantar nuevas construcciones. Fue entonces cuando los cristianos se dieron cuenta de su valor estratégico y, en un episodio azuzado por el espíritu de la cruzada, arrancaron la ciudad a los sarracenos. Esto ocurrió en el año 1116.

Los primeros en entrar en Tarragona transmitieron un testimonio triste: un espacio fantasmal, apenas habitado y lleno de edificios en pésimas condiciones de conservación.

Pero desde ese momento la ciudad ya fue plenamente cristiana. El conde

de Barcelona, Ramón Berenguer III, entregó al obispo de Tarragona la ciudad y su territorio más inmediato, y convirtió al obispo Oleguer en su vasallo. Esto fue ratificado por el papa Gelasio II, quien, otorgó al citado obispo el título de arzobispo de Tarragona.

Pero todo era nominal. La ciudad no estaba plenamente ocupada y dirigida por cristianos. Y para la inseguridad que ofrecía el vasto territorio circundante solo había una solución.

El arzobispo cedió el feudo de la ciudad y su periferia a un caballero de origen normando, Robert Bordet, conocido en adelante como Robert de Aguiló. Se le concedió el título de príncipe de Tarragona y los normandos ocuparon la ciudad y convirtieron esas tierras en un espacio más seguro.

Pero esto fue el principio de un problema mucho más grave. La concesión del título no fue clara. El arzobispo no pensó que los normandos traspasarían el señorío secular de Tarragona en herencia. Pero eso era lo que esperaban los hijos de Robert de Aguiló.

La muerte del arzobispo Oleguer el 1137 dejó un vacío de poder que el príncipe efectivo de Tarragona supo aprovechar para hacerse más fuerte aún. Mientras en Barcelona decidían qué hacer, Robert de Aguiló hacía resurgir la ciudad desde sus gloriosas cenizas.

El caballero Gilabert, que en aquel entonces sumaba veintinueve años, formaba parte de la hueste de Robert de Aguiló. La buena amistad que le unía al príncipe de Tarragona le obligó a cumplir la promesa de ayudarlo durante unos años, hasta que la ciudad y las tierras circundantes fuesen más seguras.

Al mismo tiempo, la poderosa familia de los Cervera había recibido diversas donaciones en el campo tarraconense, motivo por el que uno de sus herederos, junto a un grupo de caballeros, se instaló en la ciudad durante una larga temporada. Este Cervera era el hermano menor de Ponce, Ramón, que entonces tenía veintisiete años y unas ganas inmensas de incrementar el patrimonio familiar.

Otros nobles y señores, con idénticos objetivos, también se instalaron en la ciudad. Y pronto nació un espíritu cortesano que tejía complicidades, pergeñaba traiciones y sobre todo creaba enemigos.

Robert de Aguiló, príncipe de Tarragona, se había casado muy joven con Inés Sibila. Los frutos del matrimonio no se hicieron esperar y cuatro hijos,

todos varones, aseguraron la descendencia de la nueva dinastía. Y el hijo mayor, Guillermo —con diecisiete años acabados de cumplir—, para llenar de mayor nobleza la sangre de los Aguiló, fue prometido en matrimonio con la hermana del nuevo conde de Barcelona, Almodis. Esta se había instalado en Tarragona unas semanas atrás, junto a un numeroso séquito de guardias y sirvientes.

—Tal vez no sea necesario que me acompañes a todas partes —le dijo Guillermo de Aguiló al caballero Gilabert—. Ya soy mayor, pronto estaré casado —puntualizó con orgullo el joven.

—Son órdenes de tu padre. Y a mí tampoco me gusta hacer de niñera —contestó Gilabert con una leve sonrisa.

—También me ha dicho que tu influencia puede ser buena para mí.

La sonrisa de Gilabert se ensanchó ligeramente mientras negaba con la cabeza y chasqueaba la lengua.

—Hoy tengo una misión propia de un señor —continuó Guillermo, haciéndose el importante—. He de resolver un problema de jurisdicción. Está relacionado con la propiedad que los Cervera llaman Castillo de Tarragona, hacia el sur. Algunos lugareños se quejan sobre los derechos de un pequeño bosque.

—No conozco a nadie de la familia Cervera —dijo Gilabert.

—¡Mala gente! —respondió el joven como si fuese un hombre lleno de sabiduría—. Son ambiciosos y siempre buscan hacer trampas. No tendremos que salir de la ciudad, tienen una casa aquí mismo.

El montón de edificios a los que llamaban «ciudad» quedaba aún muy lejos de asemejarse a Barcelona, pensó Gilabert.

El soberbio cinturón amurallado sufría las consecuencias del abandono: algunos tramos habían cedido y no se habían reparado, dejando agujeros por donde la gente circulaba a su antojo. Aunque había puertas, aquellas aberturas eran muy utilizadas para entrar y salir de la ciudad.

A pesar de que la zona construida era mucho más extensa que la Ciudad Condal, la mayor parte de Tarragona estaba deshabitada. Y la gente se había instalado en las zonas más elevadas o donde estaban los mejores edificios.

El trazado urbano se distribuía en tres escalones. Desde el más alto, era un claro descenso hasta el nivel del mar. Los habitantes se habían concentrado en

el segundo, dejando casi vacío el superior, mientras que el más llano se utilizaba como zona de paso hasta llegar al pequeño puerto.

Por doquier, sobre todo en los dos escalones inferiores, se veían restos del pasado romano; los sillares cortados siglos atrás se mezclaban con las rocas sin apenas labrar de los últimos tiempos. La misma torre donde vivían los Aguiló era un claro ejemplo de este tipo de construcción: hasta cierta altura los sillares regulares le otorgaban una solidez muy elegante, pero de ahí para arriba se apreciaba la intervención más reciente.

No se veían tantos habitantes como en las urbes mayores. Las calles estaban limpias de escombros y las casas lucían bien acabadas y sólidas. Y todos los edificios eran de piedra; el tapial y la madera eran un recurso provisional para tapar un agujero o un derribo causado por la lluvia o un fuerte vendaval.

—Es aquí —señaló el joven Aguiló.

Lina casa como las demás, sin ninguna distinción particular. Una estructura sólida, sin apenas ventanas que dieran a la calle, se apoyaba en las casas vecinas.

Una vez dentro los recibió un hombre algo más joven que Gilabert. Era Ramón de Cervera, a quien el caballero normando recordaría el resto de su vida.

—¡Así que te fías más de la palabra de un vulgar campesino que de la mía, que soy hijo de señor! —Sin gritar, el tono era suficientemente alto como para buscar ofender la juventud y el supuesto mal criterio del hijo mayor del príncipe de Tarragona.

—Si hay alguna queja se tiene que investigar. Es el deber de todo señor. —La respuesta de Guillermo fue acertada, a ojos de Gilabert, pero se notaba en exceso que ambos eran aspirantes a señores.

—Nada, muchacho, no tengo nada que decirte sobre todo esto. Son mis tierras y hago lo que me place. Dile a tu padre que cuando necesite gente para luchar, los Cervera siempre estarán a punto; tal y como prometimos con el pacto de vasallaje. Mientras tanto, no me molestéis o alguien de la capital sufrirá las consecuencias.

Fue entonces cuando empezó la enemistad entre Gilabert y Ramón de Cervera.

—Por muy señor que seas, eres vasallo del padre de Guillermo y un día tendrás que rendirle homenaje a él también. —Gilabert no se mordió la lengua—. Es mejor resolver el tema de buenas maneras, de lo contrario será Robert de Aguiló quien lo haga en persona.

—¿Y tú quién diantres eres? —le preguntó Ramón de muy malos modos.

—Alguien que vela por el bienestar de los Aguiló. Y que siempre estará vigilando a ladrones y embusteros que quieran aprovecharse de su condición de señores.

—¿Cómo te atreves a insultarme en mi casa? ¿Quién te has creído que eres?

Ramón de Cervera los echó de su casa sin miramientos.

—Tú tampoco has sido un angelito precisamente —dijo Guillermo a su acompañante cuando regresaban a pie hasta la torre del príncipe de Tarragona.

—No puedo aguantar la prepotencia. Y no deberías permitir que un vasallo tuyo te trate así, Guillermo, o tendrás problemas en el futuro.

—¿Quieres que sea como Ramón de Cervera?

—No, pero has de mantener un equilibrio. Un señor tiene que ser respetado por sus vasallos y siervos, pero al mismo tiempo estos tienen que saber que el señor vela por su bienestar.

—¡Un poco sabelotodo sí que eres! —añadió Guillermo con una sonrisa pícar—. Pero tienes razón. Lo vigilaré. Ese comentario sobre que alguien de la capital pagará las consecuencias tal vez se refería a mi prometida, Almodis. No me fío, lo vigilaré.

—Lo haré yo, Guillermo. Si hubiera algún problema, es mejor que ningún Aguiló se vea envuelto.

Los siguientes días y noches Gilabert se dedicó a vigilar a Ramón de Cervera y a Almodis, la hermana del conde de Barcelona, Ramón Berenguer, y prometida de Guillermo de Aguiló.

Tanto el uno como la otra no parecían esconder nada, seguían una rutina diaria muy repetitiva. Hasta que se dio cuenta de que tanto Almodis como Ramón de Cervera compartían el horario, y también una casa. Era muy modesta, pero de aspecto sobrio y robusto. Y estaba situada en la zona baja, cerca de la parte de la muralla que tocaba con la zona portuaria.

«¿Ramón y Almodis de Barcelona, amantes?», Gilabert no terminaba de

creérselo. Su primera intención fue contárselo todo al padre de Guillermo, Robert de Aguiló. Era un tema muy delicado y se imponía ser claro y discreto; ir con mucho cuidado para no complicar más ese gran enredo.

Pero se detuvo.

Antes de hablar con el príncipe de Tarragona necesitaba hechos comprobados, no suposiciones.

Tampoco podía abordar a Ramón de Cervera, pues estaba seguro de que buscaría el enfrentamiento o, en el peor de los casos, el asesinato de Gilabert en un callejón.

Era necesario ir más allá.

Estudió la situación hasta que lo tuvo claro.

Almodis vivía en un caserón situado en la zona media de la ciudad, muy cerca de la entrada de la Vía Augusta. Una zona de bastante tránsito por la gente que venía del norte, sobre todo desde Barcelona. Era más que notorio que la hermana del conde de Barcelona era alguien importante por la cantidad de sirvientes y guardias que vivían y custodiaban la casa.

Como ya sabía la rutina de la joven, buscó la hora y el lugar adecuados para conseguir su propósito.

Cada tarde, antes de hacerse de noche, iba a una pequeña iglesia muy antigua situada en el centro de un anfiteatro romano medio derruido. El lugar era precioso. El mar atemperaba el invierno mediterráneo convirtiéndolo en una inacabable primavera; y el verano también disfrutaba de la refrescante brisa marina. El anfiteatro, situado fuera de las murallas, aprovechaba una pendiente para apoyarse en la roca viva. El graderío estaba bastante entero, pero también se notaban graves desperfectos. Alrededor del anfiteatro, la vegetación era libre y un verde perenne se acoplaba muy bien con el azul oscuro del mar y los tostados y amarillos de la tierra y la roca.

La gente bajaba de la ciudad para ir a misa. El pequeño templo conseguía acoger a la multitud, pero a costa de la estrechez de los fieles.

Ese era el momento en el que Almodis estaba sola; sola de guardias armados, pero rodeada de gente. Aunque era noble y ocupaba un lugar preferente, el templo no daba para más.

Gilabert se situó muy cerca de ella. El cura comenzó a decir misa y los allí congregados centraron su atención en el sagrado oficio. Igual que Almodis.

—Sé que estáis con Ramón —le susurró en la oreja—. Venid mañana al mediodía al antiguo templo romano de la zona alta. Sola.

Antes de que ella pudiera contestar, Gilabert ya había desaparecido.

Y al día siguiente ella acudió a la cita.

—Me ha costado mucho burlar a la guardia. Supongo que queréis oro. — Ella le ofreció una pequeña bolsa de piel.

El techo del templo estaba hundido y varias de las columnas que le hacían de sostén habían cedido. Casi parecía haber sufrido el enojo de un gigante que lo había golpeado con su puño. Antiguamente, el templo estaba rodeado de un jardín. También se veían columnas más allá, circundando la explanada.

—No quiero vuestro oro. Ni nada de lo que podáis ofrecerme como mujer.

Ella parecía hacerse la ofendida, pero tenía carácter y se quedó callada, mirando más allá del caballero.

—¿Qué queréis, pues?

—Estáis prometida con Guillermo de Aguiló y os estáis viendo con Ramón de Cervera. Eso no es propio de una mujer que va a misa cada día. ¿O tal vez vais para limpiar vuestro pecado?

—¡No es asunto vuestro! —Su mirada estaba repleta de fuerza, carácter y enfado. También apretaba labios y dientes con fuerza, llena de rabia.

—¡Sí que es asunto mío!

Gilabert la cogió por el brazo.

Ella le mostró una dolorosa mueca, se libró de la mano del caballero y escondió la mirada.

—Vos no sabéis nada. No sabéis nada... —No sollozaba, pero su voz había perdido la fuerza y la determinación de antes.

El caballero le subió la manga de un tirón y vio que un oscuro cardenal llenaba el antebrazo de la joven.

Ella le miró a los ojos: había recuperado la determinación y su mirada espantó al caballero.

—¡Estáis a punto de estropearlo todo!

—No os dejaré salir de aquí hasta que no sepa lo que está ocurriendo.

—Guillermo es un malnacido. —Aquellas palabras no eran habituales en una mujer de su condición—. Es un hombre violento que solo entiende la relación con una mujer usando el lenguaje de las agresiones y la brutalidad.

Aquello hizo estremecer a Gilabert.

—¿Ha abusado de vos? —preguntó bajando la voz.

—¡No es asunto vuestro!

Y lo dejó allí.

Aquella misma noche, Gilabert se reunió con Robert de Aguiló y su hijo, Guillermo.

—Acepté ayudar a tu hijo por el respeto que siento hacia ti, Robert. —Los tres estaban solos en un pequeño salón de la torre donde vivía el príncipe de Tarragona—. Pero antes de continuar he de saber qué tipo de relación tienen tu hijo y su prometida.

—¡Te has vuelto loco, Gilabert! —Robert no podía creerse que esas palabras salieran de la boca de alguien en quien confiaba como si fuera un hermano—. Cómo se relacionen es un tema que no te concierne.

—¡Jamás he tolerado las agresiones a mujeres y niños! Ya sé que esto es algo habitual, pero no puedo evitar sentir una gran repulsión por este tipo de agresiones.

—Como te he dicho antes, y no volveré a repetirlo, lo que haya entre mi hijo y su prometida no te concierne. Pero Guillermo es un buen muchacho y aún no tiene la malicia de un adulto.

Gilabert miró al joven. Este había fijado la vista en su padre.

—¡Escucha! Soy un hombre hecho y derecho. Y si quiero pegar a mi futura esposa tal vez sea porque se lo merece. No es asunto tuyo, padre.

Robert le propinó un puñetazo a su hijo y este cayó al suelo de manera aparatosa.

—Tu prometida es la hermana del conde de Barcelona. Tiene más nobleza de la que tú tendrás nunca, ¡desgraciado! Pide perdón y todo seguirá como hasta ahora. Compórtate como mi hijo, y no hagas que me avergüence de ti.

Guillermo se puso de pie. Un pequeño corte en su pómulo comenzaba a sangrar de forma tímida.

—¡No soy ningún muchacho! Y nunca pediré perdón por nada que...

Roberto le dio otro puñetazo.

—Márchate, Gilabert. —La expresión del príncipe de Tarragona reflejaba la tristeza que emergía de su alma—. Y no vuelvas nunca más por aquí. Has traído la verdad, pero has enfrentado a un padre contra un hijo. Y esto no te lo

puedo perdonar.

Gilabert no entendió aquel razonamiento, pero no quiso discutir. También tenía su orgullo, y él sentía que había obrado con total justicia.

Dos días después, abandonó Tarragona.

Apenas se había alejado una milla cuando unos jinetes lo interceptaron.

Al frente de aquella partida iba Ramón de Cervera.

—Vete lejos de aquí y no vuelvas nunca más a Cataluña, forastero —dijo con una sonrisa maléfica, como si hubiera conseguido una gran victoria—. Hoy te perdono la vida por el gran favor que me has hecho, pero si te vuelvo a ver, serás hombre muerto.

Gilabert no sabía a qué favor se refería Ramón y se marchó sin decir nada.

Al cabo de un tiempo se dio cuenta de que había sido un títere de Ramón de Cervera y Almodis de Barcelona. Pero ya era demasiado tarde para deshacer el lío que había ayudado a crear.

Aquello había ocurrido muchos años atrás. Después Gilabert y Ramón de Cervera se habían cruzado en diversas ocasiones y las disputas nunca habían acabado bien. Este, tal vez, era el momento de ajustar cuentas de una vez. Dios era justo.



Gilabert entró en la plaza escoltado por cuatro hombres del conde, que abrieron un pasillo por donde accedió al cercado en el que se celebraría el juicio por combate.

El caballero se sentía cansado de tanta lucha, como si arrastrara una armadura muy pesada. «Este combate y lo dejo. Nunca más volveré a tocar una espada. Este combate y se acabó», se repetía una y otra vez, con la esperanza de que acabara siendo una realidad.

Unos instantes después apareció Ramón de Cervera, también escoltado por cuatro hombres.

La gente llenaba la plaza sin dejar apenas un resquicio. Incluso en la parte baja del cercado, donde solo tendría que haber piernas, un montón de niños — agachados o tumbados— no se perderían detalle alguno del combate.

El cielo estaba cubierto de nubes grises que formaban unas enormes bolsas

como si fueran sacos de grano. No soplaba el viento, pero el ambiente se notaba muy cargado de humedad.

Los dos rivales llevaban una túnica de cuero como única protección. La de Ramón de Cervera, más oscura, mostraba el escudo familiar grabado en el pecho: un ciervo caminando con la cornamenta hacia atrás. La de Gilabert era del color natural del cuero, sin teñir, y sin ningún emblema.

Una vez dentro del cercado, dos escuderos les hicieron entrega de las armas: una espada para cada uno; unas armas con la hoja un poco más larga de lo habitual.

Fue entonces cuando el conde de Barcelona, acompañado por los nobles y el obispo que estaban en el salón de audiencias, salió a una de las ventanas del Palacio Condal y desde allí arriba explicó a los congregados en la plaza los motivos del juicio y que la resolución sería la sentencia final.

Mientras, ambos contendientes no dejaban de mirarse, casi sin parpadear. Ese día ajustarían cuentas tras muchos años de agravios.

«Este combate y lo dejo. Basta de luchar, basta de luchar», se repetía Gilabert una y otra vez.

Los dos eran veteranos y uno de ellos, además, señor. La lógica más elemental, y la tradición, decía que hubiera sido mejor elegir a un campeón para cada uno. De hecho, donde el juicio por combate era más habitual, si los contendientes eran nobles o disponían de riqueza suficiente actuaban así.

Pero entre esos dos luchadores había algo más que una disputa por asesinatos o agresiones. Y su rivalidad quedó bien clara con las miradas que se lanzaban.

Sin decir nada, y antes de comenzar el combate, ambos tenían la estrategia bien definida. No buscarían, de inicio, un golpe definitivo; sería correr un riesgo excesivo. La idea era agotar al otro y que se llevara la victoria quien más resistiera.

La lucha con la espada requería un buen equilibrio entre técnica y fuerza. El arma tenía que cogerse con ambas manos y los movimientos resultaban lentos y pesados. Era necesario controlar las propias fuerzas y dar golpes precisos.

Cuando el conde de Barcelona dio la señal, empezaron a moverse muy despacio, estudiándose. Caminaban con pasos laterales y trazando un círculo

sin dejar de dar la cara al rival. Cogían las espadas con ambas manos. Los dos se mostraban de perfil y usaban la misma guardia: la real de la verdadera ventana, con el pomo a la altura de la oreja derecha y la hoja de la espada, paralela al suelo, apuntando a la cara del oponente.

Por cómo se movían y cogían las armas, era evidente que ambos eran buenos en el manejo de la espada.

Al principio el público guardaba un silencio respetuoso. Pero al ver que aquello no ofrecía el espectáculo esperado, comenzaron a gritar y a insultarlos con improperios de toda clase.

—¿Ahora es cuando el hombrecito tiene miedo? —Ramón sonreía mientras buscaba provocar a su oponente. Estaban lo bastante cerca para que el público no los escuchara.

—Nunca te habría creído capaz de asesinar a tu propio hermano.

—Tendría que haberte matado aquel día a las afueras de Tarragona: la vida habría sido mucho mejor para todos.

—Has tenido otras oportunidades y te han faltado cojones para hacerlo.

Poco a poco, las espadas comenzaron a tocarse. Como si ambos quisieran probar la dureza de los aceros, daban golpes lentos y con poca fuerza. Pero efectuaban unos movimientos casi perfectos y llenos de elegancia.

Entre la gente, los gritos eran esporádicos, pero las carcajadas provocadas por los insultos eran casi generales.

Las primeras embestidas frenaron los gritos y se apropiaron de la atención de la gente. Más que ataques eran movimientos más rápidos.

—Supongo que ahora que has eliminado a tu hermano, el siguiente de la lista será tu sobrino Ponce, que heredará el vizcondado de Bas.

—¡Qué sabrá un sintierra como tú del señorío! —Esta vez la sonrisa de Ramón no asomó en su rostro.

El señor de Cervera atacó con más fuerza. Usando la técnica de la guardia corta —con los brazos en ángulo recto, el arma parecía prolongarse desde el ombligo hacia la cabeza del adversario—, su espada tanteó la guardia del caballero Gilabert, que aguantó bien los ataques.

Les faltaba la agilidad que otorga la juventud y los movimientos eran más contundentes que arriesgados. Pero con aquel sobrio inicio quedó de manifiesto el dominio de la lucha.

—¿Has rezado esta noche? —Ramón buscaba sacarle de quicio.

Gilabert ni se inmutó.

Intentó sorprender a Ramón con dos ataques bien distintos.

El primero desde la guardia de la cola larga —la espada arrancaba desde la parte baja del lado contrario al adversario—, con un ataque poderoso y difícil de defender. Ramón tuvo que retroceder un par de pasos; no existía otra forma de repelerlo.

La gente aplaudió con fuerza y vitoreó al caballero.

Ramón miró de reojo a los que estaban cerca y su sonrisa desapareció.

—Aunque luches como un noble, nunca serás uno de los nuestros. Habrás aprendido a usar la espada matando sabandijas, no luchando contra nobles.

Gilabert no respondió. De hecho, resoplaba tras su ataque y le habría costado hablar. Adoptó la guardia de la media puerta de hierro: con el pomo situado en la zona baja del tronco, la punta de la espada apuntaba al suelo; una defensa sólida que le permitía descansar los brazos.

Mientras, Ramón, con la guardia de la corona —muy parecida a la corta, pero de frente al adversario—, le atacó con tres golpes contundentes. Con el tercero, hirió al caballero a la altura del codo derecho.

El público gritaba y vitoreaba a Ramón de Cervera.

—Sangre roja —dijo Ramón exhibiendo la mejor de sus sonrisas—. No podía esperarse otra cosa de un aprovechado como tú.

Gilabert retrocedió dos pasos. La herida no era grave ni profunda; pero le había levantado la piel y sangraba profusamente.

Su oponente sabía bien lo que se hacía. Seguramente, su padre —cuando Ramón era joven— contrató a algún maestro de esgrima para formarlo, como solía hacerse con los hijos de los nobles. Después, una larga vida de guerras y victorias lo convirtieron en un temible adversario.

Pero Gilabert era tozudo. No se rendiría, de ninguna manera. Él era inocente. Y esa verdad le otorgaría la victoria. Tenía que ser así.

Lo atacó desde la guardia con la que había iniciado el combate, la real de la verdadera ventana. Lo hizo a toda velocidad; de hecho, era la mejor posición para actuar con celeridad.

Ramón se defendió bien, pero en la estocada siguiente la espada de Gilabert le perforó la túnica de cuero a la altura del hombro derecho. El de la

casa de Cervera no dijo nada y se mantuvo serio. El ataque había sido limpio.

La gente volvió a gritar. Espoleaba a Ramón para que devolviera aquella estocada.

También el cielo gritó. Un poderoso trueno los hizo callar a todos y al instante comenzó a llover a cántaros. Nadie se movió. Aquel era un buen espectáculo, de los que no se veían a menudo, y todos querían disfrutarlo; algunos, para contárselo después a vecinos y amigos.

Al poco, los contrincantes quedaron empapados por la lluvia.

Los ataques, las defensas, los contraataques y las nuevas defensas fueron una constante. Golpes efectuados con precisión y bien defendidos. El enfrentamiento ya hacía un buen rato que había comenzado y ninguno había sido capaz de volver a tocar al adversario.

Se los veía cansados. Ya no cogían la espada con la misma energía y determinación de antes, y los hombros parecían soportar una pesada carga invisible. También resoplaban de manera ostensible, con la boca abierta y respirando con dificultad.

A pesar de la lluvia, el público no dejaba de espolearlos. Querían espectáculo y no admitirían menos de lo que habían visto hasta entonces.

«Este combate y se acabó. Acaba y vámonos, ¡venga!». Gilabert se lo jugó a todo o nada.

Adoptó la guardia de la mujer: sujetaba el pomo cerca de la cerviz mientras la hoja bajaba por la espalda, totalmente oculta al adversario.

El rostro de Ramón de Cervera dejó escapar un mohín de incomodidad.

—¿Aún no tienes bastante?

Pero Gilabert no caía en sus provocaciones. Antes, no. Y ahora aún menos.

El caballero dio unos pasos en sentido lateral, siempre de frente a su rival.

El movimiento sorprendió por su rapidez, pues el agotamiento hacía impensable efectuar una pirueta así.

Descargó toda la fuerza que le quedaba en un ataque descendente. Ramón se apartó, pero la espada de Gilabert le hizo un buen corte a la altura del muslo izquierdo. Y la sangre de los Cervera, también roja, se mezcló con el agua de la lluvia.

Ramón ahogó el grito, pero su rostro no pudo evitar mostrar el dolor que le causó la herida.

Gilabert no tenía resuello para decir nada. Resoplaba con ganas buscando llenar los pulmones lo antes posible. Aferraba el pomo de la espada, pero la hoja tocaba el suelo, como si también hubiese dicho basta tras un último y definitivo esfuerzo.

Ramón de Cervera lo miró con odio. Por lo que entrevió Gilabert, su rival no se rendiría jamás; era demasiado orgulloso para quedar en evidencia delante de tanta gente.

Hasta que la voz de Ramón Berenguer se escuchó desde la ventana del Palacio Condal.

—Creo que, a los ojos de todos, y también a los de Dios, queda bien claro que el caballero Gilabert no es culpable. No ha sido derrotado y nadie podrá decir que es un criminal.

Miró a la plaza por si alguien manifestaba alguna queja. Luego su mirada se detuvo en Ramón de Cervera. Su cara reflejaba el sufrimiento provocado por la herida que le había infligido su rival, y también por no haber podido derrotar al caballero normando.

A pesar de no haber un ganador formal, este hecho otorgaba toda la razón a quien había pedido el duelo.

La edad adulta del álamo

Poblet, noviembre de 1154-febrero de 1155

La jornada de Todos los Santos significaba la llegada del frío. Aún no entraba el riguroso invierno, pero las temperaturas ya no eran tan agradables ni los días tan largos.

El padre Esteban echaba de menos a Gilabert.

El caballero se había marchado unas semanas atrás y el monje no se lo quitaba de la cabeza. Y aún menos después de la última conversación que tuvieron, momentos antes de abandonar definitivamente Poblet.

—¿Sabes adónde irás? —El monje intentaba alargar al máximo la despedida.

El caballero ya tenía el caballo a punto para montar y picar espuelas.

—Si existe un sitio idéntico a este en algún lugar del mundo, lo encontraré y me quedaré.

—No quieras huir de tu propia sombra.

Gilabert levantó una ceja, sin entender muy bien adonde quería ir a parar. Aquella mirada y el silencio obligaron al monje a explicarse mejor.

—Si el problema eres tú, vayas adónde vayas, seguirás arrastrando el problema.

Gilabert sonrió de oreja a oreja.

—¡Cómo has madurado, Esteban! Poco a poco va saliendo tu interior. Solo espero que esta panda de desagradecidos —miró a la gente de su alrededor, ocupada en sus tareas— sepa valorarte como te mereces.

»Mi sombra —dijo, y miró a Esteban—. No me lo había planteado así, y tienes razón. He de cambiar: si intento solucionar los problemas a golpe de espada es normal que estos se vuelvan contra mí de vez en cuando. Vaya adónde vaya, no seré el guardián de nadie. Dejo la espada y la vida de caballero.

—Por ganas, te acompañaría. Pero me debo a la orden y no puedo romper los votos.

—Tu vida está aquí. —Cogió al padre Esteban por los hombros, con los brazos totalmente estirados, como si fuera un muchacho joven—. Y desearía verte convertido en abad, Esteban.

—¡No, no! Mandar no está hecho para mí. Además, me gustaría dedicarme a estudiar a fondo. Y sobre todo ver cómo se levanta una sólida iglesia.

—Esteban el Sabio. Suena bien. —El caballero le guiñó un ojo mientras dejaba escapar una sonrisa.

Se abrazaron y Esteban captó el sentimiento del caballero: alegría y tristeza al mismo tiempo, casi a partes iguales. El monje lo estrechó con fuerza para quedarse la tristeza.

Al separarse, a Gilabert se le veía más sereno y seguro, y su mirada hasta parecía más limpia. Montó en su caballo y se marchó en dirección al norte.

El ánimo del monje se vio afectado. La tristeza del caballero lo dejó decaído y con ganas de llorar.

Se marchó hacia el claro del bosque.

Allí el tiempo parecía transcurrir a una velocidad diferente. Incluso los pájaros piaban con más suavidad y las ramas de los árboles se balanceaban casi con ternura.

El álamo se había convertido en un árbol adulto. La corteza aún no tenía arrugas, pero el tronco era robusto y ya sostenía ramas gruesas. Y aunque el otoño empezaba a desnudarlo, aún conservaba un montón de hojas verdes.

Lo tocó.

A medida que el árbol crecía, la sensación que recibía el padre Esteban era cada vez más intensa. Aún no igualaba al álamo de Claraval —aquel

álamo gigante regalaba sensaciones a chorros, como si fuera un río muy ancho y generoso—, pero solo era cuestión de tiempo.

En él descargó su tristeza. Unas cuantas hojas aún verdes se secaron de golpe y cayeron al suelo. El padre Esteban había aprendido que el álamo le liberaba de la carga que suponía coger la tristeza de los demás. Pero esto tenía un coste para el árbol.



El invierno avanzaba sin piedad y el frío calaba hasta los huesos.

Ese año estrenaban el calefactor: una amplia habitación en la que los monjes podían entrar y calentarse si el frío era muy riguroso. Allí también estaban los utensilios para afeitarse el cabello y la barba.

Un joven monje, que acababa de llegar de Fontfroide, ejercía de barbero y afeitaba la tonsura. Algunos preferían rasurarse ellos mismos, pero la mayoría delegaba en el monje.

A pesar de tener suficiente espacio, el calefactor era un lugar modesto. Construido en piedra —era el primer edificio con aquel noble material—, disponía de un hogar que calentaba toda la sala. Tenía una ventana, estrecha y alta, con un cristal blanco que dejaba entrar la luz solar para iluminar la estancia. Y estaba cubierto por una bóveda de cañón, por lo que el techo era muy alto.

El calefactor estaba situado de cara al futuro claustro, justo al lado norte y junto al refectorio.

El padre Esteban entró, se afeitó y dejó que el joven monje le practicara la tonsura.



El invierno no fue excesivamente frío. La nieve no llegó hasta mediados de febrero, y lo hizo con una única tempestad que apenas dejó un par de palmos y que al derretirse no duró más de dos días.

Pero el monje veía señales de Dios por doquier.

Como aquel día que fue conducido al claro cuando Gaya fue agredida.

Pero ahora no existía ningún mensaje claro; si es que en aquella ocasión hubo alguno. Todo eran situaciones poco habituales, o que a él le parecían extrañas. Un conejo asomando de su madriguera que se quedaba quieto y lo miraba fijamente. Un pájaro en medio del camino, justo delante de él, en silencio e inmóvil como una piedra. Un conjunto de hojas que, debido a un viento inexistente, caían justo a sus pies formando una curiosa alfombra. Un día incluso se encontró a todos los animales de la cuadra —una treintena, entre mulas, asnos, caballos y bueyes— mirándolo en silencio, con la cabeza girada hacia él.

Aquel día, en la cuadra, hasta tuvo miedo. Estaban a finales de enero y el frío, sin ser intenso, era acusado. La cuadra era un lugar más cálido por la presencia de los animales. Pero aquel hecho, que los animales le miraran, le provocó una fuerte tiritona. De repente, sintió una calidez interior que frenó aquel tembleque y le otorgó una paz que nunca antes había sentido.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué significaban todas esas señales? ¿Qué le estaba diciendo Dios Nuestro Señor? Pues ahora tenía claro que el Señor le hablaba y que alguna cosa muy especial estaba a punto de ocurrir.

La consecuencia

La Espluga Sobirana, febrero de 1155

Aquella única nevada del invierno, a finales de febrero, no llenó de felicidad a Gaya. De niña, el paisaje teñido de blanco sin mácula habría significado una explosión de sensaciones: ganas de correr, de saltar, de tocar la nieve.

Pero ya no.

Y no era porque ya fuese adulta, o porque se sintiera prisionera ante su futuro como señora, o porque no viera salida a su matrimonio.

Era algo más importante que todo eso.

Todo se hundió al regresar de Barcelona después de la muerte de su padre y de aquel juicio por combate.

Gaya comenzó a encontrarse mal. Mareos, vómitos. Y estaba tan débil que se agotaba al mínimo esfuerzo.

Almodis hizo llamar al sacerdote, que también era el médico de la familia. La examinó y después la dejó sola, mientras hablaba con su madre fuera de la habitación.

Cuando Almodis regresó, tenía los ojos llorosos y Gaya se quedó muy sorprendida. Jamás había visto a su madre tan afectada por nada; ni siquiera, unas semanas atrás, cuando murió Ponce.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿No podías aguantar unos meses más? ¡Ahora sí que lo has estropeado todo, furcia!

Su madre jamás la había tratado de esa manera. Los insultos le salían del alma.

—Pero... ¿qué... qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¡Dímelo tú! ¿Quién es él? ¿Quién es?

Aquella no era su madre. La mujer fuerte, segura de sí misma, había enloquecido sin que Gaya supiera la causa.

—No sé...

—¡Claro que lo sabes! ¿Quién es él?

Pasó un buen rato hasta que su madre se lo dijo.

—¡Estás preñada! ¿Ahora ya sabes quién es?

Gaya se quedó petrificada. No podía asumir ni valorar lo que le decía su madre. Ni mucho menos pensar en su futuro ni en el de la criatura.

Preñada.

Había incógnitas que no sabía resolver. ¿Quién era el padre? ¿Cómo podía haber ocurrido?

Después, naturalmente, recordó lo que pasó en el claro y los interrogantes desaparecieron. El padre era su primo Berenguer.

Con su madre delante, Gaya se sentía muy presionada.

—¿Quién es él? —volvió a preguntar.

—¡Nadie! —Se giró para evitar su mirada.

Fue entonces cuando comenzó a valorarlo todo.

Con un hijo, su prometido, Ramón de Torroja, seguramente rompería el compromiso. Si no se casaba con él, no encontraría un partido mejor. Y sin un buen matrimonio, sus sueños de gobernar un señorío quedarían borrados para siempre.

Su primer impulso fue echarse a llorar. Pero se aguantó. Apretó los puños con fuerza, igual que los dientes.

—¿Quién es él? —repitió por tercera vez su madre. Ahora se había situado delante de Gaya para verle la cara. La cogió por los hombros y la agitó con fuerza.

Estaba a punto de decir la verdad cuando recordó la amenaza de su tío: Algabursa sufriría las consecuencias si lo contaba.

No podía decirle que fue agredida y violada por su primo retrasado con la ayuda de su tío porque quería darle una lección.

—¡El padre Esteban! —le salió de golpe. Recordaba aquel día, aquel momento, y apareció el monje y la ayudó.

—¿Acaso te has vuelto loca? —Almodis le propinó una bofetada.

Gaya reaccionó abriendo los ojos y mirando a su madre con rabia.

—¡No vuelvas a pegarme nunca más! —le dijo mientras le cogía la mano y la alejaba de su cuerpo—. ¡Ya no soy ninguna niña!

—Sí, eso ha quedado más que claro. —Almodis la miraba fijamente a los ojos—. ¿Estás segura de lo que dices? ¿El monje es el padre?

Gaya volvió a girarse y le dio la espalda. No era fácil engañar a su madre. Y cuando Almodis la miraba de esa manera, no se veía capaz de esconder una mentira.

—¡Ya te lo he dicho!

Su madre se quedó en silencio y a Gaya le hubiera gustado tener ojos en la nuca para leer en su mirada. Aunque Almodis sabía ocultar sus sentimientos, Gaya podía adivinar ciertas reacciones.

Se giró.

No se la veía enojada, al menos no como antes. Se entreveía cierta maquinación en su rostro: estaba pensando cómo arreglar todo aquello, si podía encontrar una salida.

—Esa criatura no tendría que nacer —dijo Almodis.

Gaya retrocedió un par de pasos, asustada.

—¡No! ¡Yo quiero este hijo! —No lo había valorado aún, pero la idea de su madre le removía las entrañas.

Con su pose de mujer muy segura de sí misma, Almodis se acercó a Gaya.

—Este hijo va a cambiártelo todo. Tienes que valorarlo en su justa medida. Podrás tener más hijos, a los que acabarás queriendo tanto como a este.

Su madre hablaba en serio. Primero pensó que había sido una reacción en caliente a la noticia. Pero ahora asumió que era una reflexión fría y calculada.

Fría y calculada.

¿Tal vez había hecho antes esa reflexión?

—Si quieres tenerlo, hazlo. Pero es un error y lo sabes.

Gaya escudriñó en la mirada de su madre, pero chocó con sus ojos fríos. Sin saber por qué, no quiso darle la razón. ¡De ninguna manera!

—¡Sí, lo quiero tener! Y si me lo vuelves a repetir, te juro que me defenderé con uñas y dientes. —Sin querer, hizo retroceder a su madre; quizá su mirada emanaba fuerza y determinación. Y quizá también miedo.

—¡De acuerdo! Pero esto tendrá consecuencias.



Fue a la mañana siguiente. Una sirvienta llamó a Gaya: su tío Ramón la requería en el nuevo palacio, donde ahora celebraban las audiencias.

Más lujoso y de mejor factura que el que se encontraron al llegar a la Espluga, aquel salón dignificaba a cualquier señor. Construido al lado de la torre de defensa, era el inicio de un castillo a la altura de los Cervera.

Al entrar, la esperaban su tío Ramón y su madre. También había tres monjes de Poblet, entre ellos el padre Esteban.



Cuando la joven entró, los que se encontraban en aquella lujosa sala se quedaron en silencio. Todos miraron a Gaya expectantes.

Las horas anteriores habían resultado muy extrañas para el padre Esteban.

Las señales que él interpretaba como provenientes de Dios se habían intensificado de manera extraordinaria y en algunos momentos pensó que se había vuelto loco.

Más allá de los animales, las plantas, los árboles o las mismas nubes, veía luces por doquier. Como si fuesen antorchas cuyo fuego no se movía, pero muy resplandecientes, se quedaba deslumbrado durante unos instantes. Al rato, otra. Y después otra.

Loco.

Aquello habría enloquecido a cualquiera. Pero el padre Esteban tenía claro que era la manera como Dios le hablaba. Más que palabras eran señales, como ya le había explicado su padre, Bernardo de Claraval.

«En cada sitio en el que estés, observa a tu alrededor. Un árbol, una

piedra. Un pájaro. Una nube. Todo es obra de Dios y, por tanto, todo es susceptible de ser utilizado como un mensaje. Cuando recibas su llamada, lo sabrás. Será entonces cuando habrás de ser valiente y aceptar el destino que ha reservado para ti. Eso sí, en ese momento nada de dudas ni miedos. Tu deber como cristiano y ahora como presbítero es estar a su servicio más allá de cualquier disputa interna. Eres una criatura de Dios, Esteban, y tendrás que cumplir su voluntad».

Ni dudas ni miedos. Había llegado su momento y no defraudaría a su padre, que seguro que le estaba observando desde el cielo, sentado a la vera de Dios Nuestro Señor, y de su hijo Jesucristo.

El gallo cantó al alba y el padre Esteban supo que ese sería un día especial. El Altísimo le pondría a prueba y él tendría que responder.

Por la mañana el abad fue a buscarlo para solucionar «un tema delicado» con los Cervera en la Espluga. También estaba el prior, el padre Hugo.

Mientras duró el trayecto, ninguno de los tres no dijo nada. Por lo tanto, entró en el palacio de los Cervera con la inquietud de no saber cuál era el motivo de su presencia.

Ramón de Cervera cruzó unas palabras llenas de formalidad con el abad Grimoald, pero nada reveladoras del motivo que les había llevado allí.

Y fue la entrada de Gaya la que lo inició todo.

El padre Esteban miró el rostro de la joven. Se la veía más pálida que de costumbre. Y no había rastro de la seguridad y la altivez que siempre lucía. Estaba asustada.

—Gracias, padre abad, por haber venido tan pronto —dijo Ramón de Cervera—. Estos temas se tienen que solucionar antes de que sea demasiado tarde.

El padre Esteban no entendía nada. Miró al abad y al prior, que afirmaban con la cabeza, confirmando las palabras del señor de los Cervera.

—La hija mayor de mi difunto hermano, que Dios le acoja en su seno —se santiguó mirando al techo—, acusa a uno de vuestros monjes de haber abusado de ella.

El padre Esteban miró a Gaya. Ella le devolvió una mirada llena de tristeza. Si hubieran estado solos, le habría quitado la pena con un fuerte abrazo; la joven lo necesitaba, era evidente.

Casi no estaba atento a lo que decía Ramón de Cervera, ni cuáles eran sus intenciones.

—Hemos creído oportuno haceros venir para resolver este delicado asunto. Gaya, por favor, acércate. —La joven dio unos pasos, pero no se situó a su lado—. Tienes que decirlo alto y claro, para que todo el mundo lo oiga. Repite la acusación.

—Espero un hijo fruto de una relación con el padre Esteban.

El aludido se quedó paralizado y sin respiración durante unos instantes.

Su pensamiento no sabía cómo reaccionar. Miró a Ramón de Cervera: este lo observaba algo inquieto, esperando una respuesta.

Después volvió a mirar a Gaya. Y vio la luz de Dios.

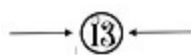
Alrededor de la joven brillaba una aureola deslumbrante, divina. Incluso la tristeza de su mirada ya no parecía tal: el fuerte brillo apagaba el resto de los detalles.

El padre Esteban se maravilló. Gaya parecía una Virgen María. Y en su interior crecía una semilla que se convertiría en un fruto de Nuestro Señor.

Observó que la aureola que rodeaba a Gaya formaba una especie de remolino a la altura del pecho de la muchacha, como si señalara el vientre que albergaba a la inocente criatura.

El padre Esteban levantó la vista y dio gracias a Dios por aquel don.

—Soy el responsable de la criatura que Gaya lleva en su vientre —dijo—. Y acepto todos los cargos, castigos y penitencias que tengáis a bien imponerme. Pero esta criatura de Dios ha de recibir una educación cristiana y reclamo el derecho a educarla de acuerdo con los designios del Altísimo. No permitáis que la ley de los hombres deje huérfano de educación a un hijo de Dios.



Las palabras del padre Esteban no parecían provenir de un ser humano. Poderosas. Llenas de intensidad. Demostraban una clara superioridad respecto a los presentes en el salón.

Su voz tenía un tono grave y pausado. Pronunciaba las frases con una cadencia continuada y llena de fuerza. Y las afirmaciones parecían imposibles

de contradecir.

¿Qué le ocurría al padre Esteban? ¿Por qué hablaba así?

El monje había aceptado la responsabilidad del embarazo. Sin ser el padre ni tener obligación alguna sobre la criatura, se ofrecía a educar a su hijo. Y no solo se ofrecía: lo reclamaba como un derecho.

Además, decía que su hijo era una criatura de Dios.

Gaya observó detenidamente al padre Esteban.

El monje parecía otro. Su habitual figura encogida y temerosa había dado paso a una presencia altiva y rebosante de dignidad; incluso se le veía más alto. Miraba a los demás desde una posición de privilegio. Y su mirada era dura, poderosa, profunda. Cargada de personalidad y carácter.

Gaya miró a su madre. Almodis también estaba sorprendida. Por todo, pero sobre todo porque el padre Esteban se había hecho cargo de la paternidad y reclamaba su derecho sobre la criatura.

Finalmente, fue el abad de Poblet quien habló.

—Padre Esteban, lo sucedido ya tiene suficiente gravedad para excomulgaros y pedir vuestra expulsión de la comunidad monástica de Poblet.

El aludido miró al abad, pero no dijo nada.

La voz de Grimoald pareció temblar ligeramente.

—Pero... pero tendremos que buscar la manera de resolverlo para que todas las partes queden satisfechas.

Después de decir esto —en realidad no había dicho nada—, respiró hondo. Como si se hubiese liberado de una pesada carga.

Fue Almodis quien habló.

—Para educar al niño —intentaba no mirar al padre Esteban; sus ojos iban del padre abad a su cuñado, Ramón—, queda claro que estos dos tendrían que vivir bajo el mismo techo. Y yo no lo quiero aquí. Es un... —Le flaqueó la voz al mirar al padre Esteban—. Es un... ¡No lo quiero aquí y punto!

—Tampoco pueden quedarse en Poblet —dijo el prior—. No podemos permitir una relación de este tipo en el monasterio, ni que una mujer viva entre nosotros. Nuestra orden así lo dicta.

Ramón de Cervera no dijo nada, aunque durante un momento todas las miradas convergieron en él. Como señor, tal vez podía ofrecer una solución milagrosa a aquella insólita situación.

Pero se quedó mudo.

El padre Esteban volvió a tomar la palabra.

—Educaremos a esta criatura de Dios en la granja de Milmanda. Está fuera de la Espluga y también del recinto monástico de Poblet. No compartiremos ni cama ni habitación. Pero sí techo y comida. La criatura recibirá una educación cristiana con unos padres que velarán por su bienestar.

Al terminar de pronunciar aquellas palabras, se sintió vacío por dentro. Como si lo que había dicho le llenara de fuerza y ahora, al salir al exterior, no le quedara nada.

Casi se cae al suelo. Tuvo que apoyarse en una semicolumna de la pared.

Nadie dijo nada. De hecho, el abad, Ramón y Almodis respiraron tranquilos ante aquella solución.

Finalmente, la madre de Gaya tuvo que decir la última palabra.

—Exijo absoluta discreción por parte de todos. No es necesario que lo sepa todo el mundo. Guardemos las apariencias.

Ni dio explicación alguna sobre aquella petición. Así era Almodis: hija de noble, hermana del conde y viuda de un señor feudal.

El embarazo

Granja de Milmanda, abril de 1155

El acuerdo al que habían llegado en el salón del señor de la Espluga parecía la mejor solución. Pero llevarlo a buen término y que todo saliera más o menos bien ya era otra cuestión.

El padre Esteban conocía muy bien la granja de Milmanda. Él mismo se había encargado de su administración durante los primeros meses tras la llegada de los monjes a Poblet. Desde entonces, el aspecto de la granja había cambiado un poco.

Situada en la cima de una pequeña colina, seguía pareciendo una pequeña fortaleza. La parte más visible, la torre de guardia, se elevaba sobre el resto de las edificaciones con sobriedad, pero con la elegancia que le otorgaba la piedra y sus esquinas cortadas a escuadra. Además, protegía la entrada principal al recinto: la puerta, realzada por un arco de medio punto con unas dovelas trabajadas con suma precisión. La planta de las edificaciones que conformaban la granja mostraba una disposición irregular: uno de los ángulos era de noventa grados y los otros solo se acercaban a esta cifra. Tres de los cuatro lados los cerraban los edificios, mientras que en el último se había levantado un muro lo suficientemente grueso cuya función era cerrar el recinto y que hacía las veces de muralla.

El patio interior era grande y espacioso, lo suficientemente amplio para los trabajos habituales de una granja como la de Milmanda. Aun así, durante la época de la vendimia o la recogida de la aceituna todo se quedaba pequeño. Cuando coincidían tres o cuatro carros al mismo tiempo tenían que hacer cola fuera del recinto fortificado.

Recientemente se había ampliado el patio, para lo cual hubo que dismantelar unos pequeños corrales que ya no se utilizaban. También se estaba construyendo un nuevo edificio que serviría como almacén; pero las obras iban muy despacio y la previsión no era acabarlas pronto.

La cotidianidad del padre Esteban se vio muy afectada. Al quedar fuera de la comunidad monástica, no se regía por los mismos horarios, pero su cuerpo se despertaba a la hora de la vigilia. Como todo estaba muy quieto y en silencio, no sabía qué hacer. A esa hora los monjes rezaban y cantaban. Los primeros días él se levantaba y rezaba. Hasta que decidió no cumplir con esa liturgia.

A la hora laudes también el silencio era total. Pero no dejaba pasar aquel momento tan importante porque era cuando daba gracias a Dios por la jornada que comenzaba. Después, con el canto del gallo, los laicos se levantaban y comenzaba el día para todo el mundo.

Tampoco había renunciado del todo a la vida monástica. Seguía llevando el hábito cisterciense y también el rasurado de cara y coronilla que distinguía a los monjes de oblatos y laicos, que llevaban barba y el cabello cortado como el resto de la gente.

Nadie le preguntó nada en relación a lo sucedido. De hecho, el mismo hábito ya imponía el suficiente respeto como para que ningún laico se atreviera.

Jan y su esposa, Elisenda, seguían a cargo de la granja. De los cuatro hijos, uno, el mayor, había fallecido el invierno anterior. Y contaban con la ayuda de los seis hombres que les prometió el padre Esteban cuando les otorgó más trabajo.

—Todo seguirá igual, Jan, pero por razones que ahora no vienen al caso, la hija de los Cervera y yo viviremos aquí. Yo me instalaré en una de las pequeñas estancias de la torre. Ella necesitará más espacio. Búscales un lugar donde también puedan alojarse las dos sirvientas que la atenderán.

—¿Tal vez no os fiáis de mi trabajo? —El granjero había envejecido en aquellos últimos años, pero aún conservaba aquel talante rústico tan característico.

—Eso no tiene nada que ver. Dios Nuestro Señor sabe bien que la faena que haces es buena. Continúa como hasta ahora, no cambies ninguna de tus rutinas.

—Y entonces, ¿a qué habéis venido?

—No es cosa tuya, Jan. El monasterio se rige por unas normas y ahora necesita que la hija de los Cervera y yo vivamos aquí entre vosotros.

El granjero no quedó satisfecho con la respuesta, pero tuvo que aceptarla.

—Si te parece bien, puedo enseñar a leer y a escribir a tus hijos un rato cada día.

—Pues estaría muy bien —interrumpió Elisenda, que hasta entonces había guardado un respetuoso silencio. La mujer apretó con fuerza el brazo de su marido para hacerle callar.

Jan la miró con cara de pocos amigos.

—Pero será después de haber terminado sus tareas —dijo finalmente el granjero—. Hay mucho trabajo y no quiero que se distraigan.



El monje no dejaba de sorprenderla. Y no solo a ella.

El padre Esteban siempre se había comportado como un corderito. Su apariencia de indefensión, timidez y sumisión parecía real, auténtica. El andar, la mirada, la postura, todo en él daba a entender que era así.

Pero de golpe exhibía una locuacidad y una fuerza de carácter que sorprendía a todo el mundo. Incluso su madre, su tío y el abad de Poblet se habían visto superados por la manera de hablar de aquel hombre.

Gaya no sabía muy bien qué pensar de él.

Además, ahora tenía otras cosas de las que ocuparse. Cosas más personales que necesitaba arreglar en su pensamiento.

La decisión de tener a su hijo la alejaba de su sueño de ser señora. Como poco, lo tendría mucho más difícil y tenía que buscar otras salidas menos convencionales. Sería complicado que, cuando Ramón de Torroja se

recuperara, la aceptara con una criatura de otro hombre. Gaya desconocía hasta qué punto esto podía ser importante para el que aún era su prometido.

Y ya era mayor para buscar otro marido que reuniera todas las condiciones. Siempre quedaban hombres de buenas familias que enviudaban, pero eso era tentar demasiado al destino.

También le asustaba el hecho de ser madre. Sobre todo, el momento del parto. Muchas mujeres morían y otras quedaban imposibilitadas para volver a ser madres. Hasta el primer parto no se sabía cómo era realmente la madre, ni si su cuerpo era bueno para parir.

Aunque aún faltaban unos cuantos meses.

La granja de Milmanda no le ofrecía las comodidades de sus estancias de la Espluga. Su nuevo hogar era una explotación agrícola, pensado y construido con esta finalidad. Naturalmente, existían zonas destinadas al alojamiento de campesinos y trabajadores. Pero eran para dormir y poca cosa más, pues se pasaban casi todo el día trabajando.

Y una noble como ella necesitaba unas habitaciones cómodas, espaciosas y con mucha luz, pues en ellas pasaría buena parte del día; sobre todo mientras durara el frío.

Por suerte, la habían instalado en una estancia con un generoso hogar. Al menos esto le aseguraba no pasar frío durante el invierno. También disponía de dos ventanas: desde una se veía el monasterio y las montañas al fondo; desde la otra, en el lado opuesto, el patio interior de la granja. Y esto ya era toda una distracción.

Desde la Espluga le trajeron sus muebles —su cama, los baúles y el tocador— y sus vestidos. Aunque allí no podría lucirlos. Además, con aquella barriga que no pararía de crecer tendría que hacerse ropa nueva.

Su madre no iría a visitarla. Gaya lo tenía claro. La había defraudado y, sin haber renegado formalmente de su hija, la relación entre ellas se había roto.

Hasta ahora jamás había echado en falta a su madre. Siempre había pensado que era una mujer demasiado orgullosa y estirada. La admiraba por su educación, su origen y su inteligencia. Y en eso deseaba parecerse a ella. Pero se sentía alejada desde el punto de vista emocional.

Y si antes era difícil que recibiera muestras de cariño por parte de su

madre, ahora era del todo imposible.

Aquello tendría que pasarlo sola. Y si le caía alguna lágrima, se la secaría sin esperar consuelo por parte de nadie.

«Tal vez ha llegado la hora de madurar, ya eres mayor», se decía Gaya para hacerse la valiente y afrontar el futuro sin esperar que los demás le facilitaran las cosas.

Los primeros días estuvo ocupada organizando su habitación. Situada en el primer piso del edificio que miraba más al sur, le habían asegurado que era la mejor de toda la granja; antes se usaba para las labores de invierno —pelar las almendras, hacer embutido tras la matanza del cerdo y un largo etcétera— debido a la excelente temperatura que se conseguía con el hogar encendido.

Por eso olía un poco mal, pero tras ventilarla unos cuantos días consiguió que el olor desapareciera. Aunque Gaya llegó a la conclusión de que quizá su nariz se había acostumbrado y por eso ya no la molestaba tanto.

Después hizo frente a la realidad. Pasaría allí una buena temporada. Tal vez hasta que la criatura fuera lo bastante mayor para, si era muchacho, convertirse en uno de los hombres de los Cervera.

No heredaría nada, pues para todo el mundo sería hijo del monje. Pero ella sabía la verdad.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó un día que se encontró con el padre Esteban al lado de la puerta de acceso, muy cerca de la torre—. Ambos sabemos que no eres el padre y no tenías ninguna responsabilidad hasta que tú mismo la aceptaste.

El monje mostró aquel carácter tan típico de él: tímido, con la mirada huidiza y la postura algo encogida. Pero ya no era el hombre apocado y silencioso de los primeros días de su llegada a Poblet.

—Tenía que hacerlo, era mi destino.

—¿Tu destino? ¿Hacerte cargo de una criatura que no es tuya? ¿Cargar con las culpas de un pecado que no cometiste?

Demasiadas preguntas.

—Dios nos reserva a cada uno una tarea. Todos somos sus hijos y tenemos que obedecerle cuando nos manda hacer aquello para lo cual nos ha destinado.

—¿Tú estabas destinado a educar a mi hijo?

—Yo no cuestionaré nunca la voluntad de Dios Nuestro Señor. Solo soy su

humilde servidor.

Ella se sintió algo sofocada pues comprendió que era su manera de reprocharle su anterior comentario.

—No te entenderé nunca, monje —dijo, pero enseguida rectificó—. Ya no sé ni cómo llamarte. ¿Eres monje o no? Vistes y te comportas como un monje, pero te han echado del monasterio para que eduques a mi hijo.

Él sonrió. Se le veía tranquilo y sereno.

—Como quieras. Yo soy el mismo. Con hábito o sin él. En Poblet o aquí, soy el mismo.

La granja estaba en una pequeña colina y se accedía a ella a través de un par de caminos. Tomaron el que iba en dirección norte, con una pendiente muy pronunciada.

La primavera despertaba con fuerza y la naturaleza así lo demostraba. Los campos comenzaban a verdear y algunas plantas a florecer. También las aves y otros animales se entregaban a su particular ciclo reproductivo.

—Arreglan las cepas para que den más frutos —le explicó el padre Esteban señalando a los campesinos que trabajaban en una finca cercana.

—¡Trabajo de la gente sencilla!

—Esto decís los nobles, ¡pero bien que os bebéis el vino que se extrae! —dijo el padre Esteban sonriendo.

—El mundo está hecho así. Los nobles tenemos que dirigirlo. Los campesinos tienen que trabajar para alimentarnos. Y los curas tienen que rezar para la salvación de nuestras almas.

—¿Y aceptas con la misma naturalidad el lugar que ocupa la mujer?

Esa era una cuestión que no se abordaba nunca. Al menos en público.

Gaya no sabía muy bien qué responder.

—Eres un hombre curioso, Esteban.

—A eso se le llama escurrir el bulto cuando la respuesta es complicada.

Ella sonrió.

—También tú has esquivado la respuesta al comentario que te he hecho.

Ahora fue el padre Esteban quien sonrió.

—Tú también eres una mujer curiosa, Gaya. —Buscó su mirada con aquellos ojos inteligentes y llenos de vida; parecía que la miraba como un hombre, no como un presbítero—. Lina mujer que se encuentra en una posición

muy complicada.

—¡Saldré de esta! Por mis venas corre sangre noble, la mejor. Con toda seguridad encontraré la solución. Está en la naturaleza de los aristócratas la dirección de la sociedad.

Iban descendiendo por el camino cuando tuvieron que apartarse para dejar paso a un carro que volvía de vacío al monasterio. El polvo que levantaba les cayó encima.

El padre Esteban intentó cubrir a Gaya con el escapulario. Por unos momentos, sus manos se tocaron. Y ambos se sintieron incómodos.

—Gracias... padre... Esteban —dijo ella, aturdida y sin saber cómo reaccionar.

—Tal vez sería mejor que volviéramos —propuso él.
Hicieron el camino de regreso en silencio.



Los primeros días en la granja el padre Esteban tenía la sensación de estar perdido, pero pronto desapareció esa inquietud. Y la rutina diaria le resultó muy agradable.

A primera hora, con el canto del gallo, reunía a todo el mundo en el almacén que se estaba construyendo y rezaban para agradecer a Dios la oportunidad de disfrutar del nuevo día. Era como la hora laudes, pero más breve y adaptada a la vida laica.

Después todo el mundo se dirigía a su lugar de trabajo. El padre Esteban cuidaba del pequeño huerto y lo hacía a primera hora de la mañana. Después ayudaba a los que construían el almacén con el trabajo más pesado o el que nadie quería hacer.

Al mediodía, se detenía para comer. Por la tarde, leía la Biblia y la regla de san Benito. Luego enseñaba a leer y a escribir a los hijos de Jan y Elisenda. Antes de la puesta de sol, él y Gaya se acostumbraron a salir a caminar por los alrededores, siempre seguidos por las sirvientas de la noble; la intimidad del primer día no podía volver a repetirse.

La barriga de Gaya cada vez era más voluminosa y los campesinos pronto ataron cabos: aquello era un escondite para tener a su hijo, nada más.

Ni el padre Esteban ni Gaya dijeron nada. Ni para contradecir esa opinión ni para confirmarla.

—¿Cómo te encuentras? —Era una pregunta que el padre Esteban le hacía a diario.

—Mucho mejor. Parece que la criatura se ha calmado. Me encuentro bien. Estos paseos me sientan estupendamente. Lástima no tener el claro del álamo más cerca.

Él la miró sin decir nada, pero sabía adonde quería ir a parar.

—Ese lugar tiene algo de particular. Alguna cosa que le hace único. No sé cómo expresarlo.

—Es la presencia de Dios —afirmó el padre Esteban—. Allí es muy fuerte.

—¿Y por qué la presencia de Dios es tan fuerte en el claro?

—Los caminos de Dios son... Es una respuesta que sirve de bien poco —se excusó—. Pero quizá esta te lo aclare mejor:

de la misma manera que todas las partes del cuerpo están vivas, los latidos del corazón no los sientes en los pies, y seguro que los pies son tuyos y también están vivos.

Gaya sonrió.

—El corazón sí se nota en otras partes del cuerpo —replicó ella—, como en la muñeca o en el cuello; así es como se sabe si un hombre está vivo o muerto.

Ahora fue el padre Esteban quien sonrió.

—Eso demuestra que Dios está en todas partes pero que en algunos lugares su presencia es más intensa.

Paseaban por el otro camino, el más llano, que se alejaba hacia el oeste. Las viñas y los plantíos se extendían a ambos lados. Eran las tierras más cercanas a la granja y, debido a su proximidad, las más fáciles de trabajar.

En los márgenes del estrecho camino la retama florecía protegiendo el sendero del resto de la vegetación. El amarillo chillón de sus flores se extendía hasta perderse entre las curvas y las inclinaciones del terreno.

Gaya se detuvo y cogió una rama cargada de flores. La recortó a su gusto y se engalanó el cabello: su pelo oscuro hacía resaltar el amarillo de la retama y le otorgaba un tono más vivo.

—¿Queda bien? —preguntó con un tono inocente.

No pareció darse cuenta de la incomodidad del monje ni vio que se ruborizaba.

—Sí... —contestó el padre Esteban, sin atreverse a añadir nada más.

—¿Siempre has querido ser cura?

La pregunta lo tranquilizó, pues era un tema del que le apetecía hablar.

—Sí, desde que tengo uso de razón, siempre he querido servir a Dios.

—Pero se puede servir a Dios de muchas maneras. No solo siendo cura.

—Cierto, pero siendo uno de sus ministros la satisfacción es máxima y casi total.

—O sea, ¿que eres cura para tu propia satisfacción?

Gaya era inteligente y sus preguntas siempre escondían algo.

—Sí, uno tiene que ser feliz consigo mismo si quiere servir a los demás y a Dios de la mejor manera.

—¿Y nunca has pensado en casarte?

—No...

—¿Ni en una mujer? Pero como hombre, no como cura.

El padre Esteban volvió a ruborizarse. Gaya le había acorralado llevando la pregunta inicial hasta donde ella quería.

—Soy un hombre antes que nada. Nací hombre y moriré siendo hombre. Por lo tanto, la naturaleza me tienta. Es la voluntad de hacer honor a mi promesa y a la institución a la que represento la que me mantiene firme ante la tentación que supone una mujer.

—¿Pero has deseado estar con una mujer?

—Sí, claro que sí.

—¿En más de una ocasión?

El padre Esteban sentía una fuerte presión en los pelos de la nuca, como si un millar de diminutas agujas quisieran salir al exterior.

—Sí, en más de una ocasión.

—Sé que conmigo estarás muy tranquilo en ese aspecto. Embarazada como estoy, y con esta barriga, debo de estar lejos de ser una tentación, ¿verdad?

Un sudor frío le recorrió la parte central de la espalda. Luego sintió escalofríos. También tuvo una reacción masculina.

Prefirió no contestar a la pregunta.

—¿Cómo te encuentras?

El día no era tan luminoso como el anterior y las nubes que salpicaban el cielo avanzaban deprisa. A ras de suelo, un viento alegre movía la retama, como si las flores saludaran a los paseantes.

—Hace un poco de fresco.

—Tal vez hoy no tendríamos que haber salido.

—Sí, sí. Me apetece caminar y hablar. Pero el día no es tan cálido como ayer.

A una distancia prudente, les seguían las dos sirvientas de Gaya.

—¿Y por qué monje del Císter?

La pregunta fue tan directa que el padre Esteban se sorprendió. Gaya, que lo miraba con el rabillo del ojo, cada vez entendía mejor las reacciones del monje.

—Es la mejor manera de servir a Dios. Humildad, trabajo, servidumbre. La satisfacción recibida es tanta que uno queda totalmente henchido.

—¿Otra vez la satisfacción personal?

El monje no dijo nada. Gaya sabía que, ante determinadas preguntas, él guardaba un respetuoso silencio. Aunque tal vez no sabía muy bien qué responder.

—Pues yo creo que la vida del noble es la más generosa que existe —dijo ella—. Tiene que buscar el equilibrio entre todas las partes; tanto de los religiosos, como de la gente sencilla, como de los que luchan. Y se necesita una gran dosis de inteligencia para conseguir un equilibrio perfecto y que todos hagan aquello que les toca.

»Tengo muy claro cómo tiene que llevarse un señorío para que sea eficaz en todos los sentidos. Primero hay que llenar los pueblos de gente y luego conseguir la máxima producción en granjas y fincas, con siervos felices que trabajen por el bien de todos. Y tener una hueste a punto por si el conde la pide para ir a la guerra.

—Se ha visto algún caso de mujeres que se han convertido en señoras, pero no son muchos.

—Yo lo seré. —Gaya lo miró con orgullo, levantando el mentón y

afirmando con suaves pero repetidos movimientos con la cabeza.

El padre Esteban siempre actuaba con la máxima prudencia. Y no hablaba para no molestar, o eso parecía.

—Debes de pensar que con mi embarazo todo esto de ser señora es imposible, ¿verdad?

—Ahora lo tienes más difícil.

—No, al contrario. Ahora lo tengo más fácil que nunca.

El padre Esteban se detuvo sin entender qué quería decir la joven.

Ella se puso delante de él. Las sirvientas, en la distancia, también dejaron de caminar y los miraban llenas de curiosidad.

—¡Mi familia es la culpable de todo cuanto me ha ocurrido! —Una fuerza interior actuó como palanca de su enojo, que emergía sin freno alguno—. ¡Me ataron de pies y manos a un matrimonio que nunca se consumará!

El padre Esteban la miraba sin entender. Viendo sus dudas, Gaya le contó su compromiso con Ramón de Torroja, y que era un rehén de los genoveses como garantía de la deuda contraída por su tío, el conde de Barcelona, por la conquista de Turtuixa.

—En realidad, todo es una pesadilla —concluyó Gaya, algo más calmada—. Ahora mi prometido tiene una enfermedad mental. No sé cómo se llama, pero no puede soportar los espacios abiertos. Y nunca sale.

—¿Aún es tu prometido?

Gaya desvió la mirada hacia el horizonte y volvió a caminar, como si la pregunta hubiera removido algo muy doloroso en su interior.

—No lo sé —dijo finalmente—. No lo sé. Nadie me dice nada. Mi padre está muerto. Mi madre, como si no existiera; me culpa de todos los males del mundo. Y el resto de la familia... mejor que no te hable, Esteban.

—Entonces hay una posibilidad de que tu prometido te acepte con tu hijo.

Ella se detuvo de golpe y lo miró.

—¿Estás loco, o qué? —gritó—. ¡Nunca me aceptará! ¡Nunca! Nadie le dirá nada bueno de mí, solo que estuve con otro hombre por puro deseo carnal y que este hijo es la prueba viviente de mi pecado. Le dirán que soy mucho peor que una fulana y que me mueve mi espíritu maligno y satánico.

—Tal vez exageras un poco.

Gaya vio que el padre Esteban intentaba calmarla.

—Sí, tal vez lo haya exagerado todo —dijo más tranquila—. Perdóname, Esteban.

El monje se quedó boquiabierto, sorprendido: era la primera vez que ella pedía perdón de una manera tan franca.



—¿Cómo te encuentras?

Durante los últimos seis días no habían podido salir a caminar. Las lluvias del mes de mayo habían llegado puntuales y un temporal había regado los labrantíos con generosidad. Además, todos los caminos estaban embarrados y llenos de charcos.

—Esto cada vez pesa más —dijo mirándose la barriga, redonda como la luna llena—. Y me duele la espalda.

—Ya falta poco, pronto podrás conocer a tu hijo, o hija.

—¡Es un niño!

—Solo Dios Nuestro Señor puede saberlo, Gaya.

—No quiero tener una niña. Prefiero no traer a otra desgraciada a este mundo de hombres.

—¿Tan mal te sientes en este mundo?

—Si fuera hombre, lo tendría mucho más fácil. Pero querría pensar como lo hago ahora, como una mujer.

—Parece un contrasentido.

—No lo es. Se han de conocer las virtudes de los hombres y las mujeres, y quedarse con lo mejor de ambos.

—Eso es jugar a ser Dios...

—¡Hoy estás muy negativo! —le interrumpió—. Ya sé que no puedo tenerlo todo, pero intentarlo no es ningún pecado mortal, ¿no?

El padre Esteban guardó silencio, y siguió caminando entre la vegetación que seguía mojada debido a las lluvias de los últimos días. De vez en cuando tenían que esquivar un charco y pasaban de puntillas por las zonas más altas del sendero, uno detrás del otro.

Mientras Gaya rodeaba un charco muy grande, se detuvo.

—¡Ahora se mueve! —Miró al monje, que, por su expresión, parecía no

entender nada—. Mi hijo. Se está moviendo, y normalmente solo lo hace al anochecer.

Él sonrió.

—¿Quieres sentirlo? —le dijo Gaya.

Estuvo a punto de decir que no, pero ella ya le había cogido la mano y la posó en el centro de su barriga. Con la palma abierta, notó una sensación más profunda que intensa, como si algo tuviera vida propia.

El monje sintió un escalofrío y una emoción como nunca antes. Su corazón latía con fuerza y tenía la respiración acelerada. También sentía calor.

—Sí, ¡lo noto, lo noto!

Las dos sirvientas se habían distraído hablando entre ellas y no se dieron cuenta de nada.

Gaya agarró la mano del padre Esteban mientras este sentía cómo la criatura se movía en el vientre de su madre. El monje estaba tan concentrado que no se percató.

Después se dio cuenta y retiró la mano enseguida, aturdido y avergonzado. Se sentía preso de un calor interior que lo oprimía. Y habría sido muy fácil dejarse llevar.

—Creo que serías un buen padre si no fueses cura —le dijo Gaya sin ningún miramiento.

Él tardó un poco en reaccionar; aún sentía la opresión. Pero había podido refrescar un poco el ánimo.

—¿Y siendo presbítero no seré un buen padre?

—No es hijo tuyo.

—Eso no tiene nada que ver. —El padre Esteban parecía herido en su orgullo, pues el tono de su respuesta fue más duro—. La sangre y la fecundación no garantizan una buena paternidad, te lo puedo asegurar. No sé quiénes eran mis padres naturales, pero a mí me educó un hombre que me dio mucho. No creo que nadie lo hubiera hecho mejor —afirmó.

Gaya movió un poco la cabeza. No parecía estar tan convencida como el monje.

—Yo he tenido padre y madre naturales y...

—¿Me vas a decir que fueron unos padres ejemplares? —Era la primera vez que la cortaba de aquella forma, sin dejarla acabar una frase.

Ella lo miró algo enojada. Gaya había criticado a su propia familia días atrás y ahora no podía negarlo solo para no dar la razón al monje.

Pero encontró una salida.

—Tal vez la decisión que tomaron respecto a mi matrimonio fue nefasta para mí. Pero llegué a admirar a mi madre como si fuera Dios. —Miró al monje por si este mostraba algún reparo ante una afirmación tan contundente—. Mi padre era todo lo contrario: débil y blando como señor, pero fue un hombre muy dulce y atento mientras fui una niña; cuando me hice mayor se alejó de mí. Como si yo le hubiera hecho alguna cosa. Nunca lo he entendido...

El padre Esteban se quedó prendado de la mirada de Gaya. Ahora perdida en un horizonte infinito, se podía vislumbrar tristeza, añoranza, debilidad y amor. Todo a partes iguales. Durante unos momentos, la dureza de la muchacha se hizo pedazos y afloró un interior mucho más sensible de lo que era habitual.

Sin haber lágrimas, sus ojos se veían grandes y luminosos. Cierta temblor acentuaba aún más esa expresión llena de ternura.

Por un instante estuvo tentado de dejar salir al hombre que se escondía bajo el hábito.

La criatura

Granja de Milmanda, junio de 1155

Aquella tarde no pudo preguntarle a Gaya cómo se encontraba: el día anterior comenzaron las señales de que el parto estaba próximo y, desde la Espluga de Francolí, los Cervera enviaron a media docena de mujeres para asistirlo.

Como era costumbre, ningún hombre podía estar presente. Pero siempre tenía que haber un cura cerca por si el recién nacido requería un bautizo de emergencia; si este moría y no había sido bautizado, no podría ser enterrado en el cementerio, y eso significaba que la criatura tendría que compartir la tierra con infieles y animales salvajes.

El padre Esteban no podía entrar en la habitación donde dormía Gaya y donde tendría lugar el parto. Pero pudo esperar en la sala inmediata, desde donde escuchaba todo cuanto ocurría en la habitación.

Del grupo de mujeres que había enviado la familia Cervera, quien estaba al mando era la partera: una mujer de unos cincuenta años, alta, robusta, y con una voz poderosa y muy masculina. La ayudarían dos mujeres algo más jóvenes que también habían sido parteras en otros nacimientos. Por lo tanto, Gaya estaba en las mejores manos.

Las otras tres mujeres se encargarían de que no faltara nada: ropa, agua

caliente, flores, la miel para el primer baño del recién nacido y todo lo que fuera necesario.

Muy nervioso.

Así se sentía el padre Esteban. Si él fuese el padre biológico de la criatura, no habría pasado más nervios.

Miraba a través de las ventanas, caminaba de un lado para otro, recitaba plegarias en silencio y en voz baja. Volvía a mirar por las ventanas... Y así una y otra vez.

Escuchaba los gritos de Gaya y se le partía el corazón. Cada berrido de dolor era como una puñalada en el estómago del padre Esteban.

Y cada vez que una de las sirvientas salía de la habitación, los ojos del monje buscaban una respuesta. Pero todas estaban concentradas en lo que se traían entre manos y no tenían ni tiempo, ni ganas, de dar explicaciones.

Muchas atenciones a la parturienta, eso sí. Pero tal vez le faltaba la principal: su madre.

El padre Esteban no dejaba de pensar en Almodis. Una mujer de carácter, bien educada y con la más alta nobleza que permite la sangre, no estaba al lado de su hija en uno de los días más difíciles en la vida de una mujer.

¿Qué mal atormentaba a la hermana del conde de Barcelona? ¿De dónde nacía aquel enojo que era capaz de ahogar el infinito amor de una madre por su hija? Seguro que no era por desconocer el nombre del que había dejado encinta a su hija. Era una mujer demasiado lista para aceptar la falsa realidad que Gaya había construido.

El padre Esteban sabía la verdad. Gaya no quiso hablar de ello en ningún momento, pero aquel día en el claro los hechos eran demasiado evidentes como para no sacar conclusiones.

El embarazo de Gaya se vislumbraba como la única parte visible de una verdad escondida desde hacía años por la familia Cervera. El padre Esteban desconocía el hecho, pero lo intuía. Era como esconder algo dentro de un saco: uno sabía que había un objeto en su interior, pero era incapaz de saber de qué se trataba.

Era algo muy habitual que las grandes familias ocultaran secretos inconfesables. A pesar de no ser un hombre con mucha experiencia, el padre Esteban había escuchado a la gente murmurar. Cuanto más alta era la nobleza

de la familia y peor era el pecado, más rápido se esparcía el rumor. Y aunque uno no fuera chismoso, el runrún llegaba igual.

Pero de los Cervera todo quedaba escondido en el interior del saco. Se adivinaba la forma, la medida, incluso el grosor, pero no se tenía ninguna certeza.

Ahora, apartado del monasterio, el padre Esteban quedó alejado de todos esos rumores. Y en la granja de Milmanda la gente se guardaba bien de comentar algo delante del monje de Poblet, como si él estuviese allí con el objetivo de hacer callar a todo el mundo.

Resultaba curioso, sorprendía incluso, que la muerte de un señor como Ponce de Cervera no se hubiera investigado más. Aunque el juicio por combate había otorgado la inmunidad a Gilabert, todo el mundo estaba convencido de que el asesino era él. Y con aquel peculiar juicio donde la palabra de Dios concedía la victoria a quien tuviera mejor dominio de la espada, la gente había dado por resuelto el caso.

¿Y si en verdad el caballero Gilabert era inocente? El padre Esteban tenía claro que lo era: confiaba ciegamente en ese hombre que tanto les había ayudado hasta llegar a Poblet desde Fontfroide. Si era inocente, ¿quién era el culpable del asesinato de Ponce?

¿Y por qué los Cervera callaban y aceptaban aquella desgraciada verdad?

Todo apuntaba a que era una familia llena de secretos oscuros y máculas inconfesables. Aunque para llegar a esa conclusión tampoco era necesario ser cardenal, precisamente.

Estos pensamientos ayudaban al padre Esteban a soportar mejor la espera. Desde buena mañana, esas mujeres no dejaban de ir de un lado para otro, y ya casi era media tarde.

El monje escuchó que un carruaje entraba en el patio de la granja. Miró por la ventana. En aquel momento Almodis bajaba del vehículo.

Desde su lugar de privilegio, el monje observaba los gestos de aquella mujer: altiva, orgullosa y siempre mirando hacia delante, como si su único destino estuviese allí donde dirigía la mirada.

En unos instantes entró en la estancia donde él esperaba.

Lo miró de reojo, pero no le dijo nada; ni siquiera un saludo de cortesía.

Tampoco el padre Esteban dijo nada.

El monje tenía muy claro que había desafiado, y vencido, a los Cervera en su propio palacio, y esa afrenta no la olvidaría fácilmente quien vivía la derrota verbal como una humillación.

Almodis no entró en la habitación donde su hija estaba a punto de dar a luz a su primer nieto. Se quedó allí, esperando y nada más.

La doncella que la acompañaba sí que entró y susurró unas consignas a las otras que el padre Esteban tuvo que interpretar.

La madre no quería que su hija supiera que estaba allí.

El padre Esteban sonrió abiertamente y se dio la vuelta para impedir que Almodis lo viera. «Después de todo, el amor de una madre continúa siendo infinito y supera todo lo que se le ponga por delante», pensó. Su vista se perdió más allá de la ventana, sin mirar nada en particular, solo para no cruzarse con la mirada de la hermana del conde de Barcelona.

—Como cura, espero que mantengas la discreción que se espera de ti.

El padre Esteban se giró. Almodis se encontraba muy cerca de él y lo miraba con los ojos entreabiertos esperando la respuesta a su extraña petición.

—La verdad no necesita ninguna discreción.

Aquella mujer lucía una fuerte presencia, de la cual siempre sacaba provecho, y el padre Esteban no quiso sentirse pisoteado.

Almodis parpadeó un momento, como si reflexionara o buscara una nueva estrategia. Después, anduvo los pasos que los separaban hasta situarse a un palmo de él y le susurró:

—Mi familia ha sufrido mucho en esta vida, monje, y causarle más sufrimiento no te hará ganar más méritos a ojos de Dios.

Su actitud y sus palabras consiguieron aturdir al monje. Casi sentía el calor de su respiración. Estaba incómodo. Almodis le ponía los pelos de punta. Nada que ver con su hija, con quien se sentía muy a gusto cuando la tenía cerca.

El padre Esteban reculó y bajó la cabeza. No podía luchar contra esa mujer, y menos con las armas que ella había escogido. Era demasiado buena en las artes propias de nobles y cortesanos. Y el monje se consideraba un desastre en esas cuestiones.

Cuando volvió a mirarla, ella sonreía de satisfacción.

—No quiero que Gaya sepa que he estado aquí, ¿entendido?

Él no dijo nada. Solo intentó sostenerle la mirada, aunque fuese con el orgullo herido.

—¡Ya has hecho suficiente daño a esta familia! —La dureza de las palabras de Almodis contrastaban con su rostro marmóreo, ausente de sentimientos—. ¡Sé más responsable y haz bueno el hábito que no mereces lucir! Sé cómo hacerte daño, monje.

Lo estaba manipulando.

Ella sabía que él no era el padre de la criatura que tendría Gaya. A pesar de eso, Almodis guardaba las formas y seguía con aquella farsa que habían comenzado en el palacio de los Cervera.

Vencido, el padre Esteban asintió. Y bajó la mirada con la humildad de un monje del Císter.

De repente se escuchó un fuerte grito de Gaya, seguido de unas palmadas y un llanto, y esto les hizo desviar la atención.

Pasó un buen rato sin que nadie saliera de la habitación. Tanto el padre Esteban como Almodis tenían la vista clavada en la puerta, pero la cortina, cerrada, no permitía ver nada.

Finalmente salió la partera. Llevaba a la criatura, a la que habían lavado y olía a agua de rosas y miel.

Mostró el recién nacido al monje y a Almodis.

—¡Es un niño y está sano! —afirmó con su voz gruesa.

En condiciones normales, el padre aceptaría al hijo como suyo si lo veía en buenas condiciones.

El padre Esteban y Almodis afirmaron con la cabeza al mismo tiempo. El monje le hizo la señal de la cruz en la pequeña frente, que significaba el bautizo provisional por si no sobrevivía durante los próximos meses.

—¿Cómo está la madre? —preguntó el padre Esteban.

Almodis guardaba un riguroso silencio, como si eso no tuviera ninguna importancia. Pero el monje sabía que esperaría hasta que la partera les dijera en qué estado se encontraba Gaya.

—Bien, está bien. Podrá tener más hijos. Es fuerte y ancha de caderas. Podrá tener más hijos —repitió.

El padre Esteban no dejaba de observar a Almodis. Era una maestra de la simulación. Su expresión habría engañado a cualquiera: se mantenía fría y

como ajena a lo que acababa de oír. Pero él adivinó un ligero parpadeo, una pequeña vibración en los ojos, que estaban húmedos.

Después Almodis se marchó. Antes volvió a mirar al monje para confirmar su petición. Este afirmó con la cabeza con desgana.

Cuando se quedó solo, sonrió satisfecho.

Gaya estaba bien y podría tener más hijos. Su vida podría seguir el rumbo que ella decidiera. Nada estaba perdido.



Aquel dolor era inhumano.

Una frase que había escuchado en boca de muchas madres, pero que ahora cobraba un nuevo sentido. Como si sus entrañas reventasen y el dolor se esparciera hacia todos los rincones de su cuerpo.

El dolor máximo solo duró un instante. Después se quedó en paz. Con una pequeña molestia lejana y casi huidiza, pero que tras el parto se soportaba bien.

Un niño.

Lo habían puesto a su vera y era precioso. Aún estaba arrugado y tenía los ojos cerrados, pero era precioso. Estaba envuelto con vendas y solo le habían dejado la cara descubierta; así el cuerpo no se deformaría.

Después pensó en el padre Esteban. ¿Dónde estaba? ¿Ya había visto a su precioso hijo?

—Dile al padre Esteban que venga —ordenó a una de las mujeres que la había asistido durante el parto.

Al cabo de poco rato, el monje entró en la habitación.

—¡No me mires así! —le reprochó Gaya al ver su expresión—. Ya sé que estoy horrible, pero si hubieras parido tú, ¿no mostrarías mejor cara!

Ambos sonrieron.

—Si hubiera parido yo... —iba a obsequiarla con un comentario galante pero se contuvo, no era correcto—... habría sido un hecho bien extraordinario.

Ella afirmó con gesto sobrio.

—¿Lo has visto? ¿A que es el niño más hermoso del mundo?

—Sí que lo es. Y habrá que buscarle un nombre.

—Es costumbre que lo hagan los padres. Pero ya he pensado en ello y está decidido: se llamará Bernardo.

El padre Esteban se emocionó al escuchar ese nombre y las lágrimas escaparon de sus ojos sin remedio. Se ocultó el rostro, medio avergonzado.

—Tenemos que educarlo para que tu padre, en el cielo esté, se sienta orgulloso de él.

El monje solo podía afirmar con la cabeza mientras seguía llorando.



El verano llegaba a su fin y la naturaleza comenzaba a prepararse para la nueva estación. Los amarillos se imponían en un agosto cálido y seco como hacía años que no se recordaba.

Ríos, torrentes y riachuelos bajaban muertos de sed, arrastrándose por unos lechos donde el agua era inexistente en bastantes tramos.

Por las uvas que colgaban de las cepas se auguraba una cosecha poco abundante, pero de buena calidad. En cambio, los olivos mostraban unos frutos aún verdes pero arrugados y pequeños que hacían prever una baja producción de aceite.

Bernardo era un bebé sano. Esa era la mejor noticia. La criatura no lloraba demasiado y se cogía bien al pecho de la nodriza. Y se pasaba casi todo el día durmiendo.

Poco a poco, tras el parto todo volvió a la rutina. Naturalmente, la vida de Gaya no era la misma: su responsabilidad como madre le ocupaba las horas que antes empleaba para tranquilizar su embarazo. Tenía a su disposición cuatro sirvientas, y dos más que la asistían esporádicamente. Aunque sobre todo se ocupaban del niño.

Transcurrieron unas semanas hasta que Gaya se encontró con fuerzas para volver a salir a caminar. El parto la había dejado agotada.

Y fue entonces cuando ella y el padre Esteban recuperaron la vieja costumbre de salir a pasear al atardecer, justo antes de que se pusiera el sol. Ahora Gaya se había puesto muy seria con el tema del servicio: nada de seguirla; ya era mayor para hacer locuras, dijo, y además era madre. Le

hicieron caso y así los dos pudieron pasear de manera tranquila y serena. Haciendo trayectos cortos los primeros días, y volviendo a los largos paseos los siguientes.

El monje no le había comentado que Almodis estuvo presente en el momento del parto. Sentía que la estaba engañando y esto le incomodaba. Él y Gaya habían ido forjando una relación de más confianza. Aunque existían grandes distancias entre ellos. Distancias provocadas por diversos motivos: clase social, laicismo de ella y religiosidad de él, diferentes caracteres y, claro, el género.

Gaya imponía su feminidad siempre que podía para hacer callar al monje cuando una cuestión no le parecía bien. Y las palabras del padre Esteban se silenciaban ante esa estrategia de Gaya.

—Esta mañana he estado en el monasterio —decía el padre Esteban—. Allí continúa todo más o menos igual. Han llegado más frailes de Fontfroide y otros de la zona. Parece que cada vez está más consolidado. También he escuchado noticias de tu hermano Ponce: oficialmente, se ha convertido en el nuevo señor de Cervera, y regente del vizcondado de Bas. Y toda una larga serie de señoríos que he sido incapaz de memorizar.

—¡Ni es necesario que lo hagas! —Aquella información sobre su familia había puesto de malhumor a Gaya—. ¡Mi hermano es un inmaduro!

La retama de la vera del camino también tenía sed. Los tallos grandes apenas tenían fuerza para sostener la planta entera y se doblaban, algunos en dirección al sendero, mostrando un aspecto lastimoso. Y las hierbas salvajes, que siempre intentaban aprovecharse de los lugares menos transitados de los senderos para asomarse, también se veían quemadas y parecían paja reseca. Los árboles de secano aguantaban bastante bien la falta de agua, pero el verde que solían mostrar sus hojas se había convertido en un color apagado y tostado.

Pero Gaya y Esteban eran ajenos a esta transformación. Ponce acaparaba toda la atención.

—El heredero del vizcondado de Bas es Plugo, el mayor de mis hermanos. —Gaya miraba hacia delante, seria y ligeramente disgustada.

—¿No es muy joven?

—Evidentemente, aún no tiene edad para gobernar el vizcondado. Y Ponce

tampoco. Será nuestra madre quien se hará cargo. Y seguro que lo hará mucho mejor que ellos.

El padre Esteban miraba el perfil de Gaya. Apretaba los dientes, caminaba con los puños cerrados y en tensión.

—¿Te cambiarías por tu madre?

Ella lo miró y no se pensó la respuesta.

—¡Y tanto que sí! Y también lo haría mucho mejor que los bobos de mis hermanos.

Gente sencilla

Monasterio de Poblet, octubre de 1155

Esta semana el padre Esteban regresó al monasterio. De hecho, acudía muy a menudo, siempre por cuestiones de la granja. Todo el mundo andaba muy atareado. El inicio del otoño coincidía con la extracción del vino, la cosecha de los frutos de la estación y la recolección de la aceituna; la producción de aceite se hacía cuando el frío ya era muy vivo. Como si fueran hormigas, toda la comunidad trabajaba duro para prepararse para la entrada del invierno.

Y las obras del monasterio seguían avanzando. La zona del claustro se había arreglado y, como el calefactor, ahora era una estructura toda de piedra, y en el centro había una sencilla fuente de donde manaba un pequeño chorro que provenía del torrente. En realidad, como monje exclaustro no tenía permitido el acceso, pero mantenía una buena amistad con el prior Hugo y este le dejó pasar para enseñarle las novedades.

La estructura, rectangular, mostraba una gran solidez: desde uno de los lados cortos, el que estaba situado al este, seis arcos de medio punto se abrían hacia el centro, donde se levantaba la fuente, y siete arcos lo hacían desde los lados más largos, los del norte y el sur. Cuatro galerías de sillares perfectamente escuadrados comunicaban las diferentes estancias. Pero las dos

últimas aún estaban en construcción: un grupo de monjes y laicos trabajaban en los arcos que completaban todo el claustro; allí se situaría la iglesia y en la otra galería se levantaría un almacén que aún estaba por planificar.

Unas grandes cimbras de madera configuraban la estructura que permitiría la colocación de las dovelas hasta que las respectivas claves asegurasen la integridad de cada arco.

Ahora estaba todo sucio y no se percibía la tranquilidad y la serenidad que aquel espacio arquitectónico acabaría ofreciendo.

El claustro, aparte de su clara funcionalidad organizativa del espacio, tenía una concepción simbólica. El monje allí podía realizar su identificación interior junto con sus hermanos, como en una ciudad religiosa. Representaba el paraíso en la tierra. Y también el centro espiritual de Jerusalén. En concreto, el centro era el agua de la fuente y los cuatro ríos que surgían eran la verdad, la sabiduría, la fortaleza y la caridad. El manantial también se identificaba con la fuente de la vida.

—¿Habéis hablado de la iglesia? —preguntó el padre Esteban al prior.

—No —le contestó el padre Hugo—. Grimoald no quiere hablar del tema. Le conoces bien en cuanto a la economía y los recursos. Hasta que no tengamos una cantera propia, no creo que haga nada de nada.

—¿Y habéis hecho alguna gestión para adquirir alguna? No es cuestión de esperar toda la vida la generosidad de los demás.

—Vámonos. Aquí hay orejas por todas partes y tú parece que vengas de la luna.

El padre Esteban lo miró, pero no dijo nada.

Salieron al exterior. Allí los laicos que habían venido de Milmanda con él y otros del monasterio descargaban sacos de grano.

—Los laicos aún viven en la granja Mitjana y Grimoald los quiere más cerca del monasterio, pero sin hacer vida con los monjes. Ahora han comenzado a construir un nuevo edificio —señaló hacia el sur, detrás de las construcciones del monasterio, en dirección a las montañas—, pero en el invierno las obras irán muy lentas. Y hasta la primavera o el próximo verano no estarán acabadas.

Fueron caminando hasta allí.

En el suelo ya se había abierto una zanja rectangular que estaban llenando

de piedra y cemento.

—Ahora están empezando los cimientos. Y no será un edificio muy grande. La idea es que se queden solo los necesarios. El resto serán distribuidos por las granjas que ya tenemos o las que se hagan nuevas.

—Economía —dijo el padre Esteban—. En esto Grimoald es un experto.

—Tal vez en estos tiempos iniciales sea lo más sensato.

El padre Esteban lo miró y afirmó con la cabeza, dándole la razón en silencio.

Cuando se quedó solo, se dirigió al claro del bosque.

En los últimos meses parecía haber cambiado un poco. Árboles algo más grandes, arbustos nuevos, otros que habían desaparecido, y toda una serie de pequeños detalles que, en conjunto, ofrecían un paisaje distinto.

El claro parecía haberse reducido. Tal vez los árboles que lo circundaban querían ocupar aquel espacio salvaje y libre.

Y el álamo estaba sencillamente magnífico.

Alto y firme. Con un tronco recto que sujetaba un montón de ramas con hojas ya amarillentas.

No esperó. El padre Esteban tocó el álamo.

Al cerrar los ojos, la paz le invadió el alma. La sensación ya era muy fuerte, casi tanto como con el viejo gigante de Fontfroide.

«Este lugar parece irle bien. Aquí se ha convertido en el señor del bosque y eso le da más fuerza», pensó. El señor del bosque. Sonrió al darse cuenta de cómo buscaba humanizar a la naturaleza. «Tal vez los hombres siempre buscamos reflejarnos en todo cuanto nos rodea pensando que nuestra medida es la correcta».

Abandonó el claro y regresó a Milmanda.



Bernardo era muy buen niño.

Aún no decía nada ni andaba. Pero aquella sonrisa tan inocente y sincera tenía embobado al padre Esteban.

El niño era una clara demostración de la existencia de Dios. Una criatura como aquella solo podía haber sido creada por el Altísimo.

Sus manitas. Los hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. La boca, aún sin dientes. Y aquellos ojos tan redondos y siempre atentos a lo que le rodeaba.

El padre Esteban se lo llevaba siempre que podía por el interior de la granja. Bernardo quería montar en los animales y estiraba el dedo índice señalándolos. Era demasiado pequeño, y el monje, demasiado sensato.

En la granja era el juguete de todos. Trabajadores y campesinos no dejaban de hacerle carantoñas.

—Mira la fuerza que tiene, ¡si hasta parece que quiera andar! —Jan le dio un pequeño codazo al padre Esteban mientras el niño, agarrado al monje, se ponía de pie.

—Aún es pronto para ponerse de pie. —Era la voz de Elisenda, la mujer de Jan—. Tiene que esperar a los doce meses, si lo hace antes se le torcerán las piernas.

Jan asintió con la cabeza, aceptando la razón de quien había tenido cuatro hijos.

La pequeña de los granjeros, Laia, de siete años, era quien más disfrutaba de Bernardo. Pero Gaya ponía objeciones.

—No quiero que juegue demasiado con los campesinos. Bernardo tiene sangre noble y no es conveniente que coja costumbres que no le son naturales.

El padre Esteban, siempre que se trataba de la educación de Bernardo, dejaba que prevaleciera el criterio de Gaya. Aunque ambos eran los padres formales —sobre todo a ojos de los monjes de Poblet y de los Cervera—, él conocía bien el carácter de la madre del niño y sabía cuál era la mejor manera de afrontar aquellas conversaciones. Pero no estaba de acuerdo con lo que había dicho Gaya.

Y como ella se dio cuenta, quiso aclararlo:

—Tus ojos dicen otra cosa, Esteban.

El monje se hizo de rogar un poco hasta que al final habló.

—Los campesinos de esta zona tienen un dicho que últimamente no paran de repetir: «Es más malo que el frío».

Gaya miró al padre Esteban buscando entender qué quería decir antes de que terminara la exposición.

—Esta es una región donde la temperatura es bastante suave, si la comparamos con Claraval, donde viví. A pesar de eso, cuando los inviernos

son muy fríos, la estación mata a la gente que se ve sorprendida sin estar preparada para combatirlo.

Gaya no entendía adonde quería ir a parar.

—El frío mata a la gente, sí. Pero también acaba con los mosquitos y otras plagas que son perjudiciales para el campo y las personas.

El padre Esteban miró a Gaya y vio que la podía la impaciencia.

—Si tu hijo está con gente sencilla, tal vez cogerá alguna mala costumbre, pero conocer ambos mundos lo convertirá en un hombre más sabio.

Aquella respuesta no le gustó a Gaya.

—Desde que decidimos venir a Milmanda, ya tuve claro que mi hijo no tendría la educación de un noble. Pero te tendría a ti —le señaló con el índice—, y eso sería bueno para Bernardo. Pero no quiero que coja malas costumbres. Y la estancia en Milmanda era por un período de tiempo. No es algo definitivo.

El padre Esteban se dio cuenta de que Gaya hablaba en serio. Acababa de dejar muy claro que no cambiaría de parecer en estas cuestiones.

Pero una cosa eran las voluntades de las personas y otra la realidad del día a día.



Cada vez que el padre Esteban bajaba con Bernardo, Laia se pegaba a ellos como una garrapata. De hecho, Bernardo siempre buscaba a su compañera de juegos: cuando la veía, el pequeñín sonreía satisfecho y alargaba los bracitos hacia la niña.

—¿Lo puedo coger, padre?

Laia le había cogido suficiente confianza como para pedírselo.

—Los dos sois demasiado pequeños. Tendrás que esperar un poco más.

—¿Cuánto más?

—Tal vez hasta que camine él solo. Entonces ya será otra cosa. —El monje le daba largas. Y no solo por las órdenes de Gaya, también por lógica: el niño era muy pequeño y Laia, con siete años, carecía de fuerza para cogerlo en brazos.

Para que Gaya no los viera, se los llevó fuera de la granja. Tras un buen

trecho caminando, Laia corría y saltaba alrededor del monje, que llevaba al pequeño Bernardo en brazos. Tampoco quería alejarse demasiado. La zona era tranquila, pero una criatura tan pequeña se convertía en un problema muy grande si surgía alguna dificultad. La idea era tener la granja siempre a la vista.

Los caminos eran los mismos que Gaya y él habían recorrido en infinidad de ocasiones durante y después del embarazo. Por lo tanto, la familiaridad del entorno favorecía que el padre Esteban se relajara.

Pero al girar por una zona umbría a la vera de un pequeño bosque apareció un perro rabioso. El animal estaba plantado en medio del sendero y ladraba mientras les enseñaba los dientes mirándolos con unos ojos encendidos en sangre.

—Retrocedamos lentamente, Laia. Sin correr —dijo el padre Esteban, asustado.

Bernardo no paraba de moverse, inclinándose hacia aquella bestia amenazadora. Con susurros al oído buscaba calmar al niño, que no sabía lo que era el miedo ni era consciente de la *amenaza*.

De hecho, los animales salvajes —lobos, perros, lince, jabalíes, osos— habían abandonado aquellos parajes conquistados por los humanos. Pero, de vez en cuando, alguno aparecía para reclamar lo que antaño había sido suyo.

El padre Esteban observó que, mientras caminaban hacia atrás, el perro avanzaba hacia ellos al mismo ritmo.

Laia estaba atemorizada. La niña agarraba al monje por el hábito blanco y tiraba con fuerza. Aún no lloraba, pero estaba a punto. Bernardo, en cambio, se estiraba hacia el perro: como si quisiera acariciarlo con aquellos bracitos tan cortos y gorditos.

Sin saber muy bien cómo, el padre Esteban tropezó y cayó al suelo de espaldas. Bernardo no se hizo daño porque rebotó en la barriga del monje, pero Laia, que cayó a su lado, comenzó a llorar con fuerza mientras el perro se acercaba.

La desgracia se intuía con claridad y parecía inevitable.

El perro se agachó, como si fuera a coger impulso, sin parar de ladrar. La lengua le colgaba y la saliva goteaba a la espera de un festín de carne tierna.

El padre Esteban tenía cogido a Bernardo y esto le impedía ponerse de

pie. Y la racionalidad había cedido ante el pánico; tenía miedo por los pequeños, mucho miedo.

Casi dibujando el movimiento, el perro saltó en dirección al niño. Al mismo tiempo, Laia también saltó y golpeó con los brazos el morro del animal. Ella y la bestia salieron disparados en distintas direcciones.

El padre Esteban dejó a Bernardo en el suelo y se puso de pie. Después se encaró al perro y le propinó una fuerte patada en el morro. La bestia fue a parar unos pasos más allá y, al ver que el monje se acercaba, huyó.

Cuando volvió junto a Bernardo, el niño jugaba tranquilamente con una piedra, sin ser consciente de cuanto había ocurrido. En cambio, Laia tenía un profundo corte en el brazo, que sangraba de manera abundante y no dejaba de llorar.

El padre Esteban se arrancó un trozo del escapulario y le vendó el brazo herido.

—¿Por qué has saltado hacia el perro? ¿Por qué?

La niña lloraba y casi no podía hablar. Los sollozos le cortaban la respiración.

—¡Se... quería... comer... a Bernardo!

—Te habrías podido hacer mucho daño, Laia, ¡mucho! Jesús estaba cerca y nos ha socorrido esta vez.

Ella seguía llorando.

El padre Esteban la abrazó y se tragó su pánico. La niña se quedó más tranquila. Ya no lloraba, pero su cara estaba empapada de lágrimas.

El monje se encontró muy mal de repente. La tristeza de Laia era tan grande que sintió una fuerte presión en el pecho. El dolor casi le tira al suelo. Pero tuvo que hacerse fuerte: Bernardo y Laia tenían que regresar sanos y salvos a la granja de Milmanda.

Al cruzar la puerta, Elisenda comenzó a chillar cuando vio a su hija herida.

—¡Sois un insensato! —gritaba la granjera mirando al monje—. Por mucho hábito que llevéis, ¡sois un insensato!

La mujer cogió a Laia y se la llevó al interior de la granja.

Gaya bajó en un revuelo.

—¿Qué...?

—No ha sucedido nada grave —contestó al ver que ella no terminaba la pregunta, sin querer mentirle pero evitando explicarle lo sucedido—. Toma, aquí tienes a Bernardo.

—Se te ve mala cara, Esteban. ¿Seguro que te encuentras bien? Pareces... enfermo o distinto. No sé muy bien cómo decirlo.

El dolor en el pecho ya no era tan intenso, pero la sensación de congoja y terror aún seguía en su interior.

—Ser monje no siempre es tan fácil como parece —contestó con una sonrisa forzada y poco convincente.

El descubrimiento

Monasterio de Poblet, noviembre de 1155

El dolor en el pecho tardó muchos días en desaparecer. Pero al cabo de unas semanas el padre Esteban volvía a ser el de siempre. Y el dolor había desaparecido un día que volvió a visitar el álamo.

Una visita que lo cambió todo.

Aquella mañana había ido al monasterio para unos asuntos relacionados con la granja de Milmanda. Naturalmente, al tener el claro tan cerca decidió visitarlo.

A la incomodidad de sentir el pánico de Laia en su interior, se añadía la persistente presión en el pecho. Una sensación que se estiraba hasta convertirse en dolor.

En el claro todo estaba exactamente igual. Y el álamo, a simple vista, también. Tal vez las ramas eran más largas y mostraban más hojas; pero era inapreciable si uno no se fijaba mucho.

Llegó junto al árbol resoplando y se sintió casi un anciano, y eso que solo tenía veinticinco años. «Esto me está matando. De alguna forma que no entiendo, mi cuerpo lo acusa cada vez que me apropio de la tristeza ajena».

Las otras veces había tenido una fuerte sensación interior. Una sensación pesada y oscura, pero sin traspasar el umbral del dolor. Pero ahora el terror de

la niña la superaba en intensidad.

Se apoyó en el tronco, como si hubiera llegado corriendo. Resoplaba con fuerza e incluso sudaba. Al tocarlo sintió que lo colmaba un vigor interior. De puro reflejo su cuerpo se puso derecho, rígido. Y se sintió liberado del terror de Laia. También el dolor desapareció de repente.

Infló el pecho y se sintió joven de nuevo.

Echó la cabeza hacia atrás y una hoja ennegrecida le cayó en la cara.

La cogió.

Era del álamo, y parecía quemada pero sin estarlo. Se la veía hidratada, pero el verde había sucumbido a un tono muy parecido al del vino negro sin aguar. Y se notaba más esponjosa y frágil.

Vio que otras hojas del mismo color caían del álamo.

Al volver a mirar la hoja que aún tenía en la mano hizo una reflexión.

«¿Y si caen porque han absorbido el dolor que llevo en mi interior?».

Volvió a mirar el álamo.

«¿Y si lo estoy matando?».

Retrocedió ante aquella idea. Y, por un momento, se sintió egoísta y despreciable.

Acarició la hoja con ternura; igual que lo haría con Bernardo.

Buscó con la vista la zona más alta del álamo. Dobló el cuello hasta casi tocar la espalda con la cerviz, y observó una especie de ondas que se elevaban desde la copa; se parecía a lo que ocurría en verano, cuando hacía demasiado calor y había exceso de humedad.

Sorprendido, retrocedió un par de pasos buscando una mejor perspectiva de aquel fenómeno. Pero no se veía nada. Volvió a la posición anterior: las ondas seguían allí, elevándose hasta perderse más allá del cielo.

¡De golpe se dio cuenta de todo!

Se arrodilló y escondió la cara entre los brazos, medio avergonzado.

—¡Qué he hecho! ¡Dios mío, qué he hecho!

Comenzó a llorar como una criatura mientras recordaba las palabras de su padre: «En cada sitio en el que estés, observa a tu alrededor. Un árbol, una piedra. Un pájaro. Una nube. Todo es obra de Dios y, por tanto, todo es susceptible de ser utilizado como un mensaje».

¡Dios Nuestro Señor estaba presente en el álamo! ¡Y aquella sensación de

familiaridad no era otra cosa que su presencia! Desde el primer momento, siempre había tenido a Dios con él: ¡siempre!

—¡Padre! —gritó—. No soy digno de ser vuestro hijo. He estado ciego fruto de un egoísmo miserable. ¡Perdonadme! —gritó mientras se hacía cada vez más pequeño, más pequeño.

Como si el cielo empezara a moverse y la tierra buscara una nueva posición, a su cabeza le costaba encontrar el equilibrio. Y la amenaza de rodar por el suelo era más que evidente.

Se agarró al tronco del álamo, abrazándolo con todas sus fuerzas.

De pronto se levantó un vendaval y lo pegó aún más al árbol. Apretó la mejilla contra el tronco, para evitar recibir un golpe con una rama. El mundo giraba sin sentido aparente y cualquier tipo de lógica física se evaporó.

Se sintió... transportado. Más allá del claro, del monasterio, de aquella tierra al sur de los Pirineos. Incluso, más allá de sí mismo.

Un estruendo lo arrancó del árbol y cayó al suelo, donde se acurrucó y estuvo encogido un tiempo infinito.

Hasta que sintió que volvía a nacer.

Se puso de pie.

Todo había vuelto a la tranquilidad. El viento había desaparecido. Las ondas habían desaparecido. Pero las hojas aún seguían en el suelo, oscuras y sin vida.

Y él se sintió en paz. Lleno de vida y fuerza. Limpio de pecado. Como si hubiera nacido sin el pecado original.

Inspiró con fuerza.

El aire le llenó los pulmones y le otorgó una sensación de plenitud.

Sintió la necesidad de tocar el álamo.

La sensación fue muy distinta.

Mucho más intensa. El sentimiento que le transmitía ya no era de pertenecer a algo más grande.

Ahora sentía a Dios.

Esa tarde el padre Esteban no parecía la misma persona. Era él, claro que sí,

pero se le notaba muy diferente.

Y Gaya no se abstuvo de preguntarle qué le pasaba.

—He descubierto el camino de Dios —dijo el padre Esteban mirándola a los ojos.

Gaya descubrió en ellos una luz y un brillo nuevos.

—¿Y cómo ha sido? —Ella quería saberlo, necesitaba saberlo.

—He descubierto el camino de Dios —repitió, sin añadir nada más. Y miró más allá del horizonte, donde el sol se escondía cada anocheecer.

Viendo que no sacaría gran cosa más, cambió de tema.

—¿Y qué ha ocurrido hoy con la hija de Jan? Elisenda estaba muy enojada contigo.

—El frío también sirve para cosas buenas —dijo casi en un susurro.

Decididamente, Gaya no entendía a ese hombre.

Sequía

Granja de Milmanda, octubre de 1156

En la granja y alrededores, los comentarios siempre se referían a lo mismo: la sequía. Llevaban meses sin que hubiera caído una gota y la situación comenzaba a ser desesperante.

Los cauces de los riachuelos eran ya unos largos hoyos resecos y llenos de rocas, con alguna hierba que sobrevivía gracias al recuerdo de un pasado con agua. La naturaleza agonizaba: los árboles parecían ahogados tras un verano caluroso y la vegetación arbustiva sufría en un amarillento silencio una agonía lenta pero continuada.

También los animales se escondían buscando el frescor en las zonas umbrías y esperando la tan deseada lluvia.

Y los seres humanos no dejaban de lamentarse y buscar explicaciones a aquella sequía tan prolongada.

—No es solo que no haya llovido en estos meses —decía uno de los campesinos que iban y venían a la granja de Milmanda—, ya hace dos años que no llueve lo necesario y los sembrados, y los labrantíos en general, están en las últimas.

—Al paso que vamos, se echarán a perder las cosechas de los próximos años. ¡Esto va hacia el desastre!

El padre Esteban guardaba un prudente silencio. En aquellos momentos, lo mejor era escuchar, no buscar la manera de apaciguar los corazones de una gente que, demasiado a menudo, se mostraba pesimista.

Después del descubrimiento de Dios, las primeras horas, los primeros días, estuvo tan afectado que se sintió desplazado *del* mundo real. Pero poco a poco comenzó a situarse y volvió a ser el monje de siempre. Eso sí, ahora su interior estaba lleno de fuerza y nunca más volvió a sentirse solo.

Era media mañana y el pequeño Bernardo, que ya tenía dieciséis meses, se aferraba a su mano. Había comenzado a andar muy pronto y, a pesar de que su estabilidad aún no era muy buena, ya lo hacía con bastante maña.

Aún no decía gran cosa. Balbuceaba más que hablaba, y emitía unos sonidos que era necesario interpretar.

Pero su sonrisa se había ensanchado. Y sus risas ya eran familiares para la gente de la granja. También sus lloros, pues iba de la carcajada más exagerada al llanto más dramático en cuestión de instantes.

El padre Esteban sintió un pequeño tirón en un dedo de su mano: Bernardo le pedía que le cogiera en brazos. El monje no se lo pensó y contentó al niño.

—No tendrías que acostumbrarlo a llevarlo en brazos, después refunfuña cuando tiene que caminar —le dijo Gaya.

El padre Esteban la miró y le mostró su mejor sonrisa.

Ella también sonreía.

—¡Contigo hace siempre lo que quiere, por eso te busca!

—Es la paz del Señor. Bernardo la nota.

Gaya estalló en una carcajada bastante impropia de una noble. No ofendería al monje, pero quedaba muy clara su opinión.

Habían recuperado aquella relación de antes. Aún no del todo, pero se acercaba mucho. Faltaban aún, por ejemplo, los paseos al atardecer. Ahora, con la excusa de Bernardo, era difícil encontrar tiempo para continuar con esa rutina que tantos buenos momentos les había regalado.

Pero hoy Gaya tenía algo en los ojos y se la notaba molesta por algún motivo que el padre Esteban desconocía.

—¡La paz del Señor! —respondió ella—. ¡Demasiados disparates!

El padre Esteban lo tuvo claro muy pronto.

—¿Tu madre aún no ha visto al niño?

Gaya lo miró con sorpresa. Después se serenó un poco y sonrió.

—¡Sí que soy transparente! —dijo—. Pero creo que me conoces muy bien. Demasiado bien, diría.

Lo miró con aquellos ojos entrecerrados. Después apretó los dientes.

—¿Mi madre? No, no ha visto al niño. —Gaya se puso muy seria; más de lo que estaba—. Pero ella se lo pierde: ¡el primer nieto que tiene y mira el caso que le hace! ¡No le importamos nada! Ya estoy acostumbrada, es lo que me ha hecho toda la vida.

El padre Esteban había guardado silencio sobre la visita de Almodis durante el parto. La discreción era una virtud que el monje sabía cumplir, pero consideró que era un buen momento para romperla.

Pero Gaya siguió hablando.

—No me importa que no venga. ¡Así Bernardo no cogerá malas influencias!

El padre Esteban la miraba sin decir nada. Gaya estaba muy enfadada con su madre y todas esas afirmaciones eran solo una demostración de su estado de ánimo.

«En el fondo, querría que Almodis estuviera aquí. Eso la haría muy feliz», pensó el monje.

Aquella misma tarde, el padre Esteban se dirigió a la Espluga de Francolí para hablar con la madre de Gaya. Viajó en un carro sencillo arrastrado por un único animal. Durante las tres millas del trayecto observó la gravedad de la sequía. Allá donde mirase, la humedad parecía haber sido absorbida por una fuerza invisible y todo el paisaje era un claro reflejo de la muerte.

Pasó cerca de pequeñas granjas y vio que lo miraban con resentimiento. Incluso le insultaron y le lanzaron piedras.

—¡Marchaos de aquí! ¡No os queremos, asesinos miserables!

El hombre que le dijo esto era muy delgado y calvo, tendría unos treinta años. Y parecía no tener fuerzas para decir mucho más: mostraba una debilidad enfermiza. El que le lanzó las piedras era un muchacho de apenas doce años. Estaba junto al hombre calvo; seguramente eran padre e hijo.

El suelo se agrietaba por doquier, con millares de fisuras que dibujaban una enorme red allí donde no se veía vegetación.

En todas partes donde había edificaciones se repetía la misma imagen:

ausencia de animales y de capa vegetal, y todos tenían el semblante serio y aspecto enfermizo.

Se detuvo en una de las casas a la entrada del pueblo.

—¡Dios os guarde! —dijo a la gente que estaba en la puerta, dos mujeres de mediana edad y un niño de poco más de seis años, que le habían gritado toda clase de improperios que él no quiso pasar por alto—. ¿Puedo ayudaros? Tal vez me habéis confundido con alguien y he pensado que si necesitáis algo, podría ayudaros.

Las dos campesinas lo miraban con desconfianza.

—Si eres uno de estos malditos monjes que vive en Poblet, no nos hemos confundido —dijo una de ellas.

Aunque el padre Esteban no vivía en Poblet, sí que formaba parte de la comunidad monástica y, por lo tanto, los insultos sí se dirigían a él. Además, quería saber cuál era el motivo de aquel malestar general contra los monjes.

—¿Qué os hemos hecho?

Ninguna de las dos parecía decidida a explicar nada, hasta que la que había hablado antes, que tenía la cara muy redonda, rompió el silencio.

—Me da igual si voy al cielo o al infierno. ¡Tanto me da! ¡Pero toda esta miseria es culpa de los podridos monjes y de su podrido monasterio!

El padre Esteban se quedó estupefacto, sin saber muy bien qué responder.

—¿Estáis hablando de la sequía? —preguntó.

—¡Y de todo! Desde que llegasteis aquí, todo son desgracias y miseria. Y como las tierras no dan bastante, el señor aún nos exige más. ¡Como si pudiéramos sacar grano de donde no lo hay!

—¿Y por qué echáis la culpa a los monjes? Nosotros también trabajamos la tierra. Y rezamos por todos.

—¡Eso son bobadas! No sirve de nada rezar —dijo señalando unas hierbas secas y quemadas por la sequía.

—Si tenéis problemas para alimentar a vuestra familia, sabed que allí siempre se os hará caridad. Y os ayudaremos en lo que sea necesario.

—¡Mentira! —La otra mujer, con una barbilla muy puntiaguda, estalló—. Fuimos a pedir caridad y nos la negaron. Con palabras que no entendéis ni vosotros, nos echasteis del monasterio.

—¿Hablasteis con el padre abad?

—¡Claro que sí! —dijo la mujer de la cara redonda—. «El que quiera comida, ¡qué se espabile!». Así de claro fue.

¡Aquello no podía ser cierto! Más allá de cualquier otra cosa, la ayuda al necesitado era el principal deber de todo cristiano, y más aún de un miembro del Císter.

—¿Fuisteis vosotras o vuestros maridos?

Las dos lo miraron como si las estuviera ofendiendo.

—Por si las versiones fueran distintas. No es lo mismo lo que os hayan podido contar otras personas sobre un hecho, que si lo habéis vivido vosotras mismas.

—Nuestros maridos tienen demasiado trabajo. Fuimos nosotras dos y esta es la única versión que existe.

—Pues tendré que hablar con el padre abad. Si dijo eso, se ha equivocado y tendrá que rectificar.

Ambas mujeres se miraron, sin terminar de creerse las palabras de aquel monje.

Al entrar en el pueblo todo el mundo lo miraba mal. Se hablaban al oído, observando cada movimiento del monje. Le pareció que lo que le habían contado las dos mujeres se repetía en cada casa.

¿De verdad culpaban a los monjes de la sequía?

Inmediatamente, el padre Esteban fue hasta la fuente del pueblo. Estaba seca y abandonada: se notaba que el agua no circulaba desde hacía muchos días.

Le entró más sed. Al ver aquello tan muerto, sus instintos le pidieron más agua. Era como si hubiera tragado tierra áspera y una buena parte aún la tuviera en la lengua y la garganta. La saliva era insuficiente para saciar la sensación de sequedad.

El animal que tiraba de su carro rascaba el suelo con una de sus patas delanteras. Él también notaba la falta de agua.

Siguió hasta llegar a la zona más noble de la Espluga de Francolí.

Como si lo estuviera esperando, la viuda de Ponce de Cervera, vizcondesa de Bas, lo recibió en sus estancias privadas.

Su rostro era el de siempre, serio y sin mostrar sentimiento alguno que reflejara su estado de ánimo. Se quedó mirando al monje, esperando a que este

dijera alguna cosa.

El padre Esteban habló enseguida.

—¡Tenéis un nieto precioso, señora! Y está muy sano. —Sabía que estas palabras captarían la atención de Almodis.

Y así fue: el padre Esteban pudo ver que sus ojos parpadeaban nerviosos y se humedecían un poco. Por un instante, parecía que su mirada también reflejaba un poco de ternura. Los labios se abrieron como buscando decir algo.

Pero fue un momento fugaz que desapareció como si un vendaval se lo llevara lejos.

—Solo quería deciros esto. Si os parece bien, regreso a Milmanda.

Ella permaneció imperturbable, sin decir nada.

El padre Esteban se dio la vuelta para marcharse.

—¿Cómo está Gaya?

De espaldas, el monje sonrió. Después de todo, era humana y tenía sentimientos. Se puso serio y se giró mirándola a la cara.

—Bien, gracias a Dios. Se encuentra muy bien.

—¿Sabes si necesita alguna cosa especial? ¿Está bien atendida?

—Sí, está muy bien atendida. Nunca se había sentido tan libre como ahora: casi parece la señora de Milmanda. —Tal vez había tensado demasiado la cuerda y esta podía romperse, pero algo en su interior le empujaba a ser valiente y no huir de aquella especie de enfrentamiento.

—¿Y a qué has venido? —Era una mujer de mármol.

—A deciros que vuestro nieto está muy sano. Estuvisteis en el parto y parecíais interesada en él. Tal vez me equivoqué.

Ella levantó levemente la barbilla. A pesar de ser bastante alta y el padre Esteban de estatura mediana, era como si quisiera mirar desde más arriba.

—No te equivocas, monje. Es un bastardo, pero por sus venas circula la sangre de los Cervera.

Él sonrió sin mirarla y chasqueó la lengua.

—Entre nosotros no es necesario continuar con esta farsa, ¿verdad?

El padre Esteban observó un ligero temblor en los ojos de Almodis; ligero, pero un temblor.

—No eres tan ingenuo como quieres aparentar, monje. Pero ten cuidado.

Los Torroja no saben nada. De puertas afuera, todo sigue igual: Gaya es la prometida de Ramón de Torroja hasta que él se recupere del cautiverio.

—¿Y qué haréis con el niño?

Ella sonrió ligeramente, lo cual asustó un poco al padre Esteban.

—Es fácil de prever: dijiste que te hacías responsable, de modo que cuando llegue el momento vuelves al monasterio y te lo llevas contigo. El niño es un bastardo, no tiene futuro alguno entre la nobleza.

Los ojos del padre Esteban se abrieron como dos naranjas.

—¿Y qué dirá Gaya de todo esto? ¿Creéis que aceptará que la aparten de su hijo?

—Tendrás que convencerla de que es lo mejor para ella.

—¿Para ella? Querréis decir para vos.

Almodis no pareció molestarse por ese comentario, seguramente ya se lo esperaba.

—Cuando Gaya tenga mis años verá las cosas desde una perspectiva muy diferente. Espero que ya haya cambiado hasta el punto de que mis razonamientos los encuentre más de su gusto.

El padre Esteban movió la cabeza haciendo una señal de duda.

—¿Y no tenéis ningún interés por saber quién es el padre del niño? — Aquella pregunta iba directa a las entrañas de Almodis.

Ella tembló. «Lo sabe. Sabe lo que ocurrió. De alguna manera lo sabe», pensó el padre Esteban.

Pero fue un temblor breve y pronto recuperó su habitual pose.

«Esta mujer es dura como la piedra».

—Antes habría jurado que tú no eras el padre de la criatura: te veía demasiado poca cosa. Ahora... ya no lo tengo tan claro, monje. Tienes una doble cara.

El padre Esteban sonrió ante aquel comentario.

—Soy monje de fe y espíritu, señora Almodis. Nunca he roto mis juramentos y continúo siendo fiel al celibato y a las reglas del Císter. Dije que me haría cargo de la criatura y mantendré mi palabra hasta el final de mis días.

—Pues todo arreglado. Ahora solo tienes que convencer a Gaya para que te entregue al niño. Ella podrá volver aquí y prepararse para los esponsales con Ramón de Torroja.

Al salir de la Espluga de Francolí, el padre Esteban se dirigió al monasterio.

Por todas partes, las señales de la sequía se confundían con el odio y el desprecio que desprendían aquellas miradas cuando el monje pasaba cerca.

Y en una de las casas más alejadas, en dirección sureste, le volvieron a lanzar piedras. Eran cantos lo bastante grandes como para hacerle daño.

«¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo es posible que exista tanta hostilidad hacia los monjes? ¡No hemos hecho nada malo!».

Cuando llegó a Poblet fue a ver al prior Hugo, con quien tenía confianza. Tras explicarle lo ocurrido con los lugareños y el odio que mostraban hacia los monjes, el padre Hugo se quedó sorprendido.

—Nosotros no hemos notado nada de nada.

—¿Pero habéis ido últimamente a la Espluga o a las granjas situadas más allá del territorio del monasterio?

—Pues... no, ya hace unos meses que no. ¡Ahora tenemos demasiado trabajo! Pero sí que hay un asunto...

El padre Hugo miró a un lado y a otro, como para comprobar que no había oídos indiscretos.

—Con la sequía, el abad Grimoald ha exigido el máximo esfuerzo económico a todos.

—¿Económico? El Císter siempre ha buscado eso, trabajo y austeridad. No es nada nuevo.

—No, Esteban, no va por los monjes. Economía de limosna.

Ambos se miraron. El padre Esteban se quedó muy sorprendido, mientras que el prior Hugo se lamentaba con suaves movimientos de cabeza.

—Pues encaja con lo que me han dicho los campesinos de la Espluga. ¡Ellos tienen razón! ¿Cómo has podido permitirlo, Hugo?

—Hubo una deliberación y tuvimos que votar. El abad lo quería hacer sin ningún tipo de consenso, por orden suya, pero las quejas de unos cuantos le obligaron a someterlo a votación. Y ya sabes que hay división entre los más veteranos y los recién llegados; estos últimos acatan todo lo que dice el abad y no le discuten nada.

Y la votación la había ganado el abad, quedaba bien claro.

—¿No hay ninguna posibilidad de que cambie de opinión? —comentó el

padre Esteban.

—Ninguna. No te recomiendo que lo intentes. Y menos tú.

El padre Esteban interrogó con la mirada al prior por aquella última afirmación, y este se explicó mejor.

—Desde que te fuiste a Milmanda, eres como un alma muerta para él: como si ya estuvieras con el Padre. —Señaló el cielo—. No ha llegado a prohibirlo, pero le molesta que se hable de ti.

—Pues esa es la mejor razón para ir a hablar con él. Pero no quiero que me acompañes, Hugo. No quiero causarte problemas. Te aprecio demasiado como para hacerte eso.

El padre Esteban le cogió del brazo, impidiendo cualquier respuesta. Las palabras sobraban.

—Lo encontrarás en el nuevo edificio, más allá del claustro.

—¿Dónde viven los laicos?

—Bueno, sí; el edificio se pensó para eso, pero de momento se usa como almacén.

El padre Esteban fue hasta allí.

Donde el año anterior solo se veían los cimientos, ahora se levantaba un edificio rectangular hecho de tapial. Era bastante feo: paredes rectas con un par de ventanas muy pequeñas, una puerta de acceso y un techo sujeto con unas vigas estrechas. Nada más. Situado fuera del ámbito del monasterio en sí, su construcción se había iniciado con un objetivo y el resultado final había sido otro.

El interior era tan feo como el exterior: sacos bien colocados, barriles, jarras de barro de diferentes tamaños y cajas de madera.

Allí se hallaba el abad, que repartía órdenes a media docena de hombres y monjes: organizaban el almacén buscando la mejor eficiencia posible.

—¡Abad Grimoald! —El padre Esteban lo llamó desde la puerta.

El sol de la tarde se metía en el almacén y dejaba al recién llegado a contraluz. El padre Esteban vio que el abad lo miraba pero sin saber quién era. Movía la cabeza buscando adivinar la identidad de quien había gritado su nombre. Después, avanzó unos pasos.

—¿Padre Esteban? —Chasqueó la lengua en un gesto entre el disgusto y el enfado—. ¡Ahora tengo trabajo!

—¿Qué salvajada es esa de privar de limosna a los necesitados? — Aquello era un claro desprecio a la máxima autoridad del monasterio de Poblet, pero era la única manera de reclamar su atención.

—¡Cuidado con lo que dices! —le amenazó mientras le miraba de reojo. Los que arreglaban el almacén escuchaban toda la conversación—. Ya hablaremos más tarde, estaremos más tranquilos.

—Después yo no puedo, tengo trabajo: he de sacar a pasear al hijo de Gaya. Hablemos aquí y ahora.

—¿Te has vuelto loco? Vivir alejado del monasterio ha trastocado tu buen juicio. No eres el mismo, y no creo que puedas volver a ser un monje como Dios manda.

—La gente se muere de hambre y de sed. La misión del Císter es ayudar al necesitado... ¡por encima de cualquier otra cuestión! ¿Acaso os habéis vuelto como la gente de Cluny? —Aquel era uno de los desprecios que más podía ofender a un abad del Císter. El monasterio de Cluny (Borgoña, Francia), fundado bajo la regla de san Benito, acabó apartándose de la austeridad, la pobreza y el trabajo, y adoptó una vida de lujos más propia de la nobleza. Esto, entre otras cuestiones, provocó el nacimiento de la Orden del Císter: para recuperar la estricta observancia de la regla de san Benito.

El padre abad retrocedió unos pasos frente a aquella acusación tan severa. Y viniendo de un hombre, en teoría, tan apocado como el padre Esteban, le trastornó.

—Aquí hay alimentos de sobra para la gente del monasterio. No es digno de un siervo de Cristo, que lo dio todo, incluso la vida, a cambio de nada. Repartid estos víveres entre los más necesitados y tal vez obtengáis el perdón de Dios.

El abad se dirigió a los otros hombres.

—¡Sacad de aquí a este miserable! Solo nos traerá hambre y miseria. Quiere destrozar todo por cuanto hemos trabajado. ¡Que se vaya!

El padre Esteban no permitió que nadie le pusiera la mano encima. Él, por voluntad propia, salió del almacén y abandonó Poblet.

Mientras volvía a la granja de Milmanda, fue recobrando la calma, pero empezó a dolerle la cabeza. Todo lo ocurrido en las últimas horas casi parecía más una pesadilla que hechos reales.

La gente, los campesinos, los lugareños. Almodis. El pueblo de la Espluga de Francolí. El monasterio de Poblet. El prior Hugo. El abad Grimoald. El padre Esteban lo recordaba como si su cabeza se hubiera cubierto de nubes. Tenía muy claro lo que había ocurrido, pero lo sentía como si estuviera en la mente de otra persona.

Y estaba muy cansado, al borde del agotamiento. Pero no había hecho gran cosa. Viajar en carro de un lado para otro y hablar con tres personas.

No le contó nada a Gaya. Ni a nadie. Se sentía decepcionado por todo.

El Císter en su forma más pura, con la que él se había comprometido, parecía una entidad lejana y ausente de Poblet.

Ahora se presentaba un invierno que no sería fácil para nadie. Y menos para la gente que ya pasaba hambre y veía sus cosechas arruinadas.

Apocalipsis

Granja de Milmanda, otoño e invierno de 1157

El padre Esteban había sufrido un gran cambio. Físicamente era el mismo, pero por dentro parecía distinto.

En su carácter ya no quedaba nada de aquel joven apocado, y caminaba erguido y mucho más seguro de sí mismo. Pero donde más se apreciaba el cambio era en su mirada: serena, fuerte, como si albergara una confianza absoluta.

Gaya no dejaba de observarle. El monje no se mostraba igual en el trato con la gente. Su timidez se había evaporado como un charco de agua en aquel desierto tórrido y sediento en el que se había convertido toda la región. Los otros campesinos también lo habían notado.

Tal vez con quien seguía siendo el de siempre era con el pequeño Bernardo. Cuando estaban juntos, el monje se convertía en otro niño. Como si quisiera recuperar la inocencia perdida, el padre Esteban se llenaba de sonrisas y gestos impropios de un monje cisterciense.

Y la sequía continuaba implacable.

El verano anterior, el calor y la falta de agua habían detenido la vida durante las horas centrales del día. Las temperaturas fueron tan altas que unos cuantos lugareños habían perdido la vida. No fueron muchos, pero sí los

suficientes como para alarmar a la gente de las consecuencias del fuerte calor y la falta de agua.

Ahora, en pleno otoño, la sequía no daba tregua. Antes del verano había llovido un poco, pero el agua fue absorbida por ese suelo tan sediento como las plantas, los animales o las personas. Además, solo llovió dos días y con breves chaparrones, no era la lluvia de levante que empapaba el suelo de manera lenta pero continuada.

El ganado también comenzó a morir. Algunos ganaderos habían querido asegurar las bestias reproductoras y sacrificaron al resto. Conserva y salazón habían sido las fórmulas usadas para guardar la carne; al menos, la gente no pasaría hambre. De momento.

El pesimismo era la nota predominante. El campesino, por naturaleza, era previsor y siempre pensaba que las cosas podían ponerse muy mal. Si era como decían, podrían sobrevivir. Y si tenían suerte, podrían sobrevivir más tiempo.

Pero ahora la situación se había vuelto catastrófica, casi apocalíptica.

Gaya también había notado que los campesinos echaban la culpa de todo a los monjes. El razonamiento era muy sencillo y lógico.

Los tres principales estratos sociales funcionaban como un conjunto. Cada uno tenía que cumplir con una tarea para mantener a la sociedad.

Los nobles y los guerreros, administrar y defender a la población. La gente sencilla tenía que trabajar para alimentarlos a todos. Y los religiosos, conseguir la gracia de Dios, también para todos. La falta de lluvia se interpretaba como un castigo del Altísimo porque los religiosos no cumplían con su parte. Solo Dios Nuestro Señor podía alargar una sequía tan devastadora como aquella y, hasta ahora, las oraciones de los monjes y los curas no habían servido para nada.

Además, la gente de la zona no recordaba una sequía tan larga. Por eso relacionaban el castigo con la construcción del monasterio.

Gaya no lo comentó con nadie, pero tenía la certeza de que la familia Cervera había fomentado aquella animadversión hacia los monjes de Poblet. Sobre todo su tío Ramón, que sabía aprovechar bien las situaciones complicadas para sacar el máximo beneficio. Su madre, Almodis, era diferente: ella prefería provocar la situación para conseguir lo que pretendía.

Pero seguro que culpaban de todo a los monjes y lo repetían allí donde hubiera gente dispuesta a creérselo y propagarlo por todas partes.

La zona se había vuelto insegura para todo el mundo. Los Cervera no daban abasto para garantizar la seguridad en los caminos más alejados de los espacios habitados. De hecho, la presencia de ladrones nunca se había evitado del todo. Pero ahora los asaltantes proliferaban buscando comida y agua, los bienes más preciados.

Seguro que en la Espluga, tanto en la Sobirana como en la Jussana, los Cervera no sufrían ninguna de las incomodidades resultantes de la sequía ni la miseria que devastaban el valle del Francolí. En el palacio señorial disponían de todo: agua en abundancia, comida y todo lo necesario para la cómoda vida de un noble.

Pero en Milmanda no. Gaya sufrió como nadie la ausencia de los habituales lujos de los nobles. No podía bañarse tan a menudo como antes, y la ropa nunca estaba tan limpia como ella hubiera querido. Comida no faltaba. De momento, allí nadie pasaba hambre. A pesar de haber sacrificado un montón de ganado y aprovisionado a Poblet con las mismas cantidades de siempre, el rendimiento de la granja era lo bastante bueno como para asegurar la alimentación de los campesinos, los trabajadores y la misma Gaya con sus sirvientas.

La hija de Almodis había subido hasta lo alto de la torre que presidía la granja de Milmanda: una torre de base cuadrada, bien acabada y bastante nueva, y con una altura de dos pisos hasta llegar a la zona de las almenas. Allí Gaya disfrutaba del frescor matinal, en un par de horas el fuerte calor convertiría aquel lugar en insoportable. El día se preveía repetitivo y cálido: un cielo sereno y azul, limpio de nubes, era el síntoma más evidente.

Gaya se puso la mano a modo de visera.

Los verdes de la primavera parecían haber desaparecido para siempre. Los tostados, marrones y ocres dominaban todo el paisaje de manera despótica y agresiva. Incluso los olivos —resistentes a la sequía y a las condiciones climáticas más extremas— agonizaban de sed, con unas ramas llenas de vacíos desde donde las hojas supervivientes clamaban en silencio por una miserable gota de agua.

A principios del invierno, el monasterio bullía de actividad. De hecho, las fechas con más faena eran Todos los Santos, Pascua, San Miguel y Navidad. Pero la primera y la última eran las más importantes.

Esos días el monasterio recibía a los enfiteutas y los tenientes de tierras, casas o molinos que pagaban un canon a la comunidad monástica. Como casi todo era en especie, pues en esas zonas apenas circulaba la moneda, la llegada de carros con sacos, barriles, jarras de barro o animales era constante. Aunque lo había sido mucho más antes de la sequía.

El día estaba gris. Unas finas nubes cubrían el cielo y la temperatura no era agradable; a primera hora de la mañana, una capa de escarcha cubría las pocas plantas que aún sobrevivían.

El padre Esteban, Gaya y el pequeño Bernardo también fueron al monasterio para hablar de las cuestiones que afectaban a la granja de Milmanda.

Tras el enfrentamiento verbal con el abad, el padre Esteban había regresado en varias ocasiones, pero había mantenido un silencio riguroso. La llegada de la curiosa familia, pues, no fue ninguna sorpresa para nadie.

El prior Hugo los recibió con una ancha sonrisa.

—¡Vaya hombrecito más grande que tenemos aquí! —Se acercó hasta el pequeño Bernardo, que señalaba los corrales donde aún quedaban gallinas y cerdos—. Veo que le gustan los animales.

Gaya afirmó en silencio y con una pequeña sonrisa.

El padre Hugo lo cogió en brazos y se lo llevó hasta la cerca de los corrales. Una marrana enorme daba de mamar a sus crías: cinco cerditos que apenas medían tres palmos.

Bernardo alargó los brazos para tocarlos.

—Ahora no se les puede molestar, están comiendo —le dijo el prior usando un tono infantil.

Gaya miraba a su hijo, orgullosa.

En cambio, el padre Esteban parecía inquieto. Miró a lo lejos, más allá del pequeño círculo que formaban. Notaba un ligero temblor en la cerviz, como si una tempestad estuviera al caer. El cielo seguía cubierto de finas nubes y nada

hacía prever la deseada lluvia.

El monje se frotó la nuca enérgicamente. Pero nada, la desazón no desaparecía.

Miró hacia la Espluga, pero la espesura de la arboleda de Poblet no le dejaba ver más allá.

Esa sensación... Tenía escalofríos en la cerviz, y los cabellos parecían púas que se le clavasen en la piel.

De pronto, entre los árboles, comenzó a aparecer gente. Mucha gente, una multitud que se acercaba caminando hacia el monasterio.

El padre Esteban no reaccionó de inmediato. Eran lugareños y campesinos. Acarreaban azadas, palas, horcas y palos. Pero lo que de verdad atemorizaba eran sus miradas: oscuras, impersonales y llenas de odio.

Un murmullo acompañaba a la multitud, y en cuestión de minutos el monasterio estaba rodeado de gente. A todos se les veía famélicos y enfermizos.

Fue como si de repente todo se parase. El murmullo ahogó cualquier otro sonido. Ni siquiera se oían los pájaros.

—¡Queremos comida para nuestros hijos! —gritó una mujer.

—¡Nos habéis traído la miseria! —exclamó otro hombre.

La rabia se extendió y todo el mundo comenzó a gritar frases similares. El ruido era casi insoportable.

—Gaya, ¡coge a Bernardo! —gritó el prior Hugo—. ¡Y marchaos de aquí ahora mismo!

Pero la multitud había rodeado el monasterio sin dejar lugar alguno por donde escaparse. Esa era la idea: que nadie pudiera salir de allí.

Gaya cogió a Bernardo en brazos y lo sujetó con fuerza. El padre Esteban también protegía al niño.

De pronto aparecieron los monjes de Poblet, con el abad Grimoald al frente. El prior Hugo fue hacia ellos y se situó junto a su superior.

Con enérgicos movimientos con los brazos, hizo callar a la gente.

—¡Estas son tierras sagradas y no sois bienvenidos! Marchaos a casa y Dios no tendrá en cuenta las blasfemias que han salido de vuestras bocas. La lluvia vendrá pronto y las cosas volverán a la normalidad. En el monasterio, cada día rezamos para que se termine esta sequía —dijo para tranquilizar a la

gente.

Desde la distancia, el padre Esteban no daba crédito. El abad intentaba reconducir la situación hacia donde él quería. Observó a los campesinos y vio que las palabras del abad no calmaban los ánimos.

El monje de Milmanda miró al cielo.

«Padre, ahora sería el momento de que cayera una buena lluvia. Te imploro que hagas caso de este pobre servidor tuyo que solo busca evitar la violencia. Padre, escúchame». Esperaba que el destinatario final entendiera la desesperación de sus silenciosos ruegos.

El padre abad continuaba con un discurso que no era el que la gente quería escuchar. Pretendía que creyeran como las ovejas y que volvieran a sus casas sin haber calmado la necesidad que los había llevado al monasterio.

—¡Ahora marchaos! Hoy haremos una misa pidiendo a Nuestro Señor Jesucristo que os perdone por este desprecio —dijo.

El padre Esteban se dio cuenta de la prepotencia que emanaba de aquellas palabras. El abad Grimoald, en lugar de calmar a la multitud, los trataba como a niños necesitados de un padre autoritario. Haciendo un esfuerzo supremo, se mostraba magnánimo y les obsequiaba con una misa.

—¡No nos iremos sin comida para nuestros hijos! —gritó una madre desesperada en medio de la multitud. Un grito sin rostro pero decidido que dejaba muy claro lo que les había llevado hasta Poblet.

El padre Esteban miró al abad. Grimoald estaba nervioso y se movía sin saber muy bien qué hacer.

—Nuestros almacenes están casi vacíos. ¡No hay suficiente comida para todos! Si lo repartimos, nadie sobrevivirá al invierno y no habrá servido de nada. Los bienes del monasterio son privados, y nosotros velamos para darles un uso adecuado.

El padre abad continuaba con un tono prepotente y paternal.

«Esto no acabará bien, Grimoald. Te estás equivocando de lleno». Pero ese pensamiento se quedó encerrado en su alma.

Una piedra impactó en la cabeza del abad, que cayó al suelo. Y entonces comenzó el apocalipsis.

La gente enloqueció y comenzó a correr hacia todo aquel que pertenecía al monasterio.

—¡Gaya, el niño! —El padre Esteban sufría por el pequeño Bernardo.

La multitud agredía con violencia a monjes y laicos. Unos cuantos golpearon al padre abad de manera brutal y continuada —Grimoald seguía en el suelo tras el impacto de la pedrada—, hasta que lo mataron allí mismo.

El padre Esteban veía que las azadas ya no abrían zanjas en el suelo; ahora servían para degollar frailes y monjes. Las horcas ya no amontonaban paja, sino que se clavaban en el cuerpo de la gente del monasterio. Los palos que se empleaban para varear los almendros, ahora se usaban para acabar con los monjes culpables de la desgracia que asolaba a la comarca entera.

Los gritos de terror y rabia se mezclaban revelando un clima de muerte como el padre Esteban no había visto nunca. Aquello no era una lucha de unos contra otros: era una matanza.

Los campesinos parecía que se multiplicasen y que saliesen de debajo de las piedras.

—¡Esteban! —gritó Gaya—. Tenemos que salir de aquí.

Aunque no estaban en el centro de la reyerta, por todas partes se veían campesinos que agredían a todo aquel que se cruzase en su camino.

—¡Tal vez dentro del monasterio! —gritó el monje, asustado.

No sabía muy bien qué hacer ni cómo actuar. Como guardián se sentía un completo inútil.

Y a Gaya le entró el pánico. La hija de los Cervera comenzó a gritar sin parar. El monje no encontraba modo de calmarla. Aquello era un verdadero infierno, el fin de su mundo: el apocalipsis.

Gaya chillaba y los ojos del pequeño Bernardo mostraban el terror más absoluto.

A pesar de la proximidad del monasterio, la distancia parecía aumentar por momentos. Y la muchedumbre no paraba de crecer.

«¡Gracias a Dios que estábamos lejos de donde estaba hablando el padre abad!», pensó el padre Esteban. La gente llenaba los grandes espacios alrededor del monasterio y ya no se veía a ningún monje o fraile.

—¡Será mejor ir hacia el bosque! —gritó el padre Esteban mirando a Gaya.

Su respiración era agitada pero ya no chillaba fuera de sí.

—¡No! Está demasiado lejos, demasiado lejos.

Tenía razón: la distancia parecía insalvable. Pensó que en cuanto la multitud abriera uno de los almacenes, se dedicaría a saquearlo y dejaría de atacar a monjes y frailes.

Pudieron abrirse paso hasta la parte exterior del claustro, que miraba hacia el sur.

La puerta de acceso estaba cerrada por dentro.

—¡Tenemos que ir al bosque! —repitió el padre Esteban.

—¡No!

Construida con gruesos tablones de pino, la puerta no sería fácil de abrir sin nada con lo que hacer fuerza.

El padre Esteban, Gaya y Bernardo se encontraban pegados a la pared mirando cómo la gente iba de un lado para otro.

—¡Entremos por la ventana! —gritó Gaya.

—Las ventanas son demasiado estrechas y altas. Están pensadas para que no se pueda acceder por ellas.

Cada vez había menos gente por esa zona. Y los que pasaban solo buscaban comida. A distancia, el padre Esteban podía ver cómo se llevaban sacos, barriles, contenedores de barro, gallinas, conejos, cerdos y demás animales de la cuadra.

También acarreaban antorchas y comenzaron a quemar los corrales y todo aquello que era de madera: pequeñas construcciones alrededor del monasterio.

¡Aquello parecía el fin de Poblet! Tras el expolio, tardaría años en recuperar todo lo conseguido hasta ese momento. Y si continuaba la sequía y toda aquella miseria, tal vez la implantación del Císter en la zona tocara a su fin ese mismo día.

Cuando la multitud empezó a desperdigarse, los cuerpos sin vida de frailes y monjes fueron más visibles. Y también la terrible violencia que lugareños y campesinos habían empleado. Miembros arrancados, cuerpos abiertos en canal, cabezas partidas. La sangre que envolvía aquella masacre y el humo de los incendios tenían un olor más propio del apocalipsis bíblico.

En el suelo, un cuerpo se movió. Era un joven novicio que también se llamaba Esteban. Al verlo, una campesina que pasaba por su lado lo remató con unos cuantos golpes de martillo en la cabeza.

Cuando comenzaron a quemar los corrales, las bestias que consiguieron escapar corrían aterradas en todas direcciones. Gallinas, pollitos, patos, ocas y otros animales de corral caminaban desperdigados en medio de aquel caos.

Una marrana seguida de sus cerditos corría en dirección al claustro. Uno de los lugareños se tiró encima de la cerda y le clavó la horca hasta el mango. El animal emitió un chillido y cayó al suelo como un saco. Después empezaron a perseguir a los cerditos.

Uno parecía haber escapado del peligro.

Y fue entonces cuando sucedió la tragedia.

Bernardo se escapó de su madre y fue en busca del cerdito. Seguramente también quería cogerlo, pero con la inocente intención de jugar con él. El niño tenía el recuerdo reciente: antes no había podido tocarlo porque estaba comiendo.

El grito de Gaya alertó al padre Esteban.

—¡Ya voy a buscarlo! —gritó el monje.

Dos hombres llegaron hasta donde estaba Bernardo. El pequeño había atrapado al cerdito y ahora pugnaba por cogerlo, pero le faltaba fuerza y habilidad para vencer el pánico del pequeño animal. Uno de los hombres le dio un puntapié a Bernardo y lo lanzó un par de pasos más allá. El cerdito, al sentirse liberado, echó a correr hacia donde había ido a parar Bernardo.

El padre Esteban estaba a punto de coger al niño cuando una mujer, que corría sin saber muy bien a dónde ir, le dio un golpe en la cabeza y lo tiró al suelo. El monje se quedó medio aturdido, pero sin perder de vista lo que estaba sucediendo.

El otro hombre iba armado con una horca y, para cazar al cerdito, clavó ambas púas en el cuerpo del pequeño Bernardo, que soltó un grito mortal.

También Gaya gritó mientras corría en dirección a su hijo. El padre Esteban lo vio. Aquello parecía el fin de todo. Y, como pudo, se puso de pie y caminó hasta donde estaba Bernardo.

Gaya llegó antes y se agachó buscando la cabeza de su hijo. Aquella bestia iba a clavar la horca nuevamente en el cuerpo de Bernardo cuando la voz del padre Esteban lo detuvo.

—¿Has de matar a una criatura para sentirte un hombre? ¿Eso quieres?

El hombre se detuvo y miró al monje con odio.

El padre Esteban se situó a un par de palmos, casi podía olerle el aliento.
—¡Sí, soy un monje! ¡Mátame a mí! ¡Pero a ellos déjalos en paz!

Durante unos instantes el tiempo pareció detenerse. Los lloros y los gritos de Gaya sonaban lejanos. El olor de los cuerpos abiertos había perdido intensidad. Y una inapreciable brisa se llevaba lejos el humo de los incendios. Pero la tristeza y la desgracia no se alejaron.

El padre Esteban sostuvo la mirada de aquel hombre. Notó en su interior la presencia de Dios y se sintió fuerte y poderoso.

El lugareño comenzó a temblar y retrocedió un par de pasos.

—¡Fuera de aquí! —El monje alargó el brazo señalando hacia la lejanía.

Y el hombre se marchó corriendo.

El padre Esteban se agachó.

Bernardo estaba muerto.

Gaya estaba fuera de sí.

El monje cogió el pequeño cuerpo. Y comenzó a caminar en dirección a la granja de Milmanda.

Gaya, ausente, iba detrás del cuerpo de su hijo.

La gente se detenía al ver pasar al monje con el cadáver de la criatura en brazos. Algunos tiraban las horcas y los utensilios al suelo. Otros se arrodillaban haciendo la postura del penitente.

Y de pronto un trueno estalló como si Dios mostrara su rabia y comenzó a llover.

Una fuerte tormenta, cuyas gotas dejaban unas enormes burbujas al caer, limpió la sangre de aquella trágica jornada.

Caminos de difícil confluencia

Granja de Milmanda, invierno de 1157

Desde aquella trágica jornada, nada volvió a ser lo mismo. La granja de Milmanda no sufrió ningún ataque. Construida como una fortaleza, no permitía un asalto rápido, y la gente que atacó Poblet buscaba facilidad y rapidez.

El monasterio quedó muy afectado. Tanto en su estructura como por la pérdida de vidas humanas, que fueron numerosas.

Hasta al cabo de una semana, con la llegada de los soldados del conde de Barcelona, no se recuperó la normalidad. Aunque no se hizo justicia. Como todo el pueblo de la Espluga había participado en el ataque, fue Ramón de Cervera quien pagó las consecuencias. Como señor, era responsable de sus vasallos y tenía que responder de aquella desgracia. Pero solo tuvo que hacer frente a una sanción económica.

Tras la muerte del pequeño Bernardo, los primeros días fueron muy duros para todos, pero especialmente para el padre Esteban.

Sin sentir aquella desesperación que casi le ahoga cuando murió el padre Bernardo, una oscuridad muy intensa y desagradable aprisionó su alma.

No pudo hablar con Gaya, que se había recluido en sus estancias y no quería ver a nadie.

El monje creía que nada podría liberarlo de aquella prisión de tristeza y desesperación. Ahora Dios lo acompañaba siempre —lo notaba, lo sabía—, pero su presencia tampoco le ayudaba a sentirse mejor.

Sin saber cómo, se encontró en el claro. No fue consciente de que sus pasos lo habían llevado hasta allí. Estaban a inicios de invierno y el álamo no se veía tan radiante como en San Juan o en la Asunción de la Virgen María. También se le veía afligido y abatido.

«¿Qué necesidad tenías de llevarte a una criatura de dos años?». No miraba al cielo, pero se dirigía al Altísimo. «¿No habría sido mejor que me hubiera ido yo en lugar de una criatura inocente? ¿Por qué en ocasiones son tan difíciles de comprender tus actos? ¿No nos hiciste a tu imagen y semejanza? ¿No tendríamos que ser capaces de entenderte y seguirte sin cuestionarnos nada? ¿Por qué? ¿Por qué?».

El día se oscureció. Y una tormenta apareció en el horizonte. La lluvia volvió a limpiar las desgracias humanas. Y la noche cerró el día como una cortina oscura y opaca que oculta los recuerdos diurnos.

Temblando de frío y empapado, el padre Esteban se puso de pie. Se situó al lado del álamo y lo tocó. Sintió una calidez ignota hasta entonces que le traspasó todo el cuerpo.

Mantuvo el contacto con el álamo un buen rato.

Se sentía mareado. El ayuno. Las desgracias de aquel nefasto día. El reconocimiento de la verdad de Dios. Y la propia pequeñez del monje.

Un ser insignificante. Un instrumento de Dios. Un alma enhebrada a la aguja que tejía los destinos de los hombres.

Regresó a Milmanda.

Ya no se preguntaba por las razones de la muerte del pequeño Bernardo. Ya no tenía miedo de su propia ignorancia. Ahora sabía cuál era su misión en la vida. Y tenía que darse prisa: había tardado demasiados años en descubrirlo.

Gaya pudo llorar la muerte de su hijo. Los primeros días, sola, dejándose llevar sin freno alguno. Horas y más horas, mirando al horizonte desde la

ventana, con la imagen de su hijo en la cabeza. Noches en vela y días muy largos en los que la lluvia no dejó de caer.

Poco a poco, fue asumiendo la pérdida de Bernardo.

Después el padre Esteban la ayudó. La abrazó con fuerza y ella se sintió más aliviada.

—¿Cómo lo haces, Esteban? También cuando me agredieron conseguiste que me sintiera mejor.

—Tiene que ver con el álamo. Y con Dios Nuestro Señor: él es el máximo responsable de todo.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Quieres decir que puedes hacer milagros?

—No, no —dijo, y acompañó la negación con un gesto con la mano—. No es ningún milagro. Pero sí que soy capaz de llevarme las penas de los otros con un abrazo.

—Para la gente de tu alrededor es un gran consuelo.

La muerte de Bernardo había endurecido a Gaya. Ya no quedaba nada de su carácter jovial. Todo lo sucedido era demasiado reciente aún y cada cual reacciona como puede ante una desgracia de esa magnitud.

Y aunque el milagro del padre Esteban la había aliviado, en su interior se había instalado un dolor que Gaya sabía que jamás la abandonaría. En lo más profundo de su alma, se quedaría allí, latente, persistente.

La muerte de Bernardo provocó que Almodis fuese a ver a su hija a la granja de Milmanda. La llegada de la hermana del conde de Barcelona alborotó a toda la granja. La acompañaban una veintena de personas, entre sirvientes y guardias armados. Tras lo ocurrido, toda precaución era poca.

El padre Esteban las dejó solas en las estancias de Gaya.

—No te veo muy afectada por la muerte de tu hijo. —Esas fueron las primeras palabras que Gaya escuchaba de su madre en mucho tiempo.

—¿Ni la muerte de mi hijo ha conseguido abrir tus sentimientos?

—Tú y yo no somos tan distintas, hija.

Gaya observó a su madre. Las canas ya le asomaban por las sienes y las orejas, a pesar de querer esconderlas. Y en su cara vio arrugas alrededor de ojos y labios. Pero su mirada continuaba siendo la de siempre: una mirada intensa, dura y muy dominante.

—Perder un hijo es algo muy doloroso. Ojalá que no tengas que sufrirlo nunca, madre.

Almodis parpadeó un poco y cambió de tema.

—Ha llegado la hora de que cumplas tu compromiso con los Torroja. Ahora ya no existe nada que te lo impida.

—¿Eso significaba mi hijo para ti? ¿Una molestia?

—Tener un hijo bastardo no es la mejor dote que una mujer puede ofrecer, te lo aseguro. Y si quieres ser la esposa de un gran señor, lo que te ha ocurrido es el primer paso para conseguirlo.

Gaya iba a replicar con dureza. Incluso siendo maleducada. Pero supo contenerse.

—Ahora —siguió Almodis— la pena por la pérdida de tu hijo está tierna porque es muy reciente, pero con el tiempo pensarás como yo. Nunca me darás la razón pues eres demasiado orgullosa, pero más adelante aceptarás que esta desgracia que ahora te parece tan insufrible es lo mejor que podía pasarte.

Gaya no quiso entrar en esa discusión. Y volvió a un detalle que su madre había comentado antes.

—¿Qué decías del compromiso con los Torroja?

Almodis sonrió. Fue una sonrisa velada: un brillo especial asomó en sus ojos y la comisura de sus labios se arrugó ligeramente.

—El compromiso aún se mantiene y Ramón espera que seas su esposa.

—¿Ellos no saben nada de...?

—No. Hemos sido muy discretos, y ahora solo cabe esperar que lo seas tú.

Gaya se quedó unos instantes en silencio valorando todo aquello.

«Tal vez sí que sea el momento de mirar hacia delante. Es lo que siempre he querido. Y ahora, como dice madre, nada impide que me convierta en lo que siempre he soñado».

Pensó en su hijo y se sintió mal por su pragmatismo. Y buscó excusas para calmarse.

«Yo no deseaba el embarazo. Fui forzada sin mi consentimiento. Bernardo es la primera víctima de todo, pero yo soy la segunda».

Afirmó con la cabeza.

«Es hora de mirar hacia delante y dejarlo todo atrás».

Entonces pensó en todos aquellos que sabían lo que había ocurrido.

—¿Y la gente de la Espluga también será discreta?

—El pueblo es muy fácil de manipular. Solo hay que decir las palabras adecuadas en el momento oportuno.

—¿Qué...?

—¡No hagas tantas preguntas! La vida no consiste en un sí o un no. Ahora vámonos de aquí, te espera una nueva vida.

Al salir al patio de la granja, el séquito de Almodis estaba esperando. También lo hacía el padre Esteban.

Gaya miró a su madre, pero no dijo nada.

Fue a hablar con el monje.

—Solo tengo un momento, Esteban. —Evitaba su mirada. Sentía una opresión desde el pecho hasta los lacrimales—. Me voy...

El padre Esteban le cogió las manos con mucha ternura. Ese gesto la tranquilizó, y rompió a llorar.

—¡Gracias! —dijo sollozando mientras se liberaba de aquel contacto que le acariciaba el corazón—. Nunca te olvidaré, Esteban. Nunca te olvidaré.

Él asintió con la cabeza. En silencio, conteniendo una emoción delatada por las lágrimas que le empapaban las mejillas.

Se abrazaron sin poder, ni querer, evitarlo. Allí, en medio del patio de la granja de Milmanda, a la vista de todos, las almas se fusionaron mientras los cuerpos se despedían hasta que Dios volviera a cruzar unos caminos de difícil confluencia.

Gaya notó que en su interior la tristeza se volvía alegría, y vio que el padre Esteban comenzaba a sollozar. Ahora sufría la tristeza de ambos y ese sentimiento se desbordó sin que él pudiera evitarlo.

—Volveremos a vernos —dijo Gaya obsequiándole con una dulce sonrisa mientras le secaba las lágrimas—. Te lo prometo.

La despedida de Gaya lo dejó trastornado y tuvo que volver al claro para recuperarse.

En pocos días había perdido a las dos personas que más le importaban.

Primero el pequeño Bernardo. Un niño al que había querido, y aún quería,

como si fuera suyo. Con aquella criatura tenía un vínculo más allá de las palabras, e incluso de los sentimientos. No era necesario decir nada, ni siquiera mirarse: ambos querían estar juntos y eran felices así, sin tener que demostrarlo o decirlo. Y tampoco necesitaban dar prueba alguna de su afecto. Se querían y era suficiente. Pero fue demasiado corto, demasiado fugaz. El padre Esteban sentía como si le hubieran robado una parte de él mismo, sin poder hacer nada por evitarlo.

Y después Gaya. Se acababa de marchar, quién sabía si para siempre. Procedían de mundos distintos y las cosas al principio no fueron fáciles. De hecho, la relación entre un hombre y una mujer nunca es fácil, y menos si el hombre es un monje. Pero superaron aquellas dificultades iniciales y, al final, se tenían un respeto cordial que derivó en una amistad. El padre Esteban le debía mucho a Gaya, sin ella nada habría sido igual. Sentía haber despertado de un apocamiento, como el pollito que rompe la cáscara y ve el mundo por primera vez. Antes se sentía desplazado de la vida de los hombres, como si solo fuera un espectador. Como si no participara de la vida. Sumiso y atemorizado por su propia humildad, sus frases eran breves y, en el mejor de los casos, siempre conservadoras, buscando la concordia de los otros y respetando en exceso la opinión ajena. Gracias a Gaya había aprendido que su propia opinión era tan buena como la de los demás; y en ocasiones, sin querer ser prepotente, mejor que la de cualquier otro. También había entendido mejor el mundo femenino y la maternidad. Gracias a Gaya, el monje había mejorado como siervo de Dios. Y ahora, también gracias a Gaya, se sentía más solo y abandonado que nunca. Ni siquiera cuando fue al monasterio de Fontfroide se sintió así. En aquel momento cumplía la voluntad de su padre, Bernardo de Claraval, y la tristeza se equilibraba obedeciendo a aquel hombre por quien sentía una verdadera veneración.

Caminaba por la granja como un alma en pena cuando un joven llamó su atención.

—Sois el padre Esteban, ¿no?

No recordaba haber visto nunca a ese muchacho. Tendría poco más de catorce años, a punto de convertirse en hombre pero infantil en muchos aspectos. Cuando el monje le confirmó su identidad, el joven continuó.

—El prior Hugo os pide si podéis ir al monasterio a verle.

Lo acompañó. El chico no dejó de hablar ni un momento durante el trayecto. Le explicó que vivía en la Espluga y que sus padres, para compensar un poco la desgracia de aquel nefasto día, lo habían dado al monasterio.

Cuando llegaron, Pedro, así se llamaba el muchacho, estaba decidido a conducirlo hasta el prior.

—Ya encontraré yo al prior Hugo, hijo. Gracias.

El monasterio estaba en unas condiciones lamentables. Los corrales habían desaparecido bajo montones de ceniza, así como los animales. Las cuadras también.

Lina buena parte de la alameda que daba nombre a Poblet se había quemado y los troncos se veían ennegrecidos, sin vida, como si fueran lanzas de un fantasmagórico ejército.

Alrededor del monasterio, el suelo ya no estaba sembrado de cuerpos sin vida. Los pocos supervivientes de la desgracia habían trabajado duro para enterrarlos a todos.

Y la parte mejor conservada eran los edificios que formaban la estructura del monasterio. La rigidez de las puertas y las pequeñas ventanas habían conseguido preservar el interior.

En el monasterio encontró al prior Hugo. Lucía un vendaje en la cabeza a modo de turbante sarraceno.

—¿Es grave? —El padre Esteban le señaló la cabeza.

—Me dieron por muerto, esa fue mi suerte. Ahora ya no duele, gracias a Dios. Ven, tenemos que hablar, Esteban.

Lo hizo entrar por la puerta del claustro, la que no pudieron abrir aquel fatídico día. La solitud de los pasos resonaba por las paredes. El claustro estaba totalmente terminado y era soberbio. Todos los arcos miraban hacia el interior, hacia la fuente.

Llegaron hasta el calefactor.

—Este es el único lugar donde se puede hablar con tranquilidad y sin pasar frío —dijo el prior.

Había un fuego encendido y la temperatura era muy confortable. Se sentaron junto al hogar, en dos sillas.

—Gracias por haber venido, Esteban. —La voz del prior Hugo era un buen reflejo de la desgracia que había vivido. Hablaba casi en un susurro, sin la

fuerza que otorga la confianza y los vientos favorables—. Lo hemos perdido todo. Apenas tenemos comida. No hay ni un solo animal con vida y no queda nada de vino, miel y aceite.

»La mayoría de los monjes han muerto. Y casi todos los novicios. Y de los laicos que han sobrevivido, son más los que se han marchado que los que se han quedado.

»Gracias a Dios, estas paredes se mantienen firmes y la estructura ha aguantado bien. La Granja Mitjana está intacta. Y la capilla también.

»Siendo positivos, Poblet está mejor ahora que cuando llegamos. —Tanto el prior como el padre Esteban formaban parte de los primeros monjes que se hicieron cargo de la alameda de Poblet unos años atrás—. Por tanto, siendo positivos, lo tenemos más fácil que entonces y ha llegado la hora de ponerse a trabajar.

El padre Esteban lo miraba. Faltaba la petición formal. Él no diría nada hasta que el prior Hugo la hiciera.

—Quisiera que te incorporaras a la clausura del monasterio. —Esta era la petición formal—. Te necesitamos, Poblet te necesita, Dios te necesita aquí.

—Tuve que marcharme por ser un pecador indigno de pertenecer a Poblet.

—¡Pues tus pecados están purgados!

—¿Todos piensan como tú? ¿Qué dicen los otros monjes?

—La situación es desesperada. Esta tarde celebramos el capítulo para elegir al nuevo abad y para organizamos.

—Entiendo que tú serás el elegido. ¿Qué argumento usarás para que me acepten de nuevo?

El prior Hugo se puso de pie y caminó por la estancia.

—Has madurado, Esteban. Ya no eres el hombre humilde y tranquilo de antes. Ahora tienes lo necesario para ser un buen subprior y, si soy elegido, te adjudicaré ese cargo.

»¿El argumento? Solo somos once. Sabes que es necesario un mínimo de doce monjes para llevar un monasterio. Este es un buen argumento.

»Otro argumento. Poblet no puede permitirse el lujo de prescindir de alguien de tu valía.

—Estoy pensando... —reflexionó el padre Esteban—. Tu nombramiento será provisional.

—Así es.

—Tendrán que venir desde Fontfroide para celebrar el capítulo que nombre al abad definitivo.

El prior Hugo afirmó con la cabeza.

—¿Quién es el actual abad de Fontfroide?

El prior Hugo sonrió.

—El abad Sancho ya no está. Murió hace tiempo. Ahora es el abad Vidal quien lleva las riendas. Y es un hombre muy recto, pero justo y sin los rencores de Sancho.

»No está previsto que venga nadie de Fontfroide hasta la primavera o el verano. Hasta entonces, hay mucho trabajo por hacer. Y Poblet te necesita, Esteban. Poblet te necesita.

Aquella última frase, repetida, impactó en el corazón del padre Esteban, justo lo que pretendía el prior Hugo. Los dos conocían bien esa argucia, pero también eran conscientes de que Poblet significaba mucho para ambos.

—Acepto, Hugo. Pero te pido que me des tu palabra.

El prior Hugo lo miró, esperando el resto de la petición.

—Si Dios lo permite —dijo el padre Esteban con voz enérgica, lo que indicaba que el Altísimo estaba en su interior—, un día serás abad de manera oficial, estoy seguro. Preciso de tu ayuda para comenzar la construcción de la iglesia. Sin reparos económicos. Un templo de piedra como se merece esta gran obra de Poblet.

»No quiero nada para mí. Ni un cargo. No lo necesito. Pero tengo el deber —levantó la voz para remarcar esas tres últimas palabras— de construirle un templo a Dios Nuestro Señor.

El prior Hugo se quedó en silencio unos momentos. Lo miraba sin parpadear. Después habló:

—Creo que te equivocas, Esteban. Tu deber es acabar siendo abad de Poblet. Serías el abad perfecto. Piénsalo, por favor. Y por lo que refiere a la iglesia, te doy mi palabra: todos los esfuerzos del monasterio irán en esa dirección. Siempre que seamos capaces de convencer al nuevo abad, si yo no fuera el elegido.

—Ya me encargaré yo de hablar con él, si se da el caso.

El capítulo de esa tarde fue triste.

La sala capitular podía acoger a unos cincuenta monjes y eran doce. Demasiada piedra y pocos hábitos blancos.

El padre Esteban los conocía a todos excepto a dos; se habían incorporado el último año y no había tratado con ellos directamente.

Solo el prior Hugo, el padre Vicente y él mismo habían llegado con la primera comitiva de monjes desde Fontfroide. Los otros eran de la remesa que vino más tarde, pero pertenecían a Poblet tanto como ellos mismos.

El prior Hugo, al ostentar el cargo más alto de la administración monacal de Poblet, abrió aquel capítulo extraordinario.

El primer punto a tratar fue la incorporación del padre Esteban, pues no podía hacerse ninguna votación ni avanzar en otra cuestión si no había un mínimo de doce monjes.

Explicó lo que habían hablado en el calefactor.

—Su pecado ya ha sido pagado y Dios le da otra oportunidad. Como la parábola del hijo pródigo, es la hora de la misericordia y el perdón.

Cuando pidió la votación para redimir al padre Esteban y aceptarlo de nuevo como monje de Poblet, todas las manos se levantaron. Al ver que había unanimidad, el prior Hugo y el padre Esteban cruzaron unas miradas llenas de complicidad.

También la votación para escoger al nuevo abad provisional fue unánime: el elegido fue el prior Hugo.

Era hora de volver a empezar.

LIBRO TERCERO

**El fruto
(1158-1177).**

La señora de Torroja

*Castillo de Torroja, la Segarra,
primavera y verano de 1158*

Gaya estaba muy nerviosa. Era normal, ese día iba a conocer a su prometido. Después de tantos años, tantas palabras y tanta espera, era el primer paso para convertirse en una mujer casada. Lejos de su familia y siendo señora por derecho propio: señora de Torroja.

Pero se sentía extraña. No sufría por los nervios de conocer por fin a su futuro marido, sino que le angustiaba la sensación que le sobrevino cuando se despidió del padre Esteban.

No conseguía sacarse de la cabeza la agresión que sufrió en el claro de Poblet. De hecho, parecía que todo hubiera ocurrido días atrás y ya habían transcurrido cuatro años. Una fuerza le oprimía el corazón y tenía miedo. No de que su futuro marido se enterase —ella se encargaría de ocultarlo en su interior más profundo—: tenía miedo a volver a ser agredida, un terror que le ponía la piel de gallina y le provocaba escalofríos.

Justo después de la agresión había aparecido el padre Esteban y con sus abrazos tan particulares se sintió muy aliviada, como si lo ocurrido lo hubiera sufrido otra mujer o hubiera sucedido mucho tiempo atrás. Los meses y años

siguientes casi no pensó en ello. Entonces su pensamiento lo ocupaba su hijo, primero, y su muerte, después.

Ahora el terror que el abrazo del padre Esteban había hecho desaparecer regresaba.

Sabía que aquello era un sinsentido. Pero no conseguía sacárselo de la cabeza. Y menos con esa sensación de angustia y miedo, mucho miedo.

Por las noches le costaba dormirse. Y cuando lo conseguía, a menudo se despertaba y sentía pánico por la oscuridad que la envolvía. De pequeña le daban miedo las sombras y la oscuridad. Y ahora parecía haber regresado a la infancia.

—Es normal que estés nerviosa, pero no es para temblar así —le dijo su madre, Almodis, que estaba atenta a todo y no se le escapaba ni una. Gaya, claro, no le había contado la verdadera razón de su miedo y sus temblores. Tampoco su madre había querido sacar el tema de la concepción de su hijo, ni quién era el padre, ni nada de todo ese asunto. En esto, madre e hija coincidían: era mejor dejarlo correr—. Además, ya eres una mujer y has de hacer valer tu edad y tu experiencia para llevar las riendas de tu matrimonio. Que mande el hombre, pero haciendo aquello que tú le digas.

—¿Cómo conseguiste que padre cambiara tanto después de casaros? —le preguntó Gaya. De todos era conocido que Ponce de Cervera, en un acto de amor apasionado, había raptado a Almodis de su hermano, el conde de Barcelona, para casarse con ella. Pero Gaya no entendía cómo un hombre tan bonachón, sencillo y tranquilo como su padre pudo hacer aquello.

—Igual que los nobles disponemos de una inteligencia innata para mandar y dirigir, la mayoría de las mujeres podemos llevar a los hombres por donde más nos conviene.

Aunque Gaya tenía sirvientas, Almodis peinaba a su hija. Un hecho muy habitual cuando llegaba la hora del matrimonio o de conocer al hombre con quien la joven iba a casarse: con la excusa de arreglarle el cabello, la madre podía darle los últimos consejos. Al estar a solas, podían hablar más tranquilamente.

—Madre, siempre que saco el tema de mi padre lo evitas. Pronto estaré casada y mi persona estará en manos de mi marido, ¿ni ahora puedes explicarme lo que te pido? Padre ya está muerto y yo seré muy discreta.

Gaya no pudo verle la cara, pues Almodis se encontraba a su espalda, pero sí que notó que le temblaban las manos. ¿Su madre temblando? Se dio la vuelta.

—¿Qué te ocurre, madre? —le preguntó cogiéndole las manos. Después la miró a los ojos. Intentó disimular, pero escondía algo. Hacía tiempo que Gaya lo sospechaba.

—¡Nada! Honra la memoria de tu padre y déjalo estar. No remuevas el pasado y así no te dolerá.

Con firmeza, Almodis giró la cabeza de su hija y continuó peinándola.

El castillo de Torroja, situado en la Segarra, era el señorío originario de los señores de Torroja. Y lo heredaría el joven Ramón. Su padre, mientras viviera, se encargaría del resto del extenso patrimonio familiar.

Situado en una zona muy poco habitada, el castillo de Torroja era más bien un palacio fortificado. A su alrededor, las casas estaban rodeadas por un lienzo amurallado de dimensiones bastante modestas. El pueblo no superaba los cincuenta fuegos y la muralla disponía de poca altura, siendo fácilmente superable si una hueste numerosa lo atacara.

El castillo palacio era nuevo. Para la población que señoreaba era un lujo tanto por las dimensiones como por cómo estaba construido. Era notoria la fortuna que los Torroja habían conseguido más allá de su lugar de origen, y en buena parte la habían gastado en el palacio que vio nacer a la dinastía.

La luz era abundante y penetraba en todas las estancias. Con grandes ventanales y pequeñas aspilleras por doquier, el sol alegraba la vida de habitaciones y salones. Casi todos los ventanales eran geminados, lo que desde fuera le daba ese aspecto tan particular y lujoso. Además, las dos puertas de acceso parecían recién construidas: un arco de medio punto con unas dovelas que tan solo les faltaba brillar para causar un mejor efecto. La planta del castillo no lucía de una forma geométrica perfecta. Casi triangular, ningún trozo de muralla formaba parte de él.

La familia Cervera había llegado el día anterior para la presentación de los futuros esposos antes de la boda. Ahora, a las puertas de conocer a su prometido, la cabeza de Gaya estaba llena de pensamientos ajenos a la boda.

Con Almodis y Gaya, también había llegado el flamante señor de Cervera y vizconde de Bas, Ponce, hermano de Gaya. Ahora su hermana se encontraba

bajo su protección. Tras la boda, pasaría a manos de su marido, Ramón de Torroja.

Ponce III y Ramón tenían, causalmente, la misma edad. Y el destino los reunía para convertirlos en familia. Gaya, a sus veintiséis, veía a su hermano como una criatura a pesar de la poca diferencia de edad entre ambos.

Una sirvienta llamó a la puerta e hizo un gesto con la cabeza.

—Llegó la hora —dijo la madre a la hija—. Y recuerda todo lo que te he dicho.

Gaya no dijo nada. El corazón le latía con fuerza y el miedo se mantenía sólido como una roca comprimiendo su corazón con sus zarpas oscuras e hirientes.

Como si fuera un caballo, fue conducida hasta el salón, donde sería exhibida a su futuro marido y a la familia de este. Iba flanqueado por su madre y su hermano, como si la protegieran de un posible ataque.

Una larga y oscura mesa presidía el salón. Estaba cubierta por un mantel amarillo —que tapaba la parte central— con el escudo de los Torroja, que representaba una torre de un rojo muy vivo. También las paredes estaban decoradas con banderolas con los mismos colores. El salón lucía un generoso tamaño, con excesivo espacio para tan poca gente.

Igual que los Cervera, los Torroja solo eran tres: los padres, Ramón y Eldiarda, y el hijo, también Ramón. Un numeroso servicio llenaba algo aquella espléndida sala.

El señor de Torroja se puso de pie y los recibió con una ancha y fraternal sonrisa.

—Sentaos, familia, por favor —dijo.

Gaya ya lo había visto el día de la llegada. Era un hombre maduro, de unos cincuenta años largos, con abundante cabello de color gris. Era alto y de joven debió de ser un hombre corpulento, pero ahora la barriga se le curvaba ligeramente y los hombros parecían pesarle un poco. Estiró los brazos para invitarles a sentarse, mientras señalaba con las manos las sillas vacías.

Ocuparon el otro extremo de la mesa.

Gaya, tal y como su madre le había aconsejado, se comportó con discreción. Miró a su prometido un instante y después mantuvo la cabeza gacha con los ojos fijos en el mantel amarillo. Le encontró parecido con su

padre. Solo lo vio un momento, pero era alto y corpulento. Aunque su mirada era muy triste.

—Bien, ya estáis aquí, parecía que este momento no llegaría nunca —dijo el señor del castillo, que era quien llevaba la voz cantante—. Tras firmar los desposorios, todo indicaba que sería mucho más pronto. Pero las circunstancias nos han conducido de esta manera. Las circunstancias y Dios Nuestro Señor, claro.

—Lástima que mi padre no pueda estar presente —dijo Ponce—. A él esta unión la satisfacía mucho. Os apreciaba de corazón, señor Ramón.

Los futuros cuñados hablaron de mil temas mientras Gaya sentía latir su corazón de un modo casi doloroso.

En un par de ocasiones miró a su prometido. Lo hizo furtivamente, levantando los ojos sin apenas mover la cabeza y el cuello. Sí, era atractivo pero le daba mucha lástima la tristeza de su mirada. También la palidez de su rostro le otorgaba un aspecto enfermizo. Y aparentaba más edad que su hermano Ponce. Los años como rehén de los genoveses le habían robado gran parte de su juventud.

—Como aquí no hay iglesia y solo disponemos de una pequeña capilla —dijo el padre—, hemos pensado que la boda se celebre en Barcelona. Así también le daremos más notoriedad. Ramón es mi único hijo y quiero una gran boda. Además, habrá muchos invitados. Por supuesto, también estará el conde de Barcelona, vuestro tío. Y vuestro hermano —añadió mirando a Almodis. Ramón de Torroja había sido consejero de Ramón Berenguer hasta que este cedió como rehén al único heredero de los Torroja; entonces la amistad entre ambos se resintió—. Allí tenemos unas propiedades que os resultarán muy confortables.

—Gracias, señor Ramón. Nosotros también disponemos allí de un pequeño palacio, y podríamos instalarnos en él los días previos al casamiento.

—¡Pues no se hable más!

Después dejaron a los novios un poco de intimidad. No era una tradición, pero la nobleza de la época lo permitía: se sentaron en dos sillas, a seis pasos de donde los familiares continuaban la conversación. Ese era el momento más deseado por los novios que disfrutaban de tal privilegio.

Gaya sabía que todos les observaban. Seguro que su madre no le quitaba el

ojo de encima.

Su prometido no decía nada, parecía tan asustado como ella. Así que decidió romper el hielo.

—¿Lo pasaste muy mal en Génova?

—Sí... un poco... Bastante, de hecho.

Se encasquillaba al hablar, seguro que debido a los nervios.

—Pues tenemos que hacer que todo termine. Y que se quede en un mal recuerdo —dijo Gaya, satisfecha de pronunciar aquellas palabras pues el chico incluso sonrió. Pero su mirada seguía siendo la de un joven triste.

—Gracias... Gaya, por ponérmelo tan fácil —dijo el heredero de los Torroja—. Gracias de verdad.

Ahora fue ella la que sonrió, pero contenida. Seguro que a la madre de Ramón no le gustaría ver a una joven tan risueña con su hijo el día que se conocían.

—Es lo que pretendo, Ramón, hacerte la vida más fácil y que te sientas orgulloso de mí.

Él afirmó en silencio, mostrando un rostro de satisfacción.

—Oí que sufriste un accidente... —dijo Ramón.

¿Un accidente? Gaya sabía que su madre había esparcido ese rumor entre la nobleza cuando se quedó embarazada.

—Sí, pero ya estoy bien. No sufras por mí, por favor. Aquí lo importante eres tú.

El chico sonrió una vez más.

Gaya se había aprendido el papel de mujer sumisa siguiendo los consejos de su madre. Según ella, un buen comienzo era clave para conseguir que su marido cumpliera su voluntad más adelante.



Las semanas transcurrieron como un fuerte vendaval. Casi sin darse cuenta, se acercaba la fecha del casamiento: en tres días ya sería la esposa de Ramón de Torroja. Y habría dado el primer paso para lograr su propósito.

Toda la familia Cervera se había trasladado hasta la capital del Principado, acompañada por un ejército de guardias y sirvientes. La casa

palacio de Sarriá se quedó pequeña y tuvieron que alquilar un establo vecino para acomodar a una buena parte del cortejo.

—Quiero la Espluga como dote —insistió Gaya.

La discusión había comenzado días atrás, antes de ir a Barcelona. Hablaba con su hermano Ponce, el líder dinástico de los Cervera y quien se había quedado el título más importante: el de vizconde de Bas. Si el padre de Gaya siguiera con vida, aquella discusión no se habría producido: la hija hubiera aceptado la palabra de su progenitor.

—¡Tú ya lo tienes todo, Ponce! —le reprochó Gaya—. ¡Habla con el padre de Ramón y cámbialo!

—Ellos estuvieron de acuerdo: querían oro y plata. Y eso será lo que reciban. Ya sabes que si te quedas viuda acabará siendo tuyo.

Almodis también estaba allí, pero se mantenía en silencio. Una de sus virtudes era hablar en el momento oportuno.

—¿Oro y plata? Yo no quiero oro y plata. Quiero el señorío de la Espluga —reclamó Gaya, enojada con su hermano.

—¿El señorío de la Espluga? —Ponce miró a su madre, como si buscara una confirmación visual a sus propias palabras—. ¿Acaso te has vuelto loca, Gaya? No cambiaré aquello que acordamos en los desposorios. No dijiste que querías un señorío. ¡Y menos el de la Espluga!

—¡Pues he cambiado de opinión, hermanito!

Aquel desprecio, llamarle «hermanito», molestó a Ponce y se marchó del salón.

—¿Y tú no piensas decir nada? —preguntó Gaya a su madre.

—Estás demasiado nerviosa. Todas las novias lo están, pero lo tuyo es exagerado.

Su madre tenía razón. Gaya estaba muy nerviosa e incómoda. Y no solo por la boda.

Apenas conseguía dormir debido a dos imágenes que la atormentaban: la agresión sufrida en el claro del álamo y su hijo muerto.

Todo aquel dolor que no había emergido tras la agresión, lo sufría ahora de golpe. Sentía un malestar por todo el cuerpo que no la abandonaba ni de día ni de noche. Dolor, malestar y mucho miedo. Cuando estaba en la cama, intentando dormir, el miedo se convertía en pánico y terminaba sudando y

llena de temblores. Al día siguiente estaba agotada, y angustiada ante la llegada de la siguiente noche. Y así, un día tras otro: un círculo que no se cerraba nunca.

Y su hijo. La imagen de Bernardo se le aparecía continuamente. Alguna vez lo veía sonriente y feliz, pero la mayoría de las ocasiones volvía a recordar el momento de su muerte, cuando aquel campesino le clavó la horca. Y esa visión sí que le dolía. Gaya había llorado la muerte de su hijo: el dolor había surgido sin represión alguna y unos meses después sentía que lo había superado. Pero ahora, de repente, volvía a golpearla con más y más fuerza.

Sufría momentos de tanto dolor y angustia que estaba segura de que perdería la razón y acabaría totalmente loca. Y llegó a pensar que la única solución era acabar con todo aquel sufrimiento quitándose la vida. Pero esta idea solo la valoró en tres o cuatro ocasiones, coincidiendo con los peores momentos. Después, se llenaba de valor y procuraba sobreponerse.

—Tienes que olvidarte del pasado —le dijo su madre, que parecía leerle el pensamiento.

—Tal vez si me hubierais casado antes, nada de esto no me estaría sucediendo.

Almodis levantó una ceja y la miró con un gesto de incredulidad.

—Madura de una vez. Tienes que superar la violación. Acostarte con tu marido será mucho más agradable si vas con la predisposición adecuada.

—¿Cómo sabes lo de la violación?

Gaya nunca le había dicho nada. Y su madre lo sabía, ¡lo sabía!

—Lo supe casi desde el primer día. Ahora supéralo y haz que tu matrimonio funcione. Si tu marido no es feliz en la cama, se buscará a otra.

—¿Y cómo lo supiste? —volvió a preguntarle Gaya.

Su madre no dijo nada. Se había cerrado a cal y canto.

Gaya apretó los dientes para guardarse la rabia. Su madre lo sabía todo desde el principio y no le había dicho nada: eso le dolió. ¿Qué madre actuaría así? ¿Y por qué se había mantenido al margen?

¿Tal vez se lo había contado el tío Ramón? ¿Y si fue un descuido de Berenguer? Su primo podía habérselo dicho en cualquier momento. De hecho, siempre que él y Gaya se encontraban, Berenguer le sonreía con una mezcla de complicidad, inocencia y salvajismo. Pero nunca le había mencionado nada

sobre aquel fatídico día.

Tampoco su tío Ramón, claro.

—Concéntrate en la boda. Ya tendrás tiempo de lamentarte si ese es tu deseo. Pero ahora haz el favor de estar a lo que tienes que estar. Es mucho lo que te juegas. Ya sabes cuál es la alternativa a la boda, ¿verdad?

Sí, lo sabía bien. Era un tormento que la había acompañado durante muchos años, cuando estaba tan desesperada que llegó a pensar que nunca se casaría. La alternativa era ingresar en un convento, algo que no contemplaba de ninguna manera.

Aquel comentario de su madre la calmó un poco y los dos últimos días los pasó un poco mejor.



El día había llegado.

El quince de agosto, día de la Asunción de la Virgen María, era la fecha señalada. Un día cálido y con un cielo radiante que presagiaba una jornada plácida e idónea para una boda.

Toda Barcelona estaba de fiesta. Ambas familias, los Cervera y los Torroja, y también el conde de Barcelona, habían repartido comida, vino y cerveza para toda la población. Ningún barcelonés se quedó sin disfrutar del casamiento que enlazaría dos de las familias más nobles de los condados catalanes.

También la ciudad se había engalanado para el acontecimiento. Primero se decretó un bando en el que se prohibía, durante los días previos y los dos posteriores, verter excrementos en la vía. Después se limpiaron bien las calles. Finalmente, el mismo día de la boda, se adornó todo con flores. Las campanas de la iglesia no dejaron de tocar desde primera hora de la mañana.

Por las calles, los lugareños comentaban que cuando se casó el conde de Barcelona, la ciudad no había recibido tantas atenciones. Pero ese día se casaba la sobrina del conde, y detrás había dos casas señoriales más.

Gaya era ajena a estos comentarios. Desde buena mañana, los sirvientes iban de un lado para otro preparándolo todo. La lavaron, la peinaron y la vistieron para la ocasión. Llevaría una túnica de seda roja, el color de la

fecundidad. Empezaron a confeccionarla unas semanas antes y era la prenda más bonita que Gaya había visto en su vida. Encima llevaría un manto de color oscuro, sin mangas, para que dejase ver la túnica.

No le habían recogido el cabello, como signo de virginidad —era necesario mantener las apariencias—, y solo lucía una guirnalda hecha con retama amarilla, una flor muy especial para Gaya por los buenos recuerdos que le traía. Su larga melena castaña caía ligeramente ondulada por la espalda.

Esa noche había dormido bastante bien. Curiosamente, pese a ser la víspera del casamiento, solo se había despertado en un par de ocasiones, y no sintió temor ni tuvo esos incómodos temblores. Eso sí, la imagen de Bernardo no se la quitaba de la cabeza. La muerte de su hijo le golpeaba el alma sin piedad. Y con dolor.

Desde la salida del sol y hasta que estuvieran casados, los novios no podían comer nada. Era firme costumbre y, según decían, iba bien para la futura descendencia de la pareja. A media mañana el estómago de Gaya no dejaba de gemir de hambre.

Llevaría un ramo de flores, como también era costumbre. La idea nació de la gente sencilla porque las flores disimulaban la falta de aseo. En el caso de la nobleza, esta particularidad no existía, pero todas las novias llevaban el ramo. En el de Gaya predominaba el amarillo de la retama, aunque también se veían rosas y alguna lila.

Casi sin esperárselo, entró su hermano y le dijo que todo estaba a punto y que el carruaje esperaba en la puerta. Cuando Gaya salió, Almodis y Algabursa, su hermana, ya estaban sentadas dentro. Era un lujoso carruaje rojo cubierto que no permitía ver quién viajaba en su interior. Acompañada de Ponce, en ausencia de su padre, se sentó y salieron hacia Barcelona. De hecho, estaban muy cerca —apenas a un par de millas—, pero llegar a pie habría resultado de muy mal gusto.

Su madre y su hermano comenzaron a hablar de los últimos cotilleos sobre la boda. Gaya, con las flores en la mano, las olió y la retama la transportó hasta la granja de Milmanda y, claro, hasta el padre Esteban.

¿Qué estaría haciendo el monje en aquel preciso momento? ¿Tal vez estaría ayudando a los campesinos de Milmanda? ¿O en alguna finca? ¿O en el interior de la granja? Gaya levantó un poco el ramo para esconder la sonrisa

que se le escapaba.

Una sonrisa de satisfacción: pensaba que le gustaría mucho que el padre Esteban la viera así, vestida de novia. No para exhibir su belleza, o la riqueza de su posición. No, no era nada de eso.

Le habría gustado que su amigo compartiera su felicidad. Gaya era feliz, estaba contenta y satisfecha por la boda. Y habían pasado tantas desgracias juntos que bien podría estar ese día a su lado.

Sonrió más abiertamente al pensar en un deseo oculto: que fuera el padre Esteban quien dijera la misa en la iglesia de Barcelona.

Cerró los ojos y aspiró el olor de la retama. Al abrirlos buscó la guirnalda que colgaba de su cabello, hecha también con flores de retama.

Entraron en la ciudad, y dada la proximidad del templo, el carruaje se detuvo. Desde el interior, Gaya vio la expectación que había levantado su casamiento.

—Ha llegado el momento —le dijo su madre con su habitual falta de pasión. ¿Ni el día de la boda de su hija era capaz de mostrar emoción alguna?—. A partir de aquí, pertenecerás a otra familia. Espero que sepas comportarte como es debido.

Gaya no dijo nada. Alguien abrió la portezuela y el primero en descender fue Ponce; después Algabursa y Almodis.

Sí, había llegado el momento y el corazón le latía con fuerza.

Respiró hondo y bajó del carruaje.

Por todas partes se veía gente. Mirara donde mirase, todo estaba lleno. Delante de los curiosos, se habían situado hombres de armas formando un pasillo, uno al lado de otro, para impedir que nadie obstaculizara la calle. Unos instantes después, la multitud empezó a aplaudirla y escuchó cumplidos y buenas palabras. A pesar de no ser de la ciudad, y que la gente apenas la conocía, se sintió halagada. Claro que la generosa ofrenda de comida y bebida que habían distribuido tanto el conde de Barcelona, como los Cervera y los Torroja, seguro que ayudaba mucho a que el sentimiento fuera tan favorable hacia ella.

Se ocultó el rostro con el ramo de flores. Al ser el centro de todas las miradas, se sentía algo avergonzada.

A pocos pasos del carruaje le esperaba el obispo de Barcelona, monseñor

Guillermo de Torroja, un tío de su futuro marido. Este sonrió ligeramente y le dio la mano a Gaya para que se cogiera a ella. El obispo mostraba todos los símbolos que definían su cargo: mitra alta y puntiaguda, aquel báculo pastoral tan retorcido, una lujosa y brillante capa roja, y la túnica dalmática abierta por los laterales bordada con hilos de oro y plata. Era un hombre mayor pero sin llegar a viejo, aunque tenía los cabellos encanecidos y lucía una fina barba blanca.

Así, Gaya dejó atrás a su familia y, mediante el estamento eclesiástico, fue conducida hasta su nuevo marido que la acogería en su familia. De hecho, era una época de cambios y algunos nobles se desviaban de la tradición goda, donde el clero prácticamente no intervenía más que en la misa durante el casamiento. Ramón Berenguer buscaba integrar a todos los estamentos y también a Dios Nuestro Señor en una ceremonia de vital importancia para el futuro de los nobles. Y, aunque cada uno podía usar la fórmula que mejor le pareciera, la palabra y los deseos del líder barcelonés eran tenidos muy en cuenta. Además, las familias de los novios eran muy cercanas a Ramón Berenguer, y de esta manera se marcaba un camino que otras familias seguramente seguirían.

El obispo y la novia caminaban en dirección a la Seo de Santa Eulalia, que en aquel momento era el templo más grande de la ciudad. Estaba situada en paralelo al Palacio Condal pero abriéndose hacia el norte. El Palacio Condal tenía dos espacios abiertos, norte y sur; en la zona norte se ubicaba el mercado y la sur se reservaba para los actos oficiales de los condes. Allí comenzaba la calle de la Seo, pero era conocida como la calle del Obispo, sobre todo porque últimamente se habían celebrado diversos casamientos de nobles.

Después giraron hacia la izquierda, en dirección a la plaza de la Seo, donde estaba la entrada a la iglesia del mismo nombre.

Gaya se quedó sorprendida cuando vio la ornamentación de las calles: había flores por todas partes, y los blasones de los Cervera, los Torroja y los del conde de Barcelona colgaban por doquier en largas banderolas. Había mucha gente, y los guardias condales formaban un pasillo que dejaba un generoso espacio en medio de la calle empedrada.

Mientras caminaban por la calle de Santa Llúcia hasta la plaza de la Seo, las campanas comenzaron a repicar. Gaya levantó la cabeza y vio el

campanario: una torre de planta cuadrada con seis pisos de ventanas, y en el último se podía ver cómo las campanas no paraban de dar vueltas sobre sus ejes.

La gente tiraba pétalos de colores, sobre todo rojo, amarillo y blanco. Una benevolente brisa marina hacía revolotear aquella lluvia de colores y la esparcía sin una dirección determinada. Una flor le cayó en el rostro y la cogió al vuelo: era una retama amarilla, claro. De manera fugaz, volvió a pensar en el padre Esteban. Para que todo fuera perfecto le faltaba su presencia.

El obispo y la novia llegaron ante la puerta de la Seo. Un portal de medio punto enmarcaba la entrada principal al templo. Lo bordeaban unas sencillas arquivoltas y una moldura esculpida en las dovelas. No disponía de tímpano ni de otra ornamentación más allá de los capiteles de los fustes y de los basamentos de estos. Un pequeño tejado remataba la sencillez de todo el conjunto.

Desde fuera se apreciaba que el templo tenía tres naves: una central y dos más pequeñas en los laterales. La puerta permanecía abierta pero Gaya apenas se fijó. Tenía la vista puesta en el novio, que la esperaba unos pasos fuera del portal.

Ramón parecía otro. Se le veía más alto y mucho más atractivo. Majestuoso, incluso. Iba vestido con una aljuba de lino de color verde que resaltaba su juventud. Encima llevaba una capa corta de seda blanca que le cubría los hombros. Su mirada aún conservaba aquella tristeza, pero, en conjunto, se le veía más feliz y contento.

Cuando sus ojos se cruzaron, ambos sonrieron con complicidad. Gaya los apartó primero, siguiendo el consejo de su madre de seducir al marido desde el principio pero sin que se notara.

El obispo, de manera ceremoniosa, la entregó a su futuro marido. Ella cambió de mano y sintió, por primera vez, el contacto de Ramón. Tenía la piel suave y era mucho más agradable que la del obispo.

El obispo se situó en medio de ambos, de espaldas a la puerta. Gaya y Ramón también estaban de cara a la plaza y ella vio que en ese momento llegaban su madre, Ponce y Algabursa.

Después, los familiares de los novios, los padres y los hermanos, los circundaron. Algabursa se retiró a un lado, acompañada y protegida por un par

de sirvientes.

La gente no paraba de lanzar cumplidos y buenos deseos a la pareja. Los pétalos y las flores seguían volando por el cielo barcelonés. De pronto las campanas dejaron de sonar y se hizo el silencio.

Había llegado el momento solemne.

—Dios Nuestro Señor ha traído hasta el portal de la Seo de Santa Eulalia a una pareja que quiere unirse en matrimonio. —La voz del obispo no era ni grave ni fuerte, más bien sonaba algo aguda pero se hacía escuchar; al menos por las personas que estaban más cerca—. Él, Ramón de Torroja, hijo de Ramón de Torroja y Eldiarda; ella, Gaya de Cervera, hija de Ponce de Cervera y Almodis.

Gaya se sintió el centro de atención y eso le ocasionó cierta incomodidad. Pero llevaba anhelando ese momento desde hacía mucho tiempo y ahora, por fin, había llegado. El recuerdo de Bernardo seguía en su interior pero sin impedirle disfrutar de aquel instante.

El obispo continuaba con la ceremonia.

—Si alguien de los presentes conoce algún impedimento para celebrar esta unión, ahora es el momento de decirlo, aportando las pruebas y los testimonios que lo demuestren.

El silencio era total. Gaya pensó que alguien podía saber lo ocurrido en la Esplugu y en Milmanda y decirlo delante de todos. Nadie dijo nada.

Cuando el obispo lo tuvo claro, hizo un gesto a los testigos. Estos le entregaron unos pergaminos. Después el obispo les hizo otro gesto. Colocaron a los novios un velo casi transparente: a ella, por encima de la cabeza; a él, por los hombros. El velo, de alguna manera, los unía, pensó Gaya.

—Este velo es el símbolo de que Dios Nuestro Señor y su hijo Jesucristo protegen el futuro de esta joven pareja. Y sobre todo su larga y próxima vida en común. Aquí tengo las pruebas —mostró los pergaminos desenrollados— de que los novios no son parientes próximos ni están casados en otras nupcias.

Tampoco nadie dijo nada.

—A continuación, la familia del novio hará entrega de las arras.

El padre entregó un minúsculo hato de tela blanca a su hijo. Este lo abrió y en su interior las doce monedas de oro y una de bronce brillaban como si hubieran sido fabricadas solo unas horas antes.

—Es el pago por la virginidad de la mujer —continuó el obispo—. Una moneda de oro por cada mes del año. Y la de bronce, para compartir con la gente más necesitada, así como para haceros saber que durante vuestra vida no todo serán alegrías.

Gaya cogió el hato y se lo entregó a su hermano Ponce.

—Y ahora el anillo.

Ramón le puso el anillo a Gaya. Ella sintió su tacto por segunda vez y lo encontró más agradable que antes. Se sentía tan satisfecha que no escuchó la voz del obispo.

—Tenéis que daros la mano derecha. —Lo dijo tan cerca de sus oídos que Gaya se sobresaltó un poco.

Una vez más, el tacto de Ramón. Sus miradas volvieron a encontrarse y se les escapó una sonrisa de complicidad.

—Llegó el momento de los juramentos.

Comenzó Ramón. Miraba a la gente y también a Gaya mientras pronunciaba el juramento matrimonial.

—Yo, Ramón de Torroja, te hago entrega de mi corazón a ti, Gaya de Cervera, como única y legítima esposa. Y cojo tu corazón como legítimo y único marido tuyo. Prometo defenderte y mantenerte igual como lo haría tu padre.

Su voz sonó fuerte y no carente de personalidad. Gaya se sorprendió de la fuerza de su carácter al escuchar la promesa de matrimonio.

Ahora era su turno.

—Yo, Gaya de Cervera, te hago entrega de mi corazón a ti, Ramón de Torroja, como único y legítimo marido. Y cojo tu corazón como legítima y única esposa. Prometo obedecerte, serte fiel y cuidar de tus hijos.

Ella se sintió emocionada al pronunciar aquellas palabras. Mientras las decía, le miraba a él, y solo a él. Ramón no podía apartar la vista de ella.

—Finalmente, que un beso certifique este casamiento convirtiendo a la joven pareja en marido y mujer —concluyó el obispo.

De manera muy tímida, se besaron. Apenas fue un roce en los labios. Pero bastó para que Gaya se diera cuenta de que deseaba a Ramón como hombre. El beso también cerró la ceremonia del casamiento.

La gente aplaudió con fuerza mientras volvía a lanzar al vuelo pétalos y

flores.

A continuación, el obispo ofició una misa para obtener la bendición nupcial.



Una hora después, el Palacio Condal parecía un hormiguero de gente. Todas las puertas estaban custodiadas por soldados y guardias que impedían el paso a la gente que no había sido invitada. Solo los nobles tenían acceso; la gente sencilla tenía que esperar, si quería, en el exterior.

El salón de audiencias se había convertido en un gigantesco comedor, con largas mesas repletas de gente comiendo y riendo.

Gaya no comió mucho. Estaba algo agobiada y se sentía cansada. En realidad, más que cansancio era incomodidad. Desde su asiento podía ver a su tío Ramón y a su primo Berenguer. Y al bobo de su primo le dio por gritar:

—¡Yo la estrené! ¡Yo la estrené!

No concretaba nada más, pero Gaya tenía muy claro a quién se refería. Seguramente Berenguer había bebido más vino de la cuenta y gritaba aquello sin mala intención, pero a ella esas palabras se le clavaban en el alma y le causaban dolor.

Y las sonrisas de su tío Ramón al escuchar aquellos gritos y las miradas que le lanzaba solo contribuían a empeorar la situación.

Estaba a punto de marcharse cuando Berenguer abandonó el salón.

—Me siento un poco mareada, Ramón —le dijo a su flamante marido—. Voy a que me dé un poco el aire.

Ramón había bebido en exceso, como la mayoría de asistentes, y afirmó con la cabeza, pero sin ser consciente de casi nada.

Gaya abandonó la mesa y siguió el camino de su primo. Unas escaleras se desplegaban hasta los pisos superiores más allá de la puerta, y allí había una salida. Aguzó el oído y escuchó pasos escalones arriba.

No se lo pensó y lo siguió hasta el tercer piso. Allí lo encontró junto a una ventana de dos batientes, abierta de par en par, que miraba a la plaza sur, donde se celebró la lucha entre Ramón de Cervera y el caballero Gilabert. Casualmente, aquel día Gaya se encontraba en esta misma ventana.

Berenguer, al ver a su prima, sonrió de aquella forma tan inocente.

—¡Te estrené! ¡Yo te estrené!

—No sé por qué dices eso. Tal vez lo has soñado, Berenguer. Yo nunca he estado contigo.

De repente, su primo se puso serio, sin saber qué decir.

—Que tú lo hayas soñado, no significa que sea verdad, Berenguer. — Intentaba sonar convincente y despreocupada, pero le hervía la sangre; tenía ganas de darle un par de bofetones a aquel desgraciado. Y tal vez con eso no habría tenido suficiente.

Berenguer se puso el índice entre los labios e inclinó la cabeza sin dejar de mirarla.

—Eres lo bastante listo para saber que, si me hubieras estrenado tú, jamás habría podido casarme con Ramón.

Su primo afirmó en silencio. Hizo un amago de sonrisa que se vio ahogada por el nudo que sufría su memoria, muy alterada también por el vino.

Gaya se apoyó en la ventana mientras Berenguer se apartaba lentamente. Ella tenía los codos apoyados en el alféizar y observaba la plaza, recordando el día del combate entre su tío y Gilabert, y la gran tormenta que cayó. Sus ojos buscaron el cielo: estaba limpio y azul, nada que ver con aquel día.

Sin darse cuenta, Berenguer se le acercó por detrás con la clara intención de hacer realidad lo que Gaya le había dicho que solo era un sueño.

—¡Déjame! —gritó ella mientras intentaba darse la vuelta para detener a su primo.

Él no le hizo caso y siguió insistiendo.

—¡Te estrenaré ahora! ¡Te estrenaré ahora! —gritaba más enloquecido que nunca.

Gaya se había quedado de lado mientras forcejeaba con su primo. Era mucho más fuerte que ella y no atendía a razones. Él la empujaba contra la ventana y Gaya se estaba clavando el alféizar en la cadera derecha.

—¡Si te ve tu padre, te dará una paliza! —Lo amenazó con eso, pero era como hablar con la pared.

La fuerza bruta de su primo iba camino de repetir la agresión del claro. Entonces ni su tío pudo detener a aquel salvaje. Berenguer le metió la mano por debajo del vestido y buscaba tocarla más allá de la ropa.

—¡No! ¡No! ¡No!

Los lamentos de Gaya no servían de nada. Aquel loco estaba encendido y ella no podía detenerlo. De repente, Gaya pudo girarse un poco y, sin saber muy bien cómo, Berenguer se situó delante de la ventana.

Ella intentó soltarse, pero Berenguer volvió a agarrarla y la acercó hacia él, esta vez de frente. Quedó tan cerca que Gaya notaba el fuerte olor a vino, acompañado de un hedor putrefacto que emergía de aquella boca babosa.

En un acto reflejo, la nueva señora de Torroja levantó la rodilla y se la clavó en la entrepierna.

Berenguer se dobló de dolor y Gaya a punto estuvo de escaparse. Pero algo en su interior la hizo quedarse. Y continuó golpeándole en el mismo sitio. Tenía a su primo acorralado contra la ventana. Los rodillazos de Gaya le hacían resoplar de dolor mientras se doblaba como una caña rota.

Un pensamiento cruzó por la mente de la recién casada. Sus ojos se serenaron, y miró a su primo fijamente.

El miedo había desaparecido del todo. Ahora era la rabia y el deseo de venganza lo que llenaba su espíritu. Y tenía mucha rabia. Y un deseo de venganza muy grande.

Se apartó dos pasos y cogió un candelabro de bronce de encima de una mesa.

Directo a la cabeza, golpeó a su primo sin piedad. Los ojos de Gaya mostraban una firme convicción en lo que estaba haciendo, casi ni parpadeaba.

Ahora Berenguer ya no se doblaba. Se tocaba la cabeza. Allí donde había recibido el golpe con el candelabro, comenzaba a sangrar abundantemente.

—¡Desgraciado! —gritó Gaya.

Un nuevo golpe con el candelabro casi hizo caer a su primo al suelo.

Gaya tiró la pesada pieza de bronce y cogió a su primo por el cuello con ambas manos.

Y en aquel momento se sintió débil. Las lágrimas le empaparon las mejillas.

—¡Desgraciado! ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! —gritaba mientras le abofeteaba sin parar—. Me hiciste... ¡mucho daño!

Temblando, lloraba y sollozaba mientras le llenaba la cara y la cabeza de bofetadas. Berenguer se tapaba la cara todo manchado de sangre.

De repente los ojos de Gaya volvieron a serenarse. El miedo, los lloros, los temblores, toda aquella desazón había desaparecido.

Venganza.

Miró a su primo con los ojos entrecerrados, cogió el candelabro y le golpeó en el rostro.

Berenguer cayó hacia la plaza. Desde el tercer piso, Gaya escuchó el golpe seco y vio que alrededor de la cabeza de su primo empezaba a formarse un charco de sangre.

Cuando lo vio aplastado, Gaya se quedó aterrada. No sabía qué hacer. Contuvo los gritos y corrió sin ninguna dirección determinada; solo quería huir de allí.

Mientras bajaba las escaleras, su cabeza se aclaró un momento y un pensamiento apareció tan nítido como las paredes que veía a su alrededor.

«Uno».

Renacimiento

Monasterio de Poblet, primavera de 1162

Todo volvía a florecer de nuevo.

La reconstrucción no había sido rápida ni fácil. La prolongada sequía que había assolado la comarca cinco años atrás ya era historia y, hasta ahora, no se había conseguido recobrar el esplendor con el que habían contado el monasterio, la naturaleza, la Espluga de Francolí y otras poblaciones vecinas. Hubo muertos, gente hambrienta, edificios quemados... y se necesitó mucho trabajo, el perdón de todos y, sobre todo, el agua que Dios Nuestro Señor envió milagrosamente en el último momento.

La lluvia no se había detenido y se pasó de la sequía más absoluta a quedar todo anegado, hasta el extremo de que muchas fincas no pudieron sembrarse en la época adecuada y la miseria y el hambre continuaron unos meses más.

La ayuda del conde de Barcelona resultó vital. Ramón Berenguer había enviado dinero, víveres, grano, ganado y todo lo que favoreciera una pronta reactivación del monasterio. Las donaciones se multiplicaron. Fincas, granjas, molinos, derechos de caza y de pesca. Muchos se entregaron al monasterio buscando aquella paz tan atractiva que ofrecía el Císter. El monasterio tardó meses en recuperarse de los estragos y de las consecuencias de la sequía, pero

ahora había incrementado su patrimonio de manera inesperada.

También desde Fontfroide llegaron más monjes. Y evidentemente había un nuevo abad. Y este no era el padre Hugo.

El padre Esteban viajaba en un pequeño carro hasta la granja de Doldellops.

Situada entre el monasterio de Poblet y la ciudad de Tarragona, la granja se abría a un valle más allá de la pequeña sierra de Miramar. Un valle poco habitado pero lleno de posibilidades desde el punto de vista geográfico para instalar futuras poblaciones. Pequeños torrentes y afluentes del río Francolí regaban aquel valle como si fueran arterias llenas de vida. Las zonas más próximas a las grietas abiertas de la tierra mostraban su fertilidad con tonos verdes intensos, mientras que los marrones y ocre se extendían más allá. También se vislumbraban, a la altura del collado montañoso por donde se cruzaba la sierra, grandes extensiones de masa forestal: bosques de pinos, encinas y otros árboles.

La granja de Doldellops había sido entregada al monasterio desde sus inicios. A pesar de las excelentes condiciones geográficas, la explotación no ofrecía los mismos resultados económicos que Milmanda, por ejemplo. La distancia que la separaba del monasterio impedía una óptima gestión para mejorar su eficacia. Además, también se vio afectada por la grave sequía que sufrió toda la región, aunque de manera mínima. Ahora, gracias a Dios, los torrentes y los riachuelos volvían a bajar generosos otorgando vida a todo cuanto regaba.

El viaje desde el monasterio no era largo, apenas una hora en carro, y menos si se hacía a caballo. Además, era un trayecto que el padre Esteban hacía muy a gusto puesto que lo empujaba una razón personal.

Todo comenzó el mismo día de la elección del nuevo abad.

El elegido fue otro padre Esteban. A pesar de compartir el nombre, ambos eran tan distintos que no parecían pertenecer al mismo monasterio. El nuevo abad era un hombre conservador que buscaba lo que era más fácil y seguro para la comunidad.

La principal concesión que hizo el nuevo abad fue la elección de los dos cargos principales: el padre Hugo era el nuevo prior y el padre Esteban, el subprior.

—Ha de construirse una iglesia que esté a la altura de la obra del Císter —dijo el padre Esteban tras ser nombrado subprior.

El prior Hugo le dio su apoyo pero sin ser tan contundente en su defensa.

—Los recursos han de destinarse a mejorar la eficacia del monasterio. Después de la sequía, tenemos que estar preparados para un nuevo período de carestía si llegara el caso —dijo el nuevo abad. Pero también era un siervo de Dios y un buen monje del Císter, y añadió—: Si conseguimos recursos extraordinarios, iniciaremos las obras de la iglesia, que buena falta nos hace. Esteban —dijo dirigiéndose al subprior—, puedes dedicarte a buscar esos recursos; quedas liberado de cualquier otra obligación. Pero, eso sí, tendrás que seguir con la oración y el trabajo diario a los que te obliga nuestra orden.

Aquello sirvió de acicate para el subprior. También contaba con el apoyo del prior Hugo, pero las obligaciones que este tenía limitaban su capacidad operativa más allá de las horas de trabajo dentro del monasterio.

Como cristiano y hombre del Císter, el padre abad tenía que cumplir con la palabra dada. Y aunque casi no conocía al nuevo líder de Poblet, al subprior no le quedó más remedio que otorgarle su confianza.

El subprior había visitado todas y cada una de las granjas del monasterio para conseguir mejorar su eficacia. Con solo obtener medio saco de grano al año de cada una, ya sería un buen resultado. Ahora llegaba a Doldellops. Allí, con alguna inversión y más gente, la producción podría multiplicarse por diez.

La granja estaba muy cerca de la confluencia entre el río Francolí y uno de sus afluentes. De hecho, este último, a pesar de no disponer de un caudal excesivamente grande, abastecía de agua a la granja de manera regular. Incluso durante la larga sequía contó con un mínimo caudal de agua.

Como era habitual en aquel tipo de explotaciones, la finca era generosa con un poco de casi todo. Cereal, olivo, viña, algún frutal. Y también ganado: gallinas, conejos, cabras, cerdos y bueyes. Una fórmula muy extendida en casi todas las masías y otras fincas era el autoabastecimiento.

Antes de la llegada a Doldellops, bajando por la sierra de Miramar, el padre Esteban se encontró con una pequeña caravana. Totalizaban el grupo media docena de carros, y media más de caballos y jinetes. El eje de uno de los carros se había roto y el grupo se había detenido. De hecho, el accidente había ocurrido en aquel mismo momento.

El subprior bajó de su carro y se acercó hasta los hombres que estaban mirando por debajo del carro tumbado. Debido a la rotura del eje, la caja había volcado hacia un lado, dejando caer la carga de sacos de grano que acarreaba.

—¡Dios os guarde! —dijo el padre Esteban, pero casi nadie lo miró ni le devolvió el saludo.

—Aquí no lo podemos arreglar, necesitamos un herrero o un eje nuevo. Y la rueda está echada a perder. —Quien hablaba era un hombre corpulento y entrado en años. Y pasaba cuentas a uno de más edad, más bajo y de complexión delgada.

—No quiero dividir el grupo y tener que dejar un carro aquí solo, esta tierra está plagada de ladrones —dijo el más veterano. Quedaba bien claro que era quien mandaba, pues los demás estaban expectantes a sus palabras y órdenes—. Quédate aquí y vigila los carros y la mercancía, yo iré con un hombre a buscar un herrero en el primer lugar que encuentre.

—Yo puedo ayudaros, si me lo permitís. —Era la voz del padre Esteban, que se presentó al término de estas palabras—. Me dirijo a una granja que tenemos muy cerca de aquí, y contamos con lo necesario para arreglar vuestro carro.

El jefe de la expedición lo miró con desconfianza.

—Y a cambio... ¿queréis?

—Nada. Ayudaros y ya está.

—Hoy nadie da nada sin recibir un beneficio.

—Bueno, recibiremos la gracia de Dios Nuestro Señor por haber ayudado a un necesitado, que es uno de los preceptos de nuestra orden.

—La gracia de Dios —dijo el hombre rascándose la barba sin fiarse ni un pelo.

—Pero vos tenéis la última palabra, claro. Si no puedo hacer nada más para ayudaros, seguiré mi camino.

—No, deténgase, padre... Esteban. Iremos los dos hasta vuestra granja. Pero mejor que vayamos a caballo, llegaremos antes.

—Sí, allí encontraremos carros para traer el eje y la rueda hasta aquí. Ningún problema.

Tras repetir las órdenes a los otros, aquel hombre y el padre Esteban

fueron cabalgando en dirección a la granja de Doldellops.

—Me llamo Arnau de Bordells, soy comerciante, de Tarragona, y vamos hasta la Espluga a moler el grano.

—¿Acaso no tenéis molinos en Tarragona? —preguntó el padre Esteban mirándolo de manera incrédula. Todo el mundo tenía molinos.

—Parece que últimamente existe una especie de plaga que afecta a los molinos, pero no está provocada por ningún insecto. —Arnau de Bordells lo decía con ironía, quedaba bien claro—. A mí me los ha destrozado todos. Pero los molinos controlados por los señores de Tarragona están intactos.

El padre Esteban sonrió. Una plaga que afectaba solo a unos molinos: un misterio que quedaba resuelto aplicando la lógica más elemental. Alguien quería eliminar a la competencia y cobrar unas buenas rentas por la producción de harina.

—Y los señores de Tarragona son unos ladrones —decía Arnau—, piden tres cuarteras de cada doce por el uso del molino. ¡Esto no se puede aguantar! En la Espluga se hace lo habitual: una por docena. Hacer el viaje me sale rentable.

El padre Esteban le observaba. Arnau de Bordells lucía una calva con canas en las sienes, su piel estaba poco quemada por el sol y tenía los ojos pequeños pero muy vivos.

El trayecto fue corto y apenas dio tiempo a hablar de nada más.

Doldellops estaba alejada del camino que discurría hasta Tarragona y para llegar allí había que conocer bien la zona. Por otro lado, estaba situada más allá de una extensa formación boscosa que ocultaba su presencia desde la vía principal que unía Lleida y Tarragona.

—¡Ya había estado aquí! —dijo Arnau cuando llegaron a las puertas de la granja—. Pero fue muchos años atrás, yo apenas era un niño.

—Sí, entonces sí que fue hace muchos años —dijo el padre Esteban con una sonrisa.

Arnau soltó una carcajada exagerada.

Desde el exterior, un muro bastante alto cerraba los cuatro lados del recinto. No tenía la torre de defensa de Milmanda, pero la terraza de uno de los edificios disponía de almenas y su situación, cerca de la puerta, lo convertía en una torre alargada y de aspecto achatado. El torrente, situado a la

derecha del camino, circulaba generoso y en un susurrante runruneo.

El padre Esteban conocía bien al granjero de Doldellops: Diego, un converso que se había convertido al Císter al mismo tiempo que Doldellops había sido dada a Poblet. Era un hombre que dirigía la granja como si fuera suya.

Al llegar, y una vez explicado el problema, Diego los acompañó hasta la pequeña forja. Allí un herrero golpeaba un hierro al rojo que sujetaba con unas largas pinzas.

—Tenemos una rueda y para el eje tendréis que esperar un rato, los que tenemos son más cortos; os haré uno ahora mismo —dijo el herrero, un hombre diligente y de pocas palabras.

El padre Esteban habló un momento con Diego y después se dirigió a Arnau.

—Quiero haceros una propuesta.

El aludido lo miró sin decir nada. Un buen comerciante siempre sabía esperar la primera oferta de un trato.

—Podéis moler el grano aquí. Y también las aceitunas cuando sea el momento, si queréis. El trato es una cuartera de cada quince para el grano y una de cada doce para las aceitunas.

Arnau era un hombre ya curtido en los negocios. Lo miró con desconfianza, levantando una ceja mientras se tocaba la barba.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada —respondió el padre Esteban—. He de construir una iglesia y necesito todos los recursos que pueda ganar. Si al cabo del año llegan diez, veinte o cincuenta cuarteras más, todo eso que ganaré.

—Perdonadme la desconfianza, padre. Pero en este mundo tan complicado en el que vivimos, la experiencia me ha enseñado a no fiarme de nadie. Y menos cuando me ofrecen un buen trato: siempre acaba surgiendo un atajo inesperado. El trato es muy bueno. Pero si dura demasiado tiempo, esta granja tiene los días contados. Os lo aseguro. Primero vendrán otros como yo que querrán la misma oferta. Si aceptáis, después vendrán los señores a llenaros de razones para cerrar la granja. Y si no aceptáis, la misma plaga que ha afectado a otros molinos golpeará sin piedad a la granja entera.

—Eso no se me había ocurrido. Pero podría haber otra solución. Vos

pagáis por el hecho de tener señor y por cada molienda de cuartera. ¿Cuánto pagáis por tener señor?

—Lo habitual: una por docena.

—Más la molienda, serían cuatro por docena, ¿no?

Arnau afirmó con la cabeza.

—Eso si lo hiciera en Tarragona, pero moliendo en la Espluga me sale a dos cuarteras y un quartán por docena.

—Cambiad de señor. Entregaros al Císter. La molienda os saldrá de balde y solo tendréis que pagar una cuartera por docena, por ser vasallo del monasterio. Ganaréis el doble que ahora y nadie podrá tocaros.

—¡Por los clavos de Cristo...! Perdón. Esto ha de estudiarse bien.

—Tendréis que hablar con el padre abad, que os dirá que sí. Pero he de pedir os un favor, si aceptáis el trato.

—¡Siempre hay un doble fondo, siempre!

—Nada que os afecte. Solo tenéis que decirle al padre abad que vuestra contribución tiene que destinarse a pagar la nueva iglesia. Solo eso. Y podéis nombrarme a mí; no tengo nada que esconder. Como os he dicho, quiero levantar una iglesia a Dios Nuestro Señor y necesito todos los recursos posibles.

—¿Y nada más? —preguntó Arnau, desconfiado por zorro viejo.

—Tendréis mi eterno agradecimiento. —Le guiñó un ojo.

Arnau de Bordells soltó otra carcajada.

La zanja

Monasterio de Poblet, verano de 1162

El subprior Esteban miraba lleno de satisfacción la zanja que una veintena de hombres estaban abriendo en el suelo.

—¿No es demasiado profunda? —le preguntó a fray Bernardo de Portaregia.

—No, es necesario asegurarse bien; no querría que uno de los muros cediera por una pobre cimentación. Con los arcos y las bóvedas que construiremos, si una pared se desploma significa la ruina de todo el edificio.

Quien hablaba era el *operarías*, el encargado de la construcción de la iglesia de Poblet, fray Bernardo de Portaregia. Había llegado desde Fontfroide hacía pocas semanas.

Finalmente, viendo que el padre Esteban había conseguido un buen flujo económico, el abad de Poblet decidió iniciar la *construcción* de un templo a la altura de la Orden del Císter.

—Necesitamos una iglesia en condiciones. La capilla es insuficiente y tenemos que doblar las misas, o triplicarlas incluso. Cada vez somos más.

El subprior pensó que el abad no se lo contaba todo: allí había algo más. Pero no sería él quien hiciera cambiar de opinión al líder de Poblet.

A pesar de todo, la empresa tenía sus complicaciones. Sería necesario

asegurar la economía y evitar fuertes sacudidas que detuvieran las obras. Y sobre todo era imperativo contar con un buen suministro de piedra.

Esto último se convirtió en el principal reto para el padre Esteban desde aquel momento.

Junto al *operarius* fray De Portaregia, imprescindible para construir un edificio de aquella magnitud, pues una cosa era levantar un almacén o un dormitorio y otra bien distinta construir una iglesia, llegó un ejército de artesanos: carpinteros, picapedreros, herreros y vidrieros. Más adelante también sería necesaria la presencia de escultores y pintores. Igualmente, los operarios simples eran imprescindibles, peones sin ninguna especialización. Y un par de cuadrillas de hombres entregados al Císter que iban de un monasterio a otro ofreciendo su ayuda cuando la obra era de gran envergadura.

En cuanto llegó a Poblet, fray De Portaregia hizo levantar la casa de la obra: una pequeña edificación donde guardar herramientas, instrumentos, los planos utilizados durante la construcción de la iglesia y un libro de cuentas.

Pero aún no se había levantado muro alguno. Solo una zanja que discurría en paralelo a la pared sur del claustro, donde se construiría el templo. Dentro de la zanja estaban trabajando un montón de operarios con azadas, palas y picos; sacando tierra y piedras. Desde el nivel del suelo, solo se veían sus cabezas cuando estaban de pie.

El padre Esteban observaba, más allá de la zanja, un gran rectángulo que se había marcado en el suelo con cal. Ahora ya solo había tres líneas con cal, pues la cuarta era la zanja.

—Veo la iglesia pequeña. Creo que nos hemos quedado cortos —se lamentó el subprior.

Fray De Portaregia lo miró y sonrió.

—¡Eso siempre ocurre! Visto así, solo con las marcas en el suelo, todo el mundo ve el edificio pequeño e insuficiente. Pero será una gran iglesia, subprior, podéis estar seguro.

Uno de los novicios del monasterio se acercó al padre Esteban y le entregó un pergamino.

—He de irme, fray De Portaregia —dijo después de leer el contenido del mensaje—. Pero volveré tan pronto como haya acabado de solucionar este asunto.

—¡Tranquilo, que las obras no las terminaremos hoy!

El abad ya esperaba al subprior, y también estaba Hugo, el prior. Los tres fueron a ver a Ramón de Cervera, en la Espluga de Francolí.

El pueblo había cambiado mucho desde la llegada de los primeros monjes desde Fontfroide. Ahora, a simple vista, las dos Esplugas eran una sola dada la gran cantidad de casas que se habían levantado, casi todas de piedra. Y las calles quedaron bien organizadas. Estrechadas en su mayoría, se retorcieron por las suaves pendientes hasta llegar a una pronunciada cuesta que llevaba a la cima de la colina donde estaba, ahora sí, el castillo de los Cervera.

A la torre de defensa inicial se había añadido otra, y cuatro edificios más —entre los que sobresalía el palacio—, que conferían al conjunto un aspecto señorial. Aún no se había levantado ningún lienzo de muralla, pero ya se hablaba de iniciar la construcción de un muro defensivo.

El padre Esteban llevaba mucho tiempo sin visitar la Espluga y aquel cambio lo sorprendió.

Ramón de Cervera los recibió en el salón del palacio señorial. Unos amplios ventanales de cristal y unos espacios diáfanos hacían ostentación de la prosperidad de la casa de los Cervera. Encontró a Ramón ya mayor y muy avejentado respecto a aquel hombre que luchó no hacía tanto por la culpabilidad del caballero Gilabert.

Y su mirada ya no mostraba su vigor. El padre Esteban sintió un escalofrío al verlo de aquella manera. Todos sabían que Ramón de Cervera había perdido a su hijo retrasado cuatro años atrás y que había quedado muy afectado. Pero ya había transcurrido bastante tiempo como para poder superar la pérdida de un hijo. Y por eso el padre Esteban se extrañó al verlo tan abatido.

—¿Y qué queréis vosotros ahora? —dijo en un tono cargado de angustia y asco.

El abad tomó la palabra, mientras el padre Hugo y el padre Esteban escuchaban sin perderse un solo detalle.

—Venimos a mostraros este documento firmado por el conde de Barcelona —le ofreció el pergamino—. Tenéis que facilitarnos el acceso a toda la piedra que podamos arrancar del término de la Espluga.

Ramón miró el documento y uno de sus ayudantes lo cogió y lo leyó en voz

alta. Después este le confirmó la veracidad de la firma con un leve asentimiento de cabeza.

—¡Supongo que no os llevaréis la de las casas! —A pesar de la ironía de la frase, su tono de voz era áspero y lleno de rencor—. ¡O la de este palacio!

—No temáis, solo cogeremos la piedra de las tres canteras del término.

—¡Haced lo que os dé la gana pero no me molestéis más!

Estas palabras fueron suficientes. Los tres regresaron a Poblet satisfechos. Y el que más contento estaba era el subprior: esto le daba a la construcción de la iglesia un nuevo y definitivo empujón.

Pero la semana siguiente llegó una noticia que podía suponer un freno para la erección del templo: Ramón Berenguer, conde de Barcelona, había fallecido en Lo Borg Sant Dalmatz, en el Piamonte italiano, el 6 de agosto de 1162.

Dejaba un heredero de corta edad pero con un gran poder: un niño de cinco años recogía los títulos de rey de Aragón, conde de Barcelona y media docena más de títulos menores. Un rey de apariencia débil con un inmenso territorio para gobernar. Y creció la incertidumbre de qué pasaría con el monasterio de Poblet que tanto había recibido y crecido gracias a la generosidad del conde de Barcelona.

Duesaigües

Monasterio de Poblet, primavera de 1163

No paraba de llover. Había exceso de agua por todas partes y no pudo sembrarse el cereal de otoño pues los campos estaban anegados hasta más allá del límite de la misma tierra. Durante el otoño, el invierno y ahora la primavera, la lluvia había impedido que los campos se secaran.

Aquellos días un fraile de Poblet brillaba con luz propia. Había sido nombrado cillerero mayor por el abad. Eso no sería un hecho extraordinario si no fuera porque el individuo en cuestión había llegado pocos años atrás como Ahmet Ibn al-Mansur —hijo del rey sarraceno de Carlet (Valencia)—, todo un príncipe del islam, y a las pocas horas de conocer el espíritu del Císter dejó atrás su vida anterior, se bautizó —con el nombre de Bernardo— y se convirtió en fraile de Poblet. Ahora el abad le había otorgado uno de los cargos más importantes, solo superado por los de prior y subprior. Y fray Bernardo estaba orgulloso y se sentía feliz como un niño.

De piel algo más oscura que sus compañeros de confesión, fray Bernardo había sido aceptado en la comunidad como uno más. Era un hombre inteligente, vivo, muy inquieto y trabajador. Eso rápidamente llamó la atención del abad y, tras probarlo de manera discreta en trabajos menores, decidió

asignarle una de las tareas más delicadas y complejas: velar por la economía de todo el monasterio, ayudado por el cillerero mediano y el cillerero menor. Ahora tenía que afanarse aún más para no decepcionar al abad.

Esa mañana el abad le había llamado para hablar con él.

—Acompañarás al padre Esteban y al padre Hugo a Duesaigües, un aldea cercana —le dijo el líder de Poblet.

En un carro lleno de sacos y barriles, el prior Hugo llevaba las riendas mientras el padre Esteban y fray Bernardo viajaban sentados en la caja.

—Esta vez la inundación les ha hecho mucho daño —decía el subprior a fray Bernardo—. Duesaigües siempre ha sufrido por la crecida de los ríos, pero lo de ahora es un verdadero desastre. Somos cristianos y tenemos que ayudarles, sea como sea.

—Tengo entendido que ellos os ayudaron cuando llegasteis a Poblet.

—Sí, pero esto no es la vuelta de una deuda. Ellos fueron muy generosos en un momento muy difícil para nosotros. Entonces... —El padre Esteban volvió por unos instantes al pasado y pensó en el caballero Gilabert y en cómo les había ayudado—. Entonces fueron muy generosos —repitió escondiendo su pensamiento para sí mismo.

El sol brillaba con fuerza, con un cielo limpio y azul que no presagiaba lluvia. El barro los acompañó todo el camino. Y en un par de ocasiones, el padre Esteban y fray Bernardo tuvieron que bajar y empujar el carro para salir de un barrizal que les impedía continuar.

De lejos, el desastre era claramente visible. Los dos ríos llegaban a juntarse en un punto y era difícil distinguir entre agua y tierra. Aguzando mucho la vista se podían intuir, más que ver, las sencillas edificaciones que conformaban la aldea de Duesaigües. Llenas de barro, emergían como bloques geométricos en medio de un charco de grandes dimensiones, casi era un lago. No sumaban una veintena, pero eran más que cuando llegaron los monjes de Poblet por primera vez.

Los tres guardaban silencio mientras los cascos de los animales pisaban el barro con esa sonoridad tan particular. Los monjes pensaban en los habitantes de Duesaigües: tanto en los supervivientes como en los que habían perdido la vida.

Llegó un momento en que no pudieron seguir. El barro se había convertido

en agua y el riesgo de perder la carga era demasiado elevado.

—¡Allí! —gritó fray Bernardo señalando con el dedo índice.

En un altozano se había concentrado un montón de gente. La crecida de los ríos los había dejado atrapados en una especie de minúscula isla. El nivel del agua bajaría durante los próximos días —eso esperaban todos y era lo más lógico— y podrían salir de allí.

—Si nos situamos en esa otra colina tal vez podamos ayudarles a salir —dijo el padre Esteban.

—El carro no podrá pasar —dijo el prior Hugo.

—Lo dejamos aquí y nos llevamos a los animales con nosotros. Primero son las personas, siempre.

Con grandes dificultades llegaron hasta la elevación vecina. Más que una colina, el terreno ya comenzaba a formar un pequeño núcleo montañoso de un par de millas de largo.

Con señales y gritos se comunicaron con los habitantes de Duesaigües. Uno se ató una cuerda por la cintura y nadó hasta donde estaban los tres monjes. Estos le tuvieron que lanzar otra cuerda y cogerlo para que la fuerte corriente no lo arrastrara.

—Por poco no salimos de esta. ¡Por bien poco! —dijo el joven, y los abrazó a los tres—. Ha muerto mucha gente, casi la mitad del pueblo. Y las casas...

Ataron la cuerda a un pino grueso mientras en el altozano ataban a una encina el cabo que llegaba hasta allí. Con aquella especie de pasarela improvisada, los primeros vecinos de Duesaigües, muy despacio, fueron abandonando la pequeña isla.

Hasta que ocurrió la desgracia.

Un hombre quiso cruzar con su hija —una niña de unos ocho años— y esta se precipitó al agua. La criatura intentaba nadar, pero la corriente era demasiado fuerte.

Un poco más abajo se escuchó un fuerte chapoteo. Alguien se había tirado al agua y nadaba contracorriente para salvar a la pequeña. Desde el altozano y desde la falda de la montaña todos estaban atentos al desenlace. El padre de la niña había llegado hasta donde estaban los monjes.

El que estaba en el agua era un hombre de mediana edad y con barba que

no estaba en ninguno de los dos grupos pues se había tirado al río un buen trecho más abajo. Llegó hasta donde estaba la niña y la cogió por debajo de las axilas. Después, nadando a favor de la corriente, llegó hasta la orilla. Los monjes fueron corriendo hasta allí.

—¿Cómo...! ¿Gilabert? ¿Qué haces aquí?

Empapado como estaba, el padre Esteban vio que aquel caballero generoso y de buen corazón había envejecido. Las canas le llenaban la barba y la cabeza. También su rostro reflejaba el paso de los años, con la piel reseca y más arrugada. Pero sus ojos... sus ojos brillaban con la misma intensidad.

El padre Esteban y el caballero Gilabert se abrazaron con fuerza. El monje se emocionó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Al separarse, vio que el caballero también estaba emocionado. Durante unos momentos ninguno dijo nada: se miraban el uno al otro sin parpadear, cogidos por los brazos y compartiendo aquella expresión de afecto profundo y sincero.

—¿Qué haces aquí? —repitió el padre Esteban.

—Salvar a esta niña, ¡que se ahogaba!

Aparte de haber envejecido, el caballero Gilabert estaba muy cambiado. Llevaba una barba muy espesa y la túnica de los frailes, pero no se había practicado la tonsura.

—¿Eres un fraile! —El padre Esteban no se lo podía creer—. ¿Dónde vives? ¿Qué haces aquí?

—Me alegro mucho de verte, Esteban. —Seguían cogidos por los brazos, parecía que quisieran recuperar los años perdidos.

—¿Dónde vives? ¿Y qué haces? —insistió el padre Esteban.

—Demasiadas preguntas, y primero hay que salvar a toda esa gente. Viajo con un grupo muy numeroso: acompaño al señor Pedro Berenguer de Vilafranca para trasladar Vila-salva a una zona menos expuesta a los fuertes aguaceros, a un lugar llamado Montblanc.

—¿Vila-salva?

—Sí, es el nombre oficial de Duesaigües. Ya hace unos años que el difunto conde de Barcelona liberó a la aldea de pagar ningún diezmo o impuesto a nadie. Es una villa salvada de impuestos.

Se soltaron de los brazos y se pusieron a caminar el uno al lado de otro. Sin dejar de mirarse, sin dejar de sonreírse.

Pero primero tenían que ayudar a los habitantes de Vila-salva.

Los recién llegados eran casi trescientos individuos, entre hombres, mujeres y criaturas. Y al frente de todos ellos iba Pedro Berenguer de Vilafranca, con una numerosa guardia personal.

Los tres monjes estaban sucios de barro, igual que el caballero Gilabert. De hecho, era fray Gilabert. Y el señor los miraba con cierta repugnancia.

—¿Y qué hacéis aquí con este sarraceno vestido de monje? ¿Acaso os habéis vuelto locos? —dijo señalando a fray Bernardo.

—Es tan cristiano como vos y como yo —contestó el padre Esteban muy serio, pero para esquivar el debate cambió de tema—. Esta gente ha sufrido una desgracia y necesita ayuda ahora mismo. Hemos traído víveres del monasterio de Poblet.

—Todo cuanto queráis darnos será bienvenido, pero ahora yo soy el señor de Montblanc y no tengo que rendiros cuentas de nada.

El padre Esteban miró a fray Gilabert. Este se encogió de hombros y le hizo un gesto: «No insistas, ¡es así de estúpido!».

El padre Esteban miró a la gente y también al prior Hugo. En silencio, afirmó con la cabeza: «La gente no tiene la culpa y nos necesita».

—Seremos vecinos —dijo el subprior, queriendo arreglar aquel mal comienzo—. Y tendremos que tratarnos muy a menudo para encontrar las mejores soluciones a los problemas de vecindad.

Pedro Berenguer cambió la mirada, pero no dijo nada. Afirmó en silencio y mandó reanudar la marcha.

Todos se incorporaron a la larga caravana que formaban los recién llegados. Ya estaban muy cerca de su destino final.

—¿No me decís nada? ¿Ya no os habláis con los pobres? —Un hombre mayor se había acercado a fray Gilabert.

Este lo miraba sin entender nada.

El padre Esteban, a su lado, tampoco entendía nada. Al hombre le acompañaba el joven que había saltado al agua en primer lugar.

—¡Soy Matías! Y este es mi hijo, Matías también.

Fray Gilabert sonrió. Era el granjero que conoció cuando pisaron aquellas tierras por primera vez. Y el niño se había convertido en todo un hombre, más alto que su padre pero mucho más delgado.

—Sí, sé que estoy viejo, pero aún sigo vivo —dijo Matías.

—Gracias a Dios que estáis vivo —dijo el padre Esteban.

—Fue gracias a vuestra gestión —le contó Matías a fray Gilabert— que el conde de Barcelona nos liberó de pagarle impuestos. De Duesaigües pasamos a llamarnos Vila-salva, pero entre nosotros siempre lo hemos llamado Duesaigües. Os hemos de estar agradecidos, Gilabert, una vez más.

—Nada de gracias. Vuestra situación no ha sido nada fácil, este lugar es muy peligroso. Ahora, esperemos que Montblanc os traiga mejor fortuna.

—Nuestro alcalde desde entonces fue Pedro de Vilafranca, el padre de este. —Señaló hacia el que comandaba la expedición—. Pero nunca nos hizo caso ni nos dio un miserable maravedí, solo una vez vino a visitarnos. A ver si todo coge un poco más de sentido y la población crece de verdad.

Los dos Matías, chorreando y sucios de barro, se incorporaron a la larga cola que formaba aquella caravana.

Ahora sí, el padre Esteban y fray Gilabert pudieron hablar.

—Soy fraile del monasterio de Santes Creus, no muy lejos de aquí. —El padre Esteban afirmó con la cabeza, conocía muy bien la ubicación de ese monasterio cisterciense—. En Poblet os molestaba.

Su rostro se llenó de resentimiento y pena, como si una tristeza profunda le saliera directamente del corazón.

—Tal vez Dios Nuestro Señor te reservaba ese camino.

—Esteban, ahora sí que hablas como un monje de verdad.

A pesar del comentario, fray Gilabert estaba triste y resentido, su voz nunca había sabido decir mentiras.

—Sí, ahora sí. Dios me ilumina y me ha mostrado mi camino de manera muy clara. Soy muy feliz de poder servirlo como es necesario. ¿Y tú? ¿Has recibido su presencia? —Era una pregunta íntima, pero se sentía como si hubiera recuperado a un hermano perdido.

—Sí, ya hace tiempo —contestó sin atisbo de duda—. Fue justo al salir de Poblet.

De nuevo, al pronunciar el nombre del monasterio, su rostro se puso serio. Quedaba claro que Gilabert no había superado la decepción con los monjes de Poblet. Y ahora, siendo mayor, sería difícil que la olvidara.

—¿Y qué has hecho desde entonces?

—Al salir de Poblet fui a Santes Creus —siguió el fraile—. Acababan de fundar el monasterio y estaba en un estadio más precario que el vuestro. Mis contactos con la corte de Barcelona me condujeron hasta la capital del condado por asuntos del monasterio y allí el nuevo rey Alfonso me pidió ayuda para guiar a la expedición que venía hasta Duesaigües para trasladarla hasta Montblanc. De hecho, está aquí mismo.

A la derecha, el río Francolí bajaba desbordado de su cuenca original, inundando los campos de su inmediata cercanía. Pero más allá, donde el terreno ganaba altura respecto al río, el agua ya no se estancaba.

La dirección que cogió el grupo buscaba ganar un altozano solitario. Sobre una loma ancha y poco elevada, aquel montículo parecía estar destinado a albergar un castillo: la altura máxima era llana y alargada, idónea para construir algún edificio militar pues aseguraba una excelente defensa.

—Veo que el nuevo conde se ha tomado muy en serio esta zona —dijo el padre Esteban.

—Sí, el camino entre Lleida y Tarragona ha de crecer mucho más —contestó fray Gilabert—. El documento de fundación de la población de Montblanc es el primero que ha firmado.

—¿Cómo es?

—Joven, muy joven. Y rey. Aún es un niño, pero hay una multitud de asesores y consejeros a su alrededor. Es conde del Principado, pero también rey de Aragón. Y como su padre, quiere hacer crecer el eje Lleida-Tarragona. Te encuentro muy cambiado, Esteban —dijo cambiando bruscamente de tema—. No pareces la misma persona que llegó a Poblet acarreando un tallo en una maceta.

El subprior sonrió, pero continuó en silencio.

—Por cierto, ¿aguantó bien el álamo?

—Sí, ahora ya es adulto.

Justo en la loma previa al altozano principal, Pedro de Vilafranca detuvo la caravana.

—Creo que es mejor que volvamos al monasterio —dijo el prior Hugo—. Me parece que aquí molestamos más que otra cosa.

El padre Esteban afirmó con la cabeza.

—¿Quieres venir, Gilabert, a ver cómo va por el monasterio?

El que fuera caballero negó con la cabeza y la mano mientras miraba al suelo, como evitando una confrontación visual.

—Mejor que no. Aún me duele lo que ocurrió. Es mejor que no.

Se despidieron con un abrazo. Pero ahora el subprior sabía dónde estaba su amigo y podía ir a verlo siempre que quisiera.

—Sé que tendría que tratarte de vos —dijo fray Gilabert—, eres mi superior. Pero antes que nada eres un buen amigo, Esteban.

—Yo te considero un hermano, Gilabert. Y los hermanos y los amigos nunca han de tratarse de vos. —Lo confirmó agarrando con fuerza los brazos de quien había sido caballero.

El templo

Monasterio de Poblet, primavera de 1164

—¡**T**ampoco hay tanta prisa! Como abad, las prioridades las tengo que dictar yo.

La discusión se cortaba de raíz con aquella manifestación del abad Esteban. Pero el subprior, del mismo nombre, no se dio por vencido.

—¡Claro que hay prisa! Toda la del mundo. —También estaba el prior Hugo, pero se mantenía dentro de la prudencia—. Los demás edificios pueden acabarse después, ¡no se caen!

La discusión había comenzado tras la masiva obtención de piedra por parte del monasterio. Naturalmente, todos los documentos en los que se hacía una donación a Poblet hablaban de ayudar en la construcción del templo. Aquello se había convertido en un reclamo para todo el territorio y una ingente cantidad de personas, material, recursos y dinero iban a parar al monasterio para acelerar la conclusión de la iglesia.

Y el abad quería, antes que nada, rehacer otras construcciones con todo ese material. La capilla, el hospital para los pobres, la bodega, la nave de la enfermería. Quería mejorarlo todo. Esos edificios eran de tapial y madera y eso les otorgaba una sensación de provisionalidad mientras se esperaba una mejora que ahora podía producirse.

—¡No se hable más! —dijo con un grito el abad—. Se arreglará todo y la iglesia seguirá subiendo a su ritmo.

El subprior negó con la cabeza. Él pensaba que las obras de la iglesia podían avanzar destinando a todos los hombres y los materiales que iban llegando día a día. Podría acabarse en cinco años; o en los ocho que afirmaba fray De Portaregia. Pero ahora, con aquella decisión, podría alargarse hasta los quince. ¡O tal vez veinte!

Enojado, salió del monasterio. Necesitaba la comunión con Dios y el claro del álamo era el lugar adecuado para hacerlo.

Un monje del Císter no tenía propiedades. Todo era de todos, pero de nadie al mismo tiempo. También el bosque, al pertenecer al monasterio, era una propiedad colectiva. En cambio, aquel claro, donde de joven plantó un pequeño tallo de álamo, había pasado a ser de su uso particular.

Nadie más pisaba aquel lugar.

Desconocía el motivo, pero el padre Esteban estaba seguro de esa verdad. Un lugar abierto a todos, sin ningún obstáculo físico que impidiera el paso, pero, al mismo tiempo, cerrado a los demás. Solo Gaya, y las personas que la agredieron, lo habían pisado. Desde entonces, nadie más.

La primavera se mostraba muy ufana y todo era verde y luminoso. La hierba cubría el claro hasta la altura de las rodillas y costaba andar con comodidad. Los gruesos y viejos árboles que delimitaban el claro parecían no permitir que nada brotara en aquel espacio central y formaban una muralla firme, sólida e impenetrable.

Y justo en el centro, como si la naturaleza lo venerase como a un rey o una divinidad, se levantaba el álamo traído desde Fontfroide.

Alto y firme, lucía su orgullo extendiendo sus ramas sin la molestia de tener otros árboles cerca. El tronco parecía buscar el cielo y cada año se acercaba más. Las hojas, verdes y abundantes, brillaban y sonreían cuando la brisa las acariciaba y las hacía bailar a su compás.

De manera casi hipnótica, el monje estiró los brazos y tocó la corteza con las palmas de las manos. Con los dedos separados, sus manos parecían estar pegadas al tronco por alguna misteriosa resina.

El padre Esteban cerró los ojos para disfrutar más de aquella sensación.

La presencia de Dios.

Era esto y siempre había sido esto. Ni más ni menos. Y ahora era plenamente consciente y siempre podía buscar este contacto.

Mientras la sensación le embriagaba como si fuera vino dulce, de buen sabor pero lleno de entusiasmo hasta llegar a una segura ebriedad, un fuerte temblor le subió por la espalda hasta la cerviz, donde los cabellos se convirtieron en púas que se clavaron en su piel. El escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¡No tengo suficiente paciencia, Señor! Soy un alma llena de inquietud y prisa.

Sin escuchar voz alguna, la respuesta le llegaba con altos y bajos de intensidad: percibía aquella sensación con más o menos intensidad en función de la respuesta recibida. Al menos, así lo interpretaba el monje. De eso no había hablado con nadie. Y tal vez no lo haría nunca. Seguramente casi nadie lo entendería: o le acusarían de loco, de blasfemo o de pagano; o tal vez de las tres cosas.

—Pero he de construirte el templo que me pides desde hace tiempo y soy incapaz de acelerar las obras.

Ahora sintió un tono medio, pero muy tranquilizador.

—Me pides paciencia y solo puedo obedecerte, Señor; no puedo hacer otra cosa que obedecerte.

Después, la paz absoluta.

En silencio, disfrutó de esa sensación un rato más. Siempre lo hacía: la disfrutaba hasta que no sentía nada de nada. Hasta que Dios Nuestro Señor dejaba de estar presente.

Al acabar, se sintió más tranquilo.

Más paciencia, era un buen consejo. Pero algo en su interior, más allá de la razón e incluso de Dios Nuestro Señor, le empujaba a ir deprisa, muy deprisa.

Ahora, de la zanja inicial ya sobresalía una primera hilera de sillares, perfectamente cortados y rectos, que se prolongaba hasta donde se acabaría el muro. El rectángulo se completaba siguiendo la misma hilera en los cuatro lados.

En el espacio interior del templo se habían construido otras zanjas, concretamente dos, en paralelo a los muros más largos del rectángulo.

—Estas zanjias son para los cimientos de las columnas que separarán las naves; dos pequeñas para los laterales y una mayor en el centro —explicaba fray De Portaregia al abad y al subprior.

—Lo veo pequeño. —Al padre Esteban le seguía pareciendo estrecho e insuficiente para lo que necesitaría en el futuro el monasterio de Poblet.

—Y para aguantar las columnas, ¿son necesarios unos cimientos tan grandes? —preguntó el abad.

Las dos zanjias interiores tenían las mismas dimensiones que las exteriores antes de ser rellenadas.

—Sí, más vale asegurarse bien. —Y repitió aquello de que la caída de un muro significaba la ruina total del edificio. De hecho, lo había repetido en diversas ocasiones y a las mismas personas, pero el *operarius* era un hombre paciente y conocía su oficio: explicarlo todo a quienes pagaban las obras era una de las labores más habituales de un constructor—. Ahora tenemos que hacer unos cimientos más pequeños, que cortarán las naves de manera transversal: ya hemos marcado las líneas y mañana empezaremos a abrir las zanjias.

Unas líneas blancas hechas con cal cruzaban las zanjias internas y externas hasta formar una cuadrícula perfecta.

—Sí, sí que es necesario hacer tantos cimientos —dijo fray De Portaregia con paciencia, adelantándose a la siguiente pregunta—. Con estos cimientos uniremos las crujías y reforzaremos los pilares de los arcos transversales. Y es necesario hacerlo, sí. La idea es que esta iglesia, como todas, dure para siempre.

Los dos Esteban se miraron mientras levantaban las cejas de admiración.

—La Granja Mitjana —dijo fray De Portaregia— fue construida hace más de mil años y aún aguanta bien. A pesar de ser una obra sencilla que no buscaba la durabilidad que nosotros pretendemos con esta iglesia.

Aquello satisfizo a los dos Esteban, que lo dejaron trabajar tranquilo. Al menos, durante unos días.

El abad y el subprior salieron y se situaron delante de lo que sería la puerta de acceso al templo. El claustro quedaba a mano izquierda, al norte de la iglesia. La hilera de sillares ya insinuaba cómo sería la futura iglesia, pero aún era demasiado pronto para hacerse una idea.

El *operarius* había dividido el trabajo de los peones en equipos con un responsable dentro de cada grupo. Y él supervisaba todos los grupos.

A los que estaban en las canteras también les había puesto un encargado en cada lugar de donde se extraía la piedra. Y para el transporte —en su mayor parte con tiros de bueyes—, también había varias cuadrillas. Después los grupos ya eran más reducidos y específicos: unos se dedicaban a los cimientos; otros, a ubicar los materiales que llegaban en función de lo que se fuera a necesitar; los carpinteros amontonaban una buena provisión de madera para cuando llegaran a la zona de los arcos o para montar los andamios; los herreros trabajaban sin parar. Y así una larga lista de todos los oficios que intervenían en una empresa como aquella.

—Padre abad, quería comentaros un tema...

El abad se giró y miró al subprior, esperando a que terminase la frase.

—Ahora que la financiación del templo está garantizada para los próximos tres o cuatro años, tal vez no sea necesario que me dedique a buscar más. Quisiera trabajar en la obra.

—No sabes nada de construcción. Ni de carpintería, ni del trabajo de la herrería, ni sabes cortar la piedra. ¿Quieres hacer de peón? ¿Por qué?

—Sí, eso mismo, quiero hacer de peón. El trabajo más duro, si es necesario. O el que nadie quiera hacer.

—¿Es algún tipo de promesa? ¿O tal vez es algún pecado que quieres purgar de tu alma?

El subprior sonrió.

—Un poco de cada.

—No estoy de acuerdo. Pero lo aceptaré si tienes claro que si al prior o a mí nos es necesaria tu ayuda en la administración del monasterio, tendrás que dedicarte a lo que te obliga tu cargo y dejar la obra.

—Estoy dispuesto a dejar el cargo de subprior.

—No, eso no lo quiero. No hay nadie tan capaz como tú para el cargo. Eres tozudo como una mula y cuesta que entres en razón cuando te crees en posesión de la verdad. Pero no conozco a otro monje más inteligente que tú, Esteban. —Esa forma de hablar del abad era nueva: pocas veces loaba a los monjes de una manera tan clara y contundente—. Además, pareces tener la gracia de Dios en tu interior.

El subprior lo miró intentando saber a qué se refería exactamente, pero el abad no dijo nada más.

Hija y madre

Castillo de Torroja, Segarra, verano de 1164

Habían transcurrido seis años desde el día del casamiento y Gaya de Torroja bien podía decir que había recuperado el tiempo perdido. Se había convertido en la esposa de un señor y tenía dos hijos legítimos —el segundo, con solo un año y medio de vida, era el niño que tanto deseaba su marido, pues la primera criatura había sido una niña—: dos de sus ambiciones se habían cumplido. Lo que toda hija de señor recibía sin pedir —estuviera o no de acuerdo—, a ella se le había hecho de rogar hasta casi convertirse en una quimera. Cuando se vio casada respiró tranquila: la idea de quedarse soltera y tener que ingresar en un convento —como ocurría a menudo con las mujeres que no conseguían marido— le había provocado angustia e incluso terror.

Ramón era un tesoro como hombre. El chico tímido y hasta miedoso se había convertido en un amante dulce y respetuoso. Sin forzarla en ningún momento, siempre fue ella quien llevó la iniciativa en la vida íntima de la pareja. Después, una vez superados los primeros miedos, los dos disfrutaron de su vida en común. Los primeros años fueron preciosos, recordaba Gaya.

Tras la llegada de los hijos, cada uno se concentró en satisfacer su propio destino. Ese destino que algunas veces los unía pero que casi siempre los

separaba. Gaya lo aceptó con absoluta normalidad. Y ella buscó aquello que desde siempre le había carcomido el alma. Así, el casamiento, el marido, los hijos, se convirtieron en algo secundario. Agradable, sí. Pero secundario frente a su objetivo principal: convertirse en señora por derecho propio. No quería serlo por su marido, o por tener que gestionar la herencia de un hijo demasiado joven para ejercer de señor. Quería su propio señorío.

Y lo tenía muy claro. Ese era su principal objetivo en la vida. De hecho, lo tenía claro desde mucho tiempo atrás. Pero antes existían un buen número de condicionantes a cumplir que hacían difícil pensar en ello como algo inmediato.

Ahora era el momento.

El pequeño Hugo era una criatura sana y fuerte. Tenía buenos pulmones, por cómo lloraba y lloraba y la potencia con que lo hacía. El padre estaba muy orgulloso de tener un heredero así, pues esto garantizaba el futuro de la dinastía Torroja más allá del actual señor —abuelo de la criatura— y de él mismo.

Estaba establecido que las hijas de las nobles tenían como función en la vida garantizar el futuro de la dinastía llenando el mundo de descendencia. Era una idea generalizada y, a pesar de que molestaba a un montón de mujeres, ninguna hacía nada por ir en contra. De todo ello surgía un hecho muy curioso: cuanto más reaccionarias eran a esta inercia, más hijos tenían y más perpetuaban la dinastía de la que formaban parte. Después estas mujeres se hacían mayores y perdían su ideario de juventud: buscaban educar bien a sus hijos, eso era todo. Algunas disfrutaban siendo buenas cortesanas, participando de las maquinaciones e intrigas, o trabajando a la sombra de sus maridos, el señor. Pero ninguna buscaba ir más allá.

Ni siquiera una mujer tan fuerte de carácter e inteligente como la madre de Gaya, Almodis, había buscado situarse por delante de su marido. Ponce, el padre de Gaya, había sido un pánfilo y, aun así, su mujer —hermana del conde de Barcelona, y con las cualidades perfectas para gobernar y conducir un señorío— había aceptado el papel que esa sociedad tan moderna y heredera de un pasado pagano y oscuro había reservado a la mujer.

Gaya sabía que su manera de pensar no era la que se esperaba de una mujer del siglo XII. Tal vez en el pasado la mujer era más fuerte y ella estaba

equivocada. Tal vez el futuro le reservaba un papel más adecuado que el de engendrar hijos. No estaba segura, pero su pensamiento no casaba con el actual.

Comenzó a pensar en todo eso en el momento de nacer su hijo Hugo, cuando cumplió con lo que se esperaba de ella como mujer. Durante el parto, en el instante en que sintió cómo su hijo le reventaba las entrañas y se abría paso al mundo, fue cuando Gaya sintió todo aquello: ya había cumplido con su parte y lo siguiente era conseguir su objetivo.

Ahora le tocaba a ella.

Tampoco podía decir que cumplir con su parte hubiera sido desagradable. Al contrario. El día de su casamiento lo recordaba con mucha felicidad: incluida la muerte de Berenguer. Y la vida al lado de Ramón era buena. Un hombre tranquilo, sin muchas ambiciones personales, y con suficiente atención hacia ella.

Gaya nunca le había contado que fue violada, ni el nacimiento y la muerte de su primer hijo, Bernardo. Pero sí que había valorado, y mucho, si tenía que compartir aquella desgracia con su marido.

Había tres posibles reacciones por parte de Ramón.

Él reaccionaba mal y la repudiaba. Había llegado al matrimonio con una mentira, pues había mantenido relaciones con otro hombre antes que él. La Iglesia le daría la razón a él y Gaya acabaría sola y repudiada, y con suerte la aceptarían en un convento.

La segunda opción era que él reaccionara como un león que defendiera su territorio, declarara la guerra a los Cervera y fuera contra su tío Ramón, abriéndose paso a golpes de espada y liquidando a todo el que se cruzara en su camino. Gaya no quería una guerra abierta. No quería ser la causa de la muerte de nadie, y tampoco que su desgracia fuera conocida por todo el mundo.

Y la tercera opción era que Ramón lo aceptara todo de buen grado y le ofreciera su apoyo sin exigir muchas explicaciones ni buscar ningún tipo de represalia. Pero esto era pedir un imposible, ningún hombre se cruzaría de brazos ante una noticia así. Y aún menos todo un señor, heredero de un apellido como el de Torroja.

También había otra cuestión: ella no quería recordarlo todo otra vez, pues

seguro que su marido le pediría detalles y explicaciones de todo. Volver a revivirlo no le apetecía. El dolor aún no había desaparecido, y estaba convencida de que no lo haría jamás: siempre estaría en su interior; el dolor por la agresión y por la muerte de su hijo Bernardo.

Por eso se había guardado ese episodio para ella sola. También lo que ocurrió la tarde de su casamiento, con la muerte de su primo Berenguer. Naturalmente, el sentido de las palabras de su primo cambiaba si se conocía o no lo que había ocurrido en el claro. Gaya, con la intención de convencerle de que todo había sido un sueño, le siguió hasta el piso superior del Palacio Condal. Esperaba que la deficiencia del joven fuera suficiente para llenarlo de dudas.

Pero fue imposible hacerlo entrar en razón y se convirtió en la misma bestia salvaje que la violó en el claro. Por un momento, Gaya pensó que volvería a ocurrir. Y Berenguer acabó muerto en la plaza, tres pisos más abajo. Nadie supo qué había ocurrido con exactitud. Se dedujo que el chico iba demasiado bebido y se precipitó de manera accidental por la ventana. A ella nadie la acusó de nada. Era el día de su boda y no hubo testigos que la situaran cerca del desgraciado joven.

Cuando regresó a la mesa con su marido, el corazón le latía con fuerza. Estaba aterrada y no fue capaz de reaccionar ante lo que había hecho. Simplemente, continuó con su papel de flamante señora de Torroja.

Después, con el paso de los días, aceptó la muerte de Berenguer como una especie de venganza. Nunca se lo había planteado así. Sí, en muchas ocasiones había deseado hacerle daño a aquel desgraciado. Como si con el dolor de Berenguer se apagara un poco el que ella sentía. Pero era más un pensamiento que un verdadero deseo.

Venganza.

Castigo divino, más bien. Así lo entendió Gaya.

La primera noche como señora de Ramón de Torroja no fue buena. Ella adujo que sentía miedo por el supuesto estreno. Ramón había bebido demasiado vino y, sin estar ebrio del todo, se durmió muy pronto sin ser consciente de qué había hecho.

Los siguientes días fueron algo mejores. Ramón sí que había tenido experiencias con otras mujeres, pues decían que un hombre con destreza era

mejor marido. Él, con paciencia y buen hacer, consiguió que la intimidad acabara siendo muy satisfactoria para Gaya. Con el tiempo, la señora de Torroja alcanzó cierta felicidad. Se quedó embarazada y tuvo a Eldiarda. Dos años después, llegó el pequeño Hugo.

Ramón de Torroja se había convertido en un hombre de Estado. Tras ser devuelto por los genoveses después de ser rehén durante años por la deuda del conde de Barcelona, fue testigo en la lectura del testamento de Ramón Berenguer. Ahora también ayudaba a su tío, el obispo de Barcelona —Guillermo de Torroja, el mismo que los había casado—, en el Consejo de Procuraduría. Este consejo llevaba las riendas del Principado y del Reino de Aragón, pues aconsejaba al pequeño Alfonso I —que cuando murió su padre solo contaba con cinco años— en todo lo referente al gobierno de sus extensos dominios. Ramón de Torroja no formaba parte del consejo, pero era una de las piezas que lo hacían funcionar.

Aquello alejaba con frecuencia a Ramón de Gaya. Y la señora de Torroja comenzó a gestionar la heredad de su marido a su conveniencia. Ayudada, eso sí, por una multitud de sirvientes, esclavos y guardias.

En aquella ocasión Gaya quiso acompañarlo a la capital del Principado. Allí, de forma casual, tuvo una conversación distendida con el obispo de Barcelona, Guillermo de Torroja, que abrió un nuevo camino en su forma de pensar y de actuar.

—Tienes los ojos de tu madre, Gaya. La recuerdo de joven, y el parecido es más que notable, menos la boca. Tu boca no es la de ella.

—¿Conocisteis a mi madre de joven?

—Sí, y tanto. Fue hace muchos años, estaba prometida con Guillermo de Aguiló, el hijo del príncipe de Tarragona. —Pronunció la palabra «príncipe» con cierto tono de burla—. En aquellos días había traspasado el arzobispo de Tarragona, Oleguer. —El obispo suspiró con cierta tristeza—. Era un buen hombre, muy buena persona. En cualquier caso, apareció un caballero... ¿cómo se llamaba? El que luchó no hace mucho contra vuestro tío Ramón.

—¿El caballero Gilabert?

—¡Sí! El caballero Gilabert rondaba por allí. Y también estaba tu tío Ramón, por cierto.

—¿El tío Ramón estaba en Tarragona?

—Sí, los Cervera habían recibido un pequeño señorío muy cerca y lo gestionaban.

—¿Y qué ocurrió?

—No lo sé de cierto. Tu madre estaba prometida con Guillermo de Aguiló y, con el caballero Gilabert y tu tío Ramón de por medio, se rompió el compromiso.

—¿Seguro que no os estáis confundiendo y era mi padre, Ponce, y no mi tío Ramón?

—No, no. Era tu tío. Seguro.

Aquella conversación llenó de incógnitas a Gaya. Las preguntas volaban en su cabeza como si fueran una bandada de golondrinas en el otoño, cuando se reúnen para buscar climas más cálidos.

Cuando regresó al castillo de Torroja estaba hecha un lío y necesitaba respuestas. Algo en su interior le decía que aquello era importante, muy importante. Y que tenía que indagar hasta llegar al final de aquel embrollo.

Muy de vez en cuando su madre iba a verla. Almodis había dejado bien claro que siempre sería ella quien iría a verla. Pero aquella vez Gaya pasó por alto los deseos de su madre y fue a visitarla a la Espluga.

Ya habían pasado unos cuantos años desde que se había ido y lo encontró todo muy cambiado. La villa era digna de las ciudades más populosas del Principado. No por el número de casas y habitantes. Más bien por la prosperidad que se veía por doquier. Aquel rincón de mundo que ella conoció cuando llegó con el cortejo de los Cervera, ahora era un espejo en el que reflejarse para aquellas ciudades con ganas de crecer. Incluso la gente parecía pertenecer a la capital del Principado, mejor vestidos y con las caras no tan quemadas por el sol.

El palacio señorial era magnífico, pero Gaya llegó a verlo casi acabado y no la impresionó tanto.

La primera noticia no se la esperaba: su tío, Ramón de Cervera, estaba a punto de morir a causa de una enfermedad que lo postraba en la cama.

Su madre se llevó una buena sorpresa cuando la vio aparecer.

—Sí, ya sé que dijiste que siempre irías tú. Pero necesito respuestas y no quiero esperar más.

Gaya miró a su madre. Almodis, tía del actual rey de Aragón y conde de

Barcelona, se había convertido en una mujer mayor. Los cabellos grises rodeaban un rostro salpicado de arrugas alrededor de los ojos y la boca. La piel del cuello le colgaba flácida acentuando los signos de envejecimiento. Pero la mirada era la de siempre: dura como la piedra, penetrante como la flecha más afilada, e intrigante como solo Almodis podía serlo.

—¿Los niños están bien? ¿Han venido contigo?

—No, los he dejado en Segarra. He venido yo sola.

Aquello no le gustó a Almodis. La primera vez que Gaya vio emocionarse a su madre fue cuando nació Hugo, el heredero de los Torroja. A su nieta, Eldiarda, no le prestaba la menor atención, pero cada lloro de Hugo parecía derramar una gota en el lagrimal de esa mujer de apariencia marmórea.

—¿Qué pasó en Tarragona entre Guillermo de Aguiló y tú? —Así de directa fue, sin prolegómenos.

Gaya vio el desconcierto en el rostro de su madre. Fue solo un instante, pero incluso la boca se le quedó abierta.

—Nada que te importe. Son cosas del pasado y allí tienen que quedarse.

Ambas estaban sentadas y Gaya apoyó la mano en la rodilla de Almodis.

—Madre, lo sabré tarde o temprano. Si me lo dices tú, acabaré antes. Si no, tendré que buscar las respuestas en otro lugar.

Su madre le dio un sonoro bofetón cuyo eco devolvió la estancia. Almodis se puso de pie y le dio la espalda.

—Deja el pasado en paz.

Después se giró y la miró como si una inmensa hoguera se hubiera encendido en su interior.

Gaya estuvo a punto de explicarle cómo había obtenido aquella información. Y también que sabía que su tío Ramón y el caballero Gilabert tenían que ver con lo ocurrido. Pero el bofetón le había golpeado el alma y prefirió no decirle nada.

Se levantó y la dejó allí, sola.

Cuando salió no sabía muy bien qué hacer. A su derecha estaba el pasillo donde se encontraban las habitaciones principales, y vio que un grupo salía de una puerta, entre los que había sirvientes y también médicos.

El tío Ramón.

Sin saber la razón de actuar así, entró por aquella puerta.

Unas estancias muy parecidas a las de su madre la sorprendieron por la austeridad en la decoración. Allí nada estaba dispuesto para enaltecer la sensibilidad o dar placer a los sentidos. Todo era puro pragmatismo. Baúles, armario, mesa, estantes con rollos de pergaminos. La única pieza que aportaba color era un estrecho y largo estandarte de los Cervera, con el ciervo que Gaya conocía tan bien.

Y como en las estancias de su madre, también había dos zonas: la pública y la privada. Se adentró más allá.

La cama era grande y robusta, pero sin adorno alguno que le otorgara un mínimo de gracia.

Y allí, tumbado, estaba el tío Ramón.

Había envejecido mucho.

La sorpresa detuvo a Gaya. Ese anciano no parecía su tío, el bravo guerrero que había combatido a los infieles en la cruzada proclamada por el Santo Padre. Vestía con ropa de dormir de color blanco y su rostro había perdido la fuerza que tanto distinguía al pequeño de los Cervera. Su barba era blanca y poco espesa. Igual que sus cabellos: escasos y canosos. Y sus ojos eran los de un abuelo.

—Gaya...

También su voz sufría del óxido impuesto por la edad.

Gaya lo miraba con cierta lástima. Pero sentía un odio profundo hacia ese hombre. De joven ella lo admiraba, pero tras aquel desgraciado hecho del claro del álamo solo sentía odio hacia él, un odio muy profundo.

—Ya eres... toda una mujer.

La miraba con unos ojos enfermos que en nada recordaban la fortaleza de Ramón cuando era joven.

—¿Qué ocurrió entre mi madre y Guillermo de Aguiló en Tarragona? —Lo preguntó igual que antes, sin rodeos.

—Hace muchos años... ¡de eso! ¿Qué sentido tiene remover el pasado? Ya no veo tan bien como antes, pero te pareces a tu madre...

—¡Basta, tío, basta! Responde a lo que te he preguntado.

El hombre chasqueó la lengua en un gesto de disgusto.

—Sí, te pareces a... tu madre. Eres una bruja, igual que ella. Igual que... ella —repitió.

Gaya lo miró desconcertada. ¿A qué venía eso?

—Mala sangre, niña, mala sangre. Si supieras...

—¿Quieres hacer el favor de explicarte mejor? No entiendo lo que dices.

—Tu madre es muy mala, mucho. Si supieras...

Gaya se estaba poniendo nerviosa. La rabia la encendía como una antorcha.

—Fue tu madre... quien me pidió que te diera una lección. Berenguer... — dijo tosiendo y sin poder acabar la frase.

Gaya se quedó de piedra, sorprendida, boquiabierta.

Cuando terminó el ataque de tos, su tío la miró en silencio y sonreía como si estuviera satisfecho.

—Ahora, verte sufrir a ti es... ¡hacerle daño a ella! Y ella es muy mala.

—¡Lo que has dicho es mentira! —Gaya no se lo podía creer.

—No. Es verdad, es... verdad. Fue ella quien lo organizó todo.

Gaya no sabía cómo reaccionar ni qué hacer. De su interior emergía la rabia y tenía ganas de agredir a ese hombre que decía aquellas mentiras tan estremecedoras.

¿Cómo podía una madre hacerle eso a su hija? Las lágrimas comenzaron a surgir sin freno mientras su barbilla empezaba a temblar.

—¡Eso es mentira! ¡Eso es mentira!

—Fue ella. Es mala, ¡es mala!

La rabia se apoderó del ánimo de Gaya haciéndole perder el control. Se acercó hasta la cama y comenzó a abofetear a su tío.

Este se defendía como podía, pero, sin apenas fuerzas, poca cosa podía hacer aparte de taparse con las manos. Y Gaya seguía golpeándole en la cara, el pecho, el cuello.

—¡Eso es mentira! ¡Es mentira! ¡Es mentira!

Él se giró en dirección contraria a Gaya, y ella, de un tirón, cogió la almohada donde antes descansaba la cabeza de su tío.

Decidida, le cubrió el rostro con la almohada.

—¡Eso es mentira! ¡Es mentira! ¡Es mentira! —decía gritando mientras presionaba con todas sus fuerzas.

Pero era un anciano moribundo y apenas ofrecía resistencia.

Los ojos de Gaya estaban cargados de odio y parecían disfrutar del

momento.

—¡Eso es mentira! ¡Mentira! ¡Es mentira! —repetía sin parar mientras apretaba con más fuerza la almohada.

Al anciano se le acababa la vida con cada intento por escapar de aquella asfixia.

Gaya no dejó de apretar con fuerza hasta que notó que su tío se quedaba inmóvil.

Al retirar la almohada lo miró.

Ya había matado a dos personas.



Gaya no sabía cómo reaccionar. Confundida, llena de rabia, atemorizada, engañada. Los sentimientos eran tantos y tan opuestos que no sabía por cuál decantarse. Se sentía vacía por dentro. Triste por fuera. Y también satisfecha.

Era una asesina.

Había matado a su primo y ahora a su tío. En los dos casos siendo consciente de lo que hacía y habiendo sentido satisfacción en el momento de hacerlo. Si Gaya hubiera sido capaz de razonar más equilibradamente, tal vez lo habría visto diferente, pero su cabeza era un remolino de sensaciones y no se sentía culpable.

Nadie la acusó de nada. No había testigos. En los asuntos de señores solo se buscaba una explicación cuando a alguna de las partes le interesaba hacerlo. Pero nadie reclamó nada de nada. Ramón de Cervera no tenía herederos, pues su único hijo varón, Berenguer, había muerto unos años antes. La esposa de Ramón, Ponceta, también estaba muerta.

Gaya no quería encontrarse con la mirada inquisitiva de su madre. Buscó apartarse de todo y resolver primero el conflicto interno que la estaba volviendo loca.

Sin saber cómo, se encontró en medio del claro. Allí, con la visión de aquel lugar tan especial, un montón de recuerdos la hicieron retroceder unos cuantos años. Más inocente, inmadura, llena de sueños. Pero también llena de miedos e inseguridades.

El álamo estaba muy crecido. El tronco era grueso y alto. Las ramas se

alargaban, paralelas al suelo o buscando la luz del sol, llenas de hojas y otras ramitas más pequeñas. A pesar de que el calor era intenso debido a que estaban en verano, dentro del claro el frescor ganaba la batalla de manera evidente. Una brisa acariciaba las hojas y las ramas más pequeñas y por el movimiento parecía que tenían vida propia. El suelo estaba salpicado de sombras parcheadas por multitud de jirones.

La señora de Torroja se situó muy cerca del centro del claro —justo al lado de donde estaba el álamo— y miró el cielo. Azul y sin nubes, era perfecto para un lugar tan especial. Gaya abrió los brazos y cerró los ojos.

Notaba cómo todo giraba a su alrededor, o tal vez era ella quien lo hacía. El resultado era el mismo: se sentía transportada a otro lugar, y los problemas parecían haber desaparecido y haberse quedado allí donde se crearon.

Volvió a ser una niña y se sentía más ligera que el aire. Como si fuera una golondrina, o una hoja caída del álamo, se desplazaba sin tocar el suelo. Era libre más allá del aire, el agua, el fuego o la tierra.

Después abrió los ojos y recuperó el sentido.

El padre Esteban estaba delante de ella, a cuatro pasos.

—No he querido decirte nada: se te veía muy feliz, Gaya —dijo el monje mostrándole una sonrisa llena de complicidad.

Ella corrió hasta él y le abrazó con tantas ganas que casi le tira al suelo. El padre Esteban aceptó al abrazo y se apropió de una parte de su angustia, como antaño.

—¡Oh, sí! —Ella se apartó y lo miró llena de admiración mientras le agarraba por los hombros, acariciándolo con fuerza. Los ojos de Gaya brillaban y las lágrimas ya no tenían ningún motivo para resbalar por sus mejillas—. Continúas con la virtud de liberarme con tus abrazos. A pesar de que no sé cómo lo haces.

El padre Esteban había perdido la sonrisa inicial. Un dolor parecía pellizcarle el alma. Se puso frente al álamo y lo tocó.

Un montón de hojas cayeron y Gaya pudo observar que habían oscurecido de repente: como si algo putrefacto les hubiera quitado la vida.

El padre Esteban respiró aliviado y volvió a sonreír.

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha ocurrido?

Gaya no entendía nada.

—El álamo tiene la esencia de Dios Nuestro Señor y se queda con la parte maligna de las personas. Pero cada vez que purga el mal, pierde una parte de su propia vida —le explicó el padre Esteban.

—¿Y tú...?

—Yo soy como una rama del árbol. Una parte más de todo. ¿Qué haces aquí, Gaya? Ha pasado mucho tiempo.

Se miraron cargados de complicidad. El pasado los había unido y los había cambiado convirtiéndolos en mejores personas. Como si se tratara de un trasvase, cada uno cogió una parte del otro. Y eso les hizo mucho más humanos.

Entre los dos había nacido un sentimiento muy poco habitual entre un hombre y una mujer. Más allá de la pasión terrenal, sus almas se habían fusionado en una sola. No era amistad. Y tampoco era amor, era algo mucho más profundo.

El álamo era el centro de todo. La presencia de Dios los había acogido otorgándoles su gracia y buena parte de la propia esencia divina.

A pesar de no haberlo hablado nunca, los dos lo sabían. Y lo habían agradecido en silencio.

Ahora se habían reencontrado y el sentimiento era el mismo. Las circunstancias eran muy diferentes, ninguno era la misma persona que cuando se despidieron en la granja de Milmanda, unos años atrás. Pero quedaba el sentimiento, quedaba el recuerdo, y aquello les llenaba de manera placentera.

Durante un buen rato estuvieron en silencio. Disfrutando del momento, como si quisieran atesorar un poco aquel sentimiento que los envolvía. Gaya se sentó en el tronco caído que había en un lateral del claro. El padre Esteban también lo hizo, a su lado.

Ella no sabía por dónde comenzar. Se sentía mucho mejor por dentro pero estaba incómoda. Las recientes circunstancias no la llenaban precisamente de paz.

—¿Te has casado? ¿Has tenido hijos?

—Sí, sí. Me he casado y he tenido hijos —dijo, pero la conversación no podía ir por esos derroteros, por mucho que el padre Esteban intentara suavizar el arranque—. He matado a dos personas y no merezco el perdón de Dios.

Nuevamente, prefirió ser directa y no dar rodeos.

—¿Estás segura de que han muerto por tu culpa?

—Sí, totalmente. Deseaba su muerte y mis manos acabaron con sus vidas. Soy culpable de sus muertes.

—Pero tal vez haya circunstancias que te libran de la culpa.

—No. Los he matado. Además, quería hacerlo. Fueron los culpables de la agresión. Tú sabes mejor que nadie de quién estoy hablando, Esteban.

—Sí, sé bien de quién hablas; no he olvidado nada.

El monje la observaba sin perderse ni un solo movimiento de sus ojos ni de su boca. También buscaba las palabras adecuadas.

—Todos somos instrumentos de Dios, Gaya. No pienses que estamos desligados de los deseos del Altísimo. Somos sus herramientas y a veces nos cuesta saber qué quiere de nosotros.

Gaya se mantenía en silencio, pensando en las palabras del monje. Este seguía explicándole su visión de todo el asunto.

—Si eres consciente de lo que has hecho y te arrepientes de tus actos, Nuestro Señor te perdonará como lo hizo con su Hijo cuando este se sentía olvidado por el Padre mientras sufría la crucifixión. El Padre perdona cuando el hijo acepta el error y pide su clemencia pensando en no repetirlo.

—No puedo matar a nadie más: ellos fueron los culpables de la agresión. Ya no queda nadie más.

El padre Esteban la confesó y la libró de la culpa. Después Gaya se sintió un poco mejor.

—¡Mi madre no puede haberme hecho algo así! —Se refería a la cruel mentira de su tío Ramón—. Ninguna madre puede ser tan mala. ¡Ninguna! Yo he tenido hijos y nunca les desearía ningún mal, al contrario: siempre sufro por su bienestar. Mi madre me esconde alguna cosa, eso sí. Pero no creo que sea eso. Ni siquiera ella es tan cruel como para cometer un acto tan malvado.

El padre Esteban miraba a Gaya sin casi ni parpadear ni respirar.

—He descubierto una cosa de mi pasado —continuó Gaya—. Bueno, en realidad, es del pasado de mi madre. Y tengo que saber qué es.

—¿El hecho de saberlo no te hará más daño? ¿Estás dispuesta a aceptar una verdad que no te guste?

Gaya lo miró muy seria. Por un momento sus caras estaban muy cerca y

parecía vislumbrarse una atracción física. Un hombre y una mujer, eso eran en realidad.

Pero la gracia de Dios era fuerte y generosa.

—¿Cómo has cambiado, Esteban! No pareces el mismo.

—Sí, últimamente me lo dicen a menudo. También Gilabert me lo dijo.

—¿El caballero Gilabert? ¿Sabes dónde está? —preguntó intrigada.

—Ahora ya no es caballero, se ha convertido en fraile del monasterio de Santes Creus, no muy lejos de aquí.

—Él tiene la información que necesito.

—¿Gilabert? ¿Información? ¿De qué?

—De unos hechos acaecidos en Tarragona hace muchos años. Él tiene la información que necesito —repitió Gaya, buscando su propio convencimiento.

El padre Esteban afirmó en silencio mientras miraba al suelo, tal vez se estaba convenciendo de qué diría a continuación.

—Te veo muy confundida, Gaya. O, mejor dicho, la situación a tu alrededor es muy confusa y eso te confunde a ti. Veo bien que quieras conocer ese pasado que te atormenta. Pero has de vivir mirando hacia delante; el pasado no siempre responde a nuestros deseos ni es tan amable como queremos.

»También es lógico que aclares si tu madre está detrás de la agresión o no. Y, si fuera que sí, que busques los motivos que la llevaron a tomar esa decisión. Porque, como tú dices, es muy excepcional que una madre haga eso, incluso la tuya.

Gaya sonrió: el padre Esteban conocía bien a Almodis.

—Creas lo que creas, Gaya, tu madre te quiere, y mucho. Aunque no siempre te lo haya demostrado de manera clara.

Ella lo miró incrédula. No tanto por la cuestión de que su madre la quisiera o no, sino porque el padre Esteban afirmara aquello con tanta contundencia.

—No fue bajo secreto de confesión, pero di mi palabra de que no te diría nada. —Ahora el que parecía estar confesándose era el monje de Poblet—. Creo que ya ha pasado tiempo suficiente y tu hijo Bernardo está al lado del Padre. Almodis estaba en la habitación de al lado el día del nacimiento de Bernardo. Se interesó por ti y por el niño. Pero no quería que supieras nada.

Gaya miró al padre Esteban y dejó a un lado el hecho de que su amigo le hubiera escondido aquello: él era demasiado noble y honesto como para romper una promesa. Y Almodis podía ser muy convincente.

—¿Y por qué no quería que yo supiera que se interesaba por mí y por su nieto?

El padre Esteban negó con la cabeza. No lo sabía.

—Tengo una madre muy rara.

—Debería acompañarte a Santes Creus, Gaya. No creo que me necesites, pero...

—No tienes que justificarte como haces siempre. A mí también me gustaría que vinieras. Necesitaré toda la clarividencia posible y tu punto de vista es único.

No hicieron falta más palabras.

A la mañana siguiente, acompañados por tres hombres de armas de la casa Torroja, los dos fueron hasta el monasterio cisterciense de Santes Creus.

—De hecho —le explicó el padre Esteban—, el monasterio aún no existe.

La carta fundacional del monasterio de Santes Creus era anterior a la de Poblet, pero por diversas circunstancias su construcción aún no se había iniciado. En 1150 los Montcada habían dado al Císter un alodio de su propiedad conocida como Valldaura, muy cerca de Barcelona. Tendrían permiso para utilizar los molinos de Rocabruna, además de una ayuda de cien morabetines de oro al año y grano suficiente, mientras se levantasen las diversas edificaciones que habían de convertirse en el primer monasterio cisterciense al sur de los Pirineos. El monasterio de la Gran Selva (Lenguadoc) envió doce monjes y tres conversos con el abad Guillermo a la cabeza.

Pero el lugar no era bueno. Pobre en recursos de toda clase, tampoco sobraba el agua. La proximidad de la capital del Principado y la de otro monasterio tan grande como el de San Cugat del Vallés acabaron por hacer desistir a los monjes. Estos, viendo el éxito inicial de Poblet, solicitaron al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, un nuevo emplazamiento en la llamada Cataluña Nueva. Un lugar poco poblado y con agua abundante. El conde les dio la Espluga de Ancosa, pero tampoco prosperó porque, en opinión de los monjes, no era adecuado para levantar un monasterio

cisterciense.

Hasta que en 1160 un grupo de nobles —entre ellos Guillermo de Montagut, Guerau Alemany de Cervelló y Guerau Jorba— les hicieron donación del paraje de Sanies Creus, al lado del río Gayá. Un lugar excepcionalmente bueno: rico en bosques y agua, en una zona poco habitada y con un clima templado por un mar que, a pesar de no estar muy cerca, dejaba notar su presencia.

Pero nuevamente surgió un problema. El enclave podía estar situado entre dos jurisdicciones: la diócesis de Tarragona y la de Lleida. No quedaba claro a cuál pertenecía. Y la solución, siempre compleja, pasaba por pedir a la Santa Sede la independencia del nuevo monasterio.

—Ahora estamos en 1164 y aún no hay una salida definitiva. Desde la Santa Sede se dice que sí, pero todo el mundo sabe que la solución final tardará en llegar.

—¿Y el trabajo del caballero Gilabert...? —preguntó Gaya.

—Y él es la clave de todo. Tiene muchos contactos por todas partes para acelerar el proceso y sé que ha hecho un trabajo excepcional. Mientras, a pesar de no poder construir nada, los monjes trabajan para que todo esté preparado y a punto para cuando llegue la orden desde Roma.

Efectivamente, el lugar era muy solitario: solo una pequeña aldea llamada Aiguamúrcia impedía que estuviese deshabitado. Pero la zona era rica en vegetación, bosques y agua; desde lejos, los tonos verdes se veían por doquier. Los monjes del futuro monasterio vivían muy cerca de la iglesia San Pedro de Gayá, llena de ermitaños que querían vivir alejados de centros populosos.

Allí hallaron a fray Gilabert.

Gaya lo encontró muy cambiado. Había envejecido bastante y le faltaba la preeminencia que siempre otorga la vestimenta de caballero. Barbudo y con el hábito de fraile, había perdido la aureola que siempre envuelve a los aventureros. Además, caminaba despacio y con la espalda algo encorvada.

Fray Gilabert y el padre Esteban se abrazaron. El fraile saludó a Gaya de manera breve, recordando, tal vez, el combate que mantuvo contra su tío para defender su inocencia.

Después el padre Esteban le pidió ayuda para aclarar el pasado de

Almodis en Tarragona.

Eso alteró el rostro del fraile. Pasó de la extrañeza inicial a un momento de reflexión y, finalmente, acabó con una especie de chispa que mostraba su estupefacción. Como si hubiera llegado a una conclusión que hasta ahora le había pasado desapercibida.

—¿Y bien? —preguntó Gaya, llena de impaciencia viendo que no decía nada.

—Perdonadme. Pero todo este asunto es muy complicado. Vamos junto al río; allí hay una alameda donde estaremos más frescos.

El ruido del agua les acompañaba pero sin ser una molestia. Al contrario, junto a las sombras de los álamos, aumentaba la sensación de frescor. Allí no parecía existir el verano. Y los árboles estaban lo bastante separados para pasear cómodamente.

Fray Gilabert les explicó lo que sabía. Almodis, prometida a Guillermo de Aguiló, y Ramón de Cervera lo engañaron para deshacer aquel compromiso con una afirmación imposible de demostrar: el hijo del príncipe de Tarragona maltrataba a la hermana del conde de Barcelona.

—¿Y por qué decís que os engañaron? —preguntó Gaya—. ¿Qué os hace pensar que no era cierto?

—Al marcharme de Tarragona, vuestro tío fue muy desagradable y, por cómo habló, me dio la impresión de que todo había sido un plan muy bien organizado.

—¿Un plan? ¿Qué clase de plan?

Gaya miraba alternativamente al fraile y al monje, ambos pendientes de su reacción.

Fray Gilabert se quedó en silencio mirando al padre Esteban, como si estuviera valorando comentar sus pensamientos en voz alta.

—¿Tal vez piensas —ayudó el subprior de Poblet— que entre Almodis y Ramón de Cervera había algo más que una simple amistad?

—Es obvio pensar así —afirmó de manera contundente fray Gilabert.

Entonces fue cuando Gaya lo entendió. Y puso la misma cara de estupefacción que Gilabert unos momentos antes.

—¿Mi madre y el tío? ¿Juntos? ¿Y mi padre...? Entonces...

Se puso muy nerviosa y comenzó a dar vueltas sobre sí misma, cogiéndose

la cabeza y negando con movimientos secos.

Una mano la agarró del brazo: era el padre Esteban.

—No saques conclusiones precipitadas ni juzgues sin saberlo todo. Los hechos, según se miren, pueden ser o divinos o diabólicos. El punto de vista es muy importante, Gaya.

El contacto de la mano del padre Esteban la calmó. Tanto como sus buenas palabras.

—Ahora... —comenzó diciendo el monje.

—... tendré que hablar con mi madre. Una conversación profunda —acabó Gaya, muy seria.

—Y que Almodis sea sincera por una vez —concluyó fray Gilabert.

Tanto Gaya como el padre Esteban lo miraron sin decir nada, confirmando esta última necesidad.

—Ramón de Cervera podía ser un prepotente, pero era un hombre... —comenzó Gilabert.

El padre Esteban negaba con la cabeza.

—Sin conclusiones precipitadas, Gaya.

Y ella dijo:

—No querría ser la asesina de mi propio padre.



El viaje de regreso hasta la Espluga no fue nada agradable. Gaya parecía acarrear un saco de dos toneladas colgado a la espalda. Aquel peso también tiraba desde el interior: la tristeza de su rostro era un reflejo de su sufrimiento.

—No quiero que me abracés, Esteban. —El monje se había ofrecido a mitigarle el dolor—. Tengo que sufrirlo. Después, cuando tú no estás y sale, el dolor es mucho peor.

Se habían despedido de Gilabert de manera desigual. El padre Esteban con un abrazo sincero y buscando un próximo encuentro. Gaya, articulando una sencilla gratitud y una despedida aún más simple.



Al entrar en las estancias de su madre, Gaya la miró de manera distinta.

De niña, Gaya quería ser como ella y se convirtió en su particular heroína. Imitaba sus andares, sus gestos y su forma de hablar. Una vez incluso consiguió ponerse uno de sus vestidos, y en aquel momento se sintió a la altura de Almodis, la hermana del que había sido conde de Barcelona.

Después, ya siendo adolescente, descubrió que su madre tenía un carácter y una forma de ser y de hacer que primero la sorprendió, pero después la decepcionó.

Una mujer demasiado encerrada en sí misma. Sin dejar aflorar sus emociones, parecía que solo respondía a los objetivos que se marcaba en cada momento. Y los objetivos eran toda una incógnita. Poder, imposición, dominio. El factor económico no; gozaba de una posición lo suficientemente buena como para pretender aumentar su patrimonio. Tampoco buscaba acercarse a la corte barcelonesa; ella ya conocía al máximo nivel estas dos realidades.

A pesar de los consejos del padre Esteban, Gaya ya había juzgado y sentenciado a su madre. Una mujer egoísta que solo buscaba complacer sus intereses merecía su desprecio y toda la posible distancia entre ambas.

Pero antes tenía que cerrar aquella puerta para siempre, Gaya tenía que escuchar de sus propios labios aquellas dos verdades que cubrían de niebla la vida tranquila que merecía tener la señora de Torroja.

El día anterior habían enterrado el cuerpo de su tío Ramón mientras ella estaba en Santes Creus hablando con Gilabert, y, naturalmente, esa fue la primera flecha que le lanzó su madre.

Almodis parecía haber envejecido diez años en los últimos días. Bajo sus ojos, las arrugas y las sombras habían disipado la poca juventud que aún se vislumbraba. También tenía los cabellos más blancos que antes. Incluso se la veía más encorvada, como si aquella pose recta y señorial, poco a poco, la fuera abandonando.

Su mirada reflejaba su debilitamiento. Unos ojos llorosos, enrojecidos y con los párpados medio cerrados mostraban el declive de Almodis de Cervera, antes de Barcelona. Pero su carácter aún estaba vivo y lleno de fuerza; al menos en apariencia.

—¿Qué clase de monstruo he criado? ¿Acaso te has quedado sin sentimientos? —Hacía unos instantes que Gaya había aparecido por la puerta y

no había tenido tiempo de decir nada—. Si tu padre estuviera vivo...

Era la primera vez que Almodis usaba la memoria de Ponce para recriminarle una mala acción. Hasta ahora, el fuerte carácter de su madre había sido suficiente para imponerle el criterio más sensato —sensato, según Almodis—. Ponce pocas veces le dijo algo, ni siquiera de pequeña.

—¡Esas son las respuestas que busco, madre! —Cortó su sermón sin ningún tipo de respeto—. Y no me iré de aquí sin saber la verdad de todo.

—¿Desde cuándo te crees que puedes darme órdenes?

—Desde que soy la señora de Torroja y me he dado cuenta de la gran cantidad de mentiras con las que me has criado.

Su madre la miró sin apenas hacerle caso. Pero no le sostuvo la mirada mucho rato. Gaya la vio, aparte de envejecida, muy cansada. Como si ya no pudiera aguantar su imagen marmórea tan habitual. Como si el mundo de Almodis se fuera derrumbando día a día.

—Yo ahogué al tío con la almohada en la que dormía —confesó.

Como sabía de la gran dificultad de sacar nada de su madre de buenas maneras, decidió hurgar en su interior. Si ella y el tío Ramón habían sido algo más que simples cuñados, aquello le haría mucho daño.

Y lo vio más claro que nunca.

La dureza en la mirada de su madre se hundió como una torre atacada por un millar de catapultas. Su imagen de fortaleza y serenidad desapareció para mostrar a una mujer vulnerable, sensible y herida de gravedad. Se puso a llorar allí mismo mientras se tapaba los ojos con las manos y le daba la espalda.

—Tuve que hacerlo, me dijo un montón de mentiras sobre ti para justificar su maldad.

Almodis retiró las manos de su rostro y se giró, mirando a su hija. Gaya tembló al verla tan vulnerable y destrozada. Por un momento, sintió lástima y se arrepintió de hacerla sufrir de aquella manera.

Pero ahora no podía aflojar. Ahora no.

—Sabes que el primo Berenguer me violó y que Bernardo fue el fruto de aquella agresión tan salvaje.

Su madre no mostró sorpresa. Sabía la verdad desde el principio. Y eso volvió a golpear el corazón de Gaya. ¿Tan difícil habría sido ayudar a su hija

después de aquel terrible suceso? ¿Qué pasaba por la cabeza de su madre para que en aquel momento se mostrase tan fría y distante?

Gaya no se detuvo:

—Y el tío Ramón me dijo que fuiste tú quien lo organizó todo. ¡Es de locos pensar así!

Y de repente lo vio todo muy claro en la mirada de su madre: ¡Almodis de Barcelona planificó la violación de su hija!

Sin querer, por puro instinto, Gaya retrocedió un par de pasos, como si alguien tirara de ella con una fuerza invisible para alejarla de la mujer que le había dado la vida.

Mientras Gaya intentaba sacar fuerzas de donde podía, Almodis buscó una silla y se dejó caer en ella, haciendo un gran esfuerzo para sujetarse a los brazos del asiento.

Gaya se acercó y se situó delante de ella en cuclillas, mirándola a la cara. La cogió por los hombros y la agitó repetidamente con firmeza.

—¡Por el amor de Dios, madre! ¿Quieres decirme de una vez por qué actuaste así? ¡Por el amor de Dios!

Almodis no podía aguantar el llanto y le costaba hablar.

—Les dije que no te tocaran. —Las lágrimas caían sin freno alguno, empapando sus mejillas y dejando un rastro brillante pero lleno de tristeza y pena—. ¡Una... lección! ¡Tenía que ser... solo una lección! Asustarte y nada más. ¡Les dije que... no te tocaran! Tenías que llegar entera al matrimonio con Torroja. Tenía que ser un susto para que no volvieras a salir sola. Pero... Berenguer... se...

—Sí, lo sé. Yo estaba allí, ¿recuerdas? —No había un solo gesto de lástima o comprensión hacia su madre. Nada podía justificar una acción como esa. ¡Nada!

Almodis afirmó con la cabeza mientras los sollozos parecían remitir y su respiración recuperaba la normalidad.

Gaya seguía agarrándola por los hombros y se los apretó con fuerza.

—Madre, ¿el tío Ramón era mi padre?

No fueron necesarias las palabras. Las lágrimas y los sollozos aumentaron de intensidad y Almodis no fue capaz de aguantarle la mirada.

Gaya se puso de pie mientras retrocedía unos pasos y cortaba el contacto

físico con su madre.

¡Había matado a su padre!

Se situó delante de una ventana para perder la vista en una lejanía donde tal vez pudiera encontrar consuelo o más bien expandir su culpa, más allá de las paredes que la enjaulaban.

Abrió los batientes.

Las estancias de Almodis estaban en el segundo piso del palacio señorial. No había tanta altura como en el palacio de Barcelona, pero una caída desde allí también podría ser mortal. Ese pensamiento pesó en el corazón de Gaya. Se acercó a la ventana y rozó la piedra del alféizar con la barriga.

Sin tiempo de valorar nada, sintió el contacto de su madre: la abrazaba por la espalda mientras le pasaba las manos por la cintura. Era la primera vez que Gaya sentía el calor de su madre.

La hija cogió las manos de Almodis, aceptando el amor maternal que tanto necesitaba. Y un beso en el cuello la hizo temblar como si fuera una hoja del álamo del claro cuando era columpiada por una amable brisa. No pudo contener las lágrimas y los sollozos hacían que su pecho rebotara de manera súbita.

Se giró y madre e hija se abrazaron.



—Tu padre, Ramón, ha sido el único hombre al que he querido. Desde siempre, desde que tengo memoria —explicaba Almodis con voz apagada—, ha estado en mi cabeza.

—¿Enamorada? ¿Tú?

Almodis miró a su hija. Más calmada, aún mostraba su templanza habitual, pero algo había cambiado en su mirada. Ahora parecía tener algo más de humanidad.

—Alguna vez ocurre, hija. Pero sentir esto en nuestro tiempo es difícil de sostener y se acaba convirtiendo en un sufrimiento. Hubiera sido mejor aceptar las promesas iniciales de nuestros padres.

»Ramón estaba prometido a Ponceta. Y yo, a Guillermo de Aguiló. —La voz de Almodis se rompió al hacer esa afirmación—. Pero Guillermo era una

mala persona. Una mala... persona.

Las lágrimas volvieron a aflorar en los ojos de aquella mujer que durante años parecía incapaz de mostrar sus sentimientos.

—¿Abusó de ti, tal vez? —preguntó Gaya con un hilo de voz.

—No, él no. No le gustaban las mujeres, o eso me dijo. Pero su sadismo provocó que tres de sus hombres... hicieran lo que él no podía mientras Guillermo... miraba.

Gaya, sorprendida, abrió los ojos y también se le llenaron de lágrimas.

—Pero eso me hizo más fuerte —continuó Almodis, sobrepuesta una vez más—. Ramón nunca supo toda la verdad. Él sabía que lo que le había dicho de Guillermo, que había abusado de mí, era mentira. Pero nunca supo la verdad.

—¿Y el casamiento con padre?

—Era la forma de poder estar con Ramón el resto de mi vida.

—Entonces, ¿padre no te raptó?

—Sí, claro que sí. Le dije que era la única manera de tenerme. Y que, llegado el momento, conseguiría que mi hermano, el conde, lo perdonara y aceptara aquel hecho consumado.

—¿Engañaste a padre, pues?

Almodis se dio cuenta de que Gaya siempre consideraría a Ponce como su padre.

—Sí, pero él salía ganando. Se casaría con la hermana del conde, y yo de joven era una mujer atractiva, muy atractiva.

Aquello no convenció a Gaya, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Todo ese embrollo formaba parte de su pasado y ella era el fruto de aquellos hechos.

—¿Y padre nunca supo que yo no era hija suya?

—Nunca.

—Y... ¿el tío Ramón sabía que yo era hija suya?

—Sí.

—¿Y cómo pudiste querer a un hombre así?

—Con el paso de los años, el carácter de Ramón se volvió más agrio. Siempre fue duro de llevar. De hecho, tal vez por eso me gustaba tanto: era un hombre que suponía todo un desafío.

—No como padre: demasiado buena persona.

Almodis la miró con recelo.

—¡No te atrevas a juzgarme! He sobrevivido como he podido. La vida de una mujer no es fácil de sobrellevar cuando es inteligente y no acepta que su único cometido sea engendrar hijos. Esto tú ya sabes lo que es.

Gaya la miró, sin saber exactamente hasta dónde quería llegar su madre.

—Tú y yo somos iguales en muchos aspectos...

—¡No! Yo no me parezco en nada a ti. ¡En nada! Nunca haría daño a mis hijos.

Almodis la miró con suficiencia.

—Olvidaste muy pronto la muerte de Bernardo. La muerte de tu querido hijo te supuso una liberación. ¡Y no te atrevas a negarlo!

No replicó a Almodis. Se sentía culpable de tantas fatalidades que una más ya no importaba.

Aquella conversación con su madre liberó a Gaya. Ahora ya conocía los detalles más oscuros de su pasado y podía continuar con su vida.

El panteón de los reyes

Monasterio de Poblet, enero de 1175-junio de 1176

El crecimiento del monasterio había alcanzado cotas que igualaban a los mejores señoríos del Principado. Donaciones, rendimientos, inversiones, todo ayudaba a que la modesta comunidad que llegó de Fontfroide superara ya a la casa fundadora.

Además del entorno más inmediato del monasterio, Poblet contaba con más de treinta lugares propios. Entre granjas, molinos, casas y demás patrimonio con rentabilidad económica. Todo convergía en el monasterio y allí se establecía la estrategia para invertir los beneficios de la mejor manera posible.

A diferencia de los señoríos convencionales, los monjes del Císter no buscaban el aumento patrimonial para alcanzar un mejor estatus social, o para organizar un ejército que ayudara a un señor superior. Su objetivo era hacer crecer el monasterio para que fuera más rentable y permitiera a los monjes desarrollar sus tareas: rezar, trabajar y dar limosna al necesitado. Estas ocupaciones no suponían un gran dispendio. Rezar solo pedía un espíritu cargado de fe. El trabajo siempre otorgaba un beneficio, ya fuera a corto, medio o largo plazo. Mientras que la limosna, a pesar de parecer un gasto continuo, suponía un enorme ingreso: muchos de aquellos a los que ayudaban,

después se ofrecían al monasterio para contribuir a su crecimiento con su trabajo o lo que hiciera falta.

Esa estrategia suponía una novedad en la sociedad que le tocó vivir. Los nobles, desde hacía siglos, esperaban alcanzar un poder superior por la propia inercia de la promoción social, no buscando incrementar las rentas o incorporar más patrimonio para aumentar los beneficios económicos.

Esa nueva manera de entender la economía dio una gran ventaja a las órdenes religiosas. Y también, claro, al Císter.

Pero en el caso cisterciense existía un problema de fondo, incluso espiritual.

—El espíritu del Císter nace de la clara voluntad de alejarse de los lujos y la riqueza terrenal —le dijo el prior Esteban al abad de Poblet, el padre Hugo, con quien compartía una sólida y sincera amistad. Esas palabras eran bien sabidas por todos y cada uno de los componentes de cualquier monasterio del Císter, pero el prior Esteban se las recordaba al abad con la idea de reforzar su argumento—. No podemos acumular tanta riqueza. Hay que darle salida: los monjes necesitamos muy poca cosa para vivir, Hugo.

El tratamiento entre los dos era familiar, pues estaban solos. De encontrarse acompañados, habrían de conservar las distinciones que otorgaban sus cargos.

El abad Hugo había alcanzado el estatus máximo de un monje nueve años atrás, en 1166, y su primera tarea fue nombrar al padre Esteban prior y convertirlo en su mano derecha. A pesar del respeto que el prior sentía por su superior en el cargo, las discusiones estaban a la orden del día.

—Esteban, aunque compartimos muchas ideas y maneras de trabajar, en otras cuestiones somos totalmente diferentes.

Aquellas palabras calmaron un poco al prior, que escuchaba en silencio los argumentos del abad.

—Existe una fórmula para dar salida al exceso de beneficio: nuevas fundaciones más allá de la propia Cataluña Nueva, si es necesario. Como hizo Fontfroide con nosotros, expandir la orden tendría que ser una constante durante los próximos decenios.

Y antes de que el prior Esteban replicara, el abad acabó su exposición con una conclusión bastante definitiva.

—Pero es imprescindible contar con la colaboración del rey en todo esto. Ya sabes cómo funciona el mundo: una fundación en nombre de Dios y del rey tiene más éxito que si solo se hace en nombre del Señor.

Era un argumento con suficiente solidez y el prior no alargó más la discusión.

La santidad de la Purificación de Nuestra Señora de la Candelaria, el segundo día de febrero de 1175, coincidió con un día limpio y sereno que acentuaba el frío. Había nevado con intensidad los días anteriores y un manto blanco de casi siete palmos cubría toda la comarca.

Ese día todos los esfuerzos se centraban en abrir caminos en la nieve y asegurar la vida tanto de personas como de animales que se habían quedado aislados. Naturalmente, los trabajos estaban parados. Y las obras de la nueva iglesia se habían detenido unas cuantas semanas atrás, cuando comenzó el frío y trajo un temporal.

Los últimos años el monasterio se había convertido en un conglomerado de edificios de piedra. El tapial y la madera, como materiales de obra, habían pasado a mejor vida y solo se utilizaban en edificios provisionales y en algunos corrales.

El claustro, majestuoso, se había convertido en el centro regulador del monasterio y la vida de los monjes. El resto de los edificios también lucían la solidez de la piedra.

Casi todas las canteras de los alrededores habían sido dadas al monasterio y la extracción de piedra se había convertido en una constante durante todo el año, exceptuando los fríos meses de invierno. Ahora, naturalmente, todo estaba detenido.

El prior Esteban y el abad Hugo paseaban por los caminos abiertos fuera del monasterio. Desde allí, la visión de las obras de la iglesia era mucho mejor que desde la zona del claustro, por ejemplo.

—¡Parece que no hayamos avanzado ni un palmo! —dijo el abad Hugo sonriendo.

La nevada casi cubría los muros de la iglesia, y la hilera de piedra más alta apenas emergía un mísero palmo de la nieve; de ahí el comentario del abad. No se veía ni la abertura de la puerta, ni ninguna de las ventanas laterales. Todo había quedado sepultado por la nieve.

—Gracias a Dios —dijo el prior Esteban—, todo está bajo la nieve. Cuando se haya fundido, podremos continuar las obras en el mismo punto donde las dejamos.

—Parece que la iglesia no se acabará nunca, ¿verdad?

El abad conocía bien lo que esa iglesia significaba para el prior Esteban. Había puesto tanta dedicación que, a pesar de la rapidez en su construcción, para él todo iba demasiado lento.

Ambos ya no eran los jóvenes de la comunidad monástica de Poblet. Al contrario, ahora eran de los más veteranos y los únicos que seguían con vida de los que llegaron desde Fontfroide para fundar el monasterio.

El prior Esteban tenía cuarenta y cinco años y el abad Hugo sumaba tres más. La edad era bien visible en sus rostros. Cabellos blancos, piel más reseca y arrugada, cuerpos algo encorvados y movimientos más lentos. También la madurez les había otorgado una visión más amplia de las cosas. Y el prior Esteban no sufría tanto de impaciencia, o al menos no lo manifestaba.

Por todas partes se podía ver gente sacando nieve. Se tenía que abrir un camino lo bastante grande para que pudiera circular un carro que llegara a donde era necesario actuar de manera inmediata. Corrales y almacenes de víveres tenían preferencia, igual que las cuadras.

Primero se actuaría dentro del ámbito más próximo al monasterio. Después ya se abriría el paso hasta las granjas más cercanas. También esperaban que subieran las temperaturas y la nieve se fundiera poco a poco. Aunque los más pesimistas afirmaban que la llegada de nuevos temporales podría enterrarlos a todos vivos.

El abad y el prior llegaron hasta una zona muy cercana a las obras donde sobresalía una estructura piramidal que no era otra cosa que sillares de piedra bien cortados, apilados con buena maña, esperando el momento de formar parte de la iglesia.

La nieve se veía pisada. Aunque aún no se había abierto un camino, alguien había rebajado aquel blanco colchón y lo había convertido en una rampa.

—¿Acaso venís a ayudarme? —Desde la cima de la pirámide de piedras escucharon la voz de Bernardo de Portaregia, el *operarius* que se encargaba de dirigir la construcción de la iglesia.

El abad y el prior miraron en aquella dirección. Al *operarius* le acompañaban tres jóvenes que miraron a los recién llegados.

—¿Es necesario entretenerse con estas piedras? —gritó el abad.

—¿Y eso me lo pregunta quien camina al lado del prior? —le contestó Bernardo, sabiendo de la impaciencia del padre Esteban por ver acabada la nueva iglesia. El *operarius* había resultado ser un tipo bastante peculiar. Muy bueno en su trabajo, pero bastante irreverente: trataba igual al rey o al abad que a cualquier mozo de cuadra.

—¿Qué hacéis ahí arriba, Bernardo? —preguntó el abad poniéndose serio.

En un momento, fray De Portaregia estaba a su lado.

—Quiero asegurarme de que la nieve no desestabilice el montón de piedras. Nos ha llevado mucho trabajo escuadrarlas bien, y si se caen y se rompen los ángulos, la mayoría no servirán y tendremos que volver a empezar.

—¿Y necesitas tres operarios para comprobarlo?

—Si os quedáis vosotros y me ayudáis, los operarios podrán irse.

—Pues nos quedamos: hacen falta al lado del claustro, en la zona norte. Allí la nieve se ha acumulado de manera exagerada.

A pesar de su edad, el prior y el abad sacaban la nieve como si les fuera la vida. Las palas no se detenían, y la nieve, poco a poco, dejó paso a las piedras.

Hacia el mediodía, Bernardo parecía satisfecho. Habían tenido que desplazar un par de bloques que amenazaban —según el criterio del *operarius* — todo el montón.

—Ahora ya estoy más tranquilo. Por mucho que nieve, aquí ya no existe ningún peligro. —Miró a los monjes y sonrió—. ¡Ya no quedan monjes como vosotros! —dijo en un tono medio burlón.

—Y si pasamos más tiempo a tus órdenes, aún quedarán menos —dijo el padre Esteban.

Aquella nevada quedó atrás, llegó el verano y pasó todo un año.

El mes de junio de 1176 recibieron el aviso de que el rey Alfonso visitaría el monasterio de Poblet. Con diecinueve años, casado y considerado mayor de

edad, el rey de Aragón y conde de Barcelona ya gobernaba sin la ayuda de aquellos tutores que tanto le habían marcado desde niño.

Y naturalmente la visita del monarca trastocó a la comunidad monástica. A pesar de la apariencia de normalidad y de continuar con la rutina habitual, el abad no podía evitar que todo el mundo pensara en la visita del rey.

De hecho, era la primera ocasión que Alfonso visitaba el monasterio. Igual que su padre, Ramón Berenguer, le había favorecido con donaciones y sobre todo otorgando a la comunidad monástica la tranquilidad de saberse protegida por el monarca.

Y la puntualidad fue extrema.

El día señalado, a la hora prevista, el cortejo real apareció por el camino de Milmanda. El abad, el prior y el subprior le esperaban delante de la puerta del claustro, muy cerca de la futura puerta de la nueva iglesia. Todo el mundo estaba presente: aquel día todos habían quedado liberados de sus tareas —se había alimentado a los animales a primera hora— y, en perfecta formación, esperaban al rey y a su cortejo.

Un centenar de personas con una treintena de carros y medio centenar de caballos entraron en los terrenos del monasterio. Luego la gente que formaba la escolta del rey acampó. Solo un pequeño grupo de la guardia real le acompañaba a todas partes.

Desde lejos, el padre Esteban vio que los guardias del rey comandaban el cortejo. Pero una vez llegaron a las puertas del monasterio, se apartaron para dejar que el rey encabezase la marcha y entrara el primero en Poblet.

El monasterio, básicamente, era un grupo de edificios alrededor del claustro. Desde el exterior, ofrecía una visión más bien austera y poco suntuosa. Dejando a un lado las obras de la nueva iglesia, viniendo desde el norte se accedía por el oeste y lo primero que se veía eran las cuadras, los corrales y los almacenes. Buscando la máxima funcionalidad, habían dejado una amplia explanada en el centro que se utilizaba como entrada al recinto, que no estaba cerrado.

Después se llegaba al bloque de construcciones monacales propiamente dicho. La primera imagen que destacaba eran las obras de la iglesia. El portal de entrada lucía una enorme cimbra que arrancaba desde el suelo y terminaba en un arco de medio punto donde se apoyaban las dovelas más alejadas de la

piedra clave. Las paredes eran ya lo bastante altas para poder imaginar cómo sería el templo, pero a la iglesia aún le faltaba mucho para considerarse terminada.

A la izquierda de la iglesia estaba el claustro, pero desde fuera su existencia era casi inapreciable. Compartiendo el muro recién levantado para el futuro templo, un gran almacén, con tres pequeñas ventanas, daba la bienvenida al recién llegado. De cerca era difícil ver la entrada al claustro: una puerta reducida a la mínima expresión situada a la izquierda de ese almacén.

A la izquierda de la puerta, el claustro giraba noventa grados y se alejaba de la vista. Allí, al norte del claustro, había un par de edificios. El refectorio era el más visible, pues era tan largo y estrecho que ocultaba parcialmente a los otros. Aún estaba en obras, pero su conclusión se vislumbraba próxima pues ya cerraban las bóvedas del techo, ahora llenas de inmensas cimbras de madera. A su lado, el calefactor no se veía, pero los monjes daban fe de su existencia, pues durante el invierno el minúsculo edificio los reconfortaba un poco los días de mucho frío.

En la zona este del claustro se abría el corazón del monasterio: la sala capitular. Acabada en piedra recientemente —se había demolido la anterior—, quedaban por terminar algunos detalles, como los cristales de las ventanas y los bancos donde se sentarían los monjes para decidir el camino a seguir por el monasterio. Pero la sala ya cumplía la función para la que estaba destinada.

Detrás de la sala capitular, alejándose del claustro —y separados del conjunto que este aglutinaba— se veían dos edificios más acabados en piedra. El más vistoso era el almacén que de inicio se usó como dormitorio para los conversos. Ahora era utilizado como enfermería, y se atendía tanto a los de dentro del monasterio como a foráneos. Detrás de la enfermería, y alejándose aún más del claustro, se había construido una minúscula capilla llamada «de la enfermería». En medio de estas dos construcciones se había planificado un claustro de pequeñas dimensiones, pero solo estaban las marcas que delimitaban su emplazamiento.

Ese fue el recorrido que enseñaron al rey Alfonso. Acompañado por su esposa, Sancha de Castilla —tres años mayor que él—, atendieron con paciencia las explicaciones del abad Hugo sobre todas y cada una de las

dependencias del monasterio. La pareja se había casado en enero de ese mismo año y caminaban cogidos del brazo.

Sancha no dejaba de hacer preguntas sobre la construcción del monasterio, sobre todo relacionadas con temas organizativos y de administración.

—La reina tiene un gran interés en el monasterio de Poblet, padre abad —dijo el rey Alfonso mientras paseaban por los pasillos del claustro.

Ella sonrió. Era una mujer muy alta y delgada. Tenía un rostro también alargado y algo hundido, pero con unos ojos redondos, oscuros y grandes que no parecían perderse detalle alguno.

—Querría fundar un monasterio de clausura para religiosas hospitalarias. Por todas partes se ven monasterios masculinos, y también hay muchas mujeres que tienen tanta o más fe que los hombres —dijo la reina.

—¿Habéis pensado en algún lugar para levantar ese monacato femenino? —le preguntó el prior Esteban, que era quien estaba más cerca de la reina consorte.

Sancha se giró hacia él.

—Sí, pero quiero planificarlo bien. Existe un lugar llamado Sigena, en Aragón, donde encajaría muy bien. Las tierras son buenas y el agua es abundante.

—Eso es básico —dijo el prior—, el agua tiene que ser generosa.

—Quisiera ser enterrada allí cuando haga el traspaso. —Lo dijo de prisa, como si ese fuera un tema que ya había hablado con su marido y hubiera creado cierta incomodidad entre los dos, pues Sancha miró a Alfonso muy seria—. Un monasterio femenino es el mejor lugar donde una reina pueda descansar con la tranquilidad de la paz del Señor.

La visita se detuvo cuando el rey dejó de caminar. Estaban junto a la fuente del patio interior del claustro.

—¿Falta mucho para acabar la iglesia, padre abad? —preguntó el rey Alfonso.

—Sí, bastante —respondió el abad Hugo, que miró de reojo al padre Esteban—. Tal vez diez o doce años.

El rey se acarició una barba aún demasiado joven para ser considerada como tal. El vello apenas le cubría la zona de alrededor de los labios. Era evidente que quería aparentar más edad de la que tenía. De hecho, accedió a la

mayoría de edad al casarse, pues la costumbre dictaba ser declarado adulto al llegar a los veinte años. Y tenía diecinueve.

—Bien, será cuestión de sobrevivir hasta entonces. —Mostró una sonrisa al abad que este no entendió—. Querría ser enterrado aquí en Poblet —añadió—. En la nueva iglesia. Por eso he venido.

El abad y el prior se miraron sorprendidos.

—Se tendrá que acondicionar un espacio dentro de la iglesia para mi cuerpo difunto. Un espacio grande pero que al mismo tiempo sea reservado. Que esté a la vista de todos, pero al que muy pocos puedan acceder. Naturalmente, habrá nuevas donaciones para acelerar la construcción de la iglesia.

—Nada nos complacerá más, majestad, que poder velar por vuestro reposo eterno —dijo el abad—. Pero el director de las obras de la iglesia es muy riguroso en su trabajo. Y tiene una gran privacidad. No admitirá ninguna injerencia.

—A pesar de que soy rey de Aragón y conde de Barcelona y que mi autoridad va más allá de los límites que imponen mis títulos, respeto vuestra independencia, padre abad. Pero mi ayuda y mi favor llevan asociados una gracia que no está libre de garantía.

El padre Esteban se quedó sorprendido por la madurez del rey. Pese a ser muy joven —tal vez demasiado para soportar el peso de la corona—, hablaba como una persona instruida y llena de experiencia.

Durante los últimos doce años, Alfonso —llamado al nacer Ramón, como su padre— había recibido la ayuda del Consejo de Regencia. Una ayuda difícil en un momento muy complicado debido a la extensión del territorio a gobernar y a que la nobleza aragonesa y la catalana deseaban imponer sus propias razones a un monarca debilitado a causa de su minoría de edad. El Consejo de Regencia había marcado el carácter del joven rey, cosa que ahora quedaba patente.

El rey continuó hablando.

—¿Habéis pensado en dotar de una muralla al monasterio, padre abad?

—Sí, lo hemos pensado. Pero es un proyecto a largo término. Tendrán que ser las siguientes generaciones las que se encarguen de fortificar el monasterio. Nosotros lo hemos fundado y lo hemos hecho crecer desde la

nada. Hemos sufrido fuertes sacudidas y las hemos afrontado como hemos podido.

—Y ahora terminar la iglesia es nuestra principal prioridad, majestad — dijo el prior Esteban.

El rey lo miró, alargando la cabeza y mirando más allá de la reina.

—¿Vos seréis el próximo abad? —preguntó Alfonso al prior.

Este se sintió algo turbado por la pregunta, pero la madurez propia de la edad le hizo responder sin que le temblara la voz.

—No funciona por descendencia directa, majestad. El abad es elegido entre todos los monjes por votación individual.

—Es un sistema anticuado; ya lo hacían así los romanos en tiempos de la República. Pero ahora esto tanto da. Podréis ser abad, ¿no?

—Sí, no hay nada que lo impida. Pero...

—Sí, sí, tenéis que ser elegido por la mayoría de los monjes, ya lo habéis dicho antes.

El rey se quedó pensativo un momento. Después se dirigió al abad.

—Sería bueno que él os sucediera.

—Puedo preguntar por qué, majestad.

—Podéis. Otra cosa es que yo quiera contestaros. —Sonrió ante su propia broma, pero viendo que el abad estaba muy serio decidió contestar—. Él tiene más ganas que vos de que se termine la iglesia. Si él fuera abad, en cinco años ya estaría acabada.

El prior Esteban no pudo evitar soltar una carcajada que resonó por todo el claustro. Ahora llegaban a la parte trasera y salieron al exterior, donde estaba la enfermería. El prior no se disculpó. Al contrario, tomó la palabra para contestar a la afirmación que había dejado mudo al abad.

—Bernardo de Portaregia es muy minucioso en cuanto a los procedimientos de la obra, majestad. Yo puedo insistir mucho, pero él siempre acaba haciendo lo que considera oportuno.

—El rey también es así —dijo Sancha sonriendo a su marido.

—Puntualiza, Sancha. El rey manda en su reino, pero siempre hace lo que le dice su reina, pues busca la felicidad de su esposa y de sus súbditos.

El prior Esteban los miró y sonrió. Una pareja joven, aún con muy poco recorrido como marido y mujer, que había encontrado la manera de disfrutar

más allá del contrato que siempre suponía un matrimonio real.

Conflicto

Barcelona, mayo de 1177

La vida continuaba. Este fue el dictamen que se impuso Gaya desde que supo la verdad de su pasado y tuvo la certeza de que su tío Ramón en realidad era su padre. Aunque para ella siempre sería su tío, y Ponce, su padre.

Los primeros días, ya en el castillo de los Torroja, estaba un poco trastocada. Aunque delante de su madre se había mostrado fuerte, aguantando bien la confesión, después tuvo que asimilarlo todo.

Inicialmente agradeció la distancia que la separaba de su madre. Podía llegar a entender sus razonamientos, pero no aceptaba su actuación en el pasado, ni era capaz de perdonarla. Aquello no lo olvidaría mientras viviera.

Tantos años escondiendo su relación con el tío Ramón era imperdonable. De hecho, Gaya entendía que mientras Ponce estuviese vivo todo se mantuviera en silencio. Le habría causado dolor, y Ponce, ahora Gaya lo tenía claro, era demasiado bueno. Pero tras su muerte, no existía motivo para continuar con aquella mascarada.

A Gaya le habría gustado hablar con su tío Ramón y ver su cara al descubrir que ella conocía toda la verdad. Pero era demasiado tarde.

Y luego estaba el asunto de la violación. Almodis se sentía muy

arrepentida. Lo que tenía que ser únicamente un susto para impedir que saliera sola se convirtió en una agresión sin justificación alguna. Pero para Gaya eso no era suficiente. ¿Hasta ese punto podía llegar una madre para educar a su hija? Los padres educaban a sus hijos con dureza, y en ocasiones con extrema dureza. Así, decían, los fortalecían para formar parte de una sociedad sin escrúpulos y muy complicada. Pero Gaya no aceptaba las disculpas de su madre, aunque fueran tan sutiles que se tuvieran que imaginar. Nada, según el criterio de la señora de Torroja, podía ser peor que ser agredida de aquella manera. Ni un robo, ni un insulto. Ni siquiera la simple agresión física resultaba tan espantosa como arrebatarse la virginidad a una mujer.

«La vida sigue». Gaya se repetía esta frase una vez y otra, sobre todo los primeros días tras su regreso.

Sus hijos y los problemas cotidianos de la gestión del señorío —Ramón casi siempre se encontraba fuera— la ayudaron a sobrevivir al principio, a vivir después y, finalmente, a aceptarlo como quien tiene un lunar en la cara o una malformación congénita.

En 1177, la señora de Torroja ya era una mujer madura. Con cuarenta y cinco años, ya hacía mucho que la juventud había quedado atrás, pero ahora disfrutaba de una etapa de madurez muy buena.

—Cuando yo tenía más o menos tu edad llegué a la Espluga —le decía a su hija, Eldiarda, mientras la peinaba, como hacía Almodis con ella cuando tenía que hablar de algún tema importante. Gaya peinaba a su hija cuando le apetecía, y no porque hubiera de por medio una cuestión familiar o, incluso, de Estado.

—¡Y yo me caso la semana que viene! —respondió la joven, que era el vivo reflejo, en femenino, de su padre. Pero, a diferencia de este, Eldiarda era positiva y una persona muy activa.

—Sí, Ramón de Palau se ve un buen chico.

—Sí, eso parece. Solo lo he visto una vez y me miraba a los ojos muy fijamente. ¡Parecía más asustado que yo! —dijo.

A Gaya la hacía feliz ver a su hija así, llena de vida y apasionada.

Durante el casamiento, Gaya y su marido Ramón tuvieron tiempo de hablar tranquilamente.

—Tu señorío de Torroja ha triplicado las rentas en los últimos cinco años

—le dijo Gaya mientras él escuchaba en silencio, como era habitual—. Creo que he hecho un buen trabajo y Hugo tendrá una buena herencia. Ahora me toca a mí. —Antes ya lo habían hablado, pero ahora parecía el momento oportuno para retomarlo—. Con mi dote y una parte que puedes fiarme, quiero comprarle el señorío de la Espluga a mi hermano Ponce.

—¿Y estás segura de que él lo aceptará?

—No puedo estar segura, aunque si la oferta es buena tal vez diga que sí. Pero tendrás que acompañarme y decir que lo quieres como herencia para tu hijo.

Ramón sonrió de manera leve sin dejar de mirar a su esposa.

—Conozco bien a mi hermano. Si sabe que es para mí, será difícil que lo acepte. Él nunca querría a una mujer al frente de la Espluga de Francolí. Además, ya sabes el conflicto que tuvimos él y yo.

Ramón de Torroja se puso de pie y le dio la espalda a su mujer. Paseó por el rincón del gigantesco salón mientras todo el mundo comía, bebía y reía con exageración. Pero en aquel rincón el sonido no era tan fuerte como para impedir una conversación en un tono suave.

—Sé que hay algo más que el hecho de llevar un señorío, Gaya. —Ramón se giró y la miró a los ojos casi sin parpadear—. Tienes un pasado complicado que siempre he respetado y que pienso seguir respetando. Sé que hay detalles de tu vida que nunca me explicarás. Es ejemplar cómo has hecho crecer el castillo de los Torroja, su patrimonio y sus rentas. Eres una buena esposa y me has dado un heredero sano, fuerte e inteligente. No puedo negarte nada, Gaya. Y no te haré fianza alguna, el dinero te lo has ganado y puedes disponer de todo el que necesites. Actuaré delante de tu hermano como si la heredad de la Espluga fuera mi objetivo para nuestro hijo.

Gaya le abrazó con fuerza y al sentir su calidez recordó los primeros tiempos de casada, cuando ambos llegaron a un nivel de convivencia muy satisfactorio. Tal vez no habían sido agraciados con un amor apasionado. Pero el matrimonio no fue ningún desastre. A pesar de las ocupaciones de cada uno, supieron disfrutar de los momentos que estaban juntos. Y más allá de los hijos, hasta ahora no habían compartido ningún proyecto que los uniera, exceptuando el matrimonio y la dinastía Torroja.

Ramón de Torroja vivía para la corte. Había alcanzado un lugar

preeminente y su nombre estaba muy bien considerado.

Gaya se había dedicado a los hijos y a hacer prosperar el castillo de Torroja; salvo algún momento puntual dedicado a resolver su pasado y ayudar a su hermana, Algabursa, en la isla de Cerdeña.

En definitiva, mientras Ramón buscaba engrandecer la dinastía Torroja desde el punto de vista social, Gaya lo hizo desde el económico. Pero siempre actuando por separado, cada uno tomando las decisiones según su particular criterio.

Ahora sería distinto, trabajarían para alcanzar un objetivo común y actuando codo con codo, uno al lado del otro.

Enviaron mensajeros y se enteraron de que Ponce no vivía en la Espluga de Francolí. Hacía alguna visita ocasional pues se había convertido en el regente del vizcondado de Bas. La historia era bastante compleja.

El vizcondado de Bas —una jurisdicción feudal que comprendía la parte alta del valle del río Fluviá y algunas zonas vecinas— había sido legado al hijo mayor de Ponce de Cervera, Hugo, hermano de Gaya, que nunca hizo vida en la Espluga y vivió casi siempre en el vizcondado del cual era titular. Hasta que ese mismo año, 1177, Hugo se casó con una dama sarda, Sinispella de Lacón, y se instaló en Cerdeña. Mientras, su hermano menor, Ponce, regía el vizcondado de Bas y vivía allí desde hacía ya una buena temporada, pues el vizconde titular se encontraba siempre ausente. Pero como los señores van y vienen, Gaya quiso asegurarse de que encontrarían a Ponce cuando fueran a visitarlo.

El viaje no fue largo ni complicado, pero al llegar, Gaya sentía que algo estaba a punto de cambiar. Igual que el dolor en una articulación permitía prever una tempestad, la señora de Torroja lo sentía en las entrañas. Aquel paso sería definitivo en su vida y muchas cosas cambiarían a partir de entonces.

—Espero que no nos eche a los perros —dijo Gaya a su marido, que sonrió pero no dijo nada.

Ambos sabían bien por dónde iba el comentario.

Hugo, el hermano de Ponce y Gaya, cuatro años antes había ido a la guerra contra Tolosa ayudando al rey Alfonso; como vasallo del monarca era su obligación tomar las armas cuando el señor lo ordenase. Naturalmente, como

todos los señores, Hugo de Bas había hecho testamento. Un testamento abierto y dejando las cosas muy claras. En caso de que perdiera la vida en la batalla, dejaba como regente al hijo de Torroja, su sobrino también llamado Hugo. Como el heredero de los Torroja aún era joven, hasta su mayoría de edad su madre, Gaya, se encargaría de la regencia.

Aquello provocó un verdadero cataclismo en la relación entre Gaya y Ponce, pues este —como actual regente— contaba con seguir siéndolo si se daba el caso de traspaso del actual titular. Ponce la acusó de manipuladora y de muchas cosas más.

La realidad era que Gaya había ayudado mucho a su hermana pequeña, Algabursa, en Cerdeña, donde acabó casada. Como Hugo, su hermano mayor, también contrajo matrimonio en Cerdeña, la relación entre los tres hermanos era muy estrecha. Y se había dejado de lado a Ponce, más preocupado de los señoríos familiares en tierras catalanas.

Todo ello había ocasionado una fuerte tirantez entre los hermanos, y ahora la petición de Gaya no ayudaría a mejorar las relaciones.

«Perros no hay, pero está muy serio», pensó Gaya al ver a su hermano.

Ponce los recibió en un pequeño salón vacío, sin nadie más.

Su hermano se había instalado en el Palacio Condal. El castillo de Besalú había perdido buena parte de sus funciones políticas y militares en la época del conde de Barcelona, Ramón Berenguer, al ceder una buena parte de sus terrenos a los canónigos de Santa María de Capellada. Desde entonces, el titular del vizcondado se alojaba en el pequeño Palacio Condal, y en este caso se trataba del regente.

—¿Y qué queréis ahora? ¿Tal vez que me aparte de esta silla y os deje llevar a vosotros el vizcondado?

Fue Ramón quien habló. También muy serio, no se echó atrás ante esta mala acogida.

—No queremos nada de ti, Ponce. Pero un poco de buena educación sería más que deseable. Al fin y al cabo, Hugo no murió durante el conflicto en Tolosa y se ha casado. Si tiene un heredero, este enojo tuyo no tendrá ningún sentido.

Ponce no sabía dónde mirar. Gaya pensó en su hermano. ¿De quién era hijo? ¿De Ramón o de Ponce? Por un momento, dudó. Después, por sus rasgos,

su carácter y sus gestos, le quedó claro que era hijo legítimo de Ponce.

Dejó de lado aquel pensamiento y se centró en la conversación entre su marido y su hermano.

—¿Y qué hacéis aquí? —El tono de Ponce era algo más suave, no tan arisco.

—Quiero comprarte el señorío de la Espluga. Deseo que lo herede mi hijo —dijo Ramón.

Gaya, con el corazón en un puño, esperaba la reacción inicial de su hermano.

Este los miró muy serio y se puso de pie. Paseó a su alrededor, en silencio y con las manos cogidas por detrás. Gaya, mientras le observaba, no podía dejar de pensar en su padre: ahora su hermano mostraba el mismo ademán.

Finalmente, se acercó hasta su cuñado y le habló a un par de palmos de su cara.

—No está en venta. Pero si consigues solucionar dos problemas que tengo, te lo vendo.

Aquello era inaudito. No era típico de Ponce. Pero era menester saber cuáles eran esos asuntos.

—En primer lugar, quiero una renuncia de tu puño y letra sobre la regencia del vizcondado de Bas, tanto por tu parte como por la de Gaya. Después quiero que expulses del valle del Codos a los monjes de Poblet.

Como Ramón conocía muy poco la zona de Poblet, fue Gaya quien aclaró el tema.

—Está muy cerca de Milmanda, hacia el norte. Una tierra fértil, con un buen bosque y un pequeño estanque en medio donde siempre hay agua.

Ramón miró a su cuñado de manera inquisitiva.

—Las razones son más y solo más. Pero quiero que los monjes de Poblet salgan de esa propiedad. Tú tienes buenos contactos en la corte, no te será difícil conseguir una permuta de tierras. O, ya que tienes tantas ganas de pagar, les compras el valle y me lo regalas a mí.

Gaya observaba a su marido. Ramón era un hombre pacífico y tranquilo, pero también tenía sus límites. Y ahora Ponce los había cruzado.

Pero miró a Gaya y asintió en silencio después de parpadear un par de veces.

—Está bien. Tendrás por escrito mi renuncia y la de Gaya a la regencia del vizcondado de Bas. Y miraré que las tierras del valle del Codos queden de tu propiedad.

—Y también tenemos que hablar del precio de la Espluga, ¿eh? —Ponce buscaba provocar a su cuñado—. Ya te he dicho que yo no quiero vender. En todo caso, eres tú quien quiere comprarme el señorío.



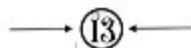
Habían transcurrido casi dos semanas desde que hablaron con Ponce, y ahora, en cuestión de horas, llegarían a su destino: la Espluga de Francolí. Aquellos últimos días los habían pasado en el castillo de los Torroja preparando las acciones que emprenderían durante las siguientes jornadas.

Ramón era un hombre paciente e inteligente. Tal vez alguien podía acusarlo de ser lento a la hora de reaccionar o de su aparente falta de pasión, pero su cabeza trabajaba solucionando problemas como si fuera un maestro de obras: primero un bloque de piedra, luego otro, y así sucesivamente. Hasta conseguir encontrar la solución perfecta.

Ponce les había dicho que en fechas próximas pensaba trasladarse a la Espluga de Francolí para aclarar el tema del valle del Codos de primera mano. Aquello no gustó a Gaya.

La señora de Torroja había perdido el contacto con el monasterio de Poblet y apenas sabía nada. Y la cuestión del valle del Codos se presentaba lleno de incógnitas.

También, claro, estaba el padre Esteban.



El monasterio de Poblet no paraba de crecer y aquello se había convertido en una auténtica locura. Por supuesto, este era el criterio del prior Esteban, pues dicho crecimiento no dejaba de ser una demostración más de la buena aceptación de la Orden del Císter y del éxito de su implantación.

Un buen ejemplo era que recientemente habían incorporado todo el término de Vimbodí, pueblo incluido. Y esta adquisición estaba llena de

peculiaridades.

El rey Alfonso, debido al asedio de Caspe, había empeñado la villa de Vimbodí en trescientos morabetines. Quien le prestó el dinero al monarca era un fiador judío de quien el monasterio no tenía buenas referencias. Tenerlo como vecino habría supuesto, según el criterio del abad Hugo y de un buen puñado de monjes del monasterio, un verdadero problema. Así, con un gesto sin precedentes, el líder de Poblet pagó la deuda del rey al fiador. Después, cuando fueron a Barcelona para devolver al rey el título de propiedad de la villa, la sorpresa llegó cuando el monarca cedió todo el término de Vimbodí al monasterio.

—No somos suficientes para llevar tantas fincas con la eficacia requerida —le dijo el abad al prior Esteban—. He escrito una carta a Fontfroide pidiendo más monjes, pero tardaremos bastante en recibir refuerzos.

—Creo que se tiene que imponer el sentido común y que alguna granja menor o finca de poca importancia sea regida por un converso laico.

Hasta ahora, todas las heredades y las fincas urbanas del monasterio estaban gestionadas por un monje que iba y venía, pues se encontraban a poca distancia. Pero las donaciones cada vez estaban más alejadas y eran muy numerosas.

—No me gusta romper las costumbres de esta manera, Esteban. Tendremos que buscar otra fórmula.

—Entonces la solución es bien clara: gestionar nosotros mismos las fincas aunque eso retrase las obras que ya tendrían que estar acabadas.

El prior Esteban era muy tozudo con la finalización de la iglesia, y cualquier retraso le ponía de mal humor. Y las demoras no dejaban de aumentar, por un motivo u otro.

—Mañana nos han pedido audiencia Ponce de Cervera y Ramón de Torroja —dijo el abad—. Te quiero a mi lado, Esteban. Me huelo dificultades. Los Cervera siempre son portadores de problemas.

—¿Ramón de Torroja? ¿No es el marido de Gaya de Cervera?

—Sí, fue rehén de los genoveses durante años para garantizar una deuda del conde de Barcelona, Ramón Berenguer.

El recuerdo de Gaya llenó de juventud y ánimo el espíritu del monje. A sus cuarenta y siete años, su salud ya no era la de antes. De vez en cuando, un

fuerte dolor en el pecho le obligaba a guardar reposo durante días. Pero cuando se encontraba bien, se sentía lleno de fuerza y de vida.

Las visitas al álamo del claro eran cada vez más continuadas. Casi todos los días iba en un momento u otro. Allí se confesaba de sus pecados y hablaba con Dios Nuestro Señor.

Al igual que el padre Esteban, el álamo había crecido mucho y se había hecho mayor, y su tronco estaba lleno de arrugas y nudos. Las ramas que se alargaban en todas direcciones eran gruesas y estaban llenas de hojas. Desde el suelo, parecía el árbol más alto de todos cuantos estaban a su alrededor. Y el sentimiento que le transmitía no dejaba de aumentar. Según la memoria del padre Esteban, ya era tan fuerte como la de aquel álamo gigantesco del que fue semilla.

Ese día, previo a la visita de Ponce y Ramón, el padre Esteban visitó el claro. El monje sentía una sensación muy extraña en su interior. Igual que en el pasado, Dios Nuestro Señor le hablaba. Pájaros, hojas en los árboles, nubes e, incluso, algún roedor del bosque. Todo se comportaba de esa forma tan peculiar que él ya conocía.

Ahora no huía de aquellas señales.

Era un siervo de Dios y a Él se debía en cuerpo y alma.

El álamo estaba muy quieto. Sus hojas casi no se movían, a pesar de soplar una ligera brisa.

El monje puso las manos en el tronco.

De pronto sintió un dolor en el pecho. Sin ser muy fuerte, ni doloroso en extremo, sí que le produjo una cierta incomodidad. Un dolor, por otro lado, que era habitual. Últimamente, siempre que visitaba el álamo y lo tocaba, tenía esa incómoda sensación. Un dolor que también sentía cuando se quedaba con los malos sentimientos de otras personas. No se prodigaba en ello; al contrario, era muy prudente y apenas mostraba su don. Pero ayudaba a los más cercanos. Y de unas semanas a esta parte, cada vez que vaciaba la tristeza de alguien le invadían la aflicción del otro y el dolor en el pecho.

La sensación no era tan fuerte como en anteriores ocasiones. Estaba allí y lo percibía con la misma nitidez de siempre. Pero tal vez no era tan intensa.

—Me estoy haciendo viejo, Señor. Espero poder aguantar lo suficiente para ofrecerte la iglesia que tanto mereces.

Notó una ligera vibración en sus manos —aún en contacto con el tronco— que no supo interpretar, pero el dolor en el pecho iba creciendo y dejó de tocar el álamo.

En el camino de regreso se ahogaba, como si hubiera hecho un esfuerzo muy superior al habitual. Superaba, incluso, los límites del cansancio.

Al llegar al monasterio se tumbó en el jergón del dormitorio comunal, necesitaba recuperarse.

Las horas de sueño no fueron suficientes y al llegar el nuevo día aún se sentía cansado y sin fuerzas. Pero se levantó y encaró la jornada como un día cualquiera. Esperaba que con las rutinas habituales se le pasara ese malestar.

—Tienes mala cara, Esteban. —El abad Hugo lo conocía bien.

—No es nada. ¡Ya se me pasará!

—Si no fuera así, ve a ver al padre Bernardo; seguro que encontrará la manera de aliviarte.

El padre Esteban asintió en silencio.

Ese día tenían que verse con Ponce de Cervera y Ramón de Torroja.

Antes que nada, y después de cumplir con los preceptos de maitines, laudes, la hora prima y la tercia, fue a visitar las obras de la iglesia.

No avanzaban.

Bueno, sí, la iglesia, poco a poco —y este era el problema—, tiraba hacia arriba. Pero tan despacio que aún quedaba mucho para finalizarla. Sobre todo, faltaban operarios. La gente se había dividido ante la gran cantidad de trabajos que requería el monasterio y todas sus posesiones. Y para cortar piedra había poco personal, y decir poco era ser muy generoso. Después, a partir de aquí, el problema era el mismo: poca gente trasladando piedras, y estas llegaban de manera muy escasa a la obra. Y una vez allí el *operarius*, fray De Portaregia, solo disponía de media docena de ayudantes, cuando al principio eran unos cincuenta.

El templo ya tenía las paredes muy altas. Pero las columnas interiores — las que separarían las naves— aún no estaban levantadas. Y el techo no podía avanzar de ninguna manera. Era una de las fases más lentas y delicadas, y un derrumbe podía retardar la obra dos o tres años más. A pesar de todo, el retraso era notorio. Sin haber tenido ninguna fecha fijada para terminar, al principio sí que había estimado que la construcción podía durar unos diez o

doce años.

«Si en diez años hemos acabado, me daría por satisfecho», se decía el padre Esteban.

Le gustaba ir a la obra y tocar la piedra de las paredes. Observar cómo estas se prolongaban hacia el cielo. Y levantar la cabeza hasta casi tocar la espalda con la cerviz, contemplando las hiladas de sillares bien cortados y perfectamente colocados.

—Hay cuatro sillares más que ayer —dijo fray De Portaregia, que cada día le soltaba un requiebro similar.

—¿Solo cuatro en una jornada?

—Se cayó el andamio y, gracias a Dios, nadie se hizo daño. Pero hoy tendremos que volver a montarlo y poca cosa más haremos ya.

Montar un andamio era un trabajo lento y entretenido. El prior Esteban sabía que no podía hacerse de otro modo.

«En fin, paciencia y que sea lo que Dios Nuestro Señor quiera». Era una frase que el prior se decía cuando buscaba calmar su ansia interior, muy repetida últimamente.

Un novicio fue a buscarlo.

—El padre abad os espera en el calefactor, prior.

—Muy bien. Ahora voy, hijo.

Tal vez Ponce y Ramón habían llegado ya. Había perdido la noción del tiempo, como le ocurría siempre que miraba las obras.

El calefactor era el mejor lugar para recibir visitas. Aunque los recién llegados tenían que entrar en el claustro y cruzar los espacios monacales privados, la habitación era cálida en invierno y fresca en verano. Sus paredes eran mucho más gruesas que en el resto de los edificios —exceptuando la iglesia— para que conservaran mejor la temperatura.

Mientras caminaba por el claustro, pensaba en cómo había cambiado todo desde que llegaron allí. Aquel paraje solitario pero lleno de encanto les había dado la bienvenida con los brazos abiertos. La naturaleza siempre era justa con quien la trataba con respeto, y Poblet y su entorno lo fueron durante los primeros años. Después todo se complicó con el crecimiento del monasterio. Una complicación necesaria, previsible e imposible de detener. Pero eso había alterado la paz del entorno.

Y ahora que eran pocos trabajando en la zona más inmediata al monasterio, en cierta manera, eso le había devuelto la paz al lugar.

El prior Esteban entró en el calefactor sin llamar a la puerta.

Dentro se encontró con una sorpresa.

Junto al abad Hugo, Ramón de Torroja y Ponce de Cervera, se encontraba Gaya.

Faltó a la buena educación quedándose quieto como una estatua. Gaya se había hecho mayor pero también emanaba de ella más nobleza y elegancia, si esto era posible. Lo miraba sin apenas moverse, como si la situación fuera incómoda para todos por los años transcurridos y la presencia de otra gente.

Ella rompió el hielo. Lo abrazó con ganas, con un gesto más propio hacia un hijo, un hermano, un padre o, incluso, un abuelo.

—¡Te conservas muy bien, Esteban!

—Sí, pero tienes que acabar la frase... «¡... a pesar de que ya eres un viejo!».

Ella sonrió mientras lo miraba. Ambos se sentían emocionados por el reencuentro.

—Tú estás igual que siempre, pero ahora ya eres toda una señora.

—No, eso aún no. Falta poco, pero aún no. Después lo hablamos con más calma.

Los demás los observaban con expresión seria. Pero se relajaron cuando Gaya y el prior Esteban se volvieron hacia ellos.

—Te estábamos esperando, prior —dijo con cierto enojo el abad.

El aludido no dijo nada. Cualquier comentario, fuera el que fuese, habría sido inadecuado, pues el padre Hugo tenía razón.

Se sentaron en las sillas de madera y lona que los monjes usaban para calentarse en invierno, o para afeitarse durante el resto del año. Resultaba curioso que unas nalgas de la más alta nobleza como las de los recién llegados descansaran en unos asientos tan sencillos como esos.

—¿Os apetece beber alguna cosa? ¿Agua, vino? —ofreció el abad.

En la sala también había un laico para atender las necesidades de los recién llegados, en caso de que necesitaran algo.

—No —dijo Ponce de Cervera, que parecía impaciente—. Hemos venido a hablar del despropósito del valle del Codos.

El abad y el prior se miraron un momento, pero no dijeron nada. Quedaba claro que esperarían a saber todo cuanto les tenía que decir Ponce.

—Hace muchos años acordamos con Vimbodí que los señores de la Espluga tendríamos el usufructo del valle del Codos. Fue a consecuencia de unos hechos ocurridos tiempo atrás. Aquí tenéis el documento que lo prueba.

Ponce entregó al abad un pergamino enrollado que el líder de Poblet desplegó y leyó. Cuando terminó, se lo pasó al padre Esteban.

El documento hacía referencia a un hecho ocurrido en el año 1128. Entonces, la Espluga de Francolí y Vimbodí no debían de ser más que un par de tímidas aldeas de cuatro casas. Según explicaba el pergamino, Vimbodí contrajo una deuda con la villa vecina. Como garantía para devolver el pago, el valle del Codos quedó en usufructo por parte de la Espluga de Francolí hasta que la deuda fuera liquidada.

—Una deuda de cincuenta morabetines —dijo el prior Esteban—. Una cantidad muy pequeña para no haberse satisfecho ya de alguna forma.

Ambos monjes se miraron y la conclusión era más que obvia.

—Aunque ha transcurrido mucho tiempo y a pesar de la inconsistencia legal de este documento, os pagaremos los cincuenta morabetines y el asunto quedará cerrado.

—¿Inconsistencia legal, decís? —dijo Ponce, cuya voz chirriaba como una bisagra mal engrasada.

—Sí —dijo el prior Esteban—. El documento es poco concreto. No figuran nombres, ni testigos. Esto hoy no se admitiría en ninguna administración condal o real. Tal vez la deuda se satisfizo años atrás. O, quién sabe, podría ser una falsificación. Sería suficiente con tener otra copia, pero no tenemos constancia de nada de esto. Pero, como dice el abad, me parece justo pagaros la deuda. Entonces firmaremos otro documento donde se detalle este hecho, con nombres, testigos y todo aquello que exija la legalidad.

—¡No queremos vuestros infectos morabetines! —Ponce se alteró de tal forma que las venas del cuello y la frente se le marcaron de manera notoria y se puso colorado.

—¿Y qué es lo que queréis, pues? —La voz del abad mostraba mayor serenidad y calma. La conducta de Ponce no le había perturbado, al menos por fuera.

Fue Ramón de Torroja quien habló. Era tan distinto a su cuñado que alertó al padre Esteban por su templanza y buen criterio.

—Queremos compraros el valle del Codos, padre abad. Os daremos un precio justo y lo haremos de manera legal, como vos decís: con un nuevo documento, testigos y todo cuanto sea necesario.

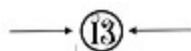
Ramón de Torroja, al dirigirse directamente al padre abad, había excluido al prior de la conversación. Fue muy sutil, pero vio que el abad era más vulnerable a la persuasión. Y que el principal adversario en aquella disputa era el prior.

Pero eso no hizo callar al padre Esteban, que, molesto, replicó:

—Son tierras que están muy próximas al monasterio, y no cederemos al chantaje ni a la presión. Legalmente pertenecen a Vimbodí, y ahora la villa pertenece a Poblet. Se acaba aquí la cuestión.

Ramón de Torroja lo miró con los ojos entrecerrados, pero no le contestó. Volvió a dejarle de lado, dirigiéndose al abad.

—No queremos problemas, padre abad. Vos sois un hombre justo y honesto. Seguro que sabéis que la mejor solución es la que yo os propongo. El enfrentamiento tendría consecuencias imprevisibles que no beneficiarían a nadie. Hemos venido desde muy lejos para cerrar este trato y no nos marcharemos así como así. Nos haremos con las tierras del valle del Codos, sea como sea. Poned el precio que queráis.



Gaya asistía, incrédula, a aquella discusión. De momento, no diría nada. Su hermano era demasiado inestable como para que ella atizara más el fuego.

La estrategia de Ramón era evidente. El abad Hugo parecía más fácil de convencer que el padre Esteban. El monje tímido y lleno de dudas que Gaya conoció años atrás había cambiado de forma radical. De hecho, el cambio ya había comenzado cuando ella vivía en la granja de Milmanda, pero ahora parecía dominar la situación, a pesar de ser solo prior.

—No es cuestión de precio, Ramón —dijo el abad con un tono amable, buscando más la concordia que el enfrentamiento—. Las tierras están muy cerca de Poblet, y para el crecimiento del monasterio es un punto estratégico

importante.

Réplicas y contrarréplicas de ambas partes que no conducían a ninguna parte, solo a repetir idénticos motivos, razonamientos y justificaciones.

Hasta que habló Gaya.

—¿Qué valor económico tiene el valle del Codos? No recuerdo que fueran unas tierras donde hubiera una cantera o una mina de hierro, por ejemplo. Sé que contenía un estanque donde siempre había agua.

—Son cultivos, Gaya —contestó el padre Esteban—. Cultivos y nada más. La zona es fértil gracias al agua. Pero posee gran valor estratégico para el monasterio.

—Esteban, tendrías que poner algo de sensatez en todo esto. Seguro que os rentan tan poco que el monasterio apenas las echará en falta. Si no quieres hacerlo por mi hermano, Esteban, hazlo por mí y por la amistad que nos une.

Gaya observó que los ojos del monje tenían un brillo especial, con un enojo escondido bajo una gruesa capa de orgullo personal que derivaba en un reto a alcanzar, como si un estímulo egoísta lo empujara.

—No pongas nuestra amistad de por medio, si la valoras como se merece. Yo estoy aquí por asuntos del monasterio, una comunidad que no busca el enaltecimiento individual. Es el colectivo quien da fuerza a nuestra orden y eso la hace más grande, más pura y más cercana a los designios de Dios Nuestro Señor y su hijo Jesucristo. Las tierras pertenecen al monasterio y así seguirán. No hay nada más que decir.

Gaya apretó los dientes llena de rabia. ¿Qué había sido del monje afable y lleno de buena fe que buscaba siempre la concordia? ¿Acaso se había convertido en un tirano?

—¡Ya os he dicho que no se puede tratar con esta gente! ¡Son una panda de locos! —dijo Ponce con una voz rasgada.

Pero Ramón de Torroja no era un hombre que se diera fácilmente por vencido.

—Así, ¿es esta vuestra última palabra, padre abad? ¿Tenéis claro que tomáis la decisión en nombre de toda la comunidad? ¿Y que esto puede ocasionar graves problemas a los monjes?

—No nos amenacéis así, Ramón —se le encaró el prior Esteban—. Tenemos a Dios Nuestro Señor, al rey y a la razón de nuestra parte. Aún estáis

a tiempo de disculparos y salir de aquí como personas.

—¡Fíjate! ¡Encima quieren que les pidamos perdón! —dijo Ponce—. Nada. Sí así lo queréis, ¡así lo tendréis! ¡Preparaos para asumir las consecuencias!

Fue el abad Hugo quien, finalmente, habló.

—Considerando los problemas que hemos tenido en el pasado y la gravedad de estas amenazas, estoy dispuesto a discutir este asunto en el próximo capítulo con el resto de los monjes. Lo pondré en votación y que la mayoría decida.

—Pero para ser más justos —dijo Ramón—, tendríamos que estar presentes y defender nuestros intereses.

—Imposible —dijo el prior Esteban—. Los capítulos están reservados a los monjes. Ningún laico puede asistir.

—Pues será una votación injusta —dijo Gaya—. No se puede solucionar un litigio sin que una de las partes esté presente y defienda su razón. Esto es más que obvio, Esteban, tú lo sabes mejor que nadie.

—No podemos cambiar nuestras normas —respondió con contundencia, sin el más ligero asomo de duda en sus palabras—. Y el abad ha sido demasiado generoso derivando la decisión a toda la comunidad monacal. Tendríaís que estarle agradecido, pues es un gesto que le honra como abad.

Al salir del monasterio, los tres tenían muy claro que aquello no había ido bien.

—Ponce —Gaya se encaró a su hermano—, tendrás que dejar que te compremos la Espluga, tanto si los monjes aceptan vendernos el valle del Codos como si no.

—¡De ninguna manera! ¡Quiero el valle, sí o sí! Y no se hable más. ¡Ahora resultará que estáís de parte de los monjes!

—No, no estamos de parte de nadie —dijo Ramón, más reflexivo—. Pero es un tema complejo y costará resolverlo de manera favorable.

—¡Pues buscad otra solución! Pide ayuda al rey o a María Santísima, ¡si es necesario! Pero quiero el valle del Codos.

Más tarde, ya en el palacio señorial de la Espluga, Gaya recibió la visita de su hermano. Ella estaba sola en sus estancias.

—¡Tu marido es un pánfilo! No sirve para nada. Muy buenas palabras,

pero a la hora de la verdad, nada de nada.

—¿Y tú eres demasiado visceral, Ponce! No tienes medida ni la capacidad para actuar con frialdad e inteligencia.

Ponce no contestó, pero su mirada dejaba traslucir algo que Gaya no era capaz de adivinar.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —le preguntó.

—Tú tienes la solución a todo, hermanita. —La señalaba con el dedo índice—. Ya eres una mujer mayor, pero aún tienes un cuerpo que podrías usar con provecho.

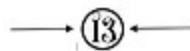
Gaya abrió los ojos sorprendida, pero Ponce siguió hablando:

—Ábrete de piernas al prior y la Espluga será tuya. Por eso es por lo que estáis aquí, tú y tu maridito. Nada de buscarle una herencia al futuro señor de Torroja. Si quieres ser señora de la Espluga, usa la cerradura que tienes entre las piernas para conseguir que tu amigo cambie de opinión. Él está deseoso de clavártela, solo hay que ver cómo te mira y cómo babea cuando lo hace.

Gaya se puso de pie con la intención de darle un bofetón a su hermano. Pero este fue más rápido y abandonó la estancia dejándola sola con sus pensamientos.

Cuando Ponce cerró la puerta de golpe al salir, sus palabras retumbaron en su cabeza más de lo que ella misma se habría imaginado.

La propuesta de su hermano era una locura.



El problema del valle del Codos acaparó todo el protagonismo del capítulo del día siguiente. Tras conmemorar los santos del día, de recitar la *Pretiosa*, de leer el capítulo diario de la regla de san Benito, llegó la segunda parte. Pasaron a comentar el asunto que protagonizaría las siguientes jornadas.

Después de la exposición por parte del abad, se emplazó a los monjes a decidir: vender la propiedad o quedársela.

El prior Esteban no intervino. Sabía que el padre Hugo era capaz de explicar el problema desde todos los puntos de vista, esa era una de sus principales virtudes. Él, en cambio, habría tomado parte en su exposición y tal vez no hubiera sido justo.

La votación fue unánime: quedarse las tierras. El razonamiento era bien simple: con los años, las fincas siempre acababan dando más beneficios que si se disponía del dinero de golpe. Además, para vender siempre había tiempo.

El abad Hugo, al término de la votación, miró al padre Esteban y asintió en silencio.

—Lo he tenido claro desde el primer momento, padre abad. —Al estar delante de todos, tenía que guardarle respeto al hablar—. Además, creo que detrás de esto hay algo más que una simple permuta de tierras. Los Cervera siempre han sido muy ambiciosos y son capaces de llegar hasta donde sea necesario para conseguir sus propósitos.

—La finca no tiene nada de especial. Quizá el pequeño lago, pero más allá de esto... —El abad no terminó la frase, pero todos le entendieron.

—Sea como sea, podemos esperar cualquier acción por parte de ellos.

—¿Quieres decir, padre prior, que recurrirán a la violencia?

—No lo sé, la verdad. Pero hay que estar preparados para lo peor.

El abad se quedó unos instantes en silencio mientras se acariciaba la barbilla y sopesaba las palabras del prior.

—Tal vez podríamos emplazar allí más monjes...

—¡No podemos retrasar más las obras! ¡Ya va todo muy lento! Pero iré yo. Con fray Vicente y el resto de los laicos, estaremos alerta los próximos días para ver si los Cervera emprenden alguna acción.

El abad levantó la mirada por si alguien quería añadir algo. El silencio otorgó la potestad al prior.

A pesar de ser una finca de grandes dimensiones —casi una cuarta parte del término de Poblet—, el valle del Codos solo tenía un punto de interés. Justo en el centro geográfico de la finca existía un pequeño estanque rodeado por una masa boscosa de pinos. Pero estaba hundido respecto a los árboles y el resto del terreno, y por eso cogía el nombre de «valle». El estanque, a base de escarbar la tierra durante años, le había otorgado aquella particular fisonomía.

Alrededor del pequeño valle, los cultivos eran de secano. Sobre todo, olivos y almendros, y algún pequeño campo de cereal. Se hablaba de plantar viñas. O de aprovechar mejor el agua del estanque para regar algún frutal.

Pero de momento no había ningún proyecto en firme.

El prior Esteban había estado allí, en todos esos años, en tres ocasiones como máximo. Y fue en la época en la que estaba a cargo de la granja de Milmanda.

Esa mañana, al llegar, no vio nada de extraordinario. Al menos no como para provocar un conflicto de tierras como pretendían los Cervera. De hecho, ya lo habían conseguido.

Justo al lado del estanque había un pequeño cobertizo. Un lugar donde guardar los utensilios, o donde personas y animales podían protegerse de la lluvia si hacía mal tiempo. Habían usado la técnica de la albarrada o piedra seca —sin ningún material de unión entre las piedras sin labrar, colocadas tal y como se recogen del suelo—, y una sencilla bóveda muy abierta cubría el techo, igualmente de piedra sin trabajar. Encima del techo, un colchón de tierra se había sembrado de lirios para que las raíces impidieran la erosión por la lluvia o el viento.

Aunque mayo era un mes variable, ese día no parecía que fuese a llover.

Seis eran las personas que estaban allí: el prior, fray Vicente y los cuatro conversos laicos que se encargaban de la finca, con los animales y las herramientas de labor.

Como los olivos ya estaban en flor y los frutos de los almendros iban creciendo, esos cultivos no podían tocarse. Dos conversos plantaban nuevos olivos en una pequeña parcela que se había desbrozado. Era un trabajo paciente. Se hacía un agujero con la azada, se metía el plantón y después se volvía a tapar el agujero. Y para acabar se regaba un poco.

—Casi siempre enraízan todos —dijo uno de los campesinos, de mediana edad, con los años de sol marcados en su piel reseca.

Más allá, en otra pequeña parcela, los otros dos conversos abrían la tierra con un par de bueyes que arrastraban el arado para trasplantar olivos algo más grandes.

Resultaba evidente que no estaban acostumbrados a tener la visita de los monjes, y menos si se trataba de un alto cargo, y que eso alteraba su rutina. Pero el padre Esteban iba de un lado para otro tratando de averiguar qué podía provocar el interés de los Cervera por aquella finca.

Fue hasta los límites y las cruces estaban allí. Todas las fincas de Poblet

tenían marcadas las lindes con cruces de madera, de hierro o incluso de piedra. Una costumbre que se perdía en el tiempo y que muchos laicos también habían copiado.

Desde un pequeño altozano situado a levante, el prior pudo contar hasta siete cruces —algunas bastante alejadas— que delimitaban la finca por aquella zona. Alrededor estarían las otras, seguro.

El bosque no era muy grande pero sí lo suficiente como para contener una variada vida animal.

Todo parecía tranquilo hasta que, de pronto, se escuchó el inconfundible ruido de caballos al galope. Venían por el este. Aquello alertó a los conversos y al prior.

—¡Continuad trabajando como si nada! —gritó el prior con tono imperativo para evitar cualquier duda.

Desde la distancia, el prior los vio llegar. El polvo que levantaban los delataba. Pero hasta que no estuvieron más cerca no pudo apreciar los detalles. Eran diez jinetes y todos acarreaban lanzas. No distinguía ningún escudo o señal que los identificara —vestían ropas oscuras—, pero tenía claro que venían pagados por los Cervera.

El prior se situó a unos cincuenta pasos de los conversos para cerrar el paso a los jinetes.

—¡Deteneos! —Levantó los brazos cuando llegaron a su altura—. Estas tierras pertenecen al monasterio de Poblet. Aquí no sois bienvenidos.

Los jinetes no se detuvieron y lo embistieron sin ningún miramiento. El padre Esteban cayó al suelo y rodó sobre sí mismo. Notó un fuerte dolor en el costado, a la altura de las costillas, y se quedó medio aturdido en el suelo. Y desde allí pudo presenciar el ataque.

El polvo que levantaban los caballos confundía realidad e imaginación. Aunque de esta última no hacía falta tener mucha, pues las intenciones de los jinetes eran muy claras.

Cargaron contra los conversos. Como estos continuaban trabajando como si nada, el ataque fue brutal. A un buey le clavaron un par de lanzas que le causaron la muerte allí mismo. Y tres lanzas más hirieron a los trabajadores de la finca. El hombre que llevaba el arado no quiso dejarlo y fue arrastrado hasta que finalmente, tras recibir muchos golpes, lo soltó. El padre Esteban,

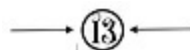
desde donde estaba, pudo ver la cara ensangrentada de aquel hombre mientras los jinetes lo seguían golpeando hasta darlo por muerto.

El campesino más mayor, el que parecía que llevaba la voz cantante antes de la llegada del prior, no se resignó a ser sometido: se enfrentó a los atacantes con la azada con la que estaba cavando los hoyos. Los jinetes, al verlo, fueron hacia él a toda velocidad; parecía que la prisa era importante para ellos. Lino tomó un hacha que colgaba en su silla de montar y se la lanzó cuando estaba casi a su lado. El hacha se clavó en la tibia del campesino, que soltó un aullido de dolor. Los otros, al pasar por su vera, le propinaron un par de golpes que lo tiraron definitivamente al suelo.

Luego destrozaron las herramientas y las que quedaron enteras las lanzaron al estanque. Después desaparecieron a la misma velocidad con la que habían llegado.

Todo fue muy rápido, como en una pesadilla. Desde el suelo, el padre Esteban no se lo podía creer. Aquello traspasaba los límites del civismo para entrar en la brutalidad más absoluta y primaria.

Se levantó como pudo y fue a ver cómo estaban los demás.



—¡Podrías haber muerto todos! —dijo el abad Hugo mientras miraba a los heridos en la enfermería del monasterio—. Gracias a Dios y a Jesucristo, no ha muerto nadie.

—No hables tan alto, Hugo. —El padre Esteban señaló al campesino. En ese momento el médico valoraba si le amputaba la pierna. Si fuera así, la vida que había conocido ese hombre se habría terminado para siempre. Sería un lisiado el resto de sus días.

—¿Y estás seguro de que ha sido obra de los Cervera? ¿Estáis seguros?

—¿Acaso no lo ves? Solo veinticuatro horas después de sus amenazas, sufrimos un ataque justo en la finca en disputa. Hugo, sé valiente y usa el sentido común: esto lo han planeado y pagado los Cervera.

—Me cuesta creer que Ramón de Torroja esté detrás de un acto así. Se le ve un buen hombre, incluso me pareció muy sensato.

—Tal vez sea cosa de Ponce, es quien lleva la sangre de los Cervera.

—Y también su hermana.

El padre Esteban no contestó de inmediato.

—Conozco muy bien a Gaya y, aunque tiene un carácter fuerte, no la veo capaz de pensar algo así. Ha tenido que ser su hermano.

—Llevaré el caso ante el rey y ante el mismísimo Santo Padre.

En pocas ocasiones el padre Esteban había visto al abad tan decidido como cuando pronunció esas palabras.

—Pero antes tenemos que ir a ver a los Cervera y pedirles explicaciones —dijo el abad—. ¿Tú cómo estás?

—Me duele más el vendaje que el golpe, pero puedo andar.

Con un grupo de monjes, fueron hasta el palacio señorial de la Espluga.

Allá los recibieron Ponce y Gaya.

—¿Ramón de Torroja no está? —preguntó el abad.

—No, mi marido está en Lleida —contestó Gaya.

—Vengo a presentar una acusación contra la familia Cervera por la agresión que hemos sufrido los monjes de Poblet en el valle del Codos esta mañana. Seis heridos, y uno de ellos muy grave. Hemos perdido un buey, y los útiles de labranza y los campos en los que trabajábamos han quedado destrozados. Hemos enviado una carta al rey Alfonso. Y también al papa de Roma. Esto no quedará así.

El padre Esteban miró a Gaya para ver su reacción. Con eso sería suficiente para saber si ella tenía algo que ver con el ataque.

Sus ojos no mintieron: ella no sabía nada. En cambio, quedó muy evidente que su hermano sí. Ponce sonreía maliciosamente mientras les lanzaba una mirada amenazadora.

—No tenéis ninguna prueba de que hayamos sido nosotros. No os creerán —dijo el señor de la Espluga de Francolí.

—Eso ya se verá —dijo el abad antes de dar media vuelta.

Los Cervera se quedaron solos.

—¿Cómo te has atrevido a agredir a los monjes? ¡Estás loco! Solo así puede explicarse lo que has hecho —dijo Gaya muy enfadada.

—¡Qué sabes tú de cómo llevar un señorío! Solo eres una mujer, aunque seas mi hermana.

Gaya le propinó un bofetón que resonó por toda la estancia y dejó enrojecida la mejilla de Ponce.

La señora de Torroja no dijo nada más. Si alguna cosa le había enseñado su madre era que no siempre el camino más recto es el más rápido para conseguir un objetivo. Ahora era necesario dar unos cuantos rodeos para solucionar todo aquello.



Tres días después, Gaya y Ramón se presentaron ante Ponce, en el mismo salón donde recibieron a los monjes.

Ramón le había pedido a su esposa que le dejara hablar a él.

—Aquí tienes una bolsa con cien morabetines. Acéptalo como el pago total por el señorío de la Espluga.

—¿Acaso te has vuelto loco, cuñado? —respondió Ponce, recostado en aquella silla con aspiraciones a ser un trono real.

—En este documento constan tus culpas por los hechos ocurridos en el valle del Codos —dijo Ramón de Torroja enseñándole un pergamino enrollado que no desplegó—. Con testimonios para encarcelarte durante el resto de tu vida si hago entrega de él al rey, a Poblet o al papa de Roma. Hay una copia que va camino de Barcelona, donde ahora está nuestro monarca. Lo sabrá en pocos días, si yo no detengo todo esto.

—No te servirá de nada. Los testigos pueden haber sido comprados.

—Y aquí tengo otro documento. —Extrajo otro pergamino y este sí lo desenrolló—. Aquí dice que tienes un hijo ilegítimo con una mujer perteneciente a una curiosa familia, los Validara: casualmente, los que antes llevaban la gestión del valle del Codos. Tu esposa se pondrá muy contenta cuando lo sepa. Entenderá por qué tenías tanto interés en obtener esa finca.

—No... —consiguió articular Ponce, abandonando su tono altivo y prepotente.

—Vete a regir el vizcondado de Bas y no vuelvas por aquí nunca más. ¡Nunca más! Si no fueses el hermano de mi esposa no tendría piedad de ti.

Tengo tantas pruebas en tu contra que podría enterrarte en ellas.

Se acercó a Ponce y lo cogió por el cuello.

—¡Firma la transferencia del señorío de la Espluga y márchate de aquí!

Gaya jamás había visto tan enfadado a su esposo. Aquel hombre tranquilo y pausado ahora mostraba una faceta que ella desconocía. Incluso daba miedo.

El silencio estaba acompañado por la mirada dura de Ramón y la amenaza latente de su mano, que cada vez apretaba con más fuerza.

—Es... está bien. ¡Haced lo que queráis! —dijo Ponce.

Ramón retiró la mano. Con mala cara, Ponce se levantó de la silla a la vez que se frotaba el cuello, como agradecido por haberlo salvado de un fatídico destino.



Al día siguiente, Gaya ya tenía en la mano el documento que la acreditaba como señora de la Espluga de Francolí.

—¿Cómo supiste lo de tu hermano? —le preguntó Ramón.

—Hasta ayer —contestó Gaya—, aquí en la Espluga no tenía un presente. Pero sí un largo pasado y un futuro. Me he servido de ello para indagar entre las sirvientas de palacio. Por cierto, son unas cotillas y tendré que buscar a otras para no quedar expuesta delante de todos mis nuevos siervos. La familia que antes cultivaba el valle del Codos, los Validara, usaron a una de sus hijas para embaucar a Ponce. Este no pudo resistirse y acabó haciéndole un hijo. Después todo es más que evidente.

—No me gusta tener que actuar así...

—Pero no teníamos más remedio. Y yo he salido ganando: he descubierto una faceta de mi esposo que desconocía. ¿De dónde salió esa rabia interior?

—Es que no soporto a tu hermano y sus mezquindades. Es superior a mí.

Por un momento, Gaya llegó a pensar que su marido, todo un Torroja, se disculpaba. Pero los señores nunca se arrepentían de sus actos, y menos delante de una mujer.

Gaya sonrió, satisfecha por todo.

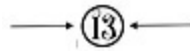
—Y ahora, ¿qué sucederá con nosotros? —preguntó Ramón, refiriéndose al hecho de que sus intereses iban a separarlos y sería muy difícil coincidir.

—Sucederá lo que tú quieras que suceda, Ramón. Estaré aquí. Y siempre que vengas me tendrás. Pero este es mi sitio. Y del mismo modo que tú tienes tus compromisos y tu deber, el mío está aquí.

Ramón asintió. Era un hecho muy poco habitual que una mujer rigiera un señorío, pero alguna vez se había dado el caso y los resultados habían sido inmejorables. El señor de Torroja daba fe de la buena administración de su feudo mientras él estuvo fuera.

—He recibido el encargo del rey de comandar una hueste para ayudar a tu hermano Hugo en Cerdeña —dijo Ramón—. Tendré que marcharme pronto.

Gaya no dijo nada. Le besó con ternura.



Dos días después, Gaya contemplaba la puesta de sol desde la torre de defensa de la Espluga de Francolí. Esa torre, antaño medio derruida, ahora servía para enaltecer su orgullo. Allí arriba se sentía poderosa, fuerte, inmensa: señora.

Con las manos apoyadas en las almenas mirando a lo lejos, sentía que había cumplido con su sueño.

Epílogo

Santa María la Mayor

Monasterio de Poblet, agosto de 1190

Los años habían transcurrido sin apenas tiempo de hacer una pausa. Unos años movidos, con acontecimientos dignos de pasar a la historia de los hombres.

La sentencia del valle del Codos tardó nueve años en ser dictada por el obispo de Barcelona por encargo del rey. El año 1187 el señorío del monasterio de Poblet sobre el valle del Codos fue reconocido, de la misma manera que todo el pueblo de Vimbodí. Pero el documento especificaba que, como la roturación de las tierras había sido efectuada por los Validara — vecinos de la Espluga de Francolí—, estas habían de estar en manos de los espluguenses pero en dependencia de los monjes y en tenencia del monasterio. En cuanto a las tierras que aún no habían sido roturadas por la gente de la Espluga de Francolí, los monjes podían o bien cultivarlas ellos mismos o bien cederlas en tenencia a quien creyesen oportuno.

En cuanto al ataque sufrido, los perpetradores fueron identificados pero nunca dijeron si alguien les había empujado a delinquir de aquella manera. Los culpables fueron sentenciados a ir descalzos hasta el monasterio de Poblet y hacer entrega de doscientos sueldos ante el altar de la nueva iglesia cuando esta estuviera acabada.

Aparte de esta curiosa sentencia, el traspaso del abad Hugo hizo necesario nombrar a un nuevo abad. Primero fue elegido un monje venido de fuera, el padre Esteban Droc. Después, al morir, le sucedió Pedro de Talladell, que solo vivió un año como líder del monasterio.

Así, en 1188 el padre Esteban, el monje más antiguo del monasterio —el único que quedaba de los que llegaron inicialmente desde Fontfroide—, fue elegido abad por unanimidad.

«No gozo de buena salud para la ingente tarea que reclama el monasterio. Os equivocáis», dijo, pero las palabras del viejo monje no fueron escuchadas y, a pesar de sus reservas, un nuevo Esteban, el tercero en treinta y siete años desde la fundación del monasterio, ocupó el cargo más importante de Poblet.

Su salud no era buena. Esto era más que evidente. Los dolores en el pecho eran continuados y alguna vez incluso sangraba por la boca. No le quedaba mucho tiempo de vida y si nunca quiso ser una molestia para nadie, ahora no quería ocupar un cargo que no podría desempeñar.

El 15 de agosto de 1190 el abad celebraría la primera misa en la nueva iglesia. Acabada solo unas semanas antes, con mucha prisa —y con algún detalle externo por terminar—, se decidió que se inauguraría por la Asunción de la Virgen María. El nombre del templo, Santa María la Mayor, y la proximidad de la fecha provocaron que todo se acelerase.

La ceremonia de consagración había terminado y ahora seguía la que sería la primera misa.

La iglesia estaba llena. Todos los habitantes de los pueblos vecinos estaban invitados. El rey había excusado su ausencia: el conflicto entre Aragón y Castilla lo situaba a mucha distancia del monasterio.

Desde el altar, el abad Esteban miraba a Gaya, que estaba presente como señora de la Espluga de Francolí. Ambos se habían hecho mayores, pero ella lucía su edad con orgullo. Resultaba evidente que la sangre más noble circulaba por sus venas. Todos los espluguenses estaban de acuerdo en que el gobierno de Gaya de Torroja había sido muy beneficioso para la villa: con justicia, trato correcto hacia los siervos y buenas oportunidades económicas para quien las supiera aprovechar.

Mientras decía la misa, con aquellas frases en latín que tantas veces había pronunciado, retazos de su pasado acudieron a su memoria. Retazos donde

siempre aparecía Gaya, siempre Gaya.



Gaya ocupaba un lugar de honor. Sin bancos ni nada en la nave central, el espacio era muy grande y la mayoría de los asistentes estaban de pie. Pero se había habilitado una zona próxima al altar donde se habían colocado unos bancos de madera. Allí, sentados, los nobles oían misa.

Pero Gaya estaba más pendiente del estado de salud del abad Esteban.

Saltaba a la vista que no estaba bien. Decía la misa con esfuerzo, pero en su ánimo se vislumbraba una profunda serenidad. Y esa serenidad llegaba a los feligreses.

Ese hombre hacía honor al Císter. Reunía todas las virtudes del espíritu monacal y, además, añadía su huella personal con una buena dosis de inteligencia, sentido común y humanidad.

Para Gaya siempre sería Esteban, y lo trataría como un amigo toda la vida. El amigo que la había hecho madurar y de quien tanto había aprendido.



Mientras decía la misa, el abad de Poblet no podía apartar a Gaya de su pensamiento. Recordaba el pasado que los había unido y separado en diversas ocasiones.

El primer encuentro en el claro del álamo. La agresión en el mismo lugar. La convivencia en Milmanda. Su primer hijo, Bernardo. Aquella despedida tan triste. Su vuelta como señora de Torroja. Y como titular del señorío de la Espluga, lo que siempre había deseado.

Ambos habían podido cumplir sus sueños.

El padre Esteban —que pese a ser abad se veía a sí mismo como el monje medio perdido y lleno de dudas que era— miraba la iglesia.

Era preciosa. Sencilla y sin lujos —como lo solicitaba la misión del Císter—, pero era preciosa justamente por esa sencillez. La bóveda de cañón de la nave principal mostraba un camino recto hasta el altar, con aquellas finas aberturas en la parte superior —justo hasta donde arrancaba la bóveda— que

llenaban de luz el pasillo central. Las naves laterales acogían la nave principal otorgándole aún más preeminencia.

La piedra se veía nueva, recién cortada. La argamasa parecía que la hubiesen lavado. Y las hiladas mostraban la buena maña de Bernardo de Portaregia: el fraile había colocado desde el primero hasta el último sillar.

El pasillo central estaba lleno de gente. Todos seguían con atención el desarrollo de la misa. El templo se había consagrado poco rato antes y ahora ya era una iglesia en todos los sentidos.

La voz gastada del anciano de sesenta años pronunciaba un latín aún más viejo. Mientras las palabras salían de su boca, sentía la presencia de Dios en su interior. Una fuerza infinita, que superaba las distancias o las medidas que imponían siempre los hombres. Una paz interior que le llegaba desde el claro del álamo y se extendía por doquier.

Era la satisfacción por un trabajo bien hecho.



Aunque estaba mal de salud, el ánimo del padre Esteban no había decaído.

Se le veía feliz por haber cumplido su sueño.

Al final, se había salido con la suya. A pesar de ser abad, para la señora de la Espluga de Francolí, siempre sería el padre Esteban, aquel monje tan distinto de sus compañeros del monasterio de Poblet. Un hombre peculiar, tocado por la mano de Dios, y con una fe absoluta en el Císter y su sagrada misión.

Pero ni la belleza de la nueva iglesia ni el momento tan extraordinario — ser abad y haber cumplido su sueño—, conseguían que Gaya dejara de sufrir por el padre Esteban. Su salud no era buena y no parecía que fuese a mejorar.

La voz del monje se rompía a menudo. A Gaya le recordaba las bisagras oxidadas de una vieja puerta.

Su cuerpo ya era el de un anciano, demasiado envejecido para la edad que tenía. Parecía sostener un peso que su espalda no podía aguantar. Día tras día, aquel peso le encorbaba un poco más.

Pero su cabeza funcionaba como siempre. Clara y despejada, era consciente de todo y de todos. También de su propio declive físico. Y lo tenía

asumido.

Tras aquel episodio tan desagradable del valle del Codos, ambos habían hecho las paces. Una buena amistad ayudaba a resolver los problemas entre las comunidades vecinales. Surgieron nuevas dificultades, las resolvieron y así una vez y otra.

Ahora, desde que era abad, todo se había tranquilizado. Terminar la iglesia había sido una prioridad para él, y a esto dedicó sus últimas fuerzas.

Aquel día tal vez era el más importante en la vida del monje, consagrar la iglesia y decir la primera misa llenaba de gozo su alma. Sus ojos así lo mostraban.

Al acabar la misa, Gaya fue hasta la rectoría.

El monje sonrió al verla, pero era una sonrisa cansada, como si una tela casi transparente lo cubriera.

No estaban solos, los acompañaban un par de monjes que habían asistido al abad durante el oficio. Pero Gaya actuó sin ningún tipo de miramiento.

—Sufro por ti, Esteban. ¿Qué te dice el médico? ¿Seguro que le haces caso?

Él volvió a sonreír mientras cogía las manos de la señora de la Espluga.

—Tengo todo lo que siempre he deseado, Gaya. Todo. Dios ha sido muy generoso conmigo, y servirlo ha sido maravilloso. —Su voz era la misma de antes: envejecida y llena de óxido—. También le estoy agradecido por haberte conocido. Me diste fuerzas cuando las necesitaba y me he sentido muy importante a tu lado.

Gaya estaba a punto de emocionarse y se le escapó un sollozo.

—Gracias por existir, Gaya, gracias por existir.

Ella mantenía el contacto con las manos del monje. Pero sentía que, poco a poco, iba enfriándose. El mes de agosto se mostraba con el calor habitual, y las manos del padre Esteban se enfriaban.

Gaya salió de la rectoría con el corazón destrozado.

Su amigo se moría.

La señora de Torroja siempre iba acompañada de una escolta y esta vez no fue la excepción. Se dirigió hasta el claro del álamo. No había estado allí en mucho tiempo y, sin ser una decisión premeditada, notó que algo en su interior le empujaba hacia allí. Antes de entrar en el claro ordenó a la escolta que la

dejara sola.

Necesitaba intimidad.

El claro estaba exactamente igual, pero el álamo no había dejado de crecer. Esteban afirmaba que Dios Nuestro Señor siempre estaba allí. Y por eso el claro y aquel árbol gigantesco se comportaban de aquella manera.

Gaya tenía el corazón oprimido y pisar la hierba no la ayudaba a sentirse mejor.

Su amigo se moría.

Se sentó en el viejo tronco caído. Las lágrimas comenzaron a empaparle las mejillas. Se tapó la cara en un gesto que buscaba ahogar la pena que sentía.

«¿Por qué tiene que morir alguien como Esteban?». Aunque se lo preguntaba a sí misma, esperaba que Dios le contestara. No era una creyente muy devota, pero había aprendido a querer al Altísimo gracias a la fe de su amigo monje.

No hubo respuesta alguna.

El silencio era absoluto. Ni un pájaro piaba o se movía. También las hojas de los árboles estaban quietas. El cielo aparecía limpio de nubes.

Apretó los puños con fuerza y se levantó.

«¡Por qué tiene que morir!». Ahora ya era una exclamación con un poco de rabia.

Se situó delante del álamo. Y lo tocó.

Percibió aquella sensación tan agradable. Sensación de vida, de seguridad, de familiaridad.

Puso la otra mano y cerró los ojos.

Tal vez no tenía la fuerza que recordaba, pero la sensación era maravillosa.

«Gracias por existir, Gaya, gracias por existir», pensó en las últimas palabras que le había dicho Esteban.

—¿He sido suficientemente buena contigo? —dijo en un susurro, dirigiéndose al monje.

Recordó el tiempo que vivió con él en la granja de Milmanda y pensó que podía haber sido más generosa. En algunos momentos se comportó de manera egoísta y poco madura. Tal vez fruto de la edad y del momento, seguro, pero podía haber sido más generosa.

—Ojalá pudiera darte todo cuanto te mereces, Esteban. —Las lágrimas volvieron a empaparle las mejillas—. ¡Ojalá yo hubiera sido mejor amiga para ti!

Se daba cuenta de que la sensación del árbol se iba apagando, como también lo hacía la vida de Esteban. Como una vela que se apagaba. O un candil sin aceite, mientras el pábilo se consumía con un postrer punto de luz.

—Te quiero... Esteban.

La sensación del álamo desapareció. Y también la tristeza de Gaya. En un último esfuerzo, el monje se había llevado, a través del álamo, su pena. Fue su última acción en este mundo.

Esteban, generoso hasta el último momento.

Tocó el tronco. Era un árbol como el resto.

Pero ella se sentía orgullosa de haber conocido a un hombre que siempre la había tratado con igualdad, respeto y amor.

Apéndice

Los abades de Poblet

(1152-1190).

Vidal (1152-1153).

Guerau (1153-1154).

Grimoald (1154-1157).

Esteban (1160-1165).

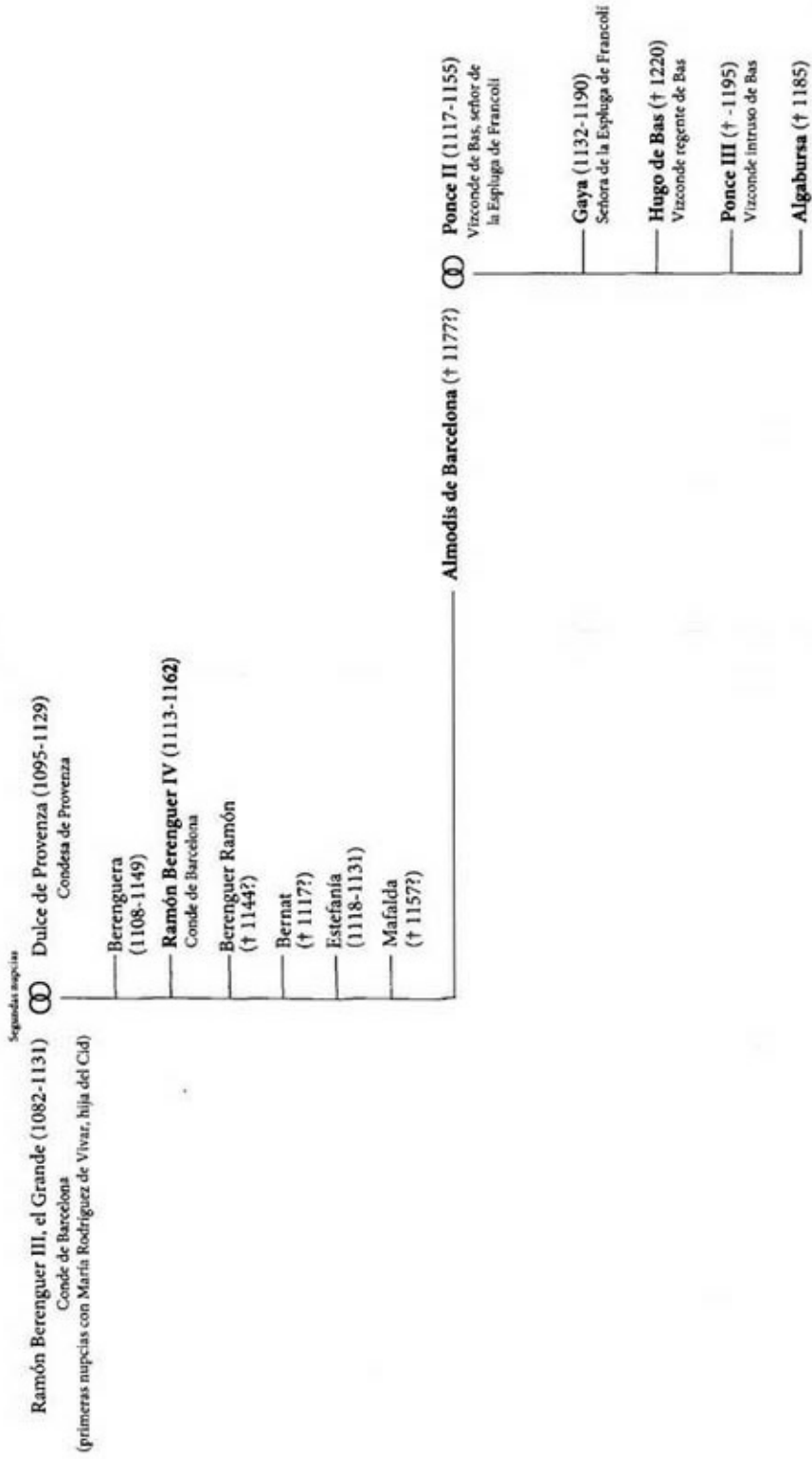
Hugo (1166-1181).

Esteban II Droc (1181-1185).

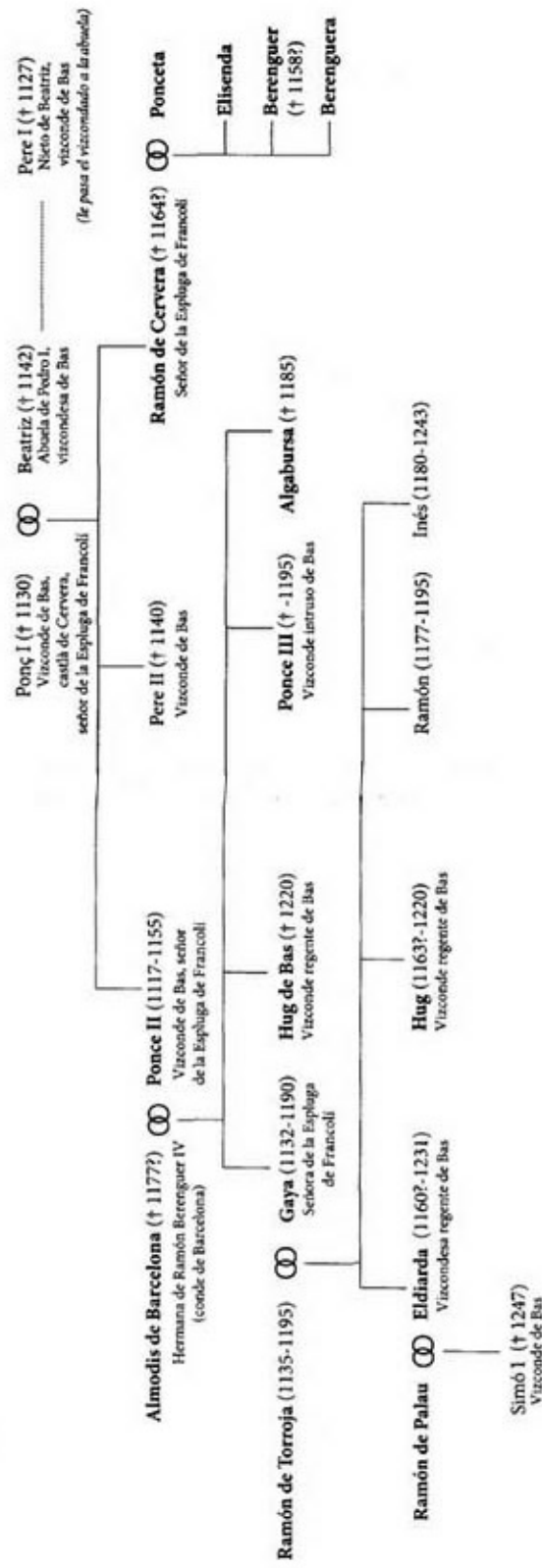
Pedro de Talladell (1186-1187).

Esteban III (1188-1190).

Genealogía de Almodis y Gaya



Genealogía de los Cervera y del vizcondado de Bas





JORDI NOGUÉS AYMERICH (Artesa de Segre, Lleida, 1968). Tras cursar estudios de antropología, filosofía clásica, historia del arte y geografía, se dedica a la literatura a tiempo completo, siendo colaborador de medios como *Fantasy mundo*.

Trabajó durante doce años en el complejo museístico Parc Temàtic de l'Oli, en Lleida, como director. En el año 2000 colaboró en el MNAT (Museu Nacional Arquelògic de Tarragona).

Estudió la carrera de Historia en la UNED, algo que siempre le ha apasionado, pues la historia es la base de sus novelas, que en muchas ocasiones entremezcla con la fantasía. Es considerado el creador de un nuevo género narrativo: la *fantasía histórica*. En la saga *Íroas, Hijos de los Dioses*, demuestra esta doble dicotomía. La caída de la Atlántida, junto a la descripción de los juegos olímpicos de la Antigüedad Arcaica, así como la colonización helena por todo el Mediterráneo, se combinan de forma elegante y complementaria para ofrecer este nuevo género narrativo.